

LOS CONFINADOS A FERNANDO POO

É

**Impresiones de un viaje á Guinea,**

FOR

**Francisco Javier Balmaseda.**

CONTIENE ADEMAS LA BIOGRAFIA DE CARLOS MANUEL CESPEDES

~~~~~  
**SEGUNDA EDICION**  
~~~~~

**HABANA**

Antonio Martín Lamy, Editor

1899

LOS CONFINADOS A FERNANDO PÓO,

É

# Impresiones de un viaje á Guinea,

POR

Francisco Javier Balmaseda.

---

Contiene además el folleto del mismo autor intitulado Bases para los  
Estatutos de la Sociedad  
"LOS AMANTES DE LA LIBERTAD",  
con indicaciones sobre la fundación de la República Cubana.

~~~~~  
SEGUNDA EDICION  
~~~~~

HABANA

---

Antonio Martín Lamy, Editor

1899

---

---

## DOS PALABRAS DEL EDITOR

---

Esta obra goza de reputación universal.

Agotada de un todo la edición de cuatro mil ejemplares que hizo el autor en New-York á los principios de la guerra de diez años, es hoy rarísima en esta isla, por lo cual hemos creído muy conveniente su reimpresión en honor de las letras cubanas. Introducirla en Cuba durante ese período en que tanto sufrió nuestro pueblo y dió tantas pruebas de heroicidad hubiera equivalido á una sentencia de muerte.

Dice Lamartine que la belleza del estilo salva del olvido los libros, y si es así, esta obra pasará á la más remota posteridad, por ser su estilo una de sus principales dotes.

Una respetable matrona de la Habana, viuda de un benemérito patriota que figuró en el largo martirologio del pueblo cubano durante esos diez años, tenía un ejemplar y decía á sus amigos: «Consero esta obra porque cuando me afligen los padecimientos de la Patria, la leo para fortalecer mi espíritu con el amor á la independencia.»

Además del mérito literario hallarán los lectores en los «Confinados á Fernando Póo é impresiones de un viaje á Guinea,» no pocas noticias históricas de la memorable guerra iniciada por el inmortal Carlos Manuel de Céspedes en los campos de Yara, y también noticias topográficas é históricas de la isla de Fernando Póo, á la que ha llamado el autor «sepulcro abierto por la civilización europea en medio de la barbarie africana». Igualmente ponemos al fin el proyecto de la Sociedad política LOS AMANTES DE LA LIBERTAD y las indicaciones del Sr. Balmaseda sobre la fundación de nuestra República, indicaciones que comprenden las reglas más importantes para que Cuba llegue á ser una nación modelo, y que creemos dignísimas de estudio y meditación.

Debemos hacer presente que á poco de promulgada la paz del Zanjón apareció otro libro con el título de «Los confinados á Fernando Póo,» y fué explotado este nombre con gran éxito, creyendo

el público que era el que ahora le ofrecemos, ó sea el verdadero, escrito por el Sr. Balmaseda en la soledad de los desiertos del Africa, dádolo á luz cuando hubo salido del cautiverio, y que tanta aceptación ha tenido en Europa y América, y hasta en el mismo Madrid, por aquellas personas de ilustración y buen criterio como Pí y Margall, que condenan la política torpe y cruel seguida por España en Cuba y que le acaba de ocasionar la pérdida de su imperio colonial en América y en Asia, hundiéndola en una inevitable y completa ruina.

Habana, 20 de Marzo de 1899.

ANTONIO MARTIN Y LAMY.



---

---

A los ingleses, norte-americanos y alemanes que hacen el comercio, ó residen, en la costa del Golfo de Guinea, en Gabaun y Elobey.

SEÑORES:

Aun tengo adoloridos los brazos de tantos esfuerzos que he hecho por levantar la loza del sepulcro de Fernando Póo, á que fuí arrojado por el gobierno español con doscientos cuarenta y nueve cubanos más sin formación de causa y sin oirnos; aun se trasluce en mi semblante la palidez que deja el dolor cuando el hombre se ha visto enterrado en vida; apenas he vuelto al mundo civilizado y mi primer pensamiento es para vosotros, que me habéis devuelto al amor de mi patria y de mi familia.

Cuán grato me es recordaros á vos, Mr. Andres Struthers, que con la bondad natural al escocés me disteis hospitalidad en vuestra morada y fuisteis mi ángel custodio; á vos, Mr. Johannes Thormahlen, honor de Hamburgo, que nacisteis para hacer el bien y estáis en actitud de ilustrar vuestro nombre influyendo en la civilización de una vasta parte del Africa; á vos, Mr. Francis Wolber, que sois el tipo acabado del caballero alemán; á vos, Mr. William Walker, que predicando el evangelio en Gabaun hace veinte y siete años, como misionero-

ro protestante, habéis sido tan benéfico para mí como Jesús para Lázaro. ¡Me habéis dado el consuelo, la salud, la vida! Bendito seáis! En la patria de Washington y de Peabody se meció vuestra cuna y desde su suelo venturoso, bañado mi rostro por el aire vivificador de la libertad, en posesión completa de todos mis derechos de hombre, escribo estos renglones y os consagro estos recuerdos.

¿Y vosotros, hijos de la gran Inglaterra, Harris, Courphay, Colbert, Palmers, Ogg, &., que me obligasteis con vuestros continuos favores á exclamar en un banquete: «donde quiera que en la senda del infortunio he encontrado un inglés, he encontrado un amigo?» ¿Y vos, Mr. Branmann, hijo de Alemania, podré olvidaros un momento sin ser el más ingrato de los hombres?

El infortunio tiene también sus dichas, y si me he visto perseguido por un gobierno inhumano, prófugo, enfermo, errante de pueblo en pueblo y de tribu en tribu en Africa, debo á estas desventuras el haberos conocido, el sentir en mi alma la suave corriente de un afecto fraternal, dulce y eterno hacia vosotros.

Dignaos recibir la dedicatoria que os hago respetuosamente de este libro, disimulad sus defectos con vuestra acostumbrada benevolencia, y estimadlo sólo como un recuerdo que os envía vuestro atento servidor,

*Francisco Javier Balmaseda.*

Nueva York, 2.º año de la proclamación de la República Cubana, 20 de Octubre de 1869.

## CAPITULO I

LLEGADA Á FERNANDO P60.—«EL CAYUELO» Y LA PICOTA.—DISCURSO DEL GOBERNADOR.

---

¿Qué pasaba en la isla de Fernando P60 el 25 de Mayo de 1869, en esa isla que hace diez años cedieron los ingleses á los españoles y ha bastado ese corto período para que sólo queden los restos de la civilización que aquellos habían comenzado á extender?

¿Por qué la llamada ciudad de Santa Isabel, siempre tan triste, con sus casas de techo pajizo, con sus calles solitarias y cubiertas de yerba, donde únicamente se veía transitar algún *bubi* (1) con su haz de leña en la cabeza, ó bien las tribus salvajes que venían completamente desnudas á cambiar sus calabazas llenas de aceite de palma por aguardiente y pólvora; por qué había repentinamente adquirido animación y sus vecinos llenos de curiosidad dirigían sus miradas al mar, que semejante á la superficie de un vaso lleno de agua en esa parte del Golfo de Guinea, no tenía, á pesar de la estación á que correspondía aquel mes, una ola que viniese á estrellarse en la roca de la orilla cubierta de verde enredadera hasta tocar el agua?

¿Por qué, en fin, los pocos comerciantes extranjeros, allí establecidos, disponían con actividad la descarga de los efectos que debían ser conducidos para su venta á Bony y ahora volvían á sus tiendas; mientras el único español que tenía una bodega y era á la vez sargento del ejército, proveedor de víveres de la guarnición y segundo comandante de armas por falta de oficiales, ordenaba que en las puertas de aquella se situasen hombres armados, como si temiese el asalto y el robo? Ese *Don* ejercía

---

(1) Nombre del indígena.

cierta autoridad civil en la colonia, tenía unos cuarenta y cinco años, era de genio irascible, muy díscolo, estaba casi siempre beodo, portaba un pequeño *revólver* que á menudo sacaba de la faltriquera y dejaba ver, diciendo que con él daría muerte á cualquiera que le faltase al respeto, y alcanzaba la suficiente influencia para hacer que los domingos se cerrasen todos los establecimientos, según la costumbre inglesa, menos el suyo, por convenir así al bien público.

La ciudad de Santa Isabel, á orillas del mar, en la parte Nordeste de la Isla, se halla en una planicie, inmediata á una eminencia que tiene once mil ciento once piés de elevación, de la que jamás se separa la espesa niebla y en cuya cúspide existen las señales de un volcán apagado, de que habló Plinio el mayor.

Esa eminencia queda al frente del Pico de Camarones, que se eleva en la costa del Continente africano trece mil setecientos setenta piés. Ambas alturas, separadas por el mar cuarenta millas y los elevados montes, donde no ha resonado el hacha del agricultor, son la causa principal de que en Fernando Póo los días parezcan tardes y las tardes desaparezcan pronto entre las sombras de la noche.

Raro es el día del mes de Mayo en que no se presente enlutado el cielo, en que no llueva, en que no se sienta la pesadez de la húmeda atmósfera y en que no se vean vagar rápidamente las nubes acercándose á la tierra, como si fuesen impelidas por la violencia del huracán. Sin embargo, el veinte y cinco el sol se había presentado diáfano y la tarde hermosa y serena. ¿Qué era lo que pasaba de grave y de solemne que la misma naturaleza parecía que tomaba parte en las cosas de los hombres? Voy á decirlo: debían desembarcar aquella tarde los doscientos cincuenta confinados por motivos políticos que había remitido el capitán general de Cuba D. Domingo Dulce.

Tres días hacía que estaban en el puerto, en jaulas, á bordo del vapor español de guerra «San Francisco de Borja» y el Gobernador no había permitido el desembarque, porque en la isla, en extremo inculta y pobre, no había mantenimientos para tantas personas. Decidióse,

en fin, á admitirlos, persuadido de que el desarrollo del cólera, ó de otra epidemia, cuya presencia temían por momentos los empleados de á bordo, sería un mal peor que el hambre que se sufriría en toda la colonia, y los botes del vapor bogaron hacia el pequeño muelle cargados de aquellos hombres sin ventura.

Yo era uno de ellos y siempre recordaré con horror que al acercarse á tierra el bote en que venía divisé un cayuelo que tiene de superficie unas cuatrocientas varas castellanas y se halla frente á la ciudad, como á una milla de distancia y mucho menos de las rocas de la ribera.

Una barraca de aspecto feo y ruinoso se veía á uno de sus extremos.

«En ese cayuelo, se me dijo, mueren de hidropesía, por efecto de la humedad, y no pocas veces de sed y de hambre, los criminales que remite allí el Gobernador. Seis meses es el máximo de la duración de su vida. Algunos han intentado salvarse lanzándose al mar para tomar á nado la isla; pero inmediatamente han sido devorados por los tiburones, que abundan en la bahía, especialmente en esa parte, atraídos por las inmundicias que se arrojan de las embarcaciones.»

Cuando se me hacía esta terrible relación, el bote se acercaba cada vez más al cayuelo para pasar á su lado, y tres hombres, uno de ellos de color cobrizo y dos negros, bajaban lentamente la cuesta, apoyándose en báculos. Estaban casi desnudos y muy extenuados, parecían unos espectros, y el primero, que en otro tiempo tal vez sería de los pardos *cheches* de la Habana, tenía tan abultado el vientre, que confirmé lo que se me acababa de referir tocante á la hidropesía. ¡Desgraciados.....! No quiero conocer vuestra historia, no quiero saber si sois culpables ó inocentes, me basta que seáis hombres para compadeceros. ¡Cuán terribles son vuestros padecimientos! ¡Cómo seguiréis con la vista el raudal vuelvo de las aves que giran libres en el espacio mientras nosotros, criaturas humanas, seres privilegiados, que tenemos el don del pensamiento, estamos uncidos á la tierra sin que el espíritu en sus infatigables ansias pueda arrancarnos de estas cadenas y volvernos la libertad.....!

Llegamos al muelle: yo salté de los últimos porque apenas podía sostenerme de pié, pues me hallaba en convalecencia de una fiebre biliosa, que llegó á tener síntomas de pútrida y puso en peligro mi vida. Voy á decir la causa que contribuyó á comunicar carácter grave á mi enfermedad.

Hacía dos semanas que por efecto de las penas morales, la hacinación en que estábamos y la mala alimentación, padecía calenturas diarias, cuando arribamos á San Vicente, una de las islas de Cabo Verde, á hacer carbón y agua. Tres días estuvieron los marineros de á bordo arrojando carbón desde la cubierta al fondo del buque, y como estaba hecho cisco, pronto las jaulas se vieron inundadas de aquel sofocante polvo, y mucho se nos dificultaba la respiración. Nos pusimos todos negros como el etiope, nuestros vestidos adquirieron el mismo color, y parecíamos personajes grotescos de un carnaval.

Al segundo día, en los momentos de mayor angustia, Félix Fuentes, uno de nuestros compañeros, trazó en un papel estas líneas en alemán: «Decidme, por Dios, si puedo remitir desde aquí una carta á mi familia, mandadme algunos periódicos.» Púsole un signo masónico y arrojó el billete por una de las portezuelas del buque á uno de los botes cargados de carbón donde estaban algunos negros portugueses. Quiso la desgracia que lo notase uno de los voluntarios, de los que componían la guardia, y tomando inmediatamente el papel lo presentó al comandante del vapor D. Celestino de Lasheras. Fuentes fué mandado á la barra del sollado y el Comandante dispuso además que se cerrasen todas las portezuelas, que era por donde, ocupada la boca de escotilla, recibíamos el aire. Vinieron tres marineros con martillos á practicar esa operación para que quedasen fuertemente cerradas y no pudiésemos abrirlas, y cuando concluyeron, una atmósfera de polvo cada vez más espesa, se extendió en las jaulas. Conocimos que íbamos á morir en seguida asfixiados, y por un impulso natural y piadoso dirigimos nuestras preces á Dios, autor de todo bien y fuente de toda esperanza.

Cerca de donde me hallaba, ví caer en el suelo á va-

rios de mis compañeros, entre los cuales recuerdo al pobre anciano Reynaldo, el primero que debía sucumbir, pescador de Regla, que siempre estaba hablando de sus valentías, y al otro anciano Manuel Abreu, que solía derramar abundantes lágrimas enterneciéndose en medio de la conversación cuando refería los injustos atropellamientos de que había sido víctima y lo agudo de sus dolores reumáticos. No pudiendo sostenerme, por falta de aire respirable, caí también sin sentido. El joven Márquez y otros bañaron mis sienes con agua de Colonia, y á los pocos minutos había vuelto al conocimiento. Nadie, por fortuna, murió, á pesar de que el Capellán del vapor, según dijo él mismo después, tenía preparados los óleos, persuadido de que la muerte se cebaría aquel día en nosotros.

Las portezuelas se mandaron abrir como al cuarto de hora, luego que el Comandante se enteró de los estragos que causaba su orden. Esto indica que no abrigaba la intención de que perdiésemos la vida; tal vez obró de ese modo porque aquel signo masónico era á sus ojos más temible que el cuero en que Ulises encerró los vientos. Los españoles, con pocas excepciones, tienen indecible horror á la masonería, cuya humanitaria y grandiosa institución no comprenden.

Tal fué la causa que aumentó mi dolencia. Libre de fiebre hacía cuatro días, al desembarcar en Fernando Póo estaba tan débil que caí dos veces sobre los tablones del muelle.

Los ochenta y cinco voluntarios españoles que nos custodiaban desembarcaron también, todos ó casi todos. Ellos pertenecían al número de los nueve mil armados que en la Habana imponían su voluntad al Capitán general, entregados á la más horrenda anarquía, y traían la recomendación de consumir nuestro martirio en cuanto les fuese posible, como que en la opinión de aquellos no merecíamos la vida con el hecho de ser cubanos, puessiéndolo debía creérsenos amantes de la independencia de la patria. Guiados por este razonamiento obligaron al General Dulce á que mandase á Fernando Póo, así los culpables como los inocentes, todos los que estaban presos á la salida del «Borja» en los castillos de la Caba-

ña y el Morro. ¡Gradúese el raudal de lágrimas que costaría á las madres, á los hijos, á las esposas esa bárbara y criminal sentencia dictada sin formación de causa y sin oír á los reos!

Desembarcaron, como iba diciendo, los voluntarios españoles con los fusiles cargados y las bayonetas caladas. Nos previno el capitán D. Manuel Trueba y Sañudo, uno de los hombres más feos y repugnantes que he conocido, que nos pusiésemos en fila de cuatro en cuatro y luego que se cumplió su orden emprendimos la marcha. Teníamos que subir una cuesta, y como los voluntarios habían vivido á bordo durante los sesenta y cinco días de navegación en piezas amplias, se habían alimentado bien y podido respirar sin tasa el aire libre sobre cubierta, estaban naturalmente fuertes y robustos y caminaban con festinación. Lo contrario nos sucedía á los confinados; pálidos, débiles y casi todos con las piernas cubiertas de úlceras, efecto del desaseo y del insoportable calor, ó agobiados por el peso de los años y del sufrimiento, teníamos que ir apoyándonos los unos en los otros y fué preciso llevar á varios en brazos.

¿Creeréis que la lentitud de nuestro andar causaba enojo á muchos de aquellos hombres?

Llegamos por fin á la meseta, tomamos la calle principal, frente á la marina, y nos dirigimos á la casa del Gobernador. ¡Qué pensamientos tan lúgubres nos asaltaron á todos en aquel momento! ¿Se nos habría traído á tan remotos climas para encerrarnos nuevamente en sombríos calabozos? ¡Qué incertidumbre tan cruel....! Nnmerosas veces los voluntarios, al dirigir sus brutales insultos á los presos habían dicho: «No esperéis que os dejen en libertad en Fernando Póo; allí acabaréis de pagarlas.»

El Gobernador nos mandó entrar: estaba en su despacho y era un anciano de barba blanca, de baja estatura, trigüeño y de color amarillento, pues padecía en la actualidad la fiebre que en esa isla es tan común y que tantos españoles ha enviado al sepulcro. Llamábase don Joaquín de Sousa y Gallardo. Levantóse y dijo en sustancia lo siguiente: «Soy el hombre más lleno de bondad que hay en el mundo. Si voy por una serda y en-



cuentro una hormiga, me detengo ó doy una vuelta por no quitarle la vida; pero soy al mismo tiempo un juez tan recto, tan inflexible cuando se trata de los castigos, que me consideraría el más desgraciado si dejase impune, no digo un delito, la más leve falta. No conozco la piedad, desprecio los empeños y experimento un placer sin límites viendo padecer á los culpables. En esta isla no hay ni jueces, ni oficiales para comisiones militares; todo lo hago conforme á mi criterio, conforme á mi voluntad. No hay tampoco otros castigos que el Cayuelo, desde aquí se divisa, y el palo en la picota. Aquel que proceda bien encontrará en mí un padre; el que proceda mal será castigado en el acto. Por lo demás, vuestra permanencia en esta isla no puede ser dilatada; no hay alimentos para vosotros y así lo diré al Gobierno de la nación. A ninguno de vosotros se ha formado causa; habéis venido por una providencia gubernativa del Capitán general de Cuba, y este es otro motivo porque espero que pronto se disponga vuestra partida y mejor vuestra suerte. No puedo ofrecer os recursos de ningún género; idos, pues, libremente con tal de no salir de la isla; alimentaos y alojaos como podáis.»

Terminó el Gobernador su discurso: había desaparecido el fantasma de los calabozos, idea que sin excepción, á todos nos había costado más de un insomnio y momentos amargos de exasperación. Nos había dejado en libertad, y en aquel momento no reflexionamos acerca de las facultades omnímodas, del derecho de vida y muerte que tenía sobre nosotros aquel hombre. ¡Cómo! ¿El Gobierno de España que había proclamado á la faz del mundo los principios del programa de veinte y uno de Septiembre del año último, programa que contenía la promesa de la libertad más amplia, y que había santificado el triunfo de la revolución, tiranizaba una de sus colonias con un régimen tan bárbaro?

No podrá justificarse España de lo que practica en Fernando Póo, no podrá; y algún día, instigado por tan injusto rigor el inocente pueblo de aquella isla, de cuyo bien no se ocupa, le pedirá cuenta de sus hechos con la espingarda al hombro.

¡Estábamos en libertad! ¡Qué grato es estar en liber-

tad después de una prolongada prisión! Nos esparcimos por la ciudad. ¡Oh! al contemplar la rica vegetación de Fernando Póo, al ver las mismas producciones de Cuba, el plátano, el anón, el mango, la piña, experimentamos un placer indescriptible, parecido al que se goza cuando se saluda la patria de la que se ha estado mucho tiempo ausente. Podíamos, además, movernos en todas direcciones. El verde y extenso campo era nuestro y nuestro el aire, para andar, para correr, para aspirar el oxígeno, para vivir.....! Nosotros que habíamos estado, después de la prisión sufrida en la Habana, sesenta y cinco días en las jaulas del «Borja» sin espacio suficiente para acostarnos; que nos habíamos revolcado en aquellos sucios departamentos, como los cerdos en su pocilga, y habíamos sido tratados como tales. Nosotros que bebíamos el agua ferruginosa de los tanques chupando unos pezones de hierro que sólo producían aire y al cabo de mucho afán una poca de agua parecida al chocolate. Nosotros que estuvimos bebiendo seis días de esa clase de líquido, tomado del mar y hecho potable en un mal aparato en Cabo Verde, de modo que estaba poco menos que en su primitivo estado, por lo cual nos produjo los efectos del purgante. Nosotros que arribamos á Puerto Rico por descomposición de la máquina, según se nos dijo, y el Capitán general de aquella isla, D. Laureano Sanz, ansioso de apresurar nuestra partida, nos negó el agua necesaria para el viaje, diciendo que la tomásemos á ración, después de habernos mandado encerrar mientras se aseaba el «Borja», en un pequeño pontón improvisado que acababa de servir de carbonera, donde al entrar se hirieron nuestros piés, en la obscuridad, con los clavos que había en el piso, y empezaron á los pocos momentos á caer exánimes y con fiebre sobre los demás muchos de los presos, asfixiados, entre ellos el Dr. Freixas y el Pbro. Sal y Lima; ví el primero materialmente cadáver por más de una hora..... Nosotros que en momentos de tanta tribulación, de tanta angustia, oímos exclamar á los voluntarios con infernal regocijo: «Ahora sí que no escapará ninguno, todos morirán.» ¡Nosotros que transidos de sed, sofocados por el calor, desespera-

dos, estuvimos viendo caer del cielo abundante lluvia sobre la ciudad de San Juan y los campos de Puerto Rico, sin sernos posible recoger y llevar á nuestros secos labios una sola gota, y cuando al cabo de mucho tiempo de este martirio, se nos proveyó de una poca de agua sucia, se nos trajo en una tina en que se bañaban los marineros, ¡los marineros españoles!..... ¡Ah! teníamos ahora cristalinos ríos en que satisfacer el ansia de la sed, bañarnos, asearnos y gozar de la frescura.....! ¡Estábamos en libertad! ¡Qué hermoso, qué dulce es estar en libertad! Ir á la espesura del bosque, si el alma lo desea, para gozar los placeres melancólicos de la soledad; volver y penetrar, si se quiere, en el bullicioso salón del baile; visitar á los amigos, hacer, en fin, todo cuanto nos place..... ¡La libertad es la vida! Pero ¿nosotros la gozábamos realmente? ¿La isla no era un gran calabozo? ¿Podíamos saborear un instante de dicha separados de nuestras familias, de nuestra patria, de todo cuanto amábamos? ¿Qué sería de las madres, de las esposas y de los hijos de los confinados que no les habían dejado rentas y vivían del trabajo de quienes sólo pueden enviarles sus bendiciones desde un punto tan remoto? ¿Y el hijo moribundo que vió partir á su inocente padre? ¿Y el padre cuánto no sufrirá interpretando sus ensueños, interrogando todos los días al cielo, á los astros, á la naturaleza entera para descubrir alguna señal que le diga si vive ó murió su hijo? ¿Quién responde de todo esto? ¿De este océano de lágrimas y de dolores? ¿Quién responde de las vidas que se pierdan en una isla tan mortífera? ¿Quién de la destrucción de tantas familias y de tantos capitales que han quedado abandonados? Nadie, contestará España, y la voz de su propia conciencia le gritará: «Tú, nación impía é inhumana, que has arrancado á tantos padres de familia de sus hogares sin cuidarte de su culpabilidad ó inocencia y los has arrojado vivos á un sepulcro; tú, que los has condenado al doble suplicio de la fiebre y del hambre.....!»

## CAPITULO II.

### EL BANDO DEL GOBERNADOR.—MR. ANDRÉS STRUTHERS.—ANCIANOS Y NIÑOS CONFINADOS

---

En grupos andábamos por la plaza y por las calles procurando donde albergarnos, mientras puestos en fila los voluntarios y los pocos soldados de la colonia, daba lectura en cada esquina, en inglés y español, un joven negro, por no haber en la colonia un empleado que entendiese el idioma de Shakespeare, al bando en que el Gobernador declaraba la ciudad y toda la isla en estado de sitio, prevenía que no se hablase de los acontecimientos de Cuba y disponía que los gallos se vendiesen á medio duro, las gallinas á cuarenta centavos, la carne de vaca á veinte y cinco la libra, etc. Decía, además, que la goleta y el pontón tenían sus cañones cargados y la orden de hacer fuego, lo mismo que los botes armados colocados de trecho en trecho en la costa, sobre cualquiera embarcación sospechosa que intentase salir de la isla.

¡La isla en estado de sitio porque habíamos llegado! Ya se ve, no podía menos que publicarse la ley marcial: ¡los galos estaban en las puertas de Roma! Otra fué, sin embargo, la impresión que produjeron los confinados en el ánimo del pueblo, del buen pueblo de Santa Isabel, que se admiraba de que hubiese un número tan crecido de ancianos de sesenta á ochenta años, cosa rara, fenomenal en aquel clima donde la vida es tan corta, y de que el gobierno de España hubiese tenido temor de esos achacosos ancianos, entre los cuales algunos apenas podían valerse á sí mismos y hasta habían dado señales de decrepitud.

No dudo que la idea de la tasa de los artículos de consumo fué inspirada por un sentimiento benéfico. El Gobernador quería impedir que abusando los comerciantes subiesen escandalosamente los valores de las materias

alimenticias y se nos hiciese aun más insoportable residir en la isla; pero el buen deseo no basta para legislar. La tasa, (únicamente aceptable si hubiese habido motivo para declarar sitiada la ciudad, pues lo primero á que debe atenderse es á que no haya hambre pública,) debió traer y trajo á poco la mayor escasez. ¿Cuándo los españoles se convencerán de que la libertad es el símbolo de la dicha, así aplicada á la industria, como á la gobernación de los pueblos, como á la religión, como á todo? Dejad al comerciante que pida lo que quiera por lo suyo; si realiza ganancias pingües pronto habrá otros que aspiren á hacer lo mismo y entonces llega naturalmente la baja en medio de la abundancia por efecto de la competencia.

¡Cuán caritativo es el vecindario de Santa Isabel! Al posesionarse España de la isla emigraron á la República de Liberia, Lagos, Sierra Leona, Victoria y otros puntos gran número de familias, á las cuales pertenecen esas casas, las mejores de la población, que se hallán inhabitadas y en estado de ruina. Fernando Póo no tiene, como Cuba, una gran nación vecina que la haga rica y derrame sobre sus habitantes la luz de la ilustración, dejándoles ver las maravillas y los espléndidos rayos de la libertad. Allí campean sólo dos elementos que tienden al atraso: el español y el africano. Los españoles representan donde quiera que dominan la muerte de toda idea de progreso, de toda aspiración generosa y su distintivo es la crueldad. En Africa son peores que los salvajes en su modo de gobernar, y así no es extraño que alejada la influencia inglesa, Santa Isabel haya venido en sus manos decayendo rápidamente, hasta el punto de verse reducida en la actualidad á menos de la tercera parte de la población que tenía hace diez años. Emigraron numerosas familias, según iba refiriendo, y aquellas que menos habían saboreado las dulzuras de la vida en sociedad tornaron á los bosques, aterradas todas al ver la fea, colosal y diforme figura del despotismo español arrojando por su ancha boca el fétido aliento de la intolerancia. Se quedaron, sin embargo otras que por circunstancias particulares no pudieron, ó no quisieron, abandonar la ciudad. Estas que hoy forman lo que llamaré la aristocrática

cracia, han sido educadas bajo las reglas inglesas, profesan, como toda la parte indígena cristiana, el protestantismo, visten con elegancia y lujo, hablan el inglés, tienen sus casas perfectamente amuebladas y no es raro encontrar en ellas pequeñas bibliotecas. Virginia y Margarita Cristiany, Sara y otras señoras y señoritas de color se distinguen por sus sentimientos benéficos; tuve el gusto de conocerlas y tratarlas y ahora de decir que hicieron todo el bien que les fué posible á los confinados. ¡Ah! los que se han visto errantes, en las calles de una ciudad desconocida, sin albergue, ya próxima la noche, en un país donde dormir á la intemperie recibiendo la densa neblina produce una enfermedad segura y tal vez la muerte; los que agobiados por el sufrimiento y postrados de cansancio anhelan poseer un lecho en que reponer sus fuerzas, ó gozar á solas el placer de la melancolía, son los únicos que conocen el valor de ciertos beneficios hechos en ciertos momentos de la vida.

No hay palabras con que explicar la angélica bondad con que los confinados fuimos recibidos; había particular esmero en favorecernos, así á los ricos como á los pobres, así de parte del ilustrado extranjero como del sencillo indígena, que al venir en los siguientes días cargado con sus gallinas, sus plátanos y sus fiames, se detenía en las casas del arrabal, donde se habían alojado muchos que carecían de recursos y les vendía á precios muy módicos aquellos artículos, considerando su estado, y hasta solía donarles una parte. ¡Ay! ¡Casi todas esas casas tenían agujereado el techo por la acción del tiempo, su piso estaba muy húmedo, y era fácil prever, conociendo el clima, el triste y cercano fin de cuantas las habitaban.....!

Había entre los confinados literatos, abogados, médicos, sacerdotes, banqueros, grandes y pequeños propietarios, profesores de instrucción superior y primaria, militares, comerciantes, escribanos, procuradores, escribientes, farmacéuticos, agrimensores y estudiantes. Había impresores, dentistas, maquinistas, flebotomianos, administradores de plantaciones de caña, cultivadores de tabaco, dueños de predios dedicados á la ganadería, herreros, sastres, pescadores, carpinteros, panaderos, taba-

queros, zapateros, maestros de azúcar, carpinteros de ribera, etc., y había como cuarenta campesinos. Todos tenían sus rentas, arte ú oficio de que vivir sin gravamen de una sociedad cualquiera, menos la de Santa Isabel, donde no había absolutamente trabajo ni para el artesano, ni para el labrador; así es que los hombres pobres se veían condenados contra su voluntad á la vagancia, empleando el tiempo sólo en hacer deducciones acerca del día en que volverían al patrio hogar.

Una persona curiosa hizo abordo del «Borja» la estadística de los niños en orfandad, madres y esposas sin recursos y familias, en fin, que habían quedado en el más lamentable estado en Cuba; pero no poseo ese documento. Tengo, sí, que hacer una observación: muchos sugetos que en la Habana y otras poblaciones vivían bien agenciando negocios honradamente y valiéndose de otros arbitrios y que sostenían sus familias con decencia, hasta con lujo, careciendo de capital, venían ahora á ocupar el puesto de los más pobres, quedando aquellas, no hay que decirlo, sin el pan cotidiano. Eran doblemente desgraciados, porque tenían el hábito de las comodidades.

La mayor parte de los confinados pertenecían á la clase más distinguida y meritoria de la sociedad cubana por su posición social, sus talentos, su riqueza, su laboriosidad y sus virtudes. El más anciano de todos era Juan González, que contaba ochenta y nueve años; el más joven un pardo de diez, preso en el partido de Peñalver con el Cura párroco presbítero Hollo. Había cuatro párrocos más, entre ellos el Pbro. Cándido Valdés, cura de Jarucó, de setenta años. Razón tenía el pueblo de Santa Isabel de asombrarse al ver tantos ancianos reunidos, y más aun de que les temiese el gobierno español, siendo así que el hombre cuando se acerca á su fin sólo apetece la tranquilidad del hogar y los cuidados de la familia. El corazón del hombre, por lo común, pierde el calor con la nieve de los años. ¿Quién podía presumir que el infeliz inválido Juan González que necesitaba el auxilio de sus compañeros hasta para acostarse, era tan peligroso á la conservación de la soberanía española en la isla de Cuba? ¿Quién que lo fuese un niño de diez años per-

teneciente á una clase tan desventurada en aquel país? No hay duda: los españoles abrigan el íntimo convencimiento de que esa soberanía es una deidad colocada en un débil pedestal de barro, profundamente lastimado en sus cimientos.

En el hotel de Thompson, único que existe en Santa Isabel, se hospedaron más de veinte personas costándoles dos duros diarios: en los bajos que estaban sin forro, también se hospedaron algunas poco favorecidas de la fortuna, gratuitamente: en el cuartel hallaron alojamiento otras, mediante el pago de veinte y cinco duros mensuales; y así, regados aquí y allá, se pasó la primera noche, rebosando cada cual en alegría porque se consideraba en libertad, había satisfecho el hambre devoradora, y podía estirar sus entumecidos miembros, bienes que á manera de relámpagos de dicha, nos vedaron momentáneamente el conocimiento de nuestra verdadera horrible suerte.

### CAPÍTULO III

#### MR. ANDRÉS STRUTHERS. (I)—PLAN DE ASESINAR Á LOS PRESOS PARA ROBARLES.

Por lo que hace á mí quiero dejar en estas Memorias el recuerdo de lo que me pasó. Luego que en una esquina oí las primeras palabras del bando que en inglés y español leía un joven *bubí*, tomé la calle de la Marina en busca, como todos, de un lugar en que albergarme. Ví un caballero en un balcón y le pregunté si podía hacerme el favor de darme noticia de alguna casa, ó cuar-

---

(1) Por una equivocación se puso el nombre de Mr. Andrés Struthers en el sumario del anterior capítulo; ahora lo colocamos en el lugar que le corresponde, que es en este capítulo III.—*El Editor.*



to, que estuviese en alquiler. Siga usted esta calle, me contestó, á la segunda cuadra verá usted una casa de alto que pertenece á las señoritas Marcoult. Son unas señoritas excelentes, estoy seguro de que agrada á V. su trato. Su padre ha muerto hace poco y ellas no necesitan toda la casa.

Díle las gracias y seguí hacia la casa de las señoritas Marcoult, que eran tres jóvenes de color (innecesario es decir que lo eran, en Fernando Póo sólo hay una mujer blanca.) Las señoritas Marcoult me recibieron con mucha amabilidad, me previnieron que subiese (estaban al pié de la escalera), y cuando me disponía á hacerlo llegó el mismo caballero que me había dado las señas.

—¿Es V. Mr. Francis Balmaseda, me preguntó?

—Sí, señor, le contesté.

—¡Ah, señor! ¡Cuánto he andado buscándole....! No necesita V. alquilar casa; tiene V. la mía. Venga V. conmigo; nada le faltará. Me está V. recomendado con las muestras de la mayor estimación por mis amigos los Sres. Bruce, Hamilton y Comp., del comercio de Tenerife. Tengo orden de entregar á V. cuantas cantidades me pida y gran placer en serle útil. Sígame usted, caballero.

—Agradezco infinitamente, le repliqué, el ofrecimiento de su casa que Vd. se digna hacerme con tanta generosidad; pero voy á ser á Vd. molesto y ya ve Vd. que puedo instalarme en la morada de estas señoritas.

—De ningún modo, exclamó; mi casa es la de Vd.

Al ver tan espontáneas instancias seguí al que es y será hasta la muerte mi adorado amigo Mr. Andres Struthers, natural de Escocia, rico y acreditado comerciante y una de las principales personas de la colonia.

En el camino encontramos á Evaristo Lamar y Julio Brodermann mi hermano político, que vagando como andábamos y reuniéndonos en grupos á cada paso, se nos incorporaron.

Llegamos á la hermosa casa de alto de Mr. Struthers y en el instante, conociendo que estábamos tan fatigados, nos llevó á un cuarto para que pudiésemos reposar y manifestó sus deseos de que Brodermann y Lamar se quedasen conmigo.

Cuando nos vimos en aquel cuarto entapizado de blanco, con espejos, tocador, porcelanas, peines, pomada, sofá, sillas y cuadros; cuando penetramos en un lugar tan aseado, quedamos admirados, deslumbrados, como si jamás hubiésemos poseído muebles del mayor lujo y casas que parecían palacios.

Cerramos la puerta y nos dejamos caer en las camas mientras nos llamaban á comer, que debía ser á las seis; faltaba una hora.

Bien podíamos haber dormido un rato; pero no era posible después de las impresiones de aquel día, y pasamos el tiempo comentando cuanto nos había sucedido y las horribles y repugnantes cosas que habíamos visto practicar á nuestros crueles guardianes. Parecíamos un sueño que hubiésemos escapado con vida, no sólo por tantos trabajos, privaciones, enfermedades y penas, sino porque nos constaba que se había concebido el plan de asesinarlos y robarlos. El principal cebo para que esto se hubiese realizado eran los cien mil duros, más ó menos, que traíamos entre todos los confinados. La Providencia, que velaba por nosotros, introdujo la discordia entre los voluntarios y los marinos, por querer aquellos llevar en el buque la voz de mando en todo lo relativo á nosotros, y de este modo se efectuó nuestra salvación, y también porque los segundos se mostraron humanos y generosos desechando ese plan diabólico: Los voluntarios mismos, en número de más de quince, lo revelaron á varios de nuestros compañeros en Fernando Póo, tratando cada cual de justificarse y hacer ver que lo había desaprobado. Parece, según todas las pruebas del caso, que he graduado procurando emplear la más fría imparcialidad, que el segundo Comandante del «Borja», D. Fidel Borrajo, tomó la palabra y se opuso, hasta con indignación, á ese espantoso crimen cuando el Capitán Comandante de los voluntarios, D. Manuel Trueba y Sañudo lo propuso en la mesa á todos los oficiales, así marinos como voluntarios, diciendo que había llegado la hora. No lo aprobaron tampoco ni el Comandante Lasheras, ni los oficiales y médicos.

Nos llamaron á comer. ¡Qué espléndida, qué suntuosa nos pareció la mesa! En el «Borja» comprábamos la

comida al proveedor de abordó Antonio Vigo, único á quien era permitido venderla; así es que nos imponía arbitrariamente precios elevadísimos (1) y se cuidaba poco de que fuese en calidad y cantidad suficiente á la nutrición.

Aquellos guisos, tan mal condimentados y que venían á nuestras manos con tan raquílica escasez, iban pasando rápidamente nuestros fondos á los bolsillos del proveedor, cuyos criados, Rafael y Vicente, el uno gaditano y el otro gallego, nos servían con un disgusto que no trataban de disimular, á menos que les diésemos continuas gratificaciones. Si nos quejábamos del poco recado, ó de lo pésimo de los alimentos, Vigo y lo mismo Rafael y Vicente, se llenaban de ira y sólo mandaba aquel á dar de comer á ciertas personas, así es que hubo para la generalidad varios días de ayuno.

¡Oh poder del hambre! Apesar de todo esto, cuando se repartía la comida daba lástima ver á muchos hombres bien educados, disputarse la preferencia, amontonados, confundidos, y arrojándose á un tiempo sobre las

---

[1] Un pollo tierno asado costaba dos duros y medio. Una taza de chocolate, medio duro. Una pierna de cerdo, que tendría con el hueso de cinco á seis libras, catorce duros. Un jamón pequeño, tres onzas de oro español. Una botella de cerveza, un duro; una de agua, veinte centavos; y cuando corría la voz de que escaseaba, un duro. Comprábamos el agua por no chupar los duros pezones. Por este estilo eran todos los precios. También pagábamos un real al día cada uno al marinero llamado Pilatos, que era el encargado de los tanques, para que no los dejase vacíos. Antes de que comprásemos sus servicios, Pilatos echaba, por ejemplo, seis baldes de agua si debía echar doce; y cuando, como era natural, nos quejábamos de que se había concluido, exasperados por la sed que acrecía el calor, era de oír á aquel miserable vertiendo improperios contra nosotros. A propósito del nombre de Pilatos: ¡Qué casualidad! Había otro marinero llamado Caifás, un voluntario conocido por Judas, y nuestra salida para Fernando Póo fué el domingo de Ramos (21 de Marzo) día en que los cristianos conmemoran el principio de la pasión del Dios que como hombre fué el más justo, el más sabio y el primero entre todos los republicanos que han existido.—*N. del A.*

rejas de la jaula donde estaba el reducido hueco por donde entraban y salían los platos. ¿Habéis visto alguna vez en el campo cuando la criada reparte el maíz á las aves domésticas al amanecer y al verla corren ansiosas hacia ella, se agrupan, la rodean y la importunan? Así una parte de los confinados, los más hambrientos ó menos sufridos y prudentes, se acercaban al encargado del despacho, le instaban, le suplicaban, y á veces, si no los atendía, le dirigían palabras insultantes.

Cierto es que se repartía el rancho dos veces al día; pero á todos causaba una repugnancia invencible. ¿Cómo podía Vigo permitir que estuviese bien sazonado en daño de sus intereses?

Gradúese si nos causaría agrado, hasta admiración, la opípara mesa del bondadoso Mr. Struthers. En los sesenta y cinco días de viaje habíamos vivido en la mayor miseria, y ahora de improviso nos hallábamos en la mayor abundancia.

### CAPITULO III

#### EL DESASEO.—GUSANOS Y PIOJOS EN EL «BORJA.»

El pintor, por la injusticia y la crueldad, de cuadros horribles, tiene que pintar, como Murillo, asquerosas úlceras; su única obligación es ser verídico, y así no dejaré de decir que en el «Borja» el robo era tan común, que nos robaban hasta la ropa sucia que atada á un cordel arrojábamos al agua por las portezuelas para que se lavase al andar del buque. ¡Desde la cubierta la pescaban con anzuelos! Al apreciable Padre Castillo y á otros les robaron los relojes, y cuando llegamos á Fernando Póo muchos no tenían ni camisas, ni pantalones, sino los puestos, ni calzado, ni sombreros, todo, todo se lo habían robado; y no una vez sino innumerables comparamos á los voluntarios nuestras propias camisas, cajas de pasas y otros efectos que tenían nuestras marcas.

¿Y la decencia me prohibirá hablar del desaseo? ¿Será posible que nada diga de aquel horrible hervidero de gusanos que había debajo de los colchones inmediatos á los zambullos, derramados casi todos los días con los balances del buque, sin que se diese agua á los confinados, ni escobas, ni esponjas, para que hiciesen ellos mismos la limpieza? ¡Qué infelicidad tan grande! ¡Qué martirio! ¡Qué pestífero olor! ¡Qué asco! ¡Qué inhumanidad!

Era, además, preciso tener constantemente el peine en la mano para que no nos devorasen los piojos, y cubría nuestros vestidos á menudo la variedad llamada *carángano*, que se desprendía del techo, ó brotaba del suelo, de todas partes. El calor y el desaseo en aquel encierro sin ventilación, ó alguna otra causa que me es desconocida, daban vida á esos insectos en tan inmenso número. El calor era tanto que tostaba el pan puesto cerca de donde estaba la máquina, y ¡allí, allí dormían estrechados por falta de espacio, muchos de mis infelices compañeros, á quienes esperaba la fiebre en Fernando Póo para recibirlos en sus brazos, ya puestos en el camino de la muerte, ó de crueles é incurables padecimientos físicos! ¡Oh Cielos! dos de ellos habían penetrado en los palacios encantados y á la vez lastimosos de la locura, en cuyos umbrales deja el hombre la conciencia de lo que le pasa.

No hay que explicar al entendido lector que pasamos la primera noche en la morada de Mr. Struthers sin que un solo momento viniese el sueño á cerrar nuestros párpados; pero no porque nos oprimiese el dolor, como cuando estábamos presos en el castillo de la Cabaña, en Cuba, á merced de una banda anárquica y frenética de voluntarios que todos los días querían degollarnos; ó cuando atravesábamos el solitario océano en busca de un país en que creíamos que al llegar encontraríamos hecha la escavación de nuestra sepultura; nuestro insomnio era efecto del bienestar y de las sensaciones gratas que habíamos experimentado; sentíamos que vivíamos y la esperanza, esa fiel compañera del hombre, nos presentaba el risueño cuadro de nuestra resurrección con todos los encantos del amor de la patria y de la familia.

Aún no había amanecido y ya estábamos en pie. Las noches no son muy oscuras en Fernando Póo; al contrario, tienen la claridad del crepúsculo; pero caía tanta neblina que se nos dijo que era muy dañoso á la salud salir á la calle. Esperamos la venida del sol que nos enseñó su disco, como comunmente, al través de pardas nubes que ponían opaca su luz. Así se presenta casi todo el año; pero esa circunstancia no impide que sus rayos sean abrasantes; al medio día y hasta muy entrada la tarde, quemau materialmente. Todo el que habita en Fernando Póo tiene que preservarse del sol, aun más que de la lluvia, de la luna y de la niebla, porque el que sufre un día el calor de sus rayos rara dicha será que no le ataque la fiebre.

He dicho que todos los confinados tenían rentas, ó alguna profesión ó arte de que vivir, y debo agregar que aún aquellos de menos educación habían dado pruebas de moralidad y de orden. Cuando pasaron algunos días de estar en Fernando Póo el Gobernador aplaudía el honrado proceder de todos públicamente, y eso que el Capitán General de Cuba, para mayor ignominia, había mezclado con nosotros cuatro ó seis individuos, presos por sospechas de delitos comunes.

Podía haberse formado un pueblo con aquellos doscientos cincuenta hombres, si llevados á un clima benigno hubiesen determinado mandar por sus familias; pero en la funesta isla no había medios para subsistir, ni condiciones de vitalidad, especialmente para la mujer blanca. La mujer blanca, apenas llega, deja de pagar su tributo mensual y principia á padecer hasta morir hidrópica. Se dice que alguna de las partes componentes del agua que se consume puede producir ese fenómeno, que hace imposible aquí el progreso de la raza caucásica. El agua, no analizada aún, se trae del río inmediato, es cristalina y agradable y posee evidentemente grandes propiedades digestivas y diuréticas. Lo más probable es que esta insalubridad dependa de los efluvios que exhalan los árboles y otras materias orgánicas en descomposición que arrastra el Níger y que alteran la atmósfera en una vasta extensión.

Otro fenómeno digno de que lo mencione y de que

tomen nota los sabios llamados á investigar los arcanos de la naturaleza, es este: entre el blanco y la negra indígena, de que pudiera provenir, como en todas partes, esa clase mixta que produce hombres tan bien formados y de tanto talento, llamada de los pardos ó mulatos, no hay procreación. Sólo he visto en la isla una graciosa pardita de ocho años. Esta es una desgracia, tanto más sensible cuanto que el cruzamiento, que hubiera comenzado y recibido notable impulso desde principios del siglo XVI por efecto de la trata con las frecuentes visitas de los españoles y portugueses, podía haber sido una causa de adelanto intelectual y consiguiente perfección de la especie humana en esas regiones. Ni en esto ha sido útil al mundo la execrable esclavitud.

No quiero que se me olvide decir que el español, sargento del ejército y segundo comandante militar de Santa Isabel, que mandó poner guardias en su tienda, no sólo mandó á retirarlas, luego que vió nuestro porte decente y se enteró de la verdad, sino que al siguiente día estaba aquella entregada á uno de los confinados, á Sosa, por cierto de los más pobres. El mismo individuo me manifestó un día que estaba construyendo una casa exprofeso para un billar y cantina, con juegos de ajedrez, dominó &c. que también iba á entregar á un cubano. —No haga V. grandes gastos, le dije, que puede suceder que nos ausentemos antes de que V. concluya esa casa. —No, me contestó, de Vds. se irán unos pocos, los demás quedarán aquí hasta que se pacifique Cuba, que será sabe Dios cuando, según el mal aspecto que presentan las cosas.

—¡Ah! señor, le dije, tal vez con imprudencia, es más fácil que V. siembre los árboles que le han de dar la madera para esa casa, que el ver á Cuba pacificada en poder de España. Siempre, siempre, existirá en los cubanos el anhelo de sacrificarse por la independencia.

—¿Qué dice Vd? me replicó como asombrado de mi atrevimiento. España mandará mucha tropa, mucha, cuanta sea necesaria.

—El clima y las balas darán cuenta de ella y España se arminará. No se altere Vd., oiga Vd: Cuba española es la Cuba de los esclavos destinados á las grandes

plantaciones de caña, la Cuba de los fusilamientos, de las deportaciones y de la negación á sus hijos de tododerecho. ¿No es cierto? Pues para la esclavitud tienen los cubanos la libertad; para las plantaciones, el fuego; para las deportaciones, dejarse matar peleando. ¿Cree Vd. que tienen poco?

—Mire Vd., exclamó mirando para todas partes; está prohibido hablar de las cosas de Cuba. Yo no denunciaré á Vd.... no quiero disgustos con los confinados.... no debo tampoco hablar..... soy empleado. Hasta después, caballero.

Aquel pobre diablo que procuraba con ahinco relacionarse con los confinados para que le comprasen efectos en su tienda y con estas miras la entregó á Sosa, como dije antes, uno de los más pobres, no estaba beodo aquel día, y, á la verdad, aunque sumamente interesado, no me parecía un mal hombre.

## CAPÍTULO IV

### PROCEDER INDIGNO DE LOS VOLUNTARIOS; SUS INJURIAS Á LOS CONFINADOS; SUS IMPRECACIONES.

---

He tenido el gusto de mencionar la excelente conducta en Fernando Póo de todos los cubanos, aun de aquellos cuatro ó seis presos por sospechas de delitos comunes; veamos ahora la de los voluntarios españoles.

Venían á tierra los primeros días por las tardes, é iban á dormir abordo. Apenas desembarcaban se dirigían á las tabernas donde bebían tantos licores que muchos llegaban á la embriaguez. Después salían juntos por las calles en partidas, cantando, gritando, riendo unos con otros y vertiendo palabras obscenas. Si encontraban una señora ó señorita natural del país, iban al momento á abrazarla y besarla confundiéndolas con la esclava de Cuba, que rara vez hace aprecio de la honra, consecuen-



cia necesaria de su condición social, y entonces había los mayores escándalos.

Solían comprar efectos en las tiendas y no pagarlos. No cesaban de remitir cartas á los confinados pidiéndoles dinero; conserva en su poder varias de estas cartas el Dr. Bravo y Santies, y ellas revelan lo despreciable, lo ruin de aquellos bandidos, antes tan altivos, tan fieros, y después tan mansos, tan humildes.

Al cuarto día por la noche tomaron un bote, se dirigieron á una posesión de campo, que se halla frente á Santa Isabel, por formar la isla un arco donde está la bahía, y lo cargaron de aves y viandas. El dueño dió parte al Gobernador de aquel robo, y éste, que estaba no poco irritado con los voluntarios al ver su mala conducta, pasó un oficio al Comandante del «Borja» previéndole que no los dejase desembarcar. Era, no obstante preciso que lavasen su ropa y se les dejó ir á la Carbonera, punto distante como dos millas de la ciudad, donde tienen los ingleses un depósito de carbón para los vapores de la Mala real y la Nueva Empresa. Allí, continuando sus riñas de costumbre, efecto no sólo de la ignorancia y la inmoralidad sino del constante uso de licores espirituosos, uno de ellos hirió á otro, parece que mortalmente, pues formado el debido procedimiento se trató de aplicarle doscientos palos en la picota; mas el Gobernador desistió de esa idea y aún de continuar el sumario para remitirlo con el reo á las autoridades de Cádiz, que era el punto adonde debía dirigirse el «Borja.»

Los españoles que han tenido la dicha de recibir una educación esmerada, aquellos que le rindan culto á la razón y á la justicia, se quedarán admirados de los hechos que voy describiendo. Les parecerá inverosímil esa crueldad, ese odio de los voluntarios que nos custodiaban en el «Borja», odio que no podía ser hijo del fanatismo político, que tanto exalta las pasiones, puesto que no eran hombres de principios, ni les importaba un bledo la independencia de Cuba. Se conocía que estaban azuzados por los traficantes de carne humana, enemigos acérrimos de nuestra gloriosa revolución, que proclama la libertad de los esclavos.

¡Qué de maldiciones, amenazas é insultos dirigían todos los días aquellos cobardes á hombres desarmados y encerrados, que en nada les habían ofendido y que por estar indefensos y hallarse en tan gran desgracia, ya que no por sus años y sus circunstancias personales, merecían ser respetados! Lamartine dice que la desgracia es sagrada; pero Lamartine habla con los corazones buenos.

He aquí unas muestras para que se vea en estos rasgos lo feroz y lo inmundo de la escoria que el pueblo español arroja sobre Cuba. «¡Permita Dios que recibáis la noticia de la muerte de vuestros hijos y de vuestros nietos!» «¡Sóis los dueños de casi todos los esclavos y queréis darles la libertad! ¡Infames cubanos! ¿No conocéis que es para vuestro daño? ¡Permita Dios que los esclavos beban de vuestra sangre y deshonren á vuestras madres, á vuestras hijas y á vuestras esposas!» «¿Os quejáis de que os han robado toda vuestra ropa y hasta vuestros zapatos? ¡Voto á Dios! entre los voluntarios no hay ladrones. ¿Para qué queréis ropa ni zapatos? Si os sacan de los calabozos de Fernando Póo, iréis á vivir para siempre entre negros salvajes que andan desnudos y descalzos.» «¡Con qué placer comería de vuestras entrañas!» «¡Con qué placer os arrancaría esas barbas tan blancas!» «Callad, vuestra conversación me molesta.» «¡Atrevido, infame, mal nacido, ¿estás fumando? Ahora mismo irás á la barra. ¡Cabo Cuartol! ¡Cabo Cuartol! &..»

Tres de los voluntarios habían llevado en febrero de este mismo año el grillete del presidiario trabajando en adoquinar las calles de la Habana y en el derribo de las murallas. Conocieron á estos tres bribones varios de los confinados y ellos no pudieron hacerse los desconocidos. ¡Cuántos más habría entre nuestros verdugos de la misma calaña! ¡En qué manos nos había puesto el gobierno español! Pero esto no debe sorprendernos: el batallón llamado del «Orden» fué formado con los presos de las cárceles de la Habana y Matanzas y con los presidiarios, y mientras más grave era el delito que habían cometido, más propios se les consideraba para ingresar en aquel cuerpo. No tardó en presentarse la deserción

y en ser los campos de la isla teatro de escenas espantosas en nada relacionadas con la guerra. En esto dió á conocer el gobierno español tres cosas: su debilidad cuando tuvo que echar mano de un recurso tan inícuo: su poca moralidad, y su ignorancia, pues debió saber que es muy difícil y en todas circunstancias muy peligroso poner el crimen al servicio de una idea política.

## CAPITULO V

LOS VOLUNTARIOS DEL «BORJA» CAMBIAN DE CARÁCTER.—FALTA DE CONSECUENCIA DE PRINCIPIOS POLÍTICOS DEL GABINETE DE MADRID. — ASESINATOS EN LA HABANA

---

Debo decir que el encono de los voluntarios desapareció apenas llegamos á Fernando Póo, pues casi todos pretendieron quedarse en nuestra compañía en la isla haciéndonos continuas súplicas y proposiciones para que les diésemos capital con que poner tiendas y establecerse; otros querían quedarse á sueldo sirviéndonos de criados. Era de ver el completo cambio de aquellos miserables que se empeñaban muy obsequiosos en disculpar su conducta á bordo del «Borja» y echaban pestes contra el gobierno de España, diciendo que ellos reconocían que era el más infame y ladrón del mundo; que si se hubiese contado con los peninsulares hubieran sido los primeros en proclamar la independenciam; que el antipático Trueba y Sañudo, según era de feo, con aquellos labios belfos y aquella cara de condenado, era de cobarde, pues podíamos haber observado que anduvo en los últimos días del viaje, y fué así la verdad, escondido, arredrado, por miedo de la paliza que ellos quisieron darle; cansados, decían, de sufrir el despotismo y la insolencia con que los trataba, etc.

No hay que decir que fueron desechadas sus pretensiones, como que no era ni siquiera disculpable que accediendo á ellas, escasos de prudencia, pagásemos nosotros mismos los espías que nos hubieran vigilado, dando creces á los medios de opresión de que disponía el Gobernador de la isla.

De lo expuesto se deduce que es falso, falsísimo el patriotismo de que los españoles de Cuba hacen tan ridículos y no pocas veces crueles alardes. Se acerca el día en que se ha de ver que á España sólo le tocan los sacrificios en esta contienda, y que el partido español ha de desconocer su soberanía antes de caer vencido por la revolución, ó entrar en tratos con ella. La integridad nacional, el orgullo nacional de que tanto blasona son palabras vacías de sentido, tanto en su significación histórica, después de la independencia de los Países Bajos, Portugal y los Vireinatos de América; pérdida de Gibraltar; venta de la Luisiana y de la Florida etc. cuanto en la expresión del sentimiento, porque ese sentimiento no existe. Vienen esas palabras á sus labios porque les parece en su ignorancia que son la égida salvadora de sus intereses. Dejad, pues, que el curso de los acontecimientos les pruebe que nuestra revolución, más social que política y por lo mismo invencible, ha de triunfar con más ó menos derramamiento de sangre, en un plazo más ó menos largo, y los veréis prostrados ante el sol que nace.

Las guerras de independencia en países de las condiciones de Cuba sólo finalizan con el triunfo; aunque á veces parezcan terminadas, viven latentes y renacen como el fénix.

Desde que se refugió en Pau doña Isabel de Borbón, abandonando precipitadamente su patria y su corona; desde que D. Francisco Lersundi, capitán general á la sazón de Cuba, dijo en un manifiesto que seguiría la suerte próspera ó adversa de aquella señora, el Gobierno Provisional debió nombrar otro representante que separándose de la senda tortuosa seguida por la dinastía borbónica durante tantos años, interpretase y aplicase los principios que se habian proclamado. No fué así, y mentiras en toda España se gozaba el placer del triunfo

de la libertad, en Cuba se amartillaban aun más las cadenas de la servidumbre. No se nos dió á conocer oficialmente el nuevo orden de cosas, y en la Universidad y en la Audiencia continuaba la fórmula de jurar todo el que ingresaba en una carrera científica, se recibía de juez de paz, escribano, etc., ser fiel á una reina que ya no lo era.

El 19 de Noviembre de 1868, día de Santa Isabel, recibió corte el Capitán General, no obstante haber triunfado la revolución en España el 21 de Septiembre del mismo año y flamear desde el 10 de Octubre en los campos de Yara la gloriosa bandera de la Estrella Solitaria.

¿Cómo pudo Lersundi, es un hecho originalísimo, sostener en Cuba los derechos y prerogativas de la hija de Fernando VII, y aprobarse al mismo tiempo su conducta por el gobierno revolucionario que la había destronado? Esto nos da una idea del completo desorden del gobierno de España, de la ineptitud de sus hombres de Estado, y de la manera infame y necia con que se ha abusado de nuestra paciencia.

Lersundi llamó á doña Isabel: *ilustre Señora*. Dulce la llamó: *planta venenosa*. Ambos eran Delegados del gobierno de la metrópoli. ¿A cuál debía creer el pueblo cubano? A ninguno de los dos. Estaban fuera de toda legalidad, como lo está Serrano. En España no hay gobierno legítimo, entendiendo por tal la libre expresión de la voluntad del pueblo, fuente de la soberanía. Tratándose de derecho constituyente, de leyes fundamentales, cuando una nación aspira á reorganizarse y adoptar esta ó aquella forma de gobierno, no hay poder alguno, sin ejercer la tiranía, al que sea lícito suprimir, restringir ó modificar el sufragio universal, excluyendo de las urnas una parte de los ciudadanos, como se ha hecho con la juventud española. Serrano no es jefe de esa nación, es cabeza de un partido; del partido monárquico; es un tirano, un usurpador de los derechos del pueblo.

Algunos opinan que Lersundi al formar los primeros batallones de voluntarios, quiso crear obstáculos á su sucesor, con miras ulteriores. Hubiese ó no esa inten-

ción de parte del apasionado servidor de Doña Isabel, obstáculo y grande encontró Dulce en los voluntarios para gobernar con desembarazo; y como es un hombre de carácter débil y escaso talento, lejos de disminuir aquel poder que iba auteponiéndose al suyo y anulando hora por hora la soberanía española, de que él se creía legítimo representante, no cesaba de aumentarlo formando nuevos batallones y dejando á su cargo la guarnición de la Habana y de las fortalezas. Nueve mil hombres armados había á mi salida el día 21 de Marzo, nueve mil vándalos, que negándose á ir á los campos de batalla se conformaban con dominar en la capital entregados á la anarquía.

La revolución en tanto cobraba proporciones colosales: la robusta voz de nuestro magnánimo Presidente Carlos Manuel de Céspedes y del ciudadano Francisco Aguilera, varón de eminentes virtudes cívicas, hoy ministro de Estado de la República en el Departamento de la guerra, resonaba de un extremo á otro de la isla, haciendo estremecer de júbilo todos los corazones cubanos. Brotaban por do quiera las partidas de patriotas, en inmenso número; pero escasísimas de armas, que á tenerlas el triunfo hubiera sido instantáneo, pues aunque el soldado español es sufrido y valeroso, los hechos han probado que el soldado cubano le excede en esas cualidades. Ha peleado á menudo contra tropas disciplinadas, con palos, con piedras y hasta con las manos, desafiando toda clase de peligros, y no se ha dado hasta ahora el caso, lo cual tiene asombrados á nuestros propios contrarios, de que un solo hijo de Cuba, de los innumerables que han sido bárbaramente fusilados, ó han subido al cadalso no haya recibido la muerte con serenidad, hasta con cierta satisfacción, clamando muchos, como los jóvenes mártires León y Medina: «Viva la independencia de Cuba,» palabras sacrosantas que quedaron ahogadas en sus labios al exhalar sus últimos suspiros.

El comercio de la Habana estaba arruinado por las pérdidas que había sufrido en todas las poblaciones; su crédito en el extranjero había desaparecido casi por completo. El Banco Español tenía en Diciembre de 1868 tres millones de duros en depósito, conforme al

balance publicado en la Gaceta Oficial (1) para responder á catorce que había emitido en billetes, y en este estado de quiebra, existiendo por medios artificiales, iba á emitir ocho millones más para seguir creando Dulce batallones de voluntarios, los cuales debían sostenerse robando al país, mediante lo exhausto de las cajas insulares y la insolvencia de España.

Lo más singular es que el tema de aquellos hombres no era otro sino que se diese muerte al Capitán General, que un día corrió gran peligro y debió su vida al segundo cabo, general Espinar. Sucedió ese día que el quinto batallón, llamado de los *Cañamazos*, compuesto de los cerretoneros, cocheros y gente toda la más criminal y soez, lleno de disgusto por haber circulado en aquellos días un anónimo impreso, que se suponía venido de Madrid, en que se aseguraba que los generales Serrano, Prim, Topete y Dulce habían fomentado la revolución cubana para tener donde guarecerse, si fracasaba la de España; y también porque no se le permitía degollar á los presos políticos, al pasar frente al Palacio de Gobierno se detuvo en la mayor insubordinación y pidió la cabeza de Dulce. Asomóse al balcón Espinar y lo aquietó diciéndole que aquél estaba en cama gravemente enfermo, que él desempeñaba sus veces y que si querían dispusiesen de su vida. Al decir de los amigos de Dulce no fué ese un acto de valor, sino una figura retórica, pues Espinar era el ídolo de los voluntarios, porque adulaba sus pasiones, prestándose á ser instrumento de sus fechorías, y labraba, ávido de mando, el desprestigio del Capitán General para colocarse en su puesto.

No había absolutamente en tales circunstancias segu-

---

(1) Más adelante se verá la situación del Banco en 2 de Octubre de 1869. Recomiendo la lectura de estos documentos á los financieros de la *City* de Londres y de *Wall Street* de New York, centros de donde parten las arterias del comercio del mundo. No parece posible que se dejen engañar por los oscuros mercaderes de la Habana, cuya ciencia consiste en ejercer el monopolio y en comprar y vender hombres.

*N. del A.*

ridad personal, y cuando se asesinaba á un hijo del país, cosa que llegó á hacerse muy común, el expediente quedaba cubierto manifestándose por el agresor que había pronunciado palabras subversivas.

Viendo lo que pasaba, escaseando las colocaciones y circulando cada vez menos el numerario, pues más de cien mil personas con posibles habían emigrado al extranjero huyendo de los peligros de la anarquía, y las que se quedaban, por necesidad, reunían apresuradamente sus fondos para emigrar también, si no se pasaban al campo de la libertad, llegó la ocasión á la turba de perversos que hay en toda ciudad populosa. Pronto no quedó en la Habana presidiario cumplido, ladrón de profesión, ó vago, que no vistiese el uniforme militar. En todas las ciudades de la Isla, sujetas aún al despotismo español, sucedió lo mismo, y he aquí por qué se cometieron tantos abusos, tantos asesinatos y tantos robos, tales como los de Villanueva y el *Louvre*, y el saqueo de la casa de Delmonte. (1)

(1) Se corrió en la Habana, en ciertos círculos, que la noche del 22 de Enero de 1869, debía tener efecto en el teatro de Villanueva una función dramática, cuyos productos se destinaban á los fondos revolucionarios, y que sería la primera señal del levantamiento de la ciudad y degüello de los españoles, idea esta última inverosímil y claramente calumniosa, pues á ser cierta, los conspiradores no hubieran llevado allí sus esposas, sus madres y sus hijas. Buscóse esta razón, después del suceso, como una disculpa, y se dijo además que la noche anterior varios jóvenes habían dado en ese mismo teatro vivas á nuestro ilustre Presidente y á la República, lo cual me inclino á creer que fué verdad, ó por lo menos es muy posible; y aunque no quedó comprobado en la investigación verbal que hizo la policía, tomó ésta sus medidas para que no se repitiese esa demostración de los sentimientos populares.

Los voluntarios, por su parte, obedientes á la voz de sus Jefes, esclavistas frenéticos y sanguinarios, ó por propia autoridad, se reunieron y ocultaron en el foso inmediato; después se situaron sigilosamente y en crecido número detrás del teatro, y al terminar una pieza bufa, *El Perro Huevero*, comen'ó el público á aplaudir, ageno del peligro que corría, y comenzaron los disparos sobre el edificio, que siendo de ta-



Dueños los voluntarios de la Habana de la situación en la parte en que tremolaba todavía la bandera española, se armaron á toda prisa, y organizaron una especie de asamblea llamada Casino, que pronto tuvo otras de igual índole obedientes á sus mandatos en cada ciudad. Un espíritu observador puede ver fácilmente

---

blas, permitía que cayese sobre la concurrencia una granizada de balas.

A los pocos momentos dieron la vuelta y entraron en el teatro, tratando de ensartar cada uno, brutalmente, en la punta de su bayoneta, ó desprender las cintas y flores de los colores de nuestra bandera, azul, blanco y punzó, que adornaban las sienes, el peinado y el vestido de las señoras y señoritas; hirieron á algunas y entonces se oyeron distintos disparos de cubanos y españoles.

Hubo allí varios muertos, de que se tiene noticia, entre ellos dos señoras, y multitud de heridos.

Inmediatamente los voluntarios suspendieron el fuego, echaron el fusil al hombro y se retiraron por la puerta del fondo. ¡Habían recibido orden de salir para incendiar el edificio! Ya era tarde; mientras se trajo la trementina pedida al efecto, los concurrentes se precipitaron en la mayor confusión hacia la puerta principal, y cuando estaban fuera casi todos, nuevos grupos de voluntarios, veridos de diversos puntos, y los que habían estado en el teatro, hicieron repetidas descargas cerradas sobre el cordón que formaba la compacta muchedumbre. Allí cayeron muertos en el acto, ó quedaron heridos, cubanos, españoles y de otras naciones. Amigos, enemigos, deudos, conocidos; nada detuvo á aquellos monstruos.

Grande fué el número de víctimas, entre ellas, el rico hacendado cubano Pablo González, hijo del conde Palatino, y su niño de ocho años que llevaba de manos.

El gobierno español echó un velo sobre este espantoso crimen, que tanto le deshonorra, y nadie sabe el número fijo de los muertos. Los asesinos siguieron llamándose *defensores del orden* y muchas personas inocentes han sufrido larga prisión, [prisión y martirio son palabras sinónimas desde que estalló la revolución] atribuyéndoseles complicidad en ese suceso, en el que, como quiera que se mire, sólo puede haber delito de parte de los voluntarios, primero: por haberse sublevado contra las leyes abrogándose una autoridad de que carecían; segundo:

que la revolución de Cuba ha girado á un tiempo en dos esferas distintas, ambas hostiles á España: la una grandiosa, espontánea, popular, heroica y en nombre de sublimes principios, la de los cubanos; la otra reducida á cortos límites por lo exiguo del número de peninsulares, (noventa mil, con los canarios, antes de la emigración,

por haber puesto en grave peligro el orden público; tercero: por haber cometido esos asesinatos con premeditación y alevosía en personas inocentes; cuarto: por haber atacado el derecho de reunión pacífica, entonces otorgado al pueblo cubano en la farsa de las concesiones con que quiso engañarle la metrópoli. Reos son ante Dios y los hombres, mejor dicho, reos serían á los ojos de cualquier gobierno del mundo, menos del gobierno español.

Aun humeaba la sangre derramada, aun no había pasado la dolorosa impresión que produjo ese acontecimiento, cuando el 24 del mismo mes, día señalado por Dulce para una revista, que no tuvo efecto por haber llovido, vagaban los voluntarios por toda la ciudad, en grupos y armados, pues temían el levantamiento de los hombres de color de los barrios del Manglar y Jesús María, que habían dado heroicas pruebas de su amor á la causa de la libertad, causa santa, tan suya como nuestra.

Al pasar uno de esos grupos por frente al café del *Louvre*, se oyó un tiro de la parte alta del edificio, tiro que á nadie hizo daño y que tal vez sería el crugido de una puerta cerrada con violencia; pero que bastó para que inmediatamente se hicieran diferentes descargas dirigidas al punto de donde se creyó que había partido.

Estaban á la sazón en el café numerosas personas pacíficas bebiendo, fumando, jugando al tresillo, ó simplemente conversando de diversos asuntos, por ser el *Louvre* uno de los más concurridos centros de reunión de la Habana.

El estruendo de las descargas hechas á los balcones y azoteas atrajo á los pocos momentos bandadas de voluntarios, y desplegados entonces en orden de batalla, al grito de ¡Viva España con honra! hicieron dos nutridas descargas sobre los concurrentes del café, que apiñados, confundidos, formaban un remolino moviéndose de un punto á otro, sin poder salir de aquel lugar de tanto peligro, porque los obligaban á retroceder á culatazos.

Instantáneamente, después de las dos descargas, dieron un ataque á

contando mujeres, ancianos y niños) pero temible por sus ideas esclavistas, por lo sanguinario y por lo tenebroso de sus trabajos. Probaron los corifeos del partido español, sin conciencia de lo que hacían, arrebatados por el huracán revolucionario, el manjar del poder, pudiera decirse con propiedad, de la soberanía absoluta, y en su conse-

---

la bayoneta á aquella masa compacta de vecinos indefensos, y á los pocos instantes el salón era un lago de sangre, yacían en el suelo siete cadáveres y se oían los ayes lastimosos de innumerables heridos.....!

¡Qué pronto arrojó el Cielo sobre el rostro de los españoles esclavistas de Cuba aquella sangre inocente! ¡Qué pronto llevó el remordimiento y el dolor á sus pechos! ¡Todos los muertos y heridos eran comerciantes españoles, de su propio partido, y uno de los primeros jefe de los más exaltados de los voluntarios! ¡Qué rabia! El árbol del crimen sólo produce frutos malditos; pronto se dijo, contrariando el sentido común, que había sido obra premeditada de los cubanos. El delito, para ser más feo, necesita el consorcio, los harapos de la calumnia. Esa noche fusilaron en la calle al famoso retratista Cohner sin más delito que habérsele prevenido que gritase: ¡Viva España con honra! y haber él contestado: «Soy ciudadano americano; sólo debo dar vivas á mi nación.»

Toda aquella noche estuvieron disparando tiros en el *Louvre* y en distintos puntos de la ciudad sobre los transeúntes. Es muy difícil llegar á saber el verdadero número de los vecinos que así fueron impunemente asesinados.

Esa misma noche abrieron las puertas de la casa del rico ciudadano cubano Leonardo Delmonte, que estaba en el campo, con el pretexto de que había en ella un depósito de armas. Lo había sí; pero eran del Japón, de la India, unas de madera, otras de hierro, armas normandas del tiempo de Guillermo I que conquistó la Sajonia, del tiempo de los primeros Incas; en fin, una colección valiosísima, ante la cual un soldado inglés hubiera detenido sus pasos en una ciudad entregada al saqueo, recordando las antigüedades de la Torre de Londres. Había también en la casa de Delmonte numerosos cuadros de exquisito gusto artístico, originales de célebres pintores americanos, y copias acabadas del Correggio, Miguel Angel y otros maestros. Los voluntarios los hicieron trizas, lo mismo que las armas; abrieron los escaparates, cuyas hojas cayeron al suelo en pedazos, y robaron las ri-

cuencia depusieron gobernantes, (1) aprehendieron ciudadanos, los desterraron, les confiscaron sus bienes, ó los fusilaron sin sujetarlos siquiera á la breve tramitación de un juicio verbal. Crearon, no un poder intermedio entre el pueblo y el gobierno español, sino un poder superior á éste, que le guarda sólo por razones de conveniencia y eso hasta ciertos límites, las fórmulas del respeto, pronto á revelarse á la primera señal que den las cortes españolas de querer abolir la esclavitud, cuya existencia las degrada, envilece y ridiculiza ante el juicio universal.

---

quísimas joyas que había dentro. Se apropiaron cuanto había de algún valor, apuraron los ricos vinos de Delmonte y pronto la embriaguez prestó más feos tintes á aquella escena de robo y destrucción, siendo las víctimas una criada inglesa, anciana, á la que maltrataron y despojaron de cien duros, y una joven de color de doce años.

Este hecho ha quedado también impune. España no tiene suficiencia en Cuba para hacer respetar el orden y las leyes. ¡Ay de los extranjeros y de los vecinos ricos de la Habana, si no viven prevenidos y armados, como el soldado que está de centinela! El día que menos lo esperen se han de ver atacados, robados y asesinados por los bandidos que se titulan voluntarios. Esos hombres no conocen otro Dios que el oro, ¿qué les importa que venga á sus manos bañado en lágrimas y en sangre?—*N. del A.*

[1] El mismo Dulce fué ignominiosamente depuesto por los voluntarios amotinados y tuvo que entregar el mando á Espinar, sin que le concediesen, como pretendió, el tiempo necesario para participar por telégrafo á Madrid. También fueron depuestos el Gobernador de Matanzas, López Pinto, y otros funcionarios.—*N. del A.*

## CAPITULO VI.

LOS CUBANOS RESPETAN LA VIDA DE LOS PRISIONEROS  
DE GUERRA;

LOS ESPAÑOLES LOS MANDAN AL PATÍBULO.—

GENEROSIDAD DEL GENERAL QUESADA.—

DÍAS Y NOCHES HORRIBLES EN LA PRISIÓN DE LA  
BÓVEDA DEL CASTILLO DE LA CABAÑA.

---

Había un camino que podía haber sido áncora de salvación, la dicha de los dos partidos: la unión de los cubanos y los españoles proclamando la independencia, reconociendo la República, entrando á gozar con iguales condiciones los derechos de ciudadanía y aboliendo la esclavitud, sin lo cual sería infame todo avenimiento. Los españoles lejos, muy lejos de aspirar á esa unión la han hecho punto menos que imposible poniendo por el medio un lago de sangre, un mundo de odio. No han querido darle á la guerra el carácter propio de hombres cristianos sujetándola á las reglas del derecho natural y es en vano que se les haya propuesto, tanto por el Presidente de la República, como por el General en Jefe de nuestros ejércitos y otros jefes distinguidos, así en comunicaciones oficiales como en hechos heroicos y de gran clemencia en los campos de batalla. ¡Han sido puestos en libertad distintas veces numerosos prisioneros españoles, mientras los nuestros han sido siempre fusilados sin piedad (1).....!

---

(1) No puedo menos que referir un rasgo del General en Jefe de los Ejércitos de la República, C. Manuel Quesada, rasgo de generosidad de que se verán muchos en la historia de esta guerra, de parte de

Aquí debo detenerme á hacer una observación: España ha perseguido á los cubanos con el fusil del soldado, con el puñal del asesino, con la tea del incendiario, con el confinamiento, con la confiscación y destrucción de la propiedad, con la calumnia, con la difamación, con el

---

los cubanos, el día en que se escriba. El C. Vicente García, en quien compiten el valor, la actividad y la modestia, había formado su división desde el principio de la guerra quitando armas al enemigo. Ya tenía sobre ochocientos hombres armados de este modo y se hallaba casualmente y por efecto de operaciones estratégicas, al frente sólo de unos ciento cincuenta, cuando tuvo aviso de que el enemigo llevaba un convoy hacia las Tunas, custodiado por más de trescientos soldados. Puesto inmediatamente de acuerdo con el otro general C. Francisco Rubalcava, entonces Comandante, escritor distinguido y no menos notable por su talento que por su patriotismo y su denuedo, atacó por vanguardia al enemigo en la mañana del 18 de Abril del año 1869, secundándolo á retaguardia el General Rubalcava, con una división de ciento cincuenta patriotas. En el punto nombrado la Cana abrieron el fuego contra los españoles, que les hicieron frente y pronto huyeron derrotados, dejando en el campo veinte y tres cadáveres, entre ellos el del Capitán Sarmiento Soto, que había fusilado seis cubanos pocos días antes, entre los cuales había dos ancianos y un niño. Cogieronles veinte y nueve prisioneros, un cañón con su acémila, ciento quince rifles y carabinas, camillas, &c.

El resto de la división española, reducida á cuarenta y siete hombres, se refugió en una casa de campo en la hacienda Río Blanco y después de un nutrido fuego de parte de los nuestros, pues se defendió con valentía, viéndose sin esperanzas, salió á la puerta el Capitán que la comandaba, y exclamó: «Cubanos: ¡Viva Cuba libre, viva la República!» En el acto fueron presos, desarmados y conducidos al Cuartel General con los dispersos que iban recogiendo, ascendiendo todos á noventa y tres hombres, entre ellos siete oficiales.

Se les formó consejo de guerra, y como se habían violado tantas veces por los españoles los fueros de la humanidad, se creyó indispensable el escarmiento, y no obstante la brillante defensa que hizo de los reos el Capitán Manuel Sanguily, se les condenó á ser pasados por las armas. La terrible sentencia debía ser ejecutada enseguida, pidieron papel y escribieron á sus madres.....! Entonces se presentó en el

ridículo. España ha llevado al patíbulo á los héroes, y no ha respetado ni el valor, ni la virtud, ni la ancianidad, ni la infancia, ni el sexo. España nos ha negado hasta los derechos inherentes á la especie humana; éramos y somos á sus ojos traidores, indignos de la vida y nada más; y con todo España, desde el momento en que Dulce envió tres comisionados en Enero de ese año con poderes bastantes para celebrar un arreglo con el Gobierno de la República, arreglo que debía traer la paz y ciertos derechos á nuestro favor, reconoció nuestra beligerancia, reconoció nuestra existencia como poder en guerra con ella. Con un poder que no existe no se entra en tratos.

Desechó el Primer Magistrado de la República y el Pueblo cubano esas insidiosas proposiciones; pero el precedente quedó sentado y la conducta cruel é inhumana de España para con nosotros es desde entonces aún más indigna de una nación que se cree civilizada.

Dulce, á mi parecer, no quiso derramar nuestra sangre, entretuvo con diferentes pretextos á los voluntarios que pedían incesantemente el degüello de los presos de la Cabaña y el Morro, y le pareció más humano mandarnos á Fernando Póo. Me fundo al emitir esta opinión, en que raro era el día que no se hicieran demostraciones tumultuosas en nuestra contra: los voluntarios al pasar por las rejas de los calabozos, nos dijeron repetidas veces que estábamos sentenciados á morir, y algunos á ocasiones, llenos de frenesí, ó excitados por el

---

campo el General Quesada, los mandó formar y les dijo: «Soldados españoles, el deber me manda quitaros la vida, mi corazón me manda que os perdone, y os perdono sin condiciones en nombre de la República; volved á las filas contrarias, donde espero mataros, y decid á vuestros Jefes como tratan los cubanos á los prisioneros de guerra.» Aquellos hombres enternecidos, llorosos, gritaron: «¡Viva la República! ¡Viva el Presidente Céspedes! ¡Viva el General en Jefe!» Abrazaron, besaron mil veces la bandera cubana, juraron fidelidad á nuestra santa causa y se incorporaron en el ejército, donde pelean actualmente como buenos.

¿Por qué los Jefes españoles no proceden así? La clemencia es la aureola del valor y un arma poderosísima de guerra.—*N. del A.*

licor, arrojaban las bayonetas al aire significando su cólera, porque no se les permitía quitarnos la vida. Llegó á ser tan vehemente ese deseo en aquellos hombres, que una tarde oí al Gobernador del Castillo, Sr. Salcedo, dirigirles estas frases: «Respetad la agonía de los infelices presos. Correrá la sangre á raudales; vosotros mismos diréis: ¡piedad! ¡piedad!»

¡Ah! fuí preso en Remedios el 14 de Febrero y llevado el 21, con cincuenta y tres vecinos, casi todos de los más apreciables de aquella villa, al Castillo de la Cabaña, donde estuvimos hasta el 21 de Marzo en que salimos para Fernando Póo, (1) y puedo decir que pasé un

---

(1) En los momentos de nuestro embarque los voluntarios, suponiendo que el joven José Romero había exclamado «¡Viva Céspedes!», determinaron quitarle la vida. El Sub-comisario de Policía, D. José Joaquín Romero, que estaba presente, trató de impedir ese asesinato; más aquellos monstruos no quisieron entregarle al infeliz joven y dispararon una carabina sobre el Sub-comisario, que herido por la espalda cayó muerto en el acto. En seguida formaron allí una especie de consejo de guerra, que presidió el Comandante de voluntarios D. Julián Zulueta, y se impuso la pena de muerte al joven Romero en el mismo sitio y en aquellos mismos momentos, no obstante que no hubo pruebas suficientes. Fueron miembros del Consejo D. Guillermo Martínez Picard, D. Gerónimo Sagües y otros oficiales voluntarios subalternos.

Las familias de los confinados habían dado muchos pasos para apresurar nuestro embarque, tanto porque creían que íbamos á Cádiz, cuanto por el temor de que se nos degollase en las prisiones; y con todo, hallándome en la bahía de Puerto Rico, leí con admiración una proclama de Dulce publicada en los periódicos de la Habana, del 22 de Marzo, en que decía que se había descubierto una negra conspiración el día anterior, que tenía por objeto impedir la salida del vapor «San Francisco de Borja» con los presos.

Si Dulce no firmó ese infame documento, cediendo al poder de las circunstancias, al que se había entregado como hombre vulgar é incapaz de dominar la situación en que se hallaba, ha obrado como un miserable queriendo cubrir con el asqueroso velo de la calumnia unos asesinatos que llenan de ignominia á sus autores y dan una pobre idea



mes en aquella fortaleza igual en agonía á la del conde-  
nado á muerte que se halla en capilla. Todo indicaba  
que seríamos asesinados de un momento á otro, no po-  
díamos dormir porque interrumpían nuestro sueño los  
¿quién vive? de los centinelas dados cada cuarto de hora  
con voz estruendosa con ese fin, y el mayor peligro lo  
corríamos entre diez y doce de la noche, después de las  
cenas en que la embriaguez excitaba las pasiones de ta-  
les monstruos. Con la venida del día ponían término  
á sus deshonestas diversiones, en que se oían las más  
feas blasfemias, se suscitaban frecuentes riñas y se ar-  
maban los mayores escándalos.

A menudo cantaban frente á los calabozos la canción  
cubana «El Negro Bueno» y estos versos:

«En la plaza de Bayamo  
Estaba Pancho Aguilera  
Enseñando el ejercicio  
Con un cañón de madera.»

---

de las autoridades de Cuba, que hace fecha sólo existen en el nombre.

Ese mismo día, es decir, el de nuestro embarque, fué fusilado el jo-  
ven Ricardo Jiménez, estudiante de la Universidad, por haber tenido  
una insignificante disputa con un voluntario.

Todos estos crímenes han quedado impunes.

Yo me figuro que á mediados ó fines del mes de Marzo Dulce se  
acostó una noche meditando sobre lo crítico de su posición. El había  
dicho que era *un cubano más*; estaba casado con una cubana, tenía  
grandes riquezas en la Isla, las de su esposa, y los hijos del país lo mi-  
raban con afecto. Por otra parte, los voluntarios eran en la Habana,  
donde se hallaba hasta vigilado por ellos, demasiado temibles, guar-  
necían la ciudad y las fortalezas, y si seguía el partido de la Repúbli-  
ca, perdía su puesto de general español y sus muchos esclavos. ¿Qué  
hacer? Para decidirse por los voluntarios, es decir, por el partido ne-  
grero, no tenía más remedio que acceder á que se consumara en su  
nombre un millón de crímenes; acordóse que era español, que estaba  
en América, y el traidor de Vicálbaro dijo al otro día á los sanguina-  
rios esclavistas: «Haced cuanto queráis.» ¡Cuánta sangre ha corrido  
desde ese momento!—*N. del A.*

¿Con un cañón de madera? Mucha risa causó á los españoles de la Habana los tres que llevaron en trofeo á esa ciudad; pero es el caso, que el pueblo que se ve indefenso, y forma cañones de madera para conquistar sus derechos, no necesita más elogios; con armas iguales ha tiempo que hubiera triunfado.

Había uno ó dos batallones que un tanto obedientes á la disciplina militar hacían el servicio con algún orden y cuando guarnecían el Castillo disfrutábamos de alguna tranquilidad y no había esas funestas cenas, aunque siempre oíamos palabras ofensivas y repetidos y maldichidos los nombres de Céspedes y Aguilera, varones ciertamente eminentes, que no son los hombres comunes los que así sacrifican en aras de la patria su bienestar, su tranquilidad y hasta su vida con tanta abnegación y tanta constancia. Aquella desenfrenada soldadesca al tratar de vilipendiarlos los engrandecía, que la injuria y la calumnia forman el crisol por donde pasa la fama de los héroes.

¿Y quiénes eran los presos que excitaban la cólera de esas hordas? Por ventura eran guerreros cogidos en el campo de batalla con las armas en la mano? No. ¿Habían sido juzgados, sentenciados y declarados enemigos de España? No. Eran ciudadanos tranquilos; eran, en no escaso número, hombres de edad avanzada, padres de familia, que habían sido sorprendidos y presos en sus hogares cuando se consideraban más seguros á la sombra del gobierno español en el territorio que éste ocupaba. No digo que todos fuesen inocentes. Semejante aseveración me alejaría del amor á la verdad; acaso había algunos culpables, acaso había muchos que lo eran; pero aún á éstos ¿no debió formárseles causa, no debió oírseles? La confinación á Fernando Póo es una pena idéntica á la de muerte, tal vez peor, y la facultad de imponerla arbitrariamente reduce á tal nulidad todos los derechos del hombre, destruye de tal modo el edificio de las leyes, que vale más vivir entre los cafres que en un país donde existe un poder que puede decirle al ciudadano en los momentos en que vive más confiado: «Haz tu testamento y arregla tus cosas, porque vas á morir separado de todos tus afectos en una isla habitada por tribus

salvajes, con un clima el más insano del mundo, á dos mil leguas de esta tu querida patria.»—«¡Oidme!» exclama el ciudadano como herido por un rayo.—«No,» le contesta el poder público.—«Decidme, á lo menos, la causa porque me sentenciáis á morir»—«No», le replica aquél: «basta que sepáis que es mi voluntad...» ¡Esto es horrible! ¡verdaderamente horrible...!

¿Sabéis cómo se hacían las prisiones? Iba el agente de policía á la casa de Juan Díaz, por ejemplo, con objeto de aprehenderlo. «Ha salido,» se le dice. «¿Y Vd. quién es!» pregunta el esbirro. «Fulano de Tal, que he venido también en busca de Díaz.» «¿De dónde es Vd. natural y vecino?» «Soy natural de esta isla y vecino de tal punto.» «Pues es lo mismo; queda Vd. preso en lugar de Díaz.»

Bueno es que refiera algunos hechos, para que la verdad quede más en relieve.

Fué un esbirro á aprehender á José Ambrosio Chávez; no estaba en su casa y aprehendió á José María Chenay, confundiendo los dos apellidos. Sabedor Chávez de la equivocación se presentó á la autoridad, ésta lo mandó poner en el castillo de la Cabaña, y ambos fueron á Fernando Póo.

El joven José Manuel Mora acababa de llegar de Europa: buscaban á su padre, el distinguido patriota José María para aprehenderlo, y á fin de dar lugar á que se fugase, pues se hallaba en la misma casa, dijo el generoso joven que él era la persona que se buscaba. Gracias á este noble ardid libró á su buen padre de las garras de sus perseguidores; y aunque todos los españoles de la Habana tuvieron noticia de una acción que sólo no aplaudirán los cobardes, el joven Mora fué á Fernando Póo.

Alejandro Acosta y Romero, joven semi-idiota, se acomodó ganando seis duros al mes en la posesión de campo de D. Jesús de Rojas, situada en las inmediaciones de Remedios. Al siguiente día lo mandó Rojas á la población á vender unas viandas y aves, y le dió al efecto un caballo que tenia la cola cortada, conforme á la costumbre seguida en los campos de Cuba, donde se produce el vegetal silvestre nombrado *guizarso*,

cuya semilla, del tamaño de una almendra, está cubierta de innumerables y agudas espinas, se adhiere á la crin y molesta y hasta desespera á las bestias. Otras veces se practica esa operación en tiempo de primavera para impedir que se adhiera el lodo.

En aquellos días se había visto una gran partida de insurrectos en caballos que tenían la cola cortada, seguramente por las mismas razones, y bastó esto para que el infeliz Alejandro, el ser más inofensivo, fuese á Fernando Póo.

El anciano Nicolás Donato García, vecino del partido rural de Camajuaní, jurisdicción de Remedios, tenía tres hijos enfermos, dos de ellos de gravedad, y una hija que acababa de espirar. Lleno de incomparable angustia dejó el entierro de aquella á cargo de los vecinos y ocurriendo al caso de mayor necesidad, fué á la villa en busca de recursos para ver si salvaba la vida de sus hijos. Llega, se dirige á una farmacia, compra unas medicinas y vuelve las riendas del caballo que vuela, no corre; pero de improviso se le detiene por los voluntarios..... ¡Desventurado padre! ¡Mil veces desventurado! ¡El caballo tenía el rabo cortado y aquellas medicinas eran acaso para algún insurrecto herido...! Llevósele á la cárcel y el alcaide lo encerró en una estrechísima bartolina, donde estuvo tres días sin darle cama, ni alimento, ni agua. ¿Sería su intención que muriese de hambre y de sed? Un soldado español, recién llegado de la Península, que estaba de guardia, oyó sus lastimosos ayes, hizo pedazos la cerradura, le dió agua, le dió su ración y en poco estuvo que no quitase la vida al cruel alcaide. ¡Bien, valiente, bien! Nicolás Donato García fué á Fernando Póo.

El anciano Manuel Abreu, lleno de lesiones y muy enfermo, cobró una cantidad á D. Francisco Foyo, asturiano, del comercio de Remedios, que poco tiempo antes había salido de la cárcel, donde estuvo muchos meses con motivo de la falsificación de un pagaré. Foyo era voluntario y dijo á Abreu: «Espéreme V. aquí en mi morada, señor D. Manuel, vuelvo enseguida y pagaré á V. esa suma.» Salió en efecto á la calle y volvió á los pocos momentos con dos voluntarios, aprehendió á Abreu,

eludió de este modo el pago de la deuda, y el pobre anciano fué á Fernando Póo.

¡Cuánta iniquidad! No sigo citando hechos, y podría citar muchos, porque es una tarea que me causa malestar. Dios perdonó á todos los habitantes de una ciudad populosa porque en ella vivía un justo. Hasta el terrible tribunal de San Marcos, en Venecia, famoso por su despotismo, sentó esta máxima inmortal: «Más vale que queden impunes cien criminales, que no que se castigue á un inocente.» Los españoles de Cuba feroces como Herodes que mandó degollar todos los niños de Judea para que muriese Jesús, la han variado diciendo: «Perezcan los inocentes en expiación de los culpables.» ¡Y esto lo dicen y lo practican en pleno siglo XIX, á la faz del mundo civilizado.....!

## CAPITULO VII

NOSTALGIA.—LA CUESTIÓN DEL CONFINAMIENTO Y LO  
QUE DEBIÓ HACER EL GOBIERNO DE LA METRÓ-  
POLI.—LOS ESPAÑOLES CARECEN DE APTITUDES  
PARA EL GOBIERNO PROPIO.

Numerosas prisiones se hicieron por efecto de venganzas personales y de miras interesadas: otras no se llevaron á cabo exigiendo crecidas sumas, á manera de rescate; y como no hubo una autoridad que tratase de averiguar, siquiera verbalmente, cuáles eran culpables y cuáles no, resultó de aquí que se impuso la última pena, así puede llamarse, á doscientos cincuenta ciudadanos, midiéndoseles por una misma vara, aun cuando en la justa graduación de los delitos y las penas otra cosa reclamasen la razón y la justicia. Mas ¿qué importaban estas divinidades á D. Domingo Dulce?... Diga por qué no renunció su puesto antes de servir de instrumento á tantas infamias, si no quiere que una negra mancha cubra para siempre la historia de su vida. Dígalo.....

¿Pero qué podía esperarse de Dulce si en sus consejos no tenía entrada la prudencia, sino que á veces, cuando se tenía una noticia alarmante del teatro de la guerra, lo cual era muy frecuente, se rodeaba no sólo de los jefes de los voluntarios, furibundos y sanguinarios negrófagos, sino hasta de los sargentos, cabos y soldados más soeces? Por supuesto, de ahí partían esas medidades violentas contra los vecinos pacíficos, vengando en éstos los descalabros sufridos en los campos de batalla.

¿Quién no hubiera dicho que los doscientos cincuenta presos políticos de la Cabaña y el Morro no estaban allí en rehenes para asegurar la vida de los prisioneros españoles que tenía en su poder el Gobierno de la República? ¿Quién no hubiera presumido que íbamos á la parte oriental de la isla, residencia de nuestro Presidente y del General en jefe de las tropas, para ser cangeados? Sabido es que el cange se hace en buena guerra prisionero por prisionero, y que nosotros no lo éramos; ¿pero había regla alguna á que se sujetase el gobierno anárquico de la Habana? ¿Podía él suponer que nuestros generosos y valientes hermanos no darían con gusto por nosotros un crecido número de españoles?

No había un solo individuo abordo del «Borja» que creyese al principio en la ida á Fernando Póo. ¡Tan imposible parecía la aplicación de esa horrible pena, impuesta sin formación de causa, que hasta que no vimos la isla, no nos persuadimos positivamente de nuestra triste suerte!

¡Ah! ¡Qué cuadro tan desgarrador presentaban los confinados, y cuántas veces he oído exclamar en medio de los sollozos y las lágrimas abordo del «Borja» y en Fernando Póo, á hombres venerables por su edad y á jóvenes modelos de amor filial: «¡Oh! hija mía, hija de mis entrañas! ¿Con qué te sostendrás? ¿Dónde irás á refugiarte? ¿Cuándo volverá á verte tu infeliz padre?» Otro: «¡Padre mío! ¡desventurado padre mío! Te he dejado ciego, tullido anciano, inválido. ¿Qué alma caritativa llevará el pan á tu boca? ¿Quién podrá tener paciencia para atenderte, para asearte, para cubrir tu desnudez, para arrullarte en el lecho como un niño? ¡Dios mío, ten piedad del autor de mis días!» Otro:

«¿Qué será de mis hijas y de mis nietos? ¡Pobres huérfanos! Sólo contaban para subsistir con el producto de mis afanes. ¡Ah! ¡Qué desolación reinará en mi casa! Se cumplirá el mes, no tendrán con qué pagar el alquiler, ni al panadero, ni á la lavandera, ni á nadie... El trabajo de la mujer casi nada produce en la Habana y además, ¿dónde está ese trabajo? No hay duda: dentro de poco mi familia va á verse en la calle! ¡Va á morir de hambre! ¡Dios mío! concluye mis tristes días....!»

¡Infelices! ¡infelices! ¡Cuán pronto vendrá la pálida diosa á diezmarlos mes por mes y semana por semana! Sólo las naturalezas muy fuertes podrán sufrir el rigor del clima, las privaciones y los pesares sin fin que se apoderan del alma, y gozar del día en que concluya esta triste cautividad.....!

Preciso es engrandecer el modesto cementerio y formar cruces de negro ébano, para ir las colocando en los sepulcros aquellos que vayan sobreviviendo!.....

¡Oh ancianidad! ¡desventurada ancianidad! Tú que tanto gustas del reposo, de las comodidades y de los eficaces cuidados; tú que cifras tu consuelo en reclinar la frente en el pecho del hijo amante y llorar de amor y de ternura cuando algún padecimiento pasajero te representa el término de tus días; tú que necesitas el suave ambiente de los dulces afectos de la familia, como el pájaro del aire, como el pez del agua; tú que eres tan débil, tan impresionable, tan amiga de vivir de los recuerdos más que del tiempo presente; olvídale, olvídale todo. Figúrate que vas atravesando el desierto de Sahara en busca de la tierra de promisión, fija tu pensamiento en Dios, nuestro padre, y dile como Jesús: «¡Padre mío, no me abandones!» Así ¡oh ancianidad! podrás hacerte superior á tantas angustias, semejante al antiguo cedro que descuella en el bosque desafiando la ira de los huracanes. El hombre que conforta su espíritu con una creencia vehemente en Dios jamás es vencido por el dolor. ¿Quién sabe si detrás de estos días tan tristes, tan amargos, vendrán otros apacibles, serenos, hermosos? Sí, el sol se oculta á menudo detrás de negros celajes. ¡Oh ancianidad! ¡ancianidad! Consuélate, no llores, no padezcas tanto.....!

¿Y qué importa, por otra parte, este conjunto de sufrimientos, ni la misma muerte, si la Patria llega á ocupar su puesto entre las naciones libres é independientes? Nuestras sombras abandonarán entonces las frías arenas del sepulcro y volarán á su regazo para estrecharla, para acariciarla, para entonar el *hosanna* á Dios y el himno de la victoria á los hombres.....!

Todos los días se aumenta el número de los indigentes, que así pueden llamarse aquellos que carecen de rentas y han consumido los pequeños fondos que trajeron de Cuba. Van pasando á una casa que ha alquilado para los pobres el Gobernador y allí reciben un poco de arroz y de tocino diariamente; pero este alimento les repugna, no se les da pan porque no lo hay, y á los pocos días se hallan pálidos, cada vez más tristes, y por último viene la fiebre y es necesario trasladarlos al hospital. ¡Ay de aquellos que á la indigencia unen la ancianidad! Pero la indigencia es en Santa Isabel una condición necesaria de la organización social, el fruto mezquino del despotismo que mata la industria, que aleja los capitales, que hunde las sociedades humanas en la infelicidad donde quiera que sienta la planta y lleva el aniquilamiento y la degradación.

Los artesanos, los campesinos, todos cuantos necesitan vivir del trabajo, se ven condenados á una forzosa indigencia, porque viven en una forzosa vagancia, reconocida, autorizada y hasta fomentada por la ley. ¡Situación espantosa! ¡Suerte miserable que pesa como una loza mortuoria sobre aquellos hombres laboriosos que acostumbrados al trabajo, se ven ahora en un ocio perpetuo, inmoral y contrario á la salud! El trabajo fortalece el cuerpo, distrae, aleja los tristes pensamientos, consuela las penas del presente, trae al alma la esperanza en el porvenir y obliga al hombre á ser bueno, morigerado y justo; el trabajo es la base de todo bien social.

¿Cómo es posible que se le haya ocurrido al Gobierno de España remitir á Fernando P6o los confinados políticos para tener al cabo que alimentarlos, él que está tan decaído de fondos?... El instinto de la crueldad predomina en el español, es su idiosincracia; nó, es efecto de



su educación política, fundida en la fragua de la Edad Media. Claramente puede ver el mundo que este ha sido un asesinato premeditado é inútil.....! Inútil, sí, para su causa, pero no para la causa de la libertad, como no lo son las inauditas crueldades que se cometen todos los días en Cuba en ancianos, mujeres y niños. La persecución, el martirio, enaltecen las causas justas y hunden las causas malas. Las grandes ideas políticas que se encarnan, necesitan el sacrificio....! La transformación social de un país de la importancia de Cuba, la libertad de trescientos cincuenta mil esclavos, y los últimos suspiros de la dominación española en América no pueden venir sin dolores, sin sangre y sin violentos sacudimientos.... ¡Aceptemos este cáliz, apuremos su última gota y salvemos la patria! ¡Esta obra le ha tocado á esta generación!

Pero raciocinemos con calma sobre el hecho de nuestro confinamiento.

Dejemos á un lado la cuestión de humanidad, el derecho de gentes, y entremos en el campo de la Economía política, esa consejera sabia y desapasionada de los gobiernos que quieren ser estables. ¿No hubiera sido más acertado y conveniente á las miras del gobierno español enviar los presos, por ejemplo, á Canarias? Si consideraba peligrosa en Cuba la presencia de un número de individuos ¿no hubiera logrado sus fines políticos mandándolos á dichas islas, que por lo menos tienen un clima benigno? ¿No hubiera sido provechoso á España que gran parte de los confinados hubieran dispuesto llevar allí á sus esposas, sus padres, sus hijos, aumentando no sólo la familia española, sino estableciendo, por consecuencia del trato, lazos afectuosos entre cubanos y españoles? ¿Y no se evitaba de ese modo la completa ruina de los capitales de los confinados, poniéndoles en un punto desde donde pudiesen manejarlos? ¿No forman los capitales de los particulares el capital del Estado y cuando aquellos merman, no merman las materias imponibles, que constituyen las rentas y la vitalidad de las naciones? ¿Y no hubiera sido menos costoso el pasaje? ¿Y no era todo el beneficio para España, puesto que lo recibía y no corto la provincia que se señalase

como residencia de tantos hombres útiles, laboriosos y honrados, entre los cuales muchos podían disponer de fuertes sumas que pronto tratarían de emplear en el país de su confinamiento?

— Ahí no es posible que á tales hombres se les ocurriesen estas ideas.

Los españoles por sus preocupaciones, sus hábitos, su intolerancia, su crueldad y su tradicional amor al despotismo, carecen de aptitudes para hacer felices á los pueblos que han tenido la desgracia de caer bajo su dominio: todo lo sacrifican á la pasión violenta del odio, á la venganza, á la vanidad, á la sed de sangre, al anhelo de enriquecerse, y jamás se ocupan del bien y porvenir de su patria.

Los cubanos, por fortuna, hemos sido educados por los americanos, nuestros inmediatos vecinos, con los que, en continuo contacto, hemos aprendido las tranquilas prácticas de los pueblos libres.

Sólo ha sido bien gobernada España cuando ha estado en poder del extranjero: su edad de oro en la agricultura fué en tiempo de César Augusto, siendo colonia romana. Después floreció durante los ocho siglos que la ocuparon los árabes; llegó á ser el centro de los conocimientos, y ahí están para probar el espíritu público de los sectarios de Mahoma sus acueductos, sus mezquitas, sus carreteras, sus puentes.

Ultimamente alcanzó gloria militar rigiendo sus destinos el Emperador de Alemania Carlos V; mas retirado éste al monasterio de Yuste, le sucedió su hijo Felipe II, el Tiberio español, que fué educado exprefeso sin salir de España, para que no se contaminase con el espíritu de libertad que ya germinaba en el cerebro de los pensadores europeos y que arrojó un rayo de luz en la tierra de Torquemada al través de las densas tinieblas que la obscurecían, rayo de luz que fué extinguido con torrentes de sangre en los campos de Villalar.

Con Felipe II comenzó la decadencia de su vasto Imperio, con motivo de la guerra separatista en Holanda, y llegó á tales extremos lo exhausto de los recursos financieros del tirano, que declaró su nación en estado de bancarrota; arruinó á los prestamistas nacionales y

extranjeros, que le habían facilitado fondos, y de este modo finiquitó todas las cuentas pendientes de pago, lo mismo que ha de suceder á la larga como resultado de la dispendiosa guerra de Cuba (1).

Tienen otro notable defecto los políticos españoles: no estudian, no aprenden en la Historia, maestra de los hombres, como la llamó Cicerón, por lo cual viven vendidos, y firman, llenos de soberbia y satisfacción, tratados públicos que mutilan su patria, como el de Utrecht, el de San Ildefonso, el de Basilea, etc.

¿Cree la nación española que los cubanos, insensibles á la injuria y sordos á los deberes que impone el natural amor á la patria, podrán olvidar que sus padres, sus hijos, sus hermanos, han sido condenados al hambre y á la muerte en un país remoto, presos en sus hogares sin formación de causa, y obligados á sufrir cuantas vejaciones puede inventar el odio más profundo? ¿Cree la nación española que esta página de la Historia no pasará de generación en generación, como un testimonio de lo que podemos esperar los hijos de Cuba de los crueles dominadores de nuestro país? ¿Y habrá un solo cubano, ahora ni en los tiempos venideros, que no sienta enardecerse la sangre al recordar estos cuadros lastimosos como la pasión de Cristo? ¡Felices aquellos, como decía el héroe troyano, que cayeron bajo los muros de Ilión en defensa de la patria! ¡Felices aquellos que en las huestes gloriosas de Céspedes esgrimieron el fuerte acero y siquiera, antes de morir, vieron morder el polvo á alguno de sus enemigos; y mil veces desgraciados los que hemos sido condenados á una muerte lenta, obscura, ignominiosa,....! ¡Ah! Sólo á los espíritus infernales podía ocurrírseles arrebatarse del seno de la

---

(1) El Capitán General Martínez Campos, después de la paz del Zanjón, publicó un *corte de caja*, es decir, un decreto disponiendo que no se pagasen las deudas contraídas por la nación durante la guerra por sueldos atrasados muchos meses de empleados civiles y militares, aprovisionamiento del ejército, alquileres de varios años de casas que habían servido de cuarteles á las tropas, etc. Este es sin duda el medio más obvio, y al mismo tiempo más inmoral, de verse libre de acreedores.—*N. del E.*

familia doscientos cincuenta hombres para arrojarlos á una isla mortífera donde no hay los alimentos necesarios! ¡Sólo á los espíritus infernales podía ocurrírseles privar repentinamente de la vida civil á tantos ciudadanos y mandarlos á habitar, á padecer, á morir entre los salvajes.....!

No creáis que son doscientos cincuenta los condenados, no lo creáis. ¡Y las familias de éstos no lo han sido también al dolor, al hambre, al abandono, á la muerte....?

¡Cuán cansados están mis ojos de ver negros desnudos un día, otro día y otro, por donde quiera que voy, desde que nace el alba hasta que vienen las sombras de la noche! ¡Cuán cansados están mis oídos del grito agudo del salvaje, y cómo brotan sangre las heridas de mi corazón si reuniéndome con mis compatriotas les oigo hablar del que cayó con la terrible fiebre, del que consumió sus últimos recursos, ó bien de la familia! ¡El recuerdo de la familia es una saeta que todos traemos clavada en el corazón y que no podemos arrancar y arrojar lejos de nosotros.....!

## CAPITULO VIII

CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN.—DRAMA SANGRIENTO  
DEL CERRO DE LA CAMPANA.—

GUERRA DE ESPAÑA Á CHILE Y EL PERÚ.—

MOVIMIENTO BURSÁTIL EN LA HABANA.—D. JOSÉ DE  
LA CONCHA Y D. CLAUDIO MARTÍNEZ DE PINILLOS.—

JUNTA DE INFORMACIÓN EN MADRID  
Y PERFIDIA DEL GOBIERNO ESPAÑOL.

Apartemos la vista de cosas tan tristes, procurando dominar el sentimiento, y si el lector lo tiene á bien, dirijamos una breve ojeada sobre las causas de la revolución de Cuba. Así se comprenderá el origen del ma-

lestar de los habitantes de la Perla de las Antillas y se vendrá en conocimiento de que esa revolución ha sido tan necesaria como inevitable y fruto natural de los crímenes y de los abusos del gobierno español.

Ninguna persona discreta podrá asombrarse de que un pueblo ilustrado trate de verse libre de un gobierno semejante, y si es algo versada en la Historia conocerá que esas conmociones sociales y políticas no son más que hogueras encendidas, luego que los mismos gobiernos, despreciando los derechos de los pueblos, amontonan la leña. No son los hombres que llegan á distinguirse como Céspedes, como Aguilera, quienes verdaderamente llevan á cabo ese movimiento simultáneo de repulsión contra la tiranía, sino los efectos de la misma tiranía que se vuelven contra ella. Sin que hubiese tantos abusos anteriores, tantos excesos cometidos contra los cubanos, tantos crímenes, es imposible que el grito dado en Yara por Céspedes y treinta y seis patriotas (1) hubiese encontrado un eco tan favorable en toda la Isla, hasta el punto de estremecerla de un extremo á otro y de resignarse sus hijos á sacrificarlo todo, los intereses, la familia, la misma vida, antes que continuar sufriendo tantos despojos, tantas vejaciones y tantos males de todo género. Pero emprendamos la sucinta reseña de las principales causas de la revolución.

Miguel de Cervantes Saavedra, el escritor más insigne que ha producido España, empleó su talento en pintar y ridiculizar á sus paisanos, graciosa y perfectamente personificados en el caballero andante D. Quijote de la Mancha.

[1] He aquí los nombres de los esforzados varones que proclamaron la independencia de Cuba el 10 de Octubre de 1868, reunidos en la plantación de caña «Demajagua», en Yara:—Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Manuel Calvar, Bartolomé Massó, Isaías Massó, Rafael Massó, Manuel Socarrás, Angel Maestre, Juan Ruz Emiliano García Pabón, Emilio Tamayo, Juan Hali, Luis Marcano, Manuel Codina, Jaime Santiesteban, Rafael Tornés Garcini, José Rafael Izaguirre, Francisco Marcano, Félix Marcano, Ignacio Martínez Roque, Agustín Valeriano, José Pérez, Rafael Caymari, Manuel Santiesteban, Aurelio Tornés, Bartolomé Labrada, Miguel García Pabón,

La guerra declarada á Chile y al Perú, por ciertas explicaciones pedidas y dadas oportunamente del modo más satisfactorio, y porque á unos españoles que se habían mezclado activamente en la política interior de aquellas Repúblicas, donde estaban de muchos años atrás establecidos, se les ocurrió invocar una nacionalidad que despreciaban y que de hecho habían renunciado ¿qué otra cosa es sino uno de esos rasgos tan propios del héroe de la Mancha?

La expedición á México queriendo intervenir en el arreglo de la casa ajena, dejando la propia en desorden, y asociándose á dos poderosas naciones, á cuyo lado el papel de una tan débil no podía menos de ser muy secundario, es otra aventura de las más peligrosas que pudo ocurrírsele al caballero de la triste figura.

La sabia Inglaterra, que había entrado en esa escandalosa alianza accediendo con disgusto á las instigaciones de Napoleón III, sólo mandó un pequeño ejército, que estuvo siempre inactivo, como que no era posible que se enajenase las simpatías de México y las demás Repúblicas del Continente americano, dañando su comercio, por seguir el laberinto de la política imperial, indigna de la grandeza, de la ilustración y de los sentimientos de la Francia, política que tenía por objeto tres imposibles: sustituir en América al principio republicano el monárquico, crearle embarazos al engrandecimiento de los Estados-Unidos y eternizar la esclavitud, que Jefferson Davis consideraba de derecho divino.

Maximiliano de Hapsburg, príncipe mal aconsejado, contemplando las cosas de América bajo el falso punto de vista que ha sido siempre escuela de desengaños de los hombres de Estado europeos, se prestó á ceñir la corona del Anahuac y vencido y preso en el Cerro de la

---

Pedro Céspedes Castillo, Francisco Javier Céspedes Castillo, Francisco Céspedes Castillo, Enrique Céspedes, Francisco Estrada Céspedes, Enrique del Castillo, Juan Rafael Polanco, Amador Castillo, José Rafael Cedeño, Francisco Cancino.

¡Gloria eterna á todos los valientes soldados del Ejército Libertador de Cuba!—*N. del A.*

Campana, pagó con la vida su temerario empeño, lo mismo que le había resultado á Itúrbide.

La púrpura real no tiene en vano el color de la sangre en América, donde el sentimiento democrático se halla infiltrado hasta en la atmósfera que se respira, como consecuencia natural de la disparidad de razas, partícipes á un tiempo del poder, libres y engrandecidas hoy y esclavizadas, vejadas, explotadas y perseguidas en épocas anteriores. La Historia, que tanto favorece en Europa la idea monárquica, ligando la monarquía á los recuerdos y las glorias de los pueblos, es en el Nuevo Mundo una vehemente protesta á favor del principio de la igualdad y la libertad que ha salvado esas sociedades y las va purificando, donde quiera que dominó el godo, al través de penosas revoluciones, necesarias para curar las dolencias del pasado.

Dichosamente para España D. Juan Prim, General en Jefe de la expedición y ministro plenipotenciario con amplios poderes, es casado con una mexicana y tenía valiosos intereses en México; así es que por esta causa, y también por seguir los consejos del inglés, que le hizo presente los males que sobrevendrían á su nación; no, á mi parecer, por el oro que se dice recibió del partido liberal, determinó separarse, como se separó, quedando sola la Francia que perdió la flor de sus ejércitos y no pequeña parte de su prestigio.

Napoleón sufrió el inmenso dolor de ver triunfantes los ejércitos federales y colocada la libertad en el templo de la victoria.

Entonces, abriendo sus alas el águila del Norte trató de cubrir con su sombra á su hermana y no tardó Mr. Sward en intimar á Napoleón que retirase cuanto antes sus ejércitos de México. Obedeció el César al Ministro de Estado republicano devorando en silencio el dolor y la rabia, y Juárez, el Arístides de nuestros días, tomó las riendas del gobierno de toda la República. He llamado Arístides á Juárez y no puedo menos que hacer una pequeña digresión para justificar ese título: ese gran hombre sufriendo tantos trabajos, viéndose á veces en los bosques, abandonado hasta de los suyos, ha dado pruebas de una perseverancia comparable sólo á su

honradez. Si no hubiera tenido un alma heroica la Francia y el Austria le hubieran dado inmensas riquezas en cambio de una renuncia que en aquellos tiempos pocos no hubieran disculpado. Ejemplo insigne dió ese ilustre varón: todo el oro del mundo no vale tanto como la gloria de haber salvado su patria del yugo extranjero.

Véase, pues, del abismo que se salvó España, y si esta aventura no es digna de D. Quijote. ¿Qué iba á hacer á México? ¿A avivar el odio que ha logrado inspirar en toda América y la desconfianza con que se la mira, no porque se le considere capaz de llevar á cabo empresa alguna importante, sino porque su espíritu quijotesco la obliga á provocar lances desagradables, sin que le escarmienten los más rudos golpes, como le sucedía al héroe manchego, más provocativo mientras más palos llevaba.

La anexión de Santo Domingo es otra aventura digna de la festiva pluma de Cervantes. Engañó á un partido de aquella República, ofreció á los valientes dominicanos bienes sociales, políticos y morales que ella jamás ha poseído, y mal puede darse lo que no se tiene, y apenas se vió en el poder hizo de las suyas. Mandar un enjambre de empleados fué lo primero de que se ocupó y después en explotar y vejar á sus nuevos súbditos.

Si España hubiera tenido un solo verdadero hombre de Estado hubiera desechado, no digo una anexión forzada y hecha por efecto de intrigas y engaños, así hubiese sido la más franca y espontánea. Se necesita no tener un adarme de juicio ni de talento, se necesita ser un D. Francisco Serrano, para tratar de unificar á Santo Domingo y á Cuba en una misma nacionalidad. La primera acostumbrada á la más amplia libertad, con costumbres sencillísimas y hábitos belicosos, donde predominaban los hombres de color gozando de todos los derechos del ciudadano; la segunda gimiendo bajo la mano férrea del despotismo militar, arrastrando una parte de sus habitantes las cadenas de la esclavitud personal y privados todos de derechos políticos. Una de dos, ó había que otorgar libertades á Cuba, cuya ilustración así lo demandaba, ó había que introducir en Santo Do-



ningo el sistema seguido en Cuba. No se trataba de dos islas distantes, se trataba de dos islas separadas sólo por catorce leguas, que iban á entrar en contacto abriendo las fuentes del comercio y á unirse en un lazo común nacional, no democrático federativo, sino en el círculo de la monarquía. Por el segundo extremo optó España, era de esperarse, y todos saben los resultados: más de cuarenta y cinco mil de sus hijos yacen sepultados en los campos dominicanos y tuvo que emprender una vergonzosa retirada. Todavía se ven dilatadas llanuras en que blanquean los huesos de los soldados españoles, y cuando el viajero penetra en los bosques tropieza á menudo con esos tristes testimonios de la ambición y la injusticia, sin que por eso dejasen de anunciar los partes oficiales, día por día, como sucede en Cuba, el próximo triunfo de los invasores, hasta aquel en que los pocos que quedaban huyeron despavoridos de una muerte cierta.

Como consecuencia de estas locas empresas, de estas tres guerras, pronto quedó agotado el tesoro nacional, que no estaba bollante, y poco después el crédito; el tesoro nacional, uó, Cuba cargó con todas las deudas contraídas, agravando con esta pesada carga su situación financiera.

Contribuía á acrecer el mal, hijo de los desaciertos, la falta de intervención de los cubanos en nuestros propios asuntos. Contra todos los principios de justicia no discutíamos, ni aprobábamos bajo ninguna forma, el presupuesto de gastos de la Isla; no votábamos la contribución que teníamos que pagar, y ésta se imponía sin más regla que la voluntad omnímota del Capitán General, á propuesta de unos ayuntamientos elegidos por él mismo y que no eran otra cosa que el eco de su palabra trasmitido al mandarín que con el nombre de Teniente Gobernador era su presidente en cada población, tiranizaba, vejaba explotaba, empobrecía los pueblos, y tenía el especial encargo de poner obstáculos á la fundación de escuelas primarias, de periódicos y de todo lo que contribuyese al adelanto intelectual y moral. Inglaterra ha elevado á la categoría de ley fundamental este axioma: «todo impuesto debe ser votado por

el qué lo paga;» España desprecia esta regla de buen gobierno. Demás está decir que el robo se hallaba elevado á sistema y que las rentas municipales enriquecían á esos mandarines, sus secretarios y demás auxiliares, mientras los ayuntamientos caminaban con rapidez á la bancarrota en que se hallan.

La Hacienda había sufrido funestísimas innovaciones, hechas por el hombre más necio que tiene España, el General D. José de la Concha. En los días en que bamboleaba el trono de D.<sup>a</sup> Isabel, carcomido por el gusano de los delitos y de los abusos y ningún personaje político de mediano mérito quería entrar en el poder temiendo que aquel se hiciese astillas en sus manos, salió el Sr. Concha de la obscuridad en que se hallaba y se presentó como solicitante de la cartera de Ultramar. Diósele sin dificultad y la tuvo en sus manos una ó dos semanas, tiempo suficiente para que abrumase á Cuba con disposiciones torpes y ruinosas. Señalaré sólo una de su cosecha, que aunque dictada hace algunos años merece referencia por los perjuicios que ha causado. D. Claudio Martínez de Pinillos, hacendista cubano de claro talento, había regularizado el ramo, antes improductivo y en desorden, levantando un edificio aunque defectuoso á prueba del tiempo, del cual se conservaban como fuertes sillares las oficinas llamadas administraciones terrestres, que estableció en las poblaciones de importancia con su administrador, interventor y los oficiales que hacía necesarios el despacho, con arreglo á la extensión y riqueza del territorio. Estaban bajo la inspección de la Intendencia, que residía en Puerto Príncipe, y tenían amplias facultades en aquellas cosas comunes, de lo cual se derivaban muchos beneficios al público en la expedición de los negocios. El Sr. Concha suprimió de una plumada esas oficinas y las substituyó con simples colectorías á cargo de colectores que gozaban de un sueldo mezquino y no se les había concedido ni un escribiente, y creó á la vez dos administraciones centrales para toda la Isla, á las que debían ir para su aprobación aun los asuntos de más pequeña entidad, lo que causaba embarazos y dilaciones sumamente perjudiciales. No hubo empleado alguno probo y de inteligencia

que optase á un destino que no era ni de ascenso, reducido á tal insignificancia y de tanta responsabilidad, y entraron á desempeñarlo, con muy cortas excepciones, personas despreciables que no tenían otro título que el favor.

En comarcas vastas y ricas como Sancti Spíritus, Trinidad, Remedios, etc., se vió la Hacienda huérfana de una representación digna, sufrió pérdidas enormes y al poco tiempo casi todos los colectores habían desaparecido con caudales del Estado.

Este Concha ha sido muy fatal para Cuba, mejor dicho, para España. El fué quien mandó al cadalso á Puntó con motivo de la conspiración de 1855, no obstante que era su cómplice, según consta de documentos fehacientes que verán la luz. El fué quien planteó el sistema municipal que tantos daños ha causado, imponiendo la contribución á la ventura, por sí y ante sí, sin tener siquiera datos estadísticos exactos; y el fué quien en 1857, cuando por consecuencia de la plétora de dinero (1) resultó el movimiento bursátil que ha dejado tan profundas huellas, se constituyó en agiotista y mandaba sus agentes á comprar y vender acciones de sociedades anónimas. Sumamente interesado, ignorante y presumido, se creyó capaz de dirigir aquella revolución económica, y como tenía en sus manos la balanza, ó, en el lenguaje gráfico del pueblo, el tira y afloja, aprobaba ó desaprobaba las sociedades, según convenía á su interés que subiesen ó bajasen las acciones. Entre esas sociedades las hubo, no una sino muchas, con dos y hasta veinte millones de duros de capital; llamábanse: «La Gran Yeguada,» «La Fosforera,» «La Huevera,» «La Lechera,» «La Pollera,» y tenían por objeto la cría de caballos, vender fósforos, huevos, etc., cada una aparte, según su nombre. También «Baños flotantes en la bahía,» dos millones; «Esto es algo,» veinte millones; «El Movimiento continuo,» «El Martillo,» «La Carbonera,» etc.

Aquello fué una locura general: los pueblos, por exce-

---

[1] La originó el alto precio á que se vendió en los tres años anteriores el azúcar.—*N. del A.*

so de bienestar material, sufren alucinaciones, como en los arrebatos del patriotismo sublimes delirios.

Concha volvió á España muy rico y Cuba quedó con una enorme deuda, nacida de las primas de las acciones, deuda que no dejó un valor equivalente en el país y anadó el comercio, que cayó postrado y se hundió en un abismo. Escos Marat del partido español, esos hombres intransigentes y sanguinarios que descuellan al presente y se distinguen por la ferocidad de sus ideas, no son otra cosa en su mayor parte que comerciantes quebrados desde esa fecha, que se han sostenido con gran trabajo en su giro y que ven un bien en los trastornos consiguiendo á una revolución de tal magnitud.

Hice mención hace poco de Pinillos, y no será inoportuno referir su triste fin, para que si el lector es cubano ó natural de América, y no ha podido conocer la distancia que media entre nuestros enemigos y nosotros, le sirva de útil ejemplo. Era Pinillos habanero y más español en sus sentimientos que si descendiese en línea recta de D. Pelayo. Prestó á España largos y eminentes servicios con acrisolada lealtad, y murió repentinamente de un modo miserable en la alcoba de un portero del palacio real, de resultas de un ataque fulminante que le dió por habérsele echado en rostro, como si fuese una mancilla, en un consejo de Estado, á que acababa de asistir, su calidad de hijo de los trópicos, y haberle dicho un Ministro clara y terminantemente que el gobierno por esa causa no tenía confianza en su persona.

Para mayor ignominia desde el año de 1837 se nos privó á los cubanos de ocupar los escaños del congreso español y declararon las Cortes, sin nuestra audiencia, que Cuba se regiría por leyes especiales, leyes que no se han hecho, y en tan dilatado periodo se nos ha gobernado por medio de reales órdenes, como si fuésemos un rebaño de ovejas del patrimonio de la corona.

¿Y quiénes redactaban á su voluntad esas reales órdenes que decidían de nuestras vidas, de nuestro honor y de nuestros intereses? ¿El Ministro? ¿El Secretario del Ministerio? ¿Algún personaje probo y entendido? Nó, los oficinistas más subalternos, ignorantes y corrompidos, que todo lo vendían al oro, como han solido ven-

derse también algunos Ministros, cada vez que hemos aspirado á adquirir libertades, y los traficantes de carne humana se han interpuesto en nuestro camino. ¿Qué puede esperarse de España? Hace algunos años que veinte y ocho vecinos de la Habana, entre los cuales figuraban los más grandes propietarios, pedimos al Gobierno supremo de aquella nación que declarase libres, no ya los esclavos, porque esto hubiera sido subir las gradas del patíbulo, sino los que fuesen naciendo. Formamos al mismo tiempo una sociedad por iniciativa del benemérito cubano Dr. Antonio González Mendoza, en la cual los asociados nos obligábamos á no comprar esclavos de los que se introdujesen desde aquella fecha. El general Dulce mandaba en la Isla y remitió á Madrid la instancia, que á vuelta de correo vino proveida desaprobándose su conducta por haberla admitido, negando el permiso para la sociedad, y previniéndonos que en lo adelante nos abstuviésemos de hacer pedimento, ni formar proyecto alguno tocante á la esclavitud. Claro es que el gobierno español quería que continuase la trata, faltando á lo acordado en el Congreso de Viena de 1814, á que asistieron siete monarcas y grandes notabilidades, como Talleiran, Richelieu y Wellington.

No hace mucho que ese mismo gobierno con una perfidia sin ejemplo manifestó que estaba convencido de que debían concedérsenos derechos políticos; pero que quería conocer nuestras necesidades y estudiarlas; oirnos á nosotros mismos y enterarse de todo minuciosamente antes de resolver asunto de tanta importancia. Lo más oportuno era constituir en la Corte una junta de información, y á vueltas de mil trabas y astucias para que al hacerse la elección de los comisionados predominase en esa junta el elemento peninsular, siempre retrógrado, logramos los patriotas, reunidos al efecto en un Comité que celebraba sesiones semanales en la morada de José Ricardo O-Farrill, con conocimiento del Capitán general, que algunas personas de ideas rectas y de conocidas virtudes cívicas, fuesen nombradas, mereciendo especial mención el C. cubano José Morales Lemus, hoy ministro de negocios de nuestra República en Washington, hombre laborioso, perseverante, honrado, entendido y

bajo todos conceptos respetable, contra quien la prensa española de la Habana ha agotado el diccionario de la calumnia, como lo ha hecho con todos aquellos que han cumplido su deber para con la patria.

Partieron los comisionados para la Corte: todas eran esperanzas é ilusiones de parte de muchos. El partido cubano radical con más inteligencia y clara mirada predijo el porvenir, mostró su desagrado, detestó á los reformistas, no esperó nada bueno y viéndose sin el apoyo de la mayoría, maldijo el momento en que aquellos le embarazaban en su marcha. ¡Ay! ¡Qué hado funesto me llevó entonces al seno de ese Comité? El atractivo de ver en él á González Mendoza, al mismo Morales Lemus, á Cintra, á José Manuel Mestre, Fernández Bramosio, José Ignacio Rodríguez y á otros sujetos, la flor y nata del país. Ellos querían aproximarse á la libertad con las reformas, su intención era santa, querían la evolución pacífica, ahorrar sangre, ir preparando las cosas para llegar á la meta de la dicha. ¡Cuánto se equivocaron!

Partieron los elegidos para la Corte de D<sup>a</sup> Isabel, arrullados por la ilusión y la esperanza: llegaron, se constituyó la junta, y ¡causa indignación decirlo! ¿Sabéis lo que quería el gobierno español? Imponer á Cuba una nueva y fuerte contribución que apareciese sancionada por el voto de sus habitantes legítimamente representados. Se les prohibió que iniciasen las cuestiones, se les dijo que sólo debían contestar las preguntas que se les hiciesen; y aquellos hombres, llenos de bondad y amor patrio, que habían abandonado sus familias y sus intereses, para emprender tan largo y costoso viaje, volvieron á nuestras playas tristes, silenciosos y oscurecidos, sin poder siquiera dar cuenta de lo que había pasado, y lo que es más terrible, cargando con el peso de la maldición de los pueblos, que los consideraba autores del impuesto que debía arruinar y exasperar al país.

Una vez más quedó probado este axioma: los términos medios sólo traen males cuando se trata de curar dolosas úlceras sociales, morales y políticas.

A poco de disuelta la ridícula junta, un Ministro español proyectó contratar un empréstito con una casa inglesa, dando en garantía los productos de las aduanas

de Cuba, y después de tantas protestas que se habían hecho de concedernos derechos políticos, ese mismo Ministro dijo con un cinismo insultante en un documento oficial que Cuba no se había regido, ni se regiría jamás, sino por reales órdenes, y que por consiguiente la casa extranjera que hacía el empréstito podía tener plena confianza que en nada se alteraría el orden establecido para la fijación y cobro de las rentas del Estado.

No podía aparecer el gobierno español más despojado de su antifaz, más en contradicción con sus anteriores promesas, más cogido en la propia red de su falacia, y más claramente dispuesto á sostener en mi patria el despotismo, que siempre ha sido su divisa.

Las rentas de los particulares, en tanto, iban en su mayor parte al poder del gobierno, que gravaba sin consideración, no ya el producto, sino á menudo el capital, lo que equivale á destruir el árbol para coger el fruto; y como los gastos que había hecho en guerras injustas contra nuestros hermanos del Continente Americano y la corrupción le habían traído el agotamiento de sus recursos y del crédito, fueron aún más hondas las heridas que dió á la riqueza pública, quedando al fin, puede decirse, la propiedad particular incorporada á la del Estado, y sus legítimos dueños convertidos en simples administradores, en miserables feudatarios.

Una vez de señalada arbitrariamente la suma que debía pagar el individuo, si ésta excedía á la renta líquida de la propiedad, como resultaba infinitas veces, ó era excesiva, no había otro arbitrio que ocurrir á los empleados superiores, á los administradores centrales del Sr. Concha para su disminución; y era cosa corriente que todo quedaba arreglado, mediante el abono de una cantidad proporcionada. Resultaba que aquellos que al principio se habían visto oprimidos por el tributo, lo pagaban muy mínimo después de ese vergonzoso soborno, y fallando de este modo la igualdad del impuesto, que es en lo que consiste su justicia, el déficit que dejaban era cubierto por los demás contribuyentes, que sufrían un necesario recargo. Los grandes propietarios conocían ese trillado camino, y el lector puede considerar cuán terriblemente pesaría sobre

los pequeños el impuesto, que parecía calculado para arruinar y empobrecer la Isla. En el cobro había también para éstos el recargo de un ocho por ciento, por los derechos de apremio, si no pagaban con exactitud presentándose con su cuota en el lugar y hora que se les designaban, á veces á numerosas leguas de donde residían. Condenábaseles, además, en sucesivos recargos y en las costas, que no pocas ocasiones para cobrar cincuenta centavos ascendían á cincuenta duros.

Los cultivadores de reducidos predios, los llamados *sitieros*, por lo común modelos de honradez, tan buenos padres de familia, tan laboriosos, tan hospitalarios, tan cándidos y tan valientes, se veían demandados, acosados, vejados, perseguidos y hasta presos, después de despojarlos el ejecutor de apremios del caballo que era, valiéndome de una hipérbole muy usada por ellos en estos casos, sus manos y sus piés, y de la vaca con cuya leche alimentaban sus pequeños hijos. No les quedaba otro arbitrio numerosas veces que huir de su propio hogar, abandonar, perder el trabajo del año y mudar de domicilio.....; pero en toda la isla regían las mismas bárbaras leyes; aquel hombre llevaba en su corazón debilitado el amor á la propiedad, y si no tenía fuertes instintos hacia la virtud, estaba en peligro de no volver á empuñar el arado. Por fortuna, antes de poner el pié en el umbral del vicio y del crimen se detuvo á reflexionar y preguntó á los más entendidos y se preguntó á sí mismo, si había razón y justicia para que unos extranjeros, como lo son los españoles, chupasen como una esponja el sudor de su frente, quitasen el pan de la boca de sus hijos y lo condenasen á él á las penas de la vagancia. Pronto llegó á esta conclusión: «es preciso que derrame mi sangre y pierda la vida, si es necesario, para formar una patria, sin más aspiración por mi parte que la libertad del trabajo...»

Lo oyó el esclavo, se puso á pensar y exclamó: «No hay razón para que el fruto de mi trabajo sea de otro hombre. La esclavitud es el robo del sudor. Dios me hizo libre. El color de mi tez es un accidente de la naturaleza en nada relacionado con mis cualidades morales. ¡Ah! los españoles son unos perversos; yo debo



romper estas cadenas y conquistar con mi sangre mi libertad.....»

El asiático dijo á su vez: «He venido engañado á esta tierra. Se me trata como á una bestia, no se me dan alimentos, sino escasos y malos, no se me permite el descanso, se me azota por la más leve falta, se me despoja del valor de mi trabajo, no tengo una mujer á quien amar, no estoy en relaciones con mi familia.... ¡Todo lo he perdido! ¡La colonización asiática es en Cuba una esclavitud simulada! ¿Y por quién ¡oh gran Dios! ¡oh gran Brahma! por quién he venido á este triste estado? Por la codicia del español que ha hecho las leyes que reglamentan el crimen de mi cautiverio; y sin embargo, es cierto que la China era una poderosísima nación cuando España no existía, ó era colonia de los cartagineses, ó de los romanos, ó la dominaban los árabes. La China cuenta más de cuarenta siglos de civilización. Confucio enseñaba la moral social cuando el godo no era conocido; y ahora el godo quiere que abjure los recuerdos gloriosos de mi patria, que sea su esclavo, para que brote la caña regada con mi sudor y haya azúcar y haya oro y siempre oro, para la corrompida Corte de Madrid.....! El chino no es un ignorante: el chino, como hombre del pueblo, tiene más civilización que sus opresores. N6, no son válidos los contratos fraudulentos que me han traído á este país; yo sabré romperlos con la fuerza de mi brazo. ¡Viva la República! ¡Viva la libertad! ¡Abajo la tiranía!»

El campesino, el africano y el asiático juraron vengarse, juraron pelear como hermanos y no tener descanso ni de día ni de noche hasta no haber derribado el poderío español. Dios oía sus votos.

Los habitantes de Cuba, á más de lo cruel de la contribución, de su mal repartimiento y de los abusos y humillaciones del cobro, se veían obligados á exhibir periódicamente á los Tenientes Gobernadores una suma, con arreglo á la fortuna de cada cual, como subscripción que se llamaba voluntaria, para socorrer al Municipio, ó para cualquier otro objeto imaginario, aunque tuviesen el íntimo convencimiento de que era un medio empleado para estafarlos. En los partidos rurales era aún

más forzosa esa contribución: se cobraba todos los meses y aseguraba una entrada pingüe al capitán de partido. Los vecinos la pagaban sin reparo, pues les aseguraba la tolerancia de sus faltas y aún de sus delitos, y aquellos que se negaban, pronto sufrían las tristes consecuencias de haber obrado con dignidad. En el régimen colonial español la dignidad del hombre es una planta que no podrá jamás aclimatarse, por ser propia de los países libres; es señal de desgracia ante los dominadores y constituye muy á menudo un delito.

Exhausto el tesoro del Estado y aniquilado el del público, usado el crédito con tanta indiscreción que había desaparecido, tanto en el interior de España como en las plazas extranjeras, quebrado el Banco Español de la Habana; agotados todos los recursos de la nación por los innumerables ministerios que se han sucedido, casi semanalmente, durante el reinado de Doña Isabel, cualquiera hubiera dicho que el gobierno español pensaba en prudentes economías. No fué así; pensaba en nombrar empleados para Cuba y en crear nuevas é inútiles plazas con sueldos enormes.

Una línea de vapores quincenales, la de Antonio López y compañía, hay entre la Habana y Cádiz, y no ha llegado uno, uno solo de esos vapores á nuestras playas que no haya traído un verdadero enjambre de empleados, bandadas de langostas que todo lo devoraban. La empleo-manía había invadido á la nación española; con tanta fuerza que ya no había quien cultivase la tierra; todos los labriegos aspiraban á un empleo en Cuba; ya se vé: más fácil, cómodo y productivo era venir á explotarnos que empuñar la esteva.

¡Y qué empleados, Dios santo, nos enviaba la llamada madre patria! Muchos han aprendido á leer y escribir entre nosotros, y los que tenían medianas disposiciones las ejercitaban en enriquecerse á todo trance, sin detenerse en los medios. Sugetos colocados en los más elevados puestos regateaban el valor de las providencias del orden judicial ó administrativo, como el que compra ó vende un caballo, sin cuidarse del que dirán, sin temor á la publicidad, como cosa corriente, admitida y sancionada por la opinión. No debe, sin embargo, sor-

prendernos: el Gobierno de Madrid daba el ejemplo: en la Habana era muy común oír decir: «He comprado una real orden que me costó tanto, sobre tal cosa.» «Me pidió el Ministro tanto por tal empleo.»

La administración de justicia es la fuente principal de la dicha de los pueblos; cuando esa fuente se seca, ó se enturbian sus aguas, pronto se cubre de lepra el cuerpo social. ¿A quiénes estaba confiada? En primera instancia á los alcaldes mayores, todos peninsulares, por lo común ineptos, nombrados por el favoritismo ó que habían comprado el cargo como un negocio lícito. Entregaban el despacho de los expedientes á los oficiales de escribanía, y sólo se reservaban aquellos pleitos entre personas ricas, en que les fuese fácil la venta á buen precio de las sentencias. Cuervos hambrientos, aspiraban á hacerse ricos en uno ó dos años para volver á España; procuraban en los pueblos estar bien con los Tenientes gobernadores, prestándose á secundar las arbitrariedades del soldado, en lugar de oponerles el juicioso consejo ó la noble energía del magistrado integérrimo, y viviendo casi siempre á espensas de algún poderoso, ávidos por hacer fortuna, muy poco atendían el culto de la severa Temis. Otras ocasiones su ineptitud los convertía en juguete de los abogados cubanos, que presentándoles argumentos que los abrumaban, ó envolviéndolos en sofismas que no comprendían, alcanzaban sentencias contrarias á la justicia. ¡Y en poder de estos hombres estaban el honor, la vida y la hacienda de los ciudadanos! ¿Qué garantías podía ofrecer la administración de justicia en manos de esas aves de paso? ¿Y esto pasaba en Cuba donde el clarísimo talento, hasta el genio es cosa tan común entre sus abogados? No lo extrañemos: los Cintra y los Carbonell, lumbreras del foro de la patria, no podían salir del modesto círculo de sus bufetes: el receloso despotismo español no permite en las colonias al ciudadano ni las relevantes virtudes cívicas, ni la aureola de la sabiduría; mártires han sido Varela, Luz, Heredia, Plácido, Tolón y todos nuestros grandes hombres.

Ocioso es agregar que así los cargos de oidores, alcaldes mayores, intendentes de Hacienda, administradores

centrales de rentas y de correos, como los de los oficiales más subalternos de las oficinas en todos los ramos, que gozaban un sueldo aunque fuese mínimo, venían provistos de la metrópoli. Era muy raro ver un hijo del país colocado, y el que lo estaba vivía en la persuasión de que no tendría jamás ascenso y que de un correo á otro iría á engrosar la lista de los cesantes.

Había un verdadero ejército de empleados peninsulares en la Isla; al entrar en las oficinas se quedaba uno admirado viendo aquel inmenso número de zánganos, por lo común sin tener en que entretenerse, entregados al *dolce ferniente*, ó bien ojeando algún expediente, ya para graduar la suma que podía pedir por proveer de un modo favorable, ya para oponer algún reparo á la marcha del asunto, con el fin de que la parte interesada viniese á removerlo dando dinero, en cuyo caso el despacho era rápido y á gusto de aquella.

Por supuesto, la actividad individual, tan fecunda en bienes para los pueblos, no tenía libertad de acción. El sistema centralizador establecido presentaba una muralla inexpugnable al desarrollo de la riqueza pública y los municipios carecían absolutamente de vida propia. Para hacer la más pequeña mejora en una vía férrea, para lo más leve, era necesario ocurrir por el competente permiso al gobierno general de la Isla, y ese permiso se hacía esperar años y años á menos que el oro infame del soborno viniese á estimular al soñoliento empleado, que al oír su ruido saltaba de su silla, se desesperaba, tomaba lá pluma y escribía sin interrupción dictando casi siempre la misma parte. Aquel era acaso un decreto en que se usurpaba una fortuna hundiendo en la miseria varias familias, ó se arrojaba un velo sobre el crimen, ó se privaba á la Hacienda de derechos que le correspondían. ¿Qué le importaba al empleado? Su máxima era: «todo por el oro, sin el oro nada. Yo no he venido aquí arrojando los peligros del vómito sino á hacer dinero del modo que haya lugar.»

No puedo menos que referir lo que á mí mismo me ha pasado, para que se vea la manera con que el gobierno español favorecía en Cuba el progreso. Después que fundé la biblioteca pública de Remedios, no obstante

haber visto con incomparable satisfacción que era favorecida por todo el vecindario y que no le faltaban numerosos lectores ni de día ni de noche, creí prudente crearle una renta perpetua y segura para el caso en que alguna de las generaciones venideras no pudiese por alguna eventualidad sostenerla y seguir enriqueciéndola. Con esta idea me propuse edificar un teatro cuyos productos se dedicasen á su sostenimiento y renovación de obras. Claro es que no podía hacer solo esa erogación, y adoptando el sistema que he seguido hace más de veinte años en todas las obras públicas que he llevado á cabo, convengué á mis amigos, me suscribí con dos mil escudos de plata y reuní brevemente cincuenta mil que se consideraron suficientes. Todos los suscriptores eran sujetos interesados en el bien del país, todos pusieron á mi disposición la cantidad con que contribuían; mas como siempre he seguido la regla de que no toque mi mano la moneda del público, y nada, además, puede hacerse en Cuba sin la intervención de la autoridad, ocurri al Teniente gobernador de la villa comunicándole el proyecto y mi deseo de que se nombrase una comisión entre los contribuyentes, que entendiese en construir el edificio y en el manejo de los fondos. El Teniente gobernador dió cuenta al Capitán General: el Capitán General dispuso que se formase expediente: el expediente se formó y pasó á informe del Ayuntamiento, del Síndico procurador, de la Junta de Agricultura y comercio, del Comisario de policía, del Teniente gobernador de Remedios, del Tribunal de comercio de la Habana, del Consejo de administración, de la Dirección de obras públicas, del Ingeniero de la Ciudad, del Jefe del negociado, del Jefe de sección, del Inspector de sociedades anónimas y del Director de administración.

Se trataba de una donación hecha á la villa de Remedios y claro es que todos los informes fueron favorables. Ya no había trámite que agotar y parecía justo que recayese la aprobación del Gobierno de la isla en cosa tan sencilla como era que Pedro, Juan y yo dispusiésemos de lo nuestro á favor de lo que tuviésemos por conveniente; no fué así, y más cuidadoso de nuestro bolsillo el gobierno español que nosotros mismos, aún creyó que

se había escrito poco y dispuso que se remitiese lo actuado á la Corte. Fué, en efecto, y gracias á los activos pasos de un alto personaje, oído el Consejo de Estado y no sé cuántas corporaciones más, Doña Isabel de Borbón aprobó la sociedad, y el expediente estuvo de vuelta á los seis meses, lo que fué no pequeña dicha, pues de ordinario se necesitaban años para el despacho de los negocios de oficio que iban de Ultramar. Cuatro meses necesitó el Capitán general, oyendo de nuevo á la Inspección de obras públicas, Dirección de administración &, para aprobar definitivamente la construcción del teatro y dispuso que hecho el plano se le remitiese para su aprobación.

Habíamos arribado por fin al término de un expediente que llevaba cuatro años de comenzado y eso que yo no cesaba de agenciarlo.

Nos reunimos los contribuyentes, quedó constituida en toda forma la sociedad, y de acuerdo con lo dispuesto en la escritura social y estatutos que tuvimos que hacer en observancia de la ley, procedimos á contratar la obra con el ingeniero veneciano Montelila, quien había construido recientemente el bonito teatro de Cárdenas y formó unos magníficos planos para el nuestro.

Remitiéronse los planos al Capitán general, según su orden, y Montelila se trasladó á Remedios con su familia, recibió una cantidad á cuenta, preparó materiales, jornaleros, &, como quien iba á poner manos á la obra; pero ¡qué equivocado estaba! ¡Qué equivocado estábamos todos! Los planos no venían aprobados y pasó un mes, dos, tres; escribimos instando y nada, ni se aprobaban, ni se desaprobaban. Volvimos á escribir y nada. En fin, á mi salida preso de Cuba, el 21 de marzo de este año, llevaban como dos años en el gobierno superior civil sin que se hubiese logrado arrancarlos de la Dirección de obras públicas. ¿En qué ha consistido esta demora? En que nos propusimos, en odio á la inmoralidad, no hacer gastos que no fuesen legítimos.

Probablemente el teatro no se hará. (1) ¡Cuántos de los suscriptores han muerto, cuántos han mudado de do-

(1) No se ha hecho.

micilio y cuántos han empobrecido en el transcurso de esos años! Remedios ha perdido la ocasión de asegurar la estabilidad de su biblioteca pública, la más rica de la isla exceptuando la de la Sociedad Económica de la Habana, y que tan útil es á la estudiosa juventud (1).

En un país de instituciones libres no se hubiera escrito una letra, se nos hubiera alentado, hasta se nos hubiera colmado de elogios y pronto hubiera embellecido la villa de Remedios ese templo de Minerva. ¡Ah! la sabiduría de los gobiernos no consiste en dictar reglas al espíritu de empresa, ó á los rasgos filantrópicos; consiste en impulsar, en dar vida á la actividad individual, en permitir á los ciudadanos que obren libremente; en dejar que coloquen sus capitales ómo, dónde y de la manera que les parezca. Un gobierno que siempre tiene la tijera en la mano para recortar las alas del progreso, que ve un peligro en la instrucción y dicha de la sociedad que lo paga, es contrario á los fines de su existencia, destruye él mismo su razón de ser, y la sociedad ofendida tiene no sólo el derecho incontestable sino el deber de repelerlo.....

## CAPITULO IX

### ASESINATO DE JUGADORES.—

#### EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD.—

#### COMISIÓN MILITAR DEL PUEBLO «LAS VUELTAS.»—

#### UNA CAUSA CÉLEBRE.—ANEMIA DE LOS

#### AYUNTAMIENTOS—EL BANCO ESPAÑOL DE LA HABANA.

Continuemos el breve estudio que hemos emprendido.

Todos los empleados venían de la Península, aún aquellos de reducidísimo sueldo. Había, empero, un cargo destinado á los sencillos *guajeros* ó *sitieros*, aque-

(1) La biblioteca no existe; los voluntarios la han destruido. El español no es amigo de la lectura. También han destruido la de Santa Clara.—N. del A.

llos que se distinguían por su laboriosidad y su honradez, que por fortuna no son pocos; este cargo era el de cabo de ronda, que no tenía sueldo, que era obligatorio, que lo convertía en criado á las órdenes del *Don*, capitán del partido, y que le impedía hacer sus cosechas para andar de aquí para ahí llevando pliegos, rondando y haciendo todo lo que le mandaba el Capitán, ó su esposa, mientras permanecían su vega y su familia en abandono. El *Don* nombraba cuantos cabos de ronda tenía por conveniente y de este modo tan expedito ponía á su servicio oficial y doméstico, sin gasto alguno, á cuantos vecinos se le antojaba. Innecesario es decir que los *sitieras* le tenían horror á ese oneroso y ridículo cargo; pero ¿qué remedio les quedaba sino aceptarlo y cumplir su año? No pocos mudaban de domicilio, ó abonaban una suma, y así se veían libres de esa humillación y calamidad.

Nadie tiene más amargas y más justas quejas del gobierno español, después de los esclavos y los asiáticos, que los campesinos. Siempre se les ha cobrado el impuesto sin consideración de ningún género, por lo común con el recargo del ocho por ciento del apremio y las costas; jamás se les ha administrado cumplida justicia cuando rebotando en ella han ocurrido á los tribunales; al contrario, se les ha mirado con profundo desprecio; y ¡ay de los infelices cuando por la más leve causa caían en la cárcel! Allí permanecían años y años olvidados, á menos que vendiendo su cosecha, ó contrayendo una deuda, tuviesen alguas onzas de oro para gratificar al alcalde mayor, al promotor fiscal del juzgado, otra ave de rapiña no menos temible, ó al escribiente de la escribanía encargado de la causa.

Respecto á la educación de la infancia, que es el deber más sagrado de todo gobierno, es hasta una impertinencia decir que no existía en los campos por cuenta del Estado, ni de los municipios.

Criábanse los niños en la misma ignorancia de los padres, aunque éstos pagasen la contribución, que no tiene otro fin que llenar ciertas necesidades públicas, en cuyo número la educación de la juventud ocupa el primer lugar. Entre los gobiernos y los pueblos hay



un cambio de servicios sujeto á la ley común que regula los valores: dóite porque me des un valor equivalente. Si te pago cien duros al año de contribución, es porque me los devuelvas en forma de escuela para mis hijos, de alumbrado en las calles de la ciudad en que habito &. Los gobernantes no son más que unos asalariados de los pueblos, y los gobiernos no son más que la representación de la colectividad, representación de que tienen el deber de hacerse dignos sirviendo á gusto de sus comitentes.

Los españoles no entienden este lenguaje: para ellos no existe la grandeza del individuo, les importa poco la voluntad colectiva, y en España se romperán la cabeza buscando un rey de puerta en puerta por el amor de Dios, como dice Pelletan, y en Cuba levantarán altares á lo que estúpidamente llaman principio de autoridad.

El principio de autoridad se define de este modo: «todo lo que hace la autoridad está bien hecho.» Invención necia y diabólica de una política que nada tiene de común con la moral, ha sido uno de los más crueles dogmas que hemos llevado al cuello. En lugar de procurarse y proclamarse el triunfo de los santos principios de justicia, objeto de los desvelos de los legisladores de todos los tiempos y naciones, el gobierno de España ha tenido aquel exabrupto por único norte, considerándolo como el compendio de todos los conocimientos administrativos y como la piedra angular de su sistema. Supera á todas las perfidias de Alejandro Maquiavelo.

Este sistema es como las producciones espontáneas de la naturaleza, en un país donde el esbirro que el año 20 aprehendió al general Riego, que había proclamado la Constitución de 1812, le puso al pecho el trabuco y exclamó: ¡Vivan las caenas! (1)

Riego fué juzgado como traidor, y el día en que fué ahorcado, que debió ser de luto para toda España, el pueblo de Madrid recorrió las calles, ebrio de alegría, al ver que quedaban suprimidos sus propios derechos y

[1] *En la sociedad matritense de la Corte española existe un bello cuadro que representa esta escena.*—N. del A.

exclamando: ¡Muera la libertad! ¡Queremos el despotismo! ¡Viva Fernando VII, el Deseado, nuestro Rey absoluto!

Aquellos hombres, aquella época y aquella profunda ignorancia subsisten. El reloj del tiempo no corre para España: con sus toreros, sus frailes y sus mendigos, vive enclavada en el siglo XVI, sustraída á las corrientes de la civilización europea, como si los Pirineos que la aislan del resto del Continente, fuese un dique que impidiese el paso á las ideas.

Me placen los ejemplos, porque son como el genio de la escultura, que viste con formas reales las imágenes, y no dejan lugar á la duda, á la réplica, ni á la negativa. D. Toribio Zais, Teniente Gobernador de Remedios hace algunos años, sorprendió con un piquete de soldados de caballería una reunión en el pueblo de las Vueltas, en la que jugaban tranquilamente más de cien personas el juego de naipes llamado del *monte*, prohibido por la ley. Llega, atropella, rompe, hiere, mata y dejando varios cadáveres en el suelo, vuelve las riendas á su caballo, seguido de los lanceros, hacia Remedios, muy satisfecho de haber puesto un correctivo al juego del *monte*, que la pragmática de D. Carlos III, en uso, castiga con multa.

Una de las viudas de aquellas infelices víctimas emprendió viaje á la Habana, se presentó en queja al Capitán General, y desdoblado en su presencia y bañando en tiernas lágrimas la ropa ensangrentada de su marido Julián Díaz, en que estaban señaladas las heridas de las lanzas que habían acribillado su pecho, le pidió justicia. El Capitán General Cañedo apenas creyó la horrible relación de aquel suceso: mas ¿qué creéis que hizo? ¿Castigar al delincuente, al homicida? No, el principio de autoridad estaba por el medio; hubiera sido un ejemplo funesto para los pueblos: Zais fué premiado nombrándosele Teniente Gobernador de una comarca más importante, de Pinar del Río. ¡Oh España! ¡España! Te veo en camino de perder no sólo á Cuba y Puerto Rico, sino tus posesiones de la Oceanía, cuanto posees, (que es nada en comparación de lo que has poseído) y tú misma te perderás para siempre llevada al abismo por

tus acciones inmorales. Los crímenes y los vicios han hecho desaparecer grandes, poderosísimos imperios, mira si no caerás tú que estás tan enferma.

Las comisiones militares que estableció el General Lersundi contribuyeron no poco á exasperar los ánimos, principalmente entre los campesinos, que siempre han sido el blanco de cuantas medidas despóticas se han tomado. Voy á contar lo que sucedió en el pueblo de las Vueltas, jurisdicción de Remedios.

Comisionó Lersundi al cruel y presumido Teniente Coronel Lamela para perseguir malhechores en la región central de la Isla, y Lamela á su vez comisionó á los Capitanes de partido Lombard y Pardo en el territorio de Remedios. El primero era muy conocido en la Habana como un bribón, especie de caballero de industria. Había sido de los colectores creados por Concha que se fugaron con caudales del Estado. Su padre, Mr. de Somodeville, hombre de honor, le prohibió terminantemente que usase su nombre, por consecuencia de una denuncia que hizo y otras acciones igualmente infames, y él se llamó desde entonces Jorge Lombard. Era sumamente activo, vivaracho, locuaz, despejado, de presencia simpática y de esa clase de hombres que encubriendo un alma de demonio bajo un exterior agradable, son atentos, complacientes hasta el ridículo de la humillación, y saben introducirse con todo el mundo y sacar partido de lo más insignificante. Su papel en la Habana estaba muy indicado: era agente de los oidores y alcaldes mayores para vender decretos y también para vender influencia. Mis lectores estimarán como una idea muy peregrina la venta de la influencia; y sin embargo, es de un todo positivo que después de las arrobadas de carne del hombre esclavizado, su juventud y sus cualidades morales, sujeto todo á valorización, no hay para el español artículo más productivo en el mercado de su dominio que la justicia y el medio de realizar su venta, que es la influencia, las relaciones, el contacto del vendedor y el comprador. Bien es cierto que las principales importadoras de esta correduría han sido las señoras españolas, esposas de los Magistrados, de los funcionarios de Hacienda y de los militares de elevada posición.

Pardo, el compañero de Lombard, era otra clase de hombre: limitaba su deseo, como español, á adquirir oro; pero no se empeñaba ni se complacía en oír los gemidos de la humanidad. El no hacía otra cosa que firmar lo que escribía su colega todo el día y casi toda la noche.

Abrieron ambos comisionados su terrible tribunal *sui generis* en el pueblo de las Vueltas. Al momento y sin descanso mandaron á buscar uno por uno todos los campesinos para que les informasen quienes eran los bandidos. Ninguno quiso designarlos, ya porque no los conociesen, ya por temor, ó por el espíritu caballeresco del cubano que no le permite denunciar á nadie.

Entonces Lombard empezó á dar bofetadas á aquellos inocentes labradores y los puso en los cepos que había mandado á construir. Abierto por aquel hombre cruel un juicio de residencia al pasado de los ciudadanos, decía que no había un solo habitante en la comarca que no fuese criminal, y que él haría que se les castigase con la mayor severidad. Amedrentados algunos labradores, porque ya había tres tuertos por consecuencia de las bofetadas y uno loco, parece que algo declararon de conformidad á los deseos de Lombard; de esto no estoy seguro; pero lo deduzco del hecho de haberse multiplicado las prisiones de tal modo, que ya no habían los presos en la cárcel de la ciudad de Santa Clara.

En estas circunstancias recibió Lombard un aviso secreto de que en la hacienda «Guagén» se hallaba el antiguo bandido Aniceto Zanca. Aniceto Zanca había sido veinte años atrás el terror de los territorios de Sancti Spíritus y Trinidad; pero desde esa fecha permanecía en completo olvido; parecía que había dejado de existir. Con todo, Lombard nada había adelantado en el descubrimiento de los delitos y una presa como la de Zanca venía muy oportunamente á acreditar la razón de ser de aquella ominosa comisión. Aprehendió el mismo día del aviso al hombre que se le había designado, quien declaró que se llamaba Antonio Rodríguez, labrador, natural de Holguín. Dióle Lombard los acostumbrados bofetones, púsole en un cepo é hizo mil amenazas, si no declaraba la verdad. Sostuvo el preso que se llamaba Antonio Rodríguez, y que jamás había delinquido.

Por espacio de siete días, apesar de las bofetadas, puntapiés y malas palabras, dijo lo mismo. Vencido ese término, ya extenuado por los golpes y los malos alimentos, pan y agua, manifestó que quería declarar lo cierto y expuso que se llamaba Aniceto Zanca, que había cometido veinte y un asesinatos con alevosía, que había incendiado numerosas casas, quitado el honor con violencia á muchas vírgenes y cometido cuantos crímenes pueden imaginarse.

¡Qué placer tan indecible para el comisionado! Sus movibles ojos giraron sin cesar en su órbita y aspiró muy satisfecho el ambiente de la felicidad. ¡Ah! El gobierno de España le daría por lo menos un destino con un gran sueldo..... Llamó á sus amigos para que oyesen la espantosa relación del reo, preparó una opípara mesa en la que sentado éste, como uno de tantos convidados, engullía hambriento los manjares como un idiota, desquitándose apresuradamente de los siete días de ayuno y paraba, levantando la cabeza, para contestar las preguntas que se le hacían acerca de sus hechos. A los pocos días los periódicos de la Isla encomiaban en términos bombásticos aquel triunfo de Lombard, el acierto de Lamela al nombrarle para aquella comisión bienhechora, y la sabiduría de Lersundi al elegir á Lamela, y al proclamar en aquellas tranquilas comarcas el estado de sitio, es decir, la destrucción de todas las leyes para hacer que fuesen obedecidas, contradicción palmaria en que incurre la tiranía. El estado de sitio es para el gobernante español, lo mismo en Cuba, que en Fernando P6o, que en la Península, el remedio más á mano de todos los males sociales. Su cerebro no concibe jamás la hermosa idea del orden hermanado con la libertad; el orden á sus ojos sólo lo produce el despotismo como si el despotismo de por sí no fuese el mayor de los desórdenes.

Luego que hubo saboreado á sus anchas Lombard algunos días el placer de tan gran victoria, remitió el reo á Santa Clara, á la disposición de la Comisión militar, que actuaba en esa ciudad, y apenas se presentó á ratificar su declaración, como es costumbre, dijo que se le había dado tormento en el pueblo de las Vueltas,

que todo lo que había declarado era falso, y que se llamaba Antonio Rodríguez, natural de Holguín, donde vivían sus ancianos padres y sus hermanos.

La Comisión militar abrió información sobre el caso, vinieron á Santa Clara los parientes del encausado y por último, se comprobó del modo más terminante, no sólo que se llamaba Antonio Rodríguez, sino que era un sugeto muy pacífico, honrado y laborioso.

He referido lo sucedido con Antonio Rodríguez, no sólo porque es una causa célebre, tan á los principios de nuestra guerra de independencia que todavía no se había dejado sentir en aquellos lugares el fuego patriótico que poco después invadió todos los pechos, sino para que se vea de qué modo en plena paz se respetaban la dignidad del hombre y la justicia en la isla de Cuba. Por un lado vemos resucitado el tormento, abolido desde el tiempo de Beccaria, y por otro la manera degradante con que se trataba á los campesinos. No debe causar sorpresa que el partido de las Vueltas haya mandado dos mil combatientes á Céspedes, y que á la cabeza de estos haya ido Juan José Monteagudo, llamado por su constitución débil cuando niño *Matungo*; hoy es corpulento, fuerte y valeroso como el que más. Le conocí y traté muchas veces: lleno de candor, hospitalario y rico, adoraba á su esposa y á sus hijos, y podía habersele presentado como modelo de esos caracteres de extremada benevolencia que nacen para hacer el bien y para ser amados. El hubiera vivido eternamente feliz en los brazos de la tranquilidad, del olvido y del amor á la familia; pero al lado de su posesión de campo en Sagua la Chica tenía un godo, D. Fabián García, acaudalado negrero de Matanzas, una gran plantación de caña, y quiso anexarle las tierras que el *Matungo* había heredado de sus padres. Púsole con frívolos pretextos un pleito y era tan patente su injusticia que la Audiencia, compuesta de españoles, lo falló en su contra. Había ganado Monteagudo el pleito; pero quedó pobre. Era preciso trabajar de nuevo, no se desalentó y trabajó sin descanso..... En estas circunstancias llegó á las Vueltas Lombard, amigo de García, y apenas se vieron y hablaron el *Matungo* fué preso, se le tuvo encerrado

en una bartolina, se le puso en el cepo de cabeza, se le dieron muchos golpes hasta el punto de hacerle brotar la sangre por la nariz y la boca, y después de quince días de martirio se le mandó á la cárcel de Santa Clara. Allí, la Comisión militar le vendió la libertad en seis mil duros que reunió entre sus parientes, y le prometió una sentencia absolutoria. Faltó á su palabra, pues con la llegada de Dulce, disuelto aquel tribunal, pasaron los procesos á las alcaldías mayores, y á los pocos días en la de Remedios se había fulminado orden de prisión contra Monteagudo. Entonces fué que juró consagrar su vida al exterminio de los españoles, abandonó su hogar, reunió sus amigos y partió al campo del honor y de la libertad.....

A los pocos días la gran plantación de caña de García era devorada por las llamas, y sus numerosos esclavos, alegres y felices, se afiliaban como soldados de la revolución rompiendo para siempre las cadenas de la infame esclavitud.

La historia de Monteagudo es la historia de todos los cubanos. Los españoles no tienen, ni han tenido, ni tendrán jamás para nosotros otra cosa que no sea un odio profundo mal disimulado y el deseo de despojarnos de cuanto poseemos.....

Otra de las llagas más dolorosas de la sociedad cubana es la falta de vitalidad en los ayuntamientos, de que he hecho antes una ligera indicación. Elegidos los concejales, no por los pueblos, sino á propuesta de los celeberrimos Tenientes gobernadores, resultaban indispensablemente nombrados, bien los aduladores del poder, bien los tenderos que habían enriquecido y aspiraban á hacer algún papel. Estaban excluidos de esos cargos todos aquellos vecinos de inteligencia y de carácter que pudiesen quitar la máscara al fraude, ó poner cortapisas á las arbitrariedades del Teniente gobernador. Por supuesto, los municipios, así organizados, iban cayendo cada vez más y más, en el concepto público, en una completa nulidad, si no en el ridículo.

Hirióse el despotismo con la misma espada que tenía en la mano. Llegó el período en que fué preciso que

esos cuerpos hiciesen uso del crédito para cubrir sus obligaciones más perentorias y como eran compuestos de personas tan escasas de mérito y estaban tan despojados de facultades, tan desprestigiados, fueles imposible lograr que los capitalistas les prestasen ni un centavo. En vano los Tenientes gobernadores andaban por las calles de los pueblos con las manos en la cabeza, haciendo presente que contaban con las garantía de los trimestres no cobrados de la contribución; no lograron inspirar confianza. Había quedado para siempre vacío el cofre municipal, del que robaban tan cuantiosas sumas, cuando estuvo lleno con nuestro oro, mejor dicho, con el producto del sudor de los cubanos.

En lugar de renovarse con el elemento popular más amplio esos importantísimos cuerpos, como lo hubiera practicado inmediatamente un gobierno sabio para volverles el vigor y hacer partícipe al mismo público del interés común de sostener el crédito, siguieron funcionando las mismas máquinas, con las propias ruedas mohosas é inservibles y con el mismo sistema centralizador y los mismos abusos.

Paralizado estaba el cobro del impuesto con motivo de la perturbación política que empezaba á agitar las masas y á conmover la sociedad, que reposando en bases sumamente carcomidas por el espíritu de los tiempos, se bamboleaba como la débil caña al más ligero sople del viento. Viéronse los Ayuntamientos en el caso de no tener con que atender ni aún á la manutención de los presos y de los pobres de los hospitales. Llegó á suceder en algunas poblaciones de las más importantes, que los carniceros no querían fiarles la carne, ni los tenderos sus efectos. Baste decir, para pintar con este solo hecho el triste estado á que habían llegado, que cuando en Febrero de este año me ví preso en la cárcel de Remedios, el Municipio debía al Alcaide Rubiera, seis mil escudos de plata, y á cada rato me decía éste que el Ayuntamiento era un tramposo, que él no podía seguir supliendo, que los presos iban á morir de hambre, etc.

Da vergüenza relatar estas cosas; pero todo es confor-



me á la verdad y muy conveniente hacerlo constar para que en todo tiempo se véa la manera de gobernar de los españoles, que es indudablemente la misma de los primeros tiempos de su dominación en América. Siempre guiados por el error y la torpeza, siempre esclavos de sus preocupaciones, siempre dados á la inicua explotación y á la injusticia, y siempre opuestos á la libertad en todas sus manifestaciones, como si la libertad no fuese la dicha de los pueblos.

Efectuáronse ciertos arreglos con el Banco Español, quedando inmiscuido en el cobro del impuesto municipal; ligósele á la vez con el Estado, é hizo en pequeño lo que el Príncipe Regente en tiempo de Juan Law en Francia. ¡Enorme desacierto y ruina infalible de esa institución aun cuando ya no estuviese en quiebra!

Creyóse que el papel moneda todo lo remediaría. En efecto, nada hay más fácil que poseer millares y millones de duros mandando á imprimir en el papel ciertos guarismos; pero llega el día en que los pueblos se cansan del engaño, quieren que se les paguen en moneda corriente las sumas ficticias que tienen en billetes y entonces es el momento de la consternación del Banco, del gobierno y del público.

Estas tempestades se conjuran con las buenas garantías; pero no las tiene España, ni las tienen tampoco los negrógafos que hasta ahora han hecho esfuerzos y sacrificios inauditos por sostener el Banco. En tiempos de revoluciones los capitales huyen y las garantías desaparecen, porque el hombre al parecer más rico está tal vez en vísperas de una quiebra y porque es difícil adivinar hasta dónde irá en la emisión del papel un gobierno que se encuentra en insolvencia, sin otro recurso, con una guerra en la Isla y grandes trastornos abocados en la metrópoli.

El papel moneda que parte en abundancia de una institución de crédito sin responsabilidad, y más cuando se emite para emplear su valor en una guerra, valor que no vuelve á parecer bajo ninguna forma, es semejante á las dosis de veneno que se aplican en ciertas enferme-

dades mortales, que cuando la enfermedad no mata al paciente lo mata el remedio. (1)

## CAPITULO X

ESPAÑA NO TIENE UN HOMBRE DE ESTADO.—  
SUS PARTIDOS POLÍTICOS.—

ADRIANA DEL CASTILLO.—LOS TRES CAMINOS QUE  
SE PRESENTARON AL GOBIERNO ESPAÑOL.

Otro de los males acerbos de España y que más ha influido en nuestras desventuras, es carecer aquella nación de un hombre de Estado. Todas las naciones, en

[1] SITUACION DEL BANCO ESPAÑOL DE LA HABANA EN 2 DE OCTUBRE DE 1869.

### OBLIGACIONES

#### *Pagaderas á la vista*

Billetes .....	21.574,105 00
Cuentas corrientes.....	3.918,726 28
Depósitos sin interés.....	1.061,832 15
Depósitos con interés vencidos.....	4,065 12
Bonos vencidos.....	1,775 16
Dividendos no cobrados.....	37,321 25
	<hr/>
	26.597,824 96

#### *Pagaderas á plazo*

A la Hacienda Pública.....	8.250,401 53
A las Sucursales del Banco .....	243,987 33
Intereses pendientes.....	57,791 55
	<hr/>
	8.552,180 41

Gastos anuales .....	29,286 32
	<hr/>
	29,286 32

circunstancias de grandes trastornos ó transformaciones políticas y sociales, improvisan esos varones eminentes, cuando no los tienen de antemano, menos España. La Prusia quiso ponerse al frente de la Confederación Germánica: tenía que luchar con la rivalidad del Austria, apoyada por otras potencias: emprendió una breve y feliz guerra, y llevada de manos por el Ministro de Estado Bismark, se colocó valientemente en el puesto que ambicionaba, realizando la unidad alemana. Italia sus-

Capital (en acciones).....	5.000,000 00
	<hr/>
	5.000,000 00
Fondo de reserva.....	500,000 00
	<hr/>
	500,000 00

CAJA

Oro .....	3.015,959 27
Billetes.....	874,456 00
	<hr/>
	3.890,424 27

*Créditos particulares*

Pagarés hasta tres meses.....	3.561,195 13
» de tres á seis meses.....	2.104,051 36
	<hr/>
	5.665,246 49

Aplazados por escritura.....	809,735 48
Pendientes de cobro.....	516,889 26
Corresponsales.....	10,706 70
	<hr/>

1.337,331 44

*Créditos contra el Gobierno*

Obligaciones del Tesoro al 6 p. 8 .....	7.503,607 00
Garantías de la Hacienda .....	1.260,750 41
Capitanía General.....	230,907 98
Intendencia de Hacienda.....	1.617,221 75
Cuentas de anticipaciones.....	9.572,776 03
	<hr/>

20.185,263 17

*Crédito del Banco contra sus propias Sucursales*

Por varios conceptos.....	4.959,148 45
	<hr/>
	4.959,148 45

piraba también por su unidad, lograrla parecía un imposible teniendo que destronar al rey de Sicilia y á varios príncipes; pero poseía á Cavour y hoy la Italia, representada antes por el pequeño reino de Cerdeña, es una nación de treinta millones de habitantes. Los Estados Unidos se vieron empeñados en una lucha de titanes: una gran sección del país quiso separarse sin causa justa de la otra, preparada para la guerra desde el tiempo de la presidencia de Buchanan. La naciones

*Propiedades y otros recursos*

Casa y muebles.....	94,525 91
Acciones de Empresas .....	130,234 99
Contribución que debe cobrar.....	3.178,721 67
	<hr/>
	3.403,482 57

Un economista ha hecho las siguientes observaciones publicadas en el periódico «La Revolución,» en su número correspondiente al 4 de Octubre de 1869, observaciones que han dado ocasión á un negro sumario formado por las autoridades de la Habana para averiguar quien suministró esos datos al autor:

«Supongamos que los depositantes en cuenta corriente, acuden en un día dado, como pueden hacerlo, y retiran sus \$3,918,726-28 centavos.—La caja del Banco quedará exhausta y con un déficit de 28,302 pesos un centavo.

El remedio será entonces duplicar la guardia del Banco, y despejar á culatazos y con la punta de las bayonetas á los que van á cobrar lo suyo. Pero lo cierto y verdadero queda siendo que el Banco con veintiséis millones y medio de obligaciones á la vista, tendría que suspender sus pagos, con sólo exigirle los cuatro á que asciende escasamente el saldo de sus depositantes en cuenta corriente.

Sigamos suponiendo que toda la cartera particular, de 1 á 6 meses, se realice con dificultad en un momento dado, y que el Banco la destine á solventar aquel déficit, y á cubrir los depósitos simples, los depósitos con interés vencidos, los bonos también vencidos y los dividendos no cobrados, así como al cambio de los billetes emitidos. ¿Podrá atender con \$5,665,246-49 centavos á una responsabilidad que ascendería, después de exhausta la caja, á más de 18 millones de pesos?

Entonces es verdad que el Gobierno decreta que no se obligue al

européas miraban con simpatía esa sección por celos del engrandecimiento de los Estados Federales; pues bien, el gobierno de éstos tuvo á Mr. Seward, que manejó como quiso los gabinetes extranjeros, que todos, con excepción del ruso, le eran hostiles, y la Unión Americana libre de la úlcera de la esclavitud, es hoy la nación más poderosa del orbe.

De paso diré que durante esa formidable guerra, el gobierno español de Cuba hizo más daños á los Estados Unidos que ningún Estado del Sur; no por afecto á los confederados, sino por dañar á unos y á otros. Es-

Banco á cambiar sus propios billetes sino hasta el máximum de ciento ó doscientos pesos por persona, reduciendo á dos ó tres las horas del cambio, estableciendo un turno riguroso, para lo cual se provee á los cambiantes de papeletas numeradas, y recurriendo, en fin, al supremo y eficaz remedio de la fuerza, empleando las bayonetas de los voluntarios que montan la guardia del establecimiento.

Pero esto es una suspensión de pagos oficialmente autorizada y reconocida. En el idioma mercantil, ante la Ley y ante la razón y el buen sentido, encontrarse en semejante situación es estar en quiebra, y nada más, ni nada menos.

El Banco debe á la Hacienda un poco más de ocho millones; pero la Hacienda y el Gobierno le deben á él un poco más de veinte millones. ¿Cuándo podrá el Gobierno español de Cuba pagar al Banco los doce millones de diferencia?

El Banco debe á sus Sucursales la suma de \$243,987-33 centavos. Las Sucursales le deben á él como cinco millones próximamente. ¿Con qué fondos, ni con qué recursos cuentan éstas para poder pagar al Banco tan respetable cantidad?

En las actuales circunstancias ¿qué valor podrían tener las acciones que posee el Banco, sus muebles y su casa?

¿Cómo puede el Banco hacer efectivos los recibos de contribuciones que posee, respecto de las fincas y propiedades de los territorios ocupados por la insurrección? ¿Valen algo en el activo del Banco los impuestos que debía percibir de la parte Oriental y Central de la Isla?

El capital del Banco asciende á cinco millones. Pero como, según hemos visto, son irrealizables los cinco millones que deben las Sucursales, más de tres que representan aquellas contribuciones incobrables y más de otro millón de créditos á plazos largos y dudosos, resulta

pañía es y será siempre enemiga capital de la Unión Americana, por la misma razón que los cubanos la respetamos, admiramos, amamos, bendecimos y ciframos en ella una esperanza para el logro de nuestra absoluta independencia.

Un hombre de Estado que se identifica con los intereses de su nación, que se olvida de sí mismo para pensar en la patria y que trabaja de día y de noche por su prosperidad, es lo que ha hecho y hace falta á España. Ella tiene, no hay duda, un número inmenso de personas que han ocupado el ministerio, que han regido la nave del Estado; pero ninguna de esas personas sabrá dar cuenta de donde está el perdido timón de esa nave, que hace

---

que el capital del Banco está perdido y que los accionistas han quedado sin propiedad.»

A lo dicho debe agregarse que, según voz pública, crecido número de oficiales se ocupan incesantemente en firmar billetes y que la emisión se hace por doble y triple importe del que se anuncia al público.

Las llamas destruyen los campos de la Isla, los capitales se alejan, la emigración es incesante, la esclavitud se halla en las convulsiones de la muerte haciendo desaparecer una gran parte de la suma general de los valores, las propiedades se destruyen, la confianza ha desaparecido, y mientras tanto los españoles de la Habana anuncian al mundo que jamás ha sido más brillante la situación económica; últimamente se ha decretado la emisión de diez millones de duros más. ¿A qué cifra llegará el Gobierno de España que no cuenta con otro recurso para sostener la guerra?

La Historia es espejo del pasado, en que puede leerse el porvenir. ¿Pagó España el importe del papel moneda emitido para facilitarle recursos por los bancos privilegiados de las que fueron sus colonias en América? No sólo no lo ha pagado, sino que aún debe. los sueldos de los militares que pelearon á su favor, lo propio que resulta respecto á la guerra de Santo Domingo.

Nuestro ilustre Presidente, en un manifiesto, ha hecho presente al mundo que la República cubana no reconocerá jamás esa deuda contraída para hostilizarla. Véase cuán remota es la esperanza de reembolso de los tenedores de billetes del Banco Español de la Habana.

*N. del A.*

muchos años anda desarbolada, sin rumbo ni guía, atravesando los mares á riesgo de perecer.

Los partidos políticos en España no sirven para balancear el poder, resistir las invasiones de la tiranía y consolidar el orden; no tienen otro fin que el interés privado de algún personaje que les da aliento para engrandecerse. No se defiende con sinceridad ningún principio, nadie se ocupa de la felicidad de la nación y sosteniéndose constantemente una guerra de empleos, han desaparecido todas las virtudes cívicas.

La empleo-manía, de que he hecho referencia, es la gangrena que está principalmente dando muerte á España; la ha alejado de la libertad y la ha llevado al comunismo de peor especie, que es aquel en que viviendo todos los ciudadanos del presupuesto del Estado, ninguno piensa en poner un valor, grande ó pequeño, en la masa común. Son todos consumidores, ninguno productor.

Figuraos una colmena llena de zángaos, con pocas abejas, y tendréis una idea exacta de la situación de España. ¿Cómo es posible que haya bienestar en esa nación infeliz? No lo esperéis jamás, ni allí ni en ningún país, sin el trabajo creador de la riqueza, fuente de la moralidad y símbolo de la ventura, de la grandeza y de la dignidad de los pueblos.

La pasión á los empleos ha traído también la anarquía, la relajación de las costumbres y la prostitución del gobierno monárquico constitucional. Vende el ministro las reales órdenes, venden sus votos el ciudadano y el diputado, ó los cambian por un cargo para un pariente; vende el juez su sentencia; y en Cuba, robaba el empleado para el Estado, robaba para sí y robaba para el magnate de la Corte que interponiendo su influencia lo sostenía en su puesto. Cada empleado que tenía algún manejo había contratado librar periódicamente una suma á España á su padrino ó protector; y si llenaba por su propia conveniencia este deber, podía estar confiado de su inmovilidad, aunque fuese el más ignorante y corrompido, aunque cometiera los mayores excesos y delitos.

Señalaré también, si no como una de las causas inme-

diatas de la revolución, por lo menos como un hecho que la convierte en necesaria para el bien y progreso de la humanidad, la abolición de la esclavitud, ya que el gobierno español no ha querido extinguirla gradualmente, como le hemos pedido los cubanos. La esclavitud es insostenible: la combaten las ideas de la época de tal modo, que ella se parece á un árbol cuyas raíces estuviesen fuera de tierra, que se encontrase mustio, y así lo azotasen los procelosos vientos.

Por último, y para concluir esta breve reseña, ha enardecido el ánimo del ilustrado pueblo de Cuba llenándolo de una justa indignación, el ver que efectuado el cambio político de 21 de Septiembre, cambio radical que trajo el destronamiento de los Borbones y puso á la nación en actitud de darse la forma de gobierno que tuviese por conveniente, no se contó para nada con nosotros. Ni siquiera se nos participó aquel acontecimiento tan trascendental que había forzosamente de influir en nuestros destinos. Esta es una prueba palmaria de que España nos considera indignos de la libertad, nos quiere tener en perpetua tutela, nos excluye de toda intervención y consejo en los asuntos que atañen á nuestra suerte próspera ó adversa, nos estima sólo como se estiman los esclavos, que no tienen otro derecho que trabajar para su dueño, y cerrándonos las puertas del presente y del porvenir, quiere reducirnos á autómatas, á miserables parias, sin aspiraciones y sin esperanzas, sin verdadero derecho de propiedad sobre nuestros bienes, sin seguridad personal y ni aún de la vida, pues en Cuba es muy común el fusilamiento sin las formas jurídicas. ¿Cómo sería posible que el pueblo cubano sufriese tanta ignominia? ¿No vale más morir de una vez que vivir el hombre sujeto á la voluntad de unos déspotas que disponen de su vida y de su hacienda sin respeto á la razón, á la inocencia y á la justicia?

No es sólo el Capitán general quien ejerce el terrible derecho de vida y muerte sobre los cubanos; son también los Tenientes gobernadores militares, y muchos de ellos no escasean la ocasión de usar una facultad tan terrible y han fusilado miles de hijos del país en los campos aprehendiéndolos y sacándolos de sus hogares



con el pretexto de ser insurrectos. ¿Qué digo de los Tenientes gobernadores? También tienen la facultad de matar sin piedad á los vecinos pacíficos, á las mujeres, á los ancianos, á los niños, todos los voluntarios, todos los españoles, donde quiera, á cualquier hora..... ¡oh Dios!

No podremos olvidar jamás, jamás, la triste, la horrible, la ignominiosa historia de Adriana del Castillo. (1)

(1) La pluma cae de la mano, el cabello se eriza y el corazón quiere salirse del pecho recordando los espantosos crímenes que á menudo cometen los españoles, crímenes que merecen la execración del universo. Para que el lector tenga una idea de su proceder en Cuba, bastará que sepa lo sucedido á la bella y espiritual Adriana del Castillo. He aquí lo que dice el periódico titulado «El Laborante» que ve la luz unas veces en la Habana ó Guanabacoa, otras en Carraguao ó Marianao. Describe ese suceso en su número 10, correspondiente al primero de octubre de este año, y numerosas cartas de Bayamo confirman su relación. Sólo agregaré que en el mismo mes de octubre fué fusilado en Remedios por los voluntarios el anciano de noventa y dos años Joaquín Céspedes, sin más delito que tener el apellido de nuestro Primer Magistrado, de quien no era ni pariente, y la circunstancia de ser natural del Camagüey, patria del inmortal Joaquín Agüero, del general Quesada, de Salvador Cisneros (antes marqués de Santa Lucía) presidente de la Cámara de Representantes de la República y de otros muchos clarísimos varones. El infeliz anciano no podía valerse y había perdido la memoria; estaba decrepito. Con todo, recibió la muerte con resignación, como si se hallase en el pleno ejercicio de sus facultades mentales, con dignidad, con valentía, como todos los mártires de la guerra santa de nuestra independencia. Oigamos al «Laborante.»

«La Srta. Adriana del Castillo ha sido víctima de la ferocidad de los voluntarios de Bayamo. Hemos visto una carta en que se refiere el hecho tal como sucedió.

«La casa de la Srta. Castillo, situada en una de las principales calles de aquella ciudad, fué asaltada por los voluntarios en momentos en que no había ningún hombre en ella. La familia toda, que se hallaba en el interior de la casa, logró escaparse por el fondo, y sólo la Srta. Adriana, que estaba en la sala, cayó en manos de los bárbaros voluntarios. La desventurada Adriana hizo esfuerzos sobrehumanos para

Tales crímenes y tales injusticias han convertido la isla en un volcán.

Tres caminos se presentaron á España, al tener efecto su última evolución política, para procurar la conservación, siquiera por algunos años, de su soberanía en las Antillas, con el beneplácito de sus habitantes, que es lo primero que debe pretender una nación entendida, porque sin ese beneplácito no puede haber dominación estable ni bien alguno posible en la sociedad. Creo muy difícil que los cubanos hubiésemos aceptado bajo ninguna forma continuar esclavizados, una vez de comenzada la guerra; mucho menos tratándose de una nación acostuumbada á quebrantar su palabra y á reirse de los ofrecimientos y compromisos más solemnes; pero la sana política le aconsejaba seguir con sinceri-

---

salvarse de las garras de sus asesinos, oponiendo una resistencia tenaz á sus malvados deseos; pero ¡todo fué en vano! pues aquellos miserables triunfaron por la fuerza, y nuestra querida hermana fué violada cobardemente. No satisfechos aún con este crimen incúo, dieron muerte á la infeliz Adriana, profanando después su cadáver con la mayor vileza..

«Su muerte hará caer con más fuerza sobre aquellos malvados voluntarios el inexorable brazo de la venganza..

«Después de lo que se acaba de leer, se necesitaría no tener una gota de sangre en las venas, ni un sentimiento de nobleza en el alma para no sentir la más profunda indignación. Esa joven que acaba de recibir sobre las ruinas de Bayamo el deshonor primero y en seguida la muerte, la muerte física después de la muerte moral, era miembro de nuestra gran familia, era hermana de todos los cubanos. Cuantos tenemos hijas, madres, hermanas y esposas, hemos recibido en ella la más cruel é infamante humillación. No hay un cubano que no haya sido ofendido en esa desgraciada joven, no hay una hija de Cuba que no hubiese recibido la misma afrenta, si se hubiera encontrado en lugar de nuestra mártir compatriota.

«Adriana del Castillo era una de las mejores galas de la buena sociedad bayamesa. Era hija de Francisco del Castillo Moreno, primo hermano de nuestro Presidente Céspedes y distinguido abogado que falleció tres años ha, después de haber devorado toda su vida el dolor de ver á Cuba esclava. Adriana era joven, muy joven. No ten-

dad uno de esos tres caminos. Helos aquí: 1° Constituirse en república federal, en cuyo caso Cuba hubiera sido un Estado. 2° Habernos concedido leyes autonómicas como las del Canadá. Dos cámaras de nombramiento popular hubieran regido el país y España se hubiera visto dignamente representada en la persona del gobernador general, presidente de aquellas, que le tocaba elegir al Poder real y que tendría el valiosísimo derecho del *veto* para dejar en suspenso las deliberaciones de ambos cuerpos colegisladores por seis meses; á fin de que decidiese el punto el gobierno supremo; si nada decidía cumplido ese término, dichas resoluciones pasaban á ser leyes. 3° Decretar la completa asimilación con la Metrópoli y haber dispuesto que inmediatamente mandásemos nuestros diputados para discutir y resolver

---

dría más de diez y siete años. La conocimos en su ciudad natal, cuando aún no había salido de la infancia. Su belleza de niña era extrema. Su candor y la educación que sus padres se esmeraban en proporcionarle, auguraban para días más adelantados de su vida, lo que supimos que fué después, una flor por la hermosura, una joya por el talento, un ángel por la ternura, por la bondad y la virtud. ¿Y es en ella donde han saciado su lascivia y su inhumanidad esos bárbaros? ¿Quién hubiera dicho, al contemplarla tan bella, que tanta divinidad de gracias, tanta delicadeza de espíritu, tanta pureza y tanta santidad de alma estaban destinadas á marchitarse así! ¡A la deshonra! ¡A la infamia!

«Pero no, no hay deshonra en sufrir y morir con la muerte y los sufrimientos de Adriana. Ha sido infortunada, ha sido mártir; pero no están manchados su corazón ni su memoria. La compadecemos y la lloramos, pero besaríamos su cadáver con el respeto debido á la majestad y á la desgracia. Víctimas como ella sólo avergüenzan al infame forzador. No ha sido la primera cubana, ni por desgracia será tampoco la última que sucumba de ese modo; pero nosotros sucumbiremos también, si no somos bastante fuertes para vengarlas á todas. El crimen cometido con Lucrecia echó abajo una corona y levantó la República Romana; el crimen cometido con Virginia derribó el gobierno de los Decenviros; la iniquidad de que acaba de ser víctima Adriana del Castillo sólo servirá para que se alce más prouto sobre los cadáveres de enemigos tan soeces la gloriosa República de Cuba.»-*N. del A.*

sobre la forma de gobierno que más convenía á la nación y á la colonia.

De estos tres extremos el último me parece el más detestable. ¿Qué adelantáramos con que Cuba se asimilase, se igualase á un pueblo como el de España, donde no hay nada que merezca imitarse y sí mucho que reprobamos, pueblo cuyo destino es ir de error en error hasta el término de sus días, como nación, que no está lejano, pues ya se ven en su horizonte las manchas negras de la corrupción y la falta de virtudes cívicas, señales infalibles, que según las enseñanzas de la Historia, preceden á la disolución de los Estados? ¿Ni qué adelantáramos con mandar nuestros diputados á unas cortes en que su voz quedaría ahogada por una inmensa mayoría, que siempre le sería hostil, porque nuestros intereses están en contradicción con los de España?

Ninguno de estos tres caminos quiso seguir el gobierno español y le pareció más obvio el del insolente despotismo, sin tener el talento necesario para apreciar nuestro estado de cultura y prever que no nos faltarían héroes como Céspedes, el Bolívar Cubano, como Aguilera, como Figueredo, que alzasen la voz y desenvainasen la espada en defensa de nuestros ultrajados derechos, ni un pueblo numeroso, compacto, valiente y cansado de sufrir que siguiese, dispuesto á sacrificarlo todo, la santa bandera de la independencia, que Dios ha bendecido porque la acompañan la razón y la justicia. ¡Oh! ¡Qué engañada estaba! Dios ciega á los que quiere perder.

Hace veintitrés siglos que Hipócrates dijo que el despotismo había destruido los grandes imperios de Asia y que la Europa prosperaba por sus aproximaciones á la libertad.

Esto que escribió el padre de la Medicina es especialmente aplicable á Inglaterra, que con su Carta Magna ha llegado al pináculo del poder y la grandeza.

La libertad es una diosa nacida en la cuna del derecho natural y arrullada por las buenas costumbres, que tiene en su mano una vara mágica con la que embellece cuanto toca y hace felices á las sociedades humanas.

## CAPITULO XI

### INGRATITUD DE LOS ESPAÑOLES.—CAPACIDAD DE LOS CUBANOS PARA FUNDAR UNA REPUBLICA INDEPENDIENTE, LIBRE Y FELIZ.— CUBA DEBE SU PROSPERIDAD Á SUS HIJOS.

---

España ha unido á la injusticia y la crueldad, la ingratitude: Cuba ha sido su paño de lágrimas y el báculo de su cansada ancianidad. Si ella ha tenido grandes dolores, Cuba los ha tenido también; si ha estado alegre, Cuba ha participado de su alegría. En todos sus apuros financieros, que no han sido pocos, en todas sus calamidades públicas, le hemos abierto nuestras arcas con generosidad. Sus hijos han venido en numerosas partidas á nuestras playas pobres, desamparados y casi siempre enfermos, y han encontrado en nuestros hogares protección, salud y afectos. Los hemos hecho ricos, les hemos dado posición social; los hemos admitido como miembros de nuestras familias; los hemos tratado como hermanos..... ¡Ah! y esos mismos hombres aguzan sus puñales y los entierran en nuestros corazones procurando nuestro total exterminio, porque deseamos ser libres, independientes y felices; como si no fuera un deseo natural, propio de nobles pechos; como si los pueblos en la marcha de los acontecimientos no tuviesen del mismo modo que los individuos infancia, juventud, decrepitud y muerte, y Cuba no se hallase en su más lozana edad llena de vigor, de esperanzas y de ilusiones. ¿Quién puede detenerla en su carrera de grandeza? ¿España?

A nadie conviene tanto nuestra independencia como á los españoles establecidos en nuestro país, porque entonces el comercio, á que casi todos están dedicados, se engrandecería rápidamente. El comercio es un ave que

tiene por plumas la libertad, y cuando no puede moverse con franqueza, con brevedad, exento de trabas; cuando se ve abrumado por exorbitantes derechos y se hace el contrabando por las mismas aduanas, conforme sucede en Cuba mediante el rigor de las tarifas y la venalidad de los empleados, ni llega jamás á desarrollarse con fuerza, ni alivia á los ciudadanos el peso de las contribuciones del Estado, pagando una parte de ellas como es justo, ni influye con todo su poder en la felicidad general. ¡Cuán cierto es que el comercio necesita de la buena fe, como su principal elemento, y cuán cierto que ésta brota y se sostiene de las buenas leyes, que sólo pueden dictarse á la sombra del árbol de la libertad! ¡Oh! los españoles residentes en Cuba no meditan, no calculan, no ven; ni tampoco aman ni agradecen.

Dícese por algunos españoles, acaso aquellos mismos que hemos enseñado á calzarse, á vestirse y á tener algunos modales, que no estamos en actitud para formar una República en que imperen el orden, la paz y la justicia. ¡Es á cuanto puede llegar la ceguedad de las pasiones! ¿Qué país en el orbe de las circunstancias de Cuba puede presentar como ella una pléyade de ilustres ciudadanos, que honrarían á la nación más culta? ¿Qué pueblo hay más sumiso á la voz de la ley que el pueblo cubano, naturalmente benévolo, inclinado al orden, y en el que descuella una cualidad característica, el amor á la patria? Ese amor tan decidido, tan pronunciado, bastaría para darle esa actitud, porque es el manantial de donde nacen las virtudes cívicas, tan necesarias en el sistema republicano, que es nuestro adorado ensueño, como lo es la inmoralidad en la monarquía absoluta para poder subsistir. El despotismo vive corrompiendo, degradando; la República vive instruyendo, engrandeciendo al individuo. Sin instrucción y sin virtudes no hay República.

Cuba debe sus adelantos á los esfuerzos de sus hijos y á la vecindad de los Estados Unidos; á España nada, ó poquísimo. Ha progresado rompiendo constantemente las barreras que le ha puesto el godo; sin el godo sería el jardín del mundo.

Cada vez que los cubanos hemos tenido alguna influen-

cia en las regiones del poder, la hemos empleado en beneficio de nuestro país. Dígalo la benemérita Junta de Fomento, compuesta de patricios, que corriendo el año de 1835 lo dotaron con ferrocarriles cuando sólo los poseían los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica y Alemania. Rodó la locomotora en los rails tendidos de la Habana á Batabanó cuando en la llamada madre patria, y que más le cuadraría el título de cruel madrastra, ni siquiera se pensaba en que existía el admirable invento de Jacobo Watt; iba, como en todo lo que se relaciona con el progreso, detrás de nosotros, como que hemos tenido antes que ella y apesar de ella, telégrafos, (1), bombas de incendio, máquinas de imprimir movidas por el vapor, arados también movidos por el vapor, etc.

Ciertamente era empresa arriesgada plantear los ferrocarriles en Cuba en aquella época: exigían el empleo de elevadas sumas y no eran conocidas sus ventajas en una serie de años para que pudiesen inspirar confianza y llamar sobre sí el espíritu de especulación y de empresa. Pues bien, los distinguidos cubanos miembros de la Junta de Fomento, que no veían sino el bien de la Isla, contrataron un empréstito en Londres de tres millones y medio de duros, dando en garantía sus bienes particulares y llevaron á cabo una obra de la cual ha nacido el desarrollo de la riqueza general, especialmente la agrícola. Pagaron con exactitud, no hay que decirlo, los plazos del empréstito, el último antes de cumplirse, y como si esto no fuese bastante para dejar satisfecho su anhelo por el bien común, prestaron aquellos padres de la patria, sin interés, cuantiosas sumas á las empresas que al momento surgieron, tales como las de Júcaro, Caibarién, Nuevitas, Matanzas, Cienfuegos, &

La Junta de Fomento llevó á cabo otras muchas mejoras que sería larga tarea enumerar. Fué, por supuesto disuelta al poco tiempo de haber demostrado tanto interés por el adelanto de Cuba.

---

[1] Trabajo costó para que el gobierno español permitiese poner el telégrafo; formó un voluminoso expediente y al fin resolvió que antes de establecerlo se hiciese un ensayo. — *N. del A.*

La Sociedad Patriótica de Amigos del País es otra Corporación en que se nos permitió en otro tiempo trabajar por el progreso de nuestra patria. ¡Qué afán tan incesante tuvo por ilustrarla y engrandecerla! Léanse sus Memorias y se comprenderá todo lo que hemos luchado, todo lo que hemos hecho, por llegar al punto donde estamos ahora. Aquí sólo haré referencia del grandioso impulso que dió á la educación popular, durante el período en que se halló á su cargo.

Ese Cuerpo inspiró recelos al gobierno español (no podía menos, la luz siempre es un peligro para las tinieblas) y poco á poco lo ha ido despojando de sus facultades hasta dejarlo convertido en un esqueleto. Últimamente preparaba una exposición agrícola é industrial, para la que tenía en caja la suma necesaria. Nombró comisiones, formó el presupuesto de gastos, concluyó todos los trabajos preparatorios y cuando se proponía dar á luz el programa, que había sido objeto de muchas y largas discusiones, el gobierno echó su garra de gavilán sobre los fondos y la exposición no tuvo efecto. Al mismo tiempo suspendió una pequeña subvención que pasaba para el sostenimiento de la Biblioteca de la Sociedad.

Sigamos haciendo la cuenta de las deudas de gratitud contraídas por Cuba, para que quede probado el patriotismo de sus hijos.

¿A quién se debe el haber formado el corazón del pueblo cubano y haberlo sacado, difundiendo la instrucción, de las regiones de la ignorancia acerca de sus deberes y sus derechos? Al filósofo Félix Varela, que introdujo el sistema de Descartes, condenó al olvido el de Aristóteles, desterró el latín de las aulas y elaboró en su cerebro el plan grandioso de estudios que abriendo el camino para buscar la verdad, había de traer forzosamente á nuestros pechos el amor de todos los amores, el amor á la libertad, que es de donde parten las virtudes del ciudadano. A José de la Luz, su discípulo, sabio eminente, tan versado en ciencias como en literatura y lenguas y que consagró su vida al sacerdocio de la enseñanza. A José Agustín Govantes, Pbro. Francisco Ruiz, Manuel Costales, Ramón Zambrana, Ramón Valdés, Pres-



bitero Pedro Infante y otros apóstoles de la buena causa, todos cubanos. Antes de Varela habían florecido el Padre Caballero, Conyedo y algunos más; pero no era conocido el sistema cartesiano. También debe mucho Cuba á Heredia, nuestro Homero. Homero recogió los cantos de los diversos pueblos griegos y fundiéndolos en una pieza, hizo común la gloria del triunfo y pintó al mundo asombrado el sitio y toma de Troya. Con sus cantos consolidó la unidad de la nación helena; Heredia con los suyos fomentó en los corazones cubanos la pasión por la libertad y el odio al despotismo. Sus versos son modelos acabados de elegancia, majestad, dulzura, sublimidad y sentimiento. Ellos revelan que agita su espíritu el fuego de Tirteo.

Murió en extraña tierra suspirando por ver libre del yugo español á Cuba, suceso que él creía ya escrito en el libro del destino:

«Que no en vano entre Cuba y España  
Tiende inmenso sus olas el mar.»

Siguieron á Heredia: Milanés, Plácido, Tolón, Luaces, etc.; pero él fué quien más excitó el sentimiento patriótico; antes de Heredia florecieron otros vates, como Zequeira; pero nada hay más soñoliento que los versos del género épico que escribió en honor de Cortés, el bandido de más ingenio que ha pisado la tierra americana.

¿A quién se debe el comercio libre, es decir, la apertura de nuestros puertos á los buques extranjeros el año de 1818, que tanto ha enriquecido é ilustrado la Isla, hasta entonces oprimida por el exclusivismo con que España hacía un tráfico miserable y raquítico? Al cubano Francisco Arango y Parreño.

¿A quién la introducción del virus vaccinal en un país diezrado á menudo por la viruela, que trajeron á América los españoles; lo propio que la sífilis, presente que hicieron al Nuevo Mundo los compañeros de Colón á fines del siglo XV? Al cubano Tomás Romay.

¿A quién el impulso que en estos últimos tiempos han recibido los estudios agrícolas y la aplicación práctica de las verdades científicas que tanto han aumentado el

producto? Lo diré sin que la modestia detenga mi pluma: á Salvador Cisneros Betancour, á José Silverio Jorrín y al que estas líneas escribe, que hemos mandado el año de 1857, á nuestra costa y con el más feliz resultado, varios jóvenes á las escuelas de agronomía de Francia y de Bélgica.

También debe mucho la agricultura, respecto al cultivo de la caña y trenes de fabricar azúcar, á Miguel Aldama, Juan Poey, Fernando Diago, etc.; todos cubanos.

¿A quién se debe haber generalizado en luminosos escritos la idea de los ingenios centrales, ó sea la asociación de labradores y división de la parte fabril de la agrícola, para hacer menos penosas las rudas tareas de las plantaciones y favorecer el trabajo libre, siempre más provechoso que el forzado? Al Conde de Pozos Dulces, cubano.

¿A quién el ferrocarril de Nuevitas á Puerto Príncipe, así como importantes ensayos sobre colonización blanca? Al cubano Gaspar Betancourt Najasa (el Lugareño).

¿A quién haber combatido ante el mundo con inflexible lógica el monstruo de la esclavitud? Al cubano José Antonio Saco.

¿A quién se debe....? ¿Pero para qué continuar esta larga y gloriosísima lista? (1) Todo lo hemos hecho los cubanos y raro, muy raro, ha sido el español, como el Obispo Espada, que se ha interesado por nuestro país. El Obispo Espada nació en España; pero su corazón era cubano y sus glorias son por lo mismo nuestras. Superior á su época y á su nación apuró mil veces el cáliz de la amargura, con el cual acostumbra España premiar el mérito de sus hijos; dígalos si no Cervantes, que escribió el Quijote en una cárcel; Fray Luis de León, que estuvo encerrado en una mazmorra once años, ó Cristóbal Colón, genovés, que habiéndole dado un mundo se vió con gri-

---

(1) A los españoles se les debe el garrote, única máquina que han introducido en Cuba durante su dominación de casi cuatro siglos, y lo hacen funcionar incesantemente segando el cuello de los patriotas, cuando no se les sacrifica en las prisiones.—*N. del A.*

llos y los reyes católicos le sostuvieron pleito á su hijo D. Diego para no cumplir lo estipulado con el eélebre navegante en la Vega de Granada en 17 de Abril de 1492. La memoria de Colón en lugar de ser una gloria para España, es una vergüenza.

¿No es capaz de gobernarse un pueblo que tiene químicos como Reynoso, naturalistas como Poey, estadistas como Saco, eruditos como Bachiller, matemáticos como Albear, agrónomos como Frías, jurisconsultos como Cintra, psicólogos como González del Valle, literatos como Santos Suárez, botánicos como Sebastián Alfredo de Morales, médicos como Nicoiás Gutiérrez, poetisas como Gertrúdis Gómez de Avellaneda, ó Luisa Pérez de Zambrana, etc.? ¿No es capaz de gobernarse un pueblo que sin precedentes militares improvisa generales como los que sostienen la guerra actual; políticos como los que dirigen los asuntos de la República; soldados que no piden sueldos ni honores, y heroínas que al prender fuego á sus hogares en poblaciones enteras, para que no encuentre donde refugiarse el enemigo, se dirigen á los campamentos entonando himnos á la libertad? ¿Es el pueblo de España tan inteligente como el nuestro y tan conocedor de sus derechos? ¿Sienten, en fin, los españoles en sus pechos este fuego sagrado, inextinguible, este amor á la libertad que conduce al hijo de Cuba á los mayores sacrificios y al desprecio de la vida, sólo atento á la felicidad de la patria? ¿No conocen los españoles que es imposible subyugar á hombres que en nada reparan sino en ser libres? ¿Por qué, pues, derramar inútilmente tanta sangre.....?

Haré aquí una observación: la raza caucásica conserva al través del tiempo sus más puros y bellos rasgos típicos en el clima de la Grande Antilla, y la etiópica tiende á perfeccionarse de un modo notable. El negro criollo cubano difiere de la fisonomía de sus progenitores de la Guinea Septentrional, y es más ágil, de más vivacidad, y tiene más disposiciones naturales para la vida civil que el labriego español.

El cruzamiento de ambas razas da un producto que muchas veces ha hecho honor á nuestra especie, y desde la segunda generación (salvo la ley del atavismo, que

dura en mi concepto hasta la quinta y pocas veces se cumple), se acerca más y más á la caucásica, con la que llega á confundirse. Prueban mi acerto, con respecto á lo intelectual, Alejandro Dumas, poseedor de la imaginación más vigorosa y fecunda de nuestro siglo en el campo de la novela, y Plácido en el de la poesía.

El mismo Apolo templaba la lira del poeta cubano. Lástima grande que subiese al patíbulo en temprana edad. Cuando el cisne comenzaba su canto fué herido por el plomo del cruel cazador.

Los blancos, negros y mulatos cubanos tienen una cualidad valiosísima para la futura República: su predilección por la agricultura, á la que por lo común se dedican. La agricultura es madre de la abundancia y del bienestar y columna de la paz y del orden. Es tan celosa de estos bienes que cuando resuena el clarín de la guerra, Céres niega sus dones á los hombres.

Semejante á las sierpes venenosas que perecen por sus propias mordeduras, la tiranía, privando á los cubanos de intervenir en la gobernación de la colonia, los obligó á aislarse y buscar la expansión del espíritu en el estudio de todas las ciencias, incluso las políticas, y su continuo contacto con los Estados Unidos, en una no interrumpida emigración á aquellos Estados, les enseñó el camino del deber. Cada cubano al regresar al suelo de la patria ha sido un apóstol de la independencia. Así es como se ha formado esa atmósfera de conocimientos, de generosos anhelos, de ensueños deliciosos y de sublimes delirios, que ha dado y sigue dando á la Historia los nombres de tantos héroes y de tantos mártires.

Los americanos han sido maestros de los cubanos, así como los moros lo fueron de los españoles.

En resumen: la Isla de Cuba por su ilustración, por su riqueza, por el número de sus habitantes (más de millón y medio) por el genio y la indomable valentía de sus hijos, por la asombrosa ferocidad de su suelo, por su ventajosísima situación geográfica y por su extensión territorial, tiene todas las condiciones apetecibles para constituirse en República independiente y llegar á ser una de las más prósperas.

Fúndanse los españoles al oponerse á nuestra dicha en

que no les ha ido bien en las Repúblicas hispano-americanas, donde ellos mismo han buscado su mal queriendo mezclarse en los asuntos interiores é influir en el curso de los destinos de esos pueblos, tramando negras y sombrías conspiraciones, apoyadas por el gabinete de Madrid con la mira de reconquista que siempre ha abrigado. ¡Oh españoles! ¿Queréis gozar los privilegios de extranjeros y ejercer tranquilamente vuestro comercio? No intervengáis en la política. ¿Queréis intervenir en la política? Hacedos ciudadanos, naturalizaos, y no os quejéis si la rueda de la fortuna echa abajo vuestro partido. Ser extranjero y ser ciudadano á la vez no es posible. Lo que queréis hacer en esas Repúblicas suele llamarse jugar con dos barajas.

En todo el mundo, hasta en medio de las tribus salvajes de Africa, donde quiera que se establece un hombre laborioso y pacífico, vive respetado. ¿Somos acaso los cubanos peores que los salvajes? Puedo probaros que los ingleses, norte-americanos y alemanes tienen, no una, sino numerosas factorías donde manejan intereses grandiosos, en puntos solitarios, á merced de los bárbaros del Continente africano. ¿Y por qué viven tan contentos en tan dulce é inalterable tranquilidad? Porque sólo se ocupan de comprar y vender, extraños completamente á las contiendas de los indígenas. Si tomaran parte en ellas tendrían que huir de esos lugares y abandonar el comercio que tan brevemente y con tanta facilidad los enriquece.

Nó, no me haréis creer ¡oh españoles! que vuestra mala ó buena suerte en América no depende de vosotros mismos.

¿Creéis que la sabia Chile, por ejemplo, el rico Perú, la liberal Colombia, ó cualquiera de las Repúblicas americanas de origen latino, cambiarían su situación por la de España? Hay en esas Repúblicas muchos hombres de Estado notabilísimos, mejor gobierno, más orden, más moralidad en las masas populares, más solidez en las instituciones, más ilustración, más protección á los extranjeros, más amor á la libertad y más fundadas y risueñas esperanzas en el porvenir. En el siglo XX serán la admiración del universo, y es muy probable que

**España no exista como nación y sea dividida entre las grandes potencias, como le sucedió á Polonia.**

## CAPITULO XII

**DESVENTAJAS DE ESPAÑA EN ESTA GUERRA.—GLO-  
RIOSOS COMBATES EN LOS CAMPOS CUBANOS.—**

**EL PARTIDO ANEXIONISTA Y SU MUERTE.—**

**DESEMBARQUE DE NARCISO LÓPEZ EN LAS POZAS.—**

**—FUSILAMIENTO DE CRITTENDEN,**

**DEL CUBANO ANSELMO TORRES Y DE CINCUENTA JÓ-  
VENES AMERICANOS.**

---

España obraría sabiamente reconociendo nuestra independencia, que tarde ó temprano ha de verse coronada por el triunfo de las armas. Cuba es muy montuosa y en cada árbol tienen nuestros guerreros un parapeto natural, son prácticos en el país y les basta para su alimento un plátano, que encuentran casi silvestre por donde quiera, un poco de maíz ó cualquiera vianda. El campesino cubano es ligero como el galgo, arrojado, valiente, perseverante, valeroso y certero en el tiro. Jamás se le ha oído hablar de sueldos. El soldado español, al contrario, necesita para vivir el tocino y el garbanzo, y reclama que se le paguen sus 25 centavos diarios; anda penosamente por entre los bosques defendiéndose de los zarzales, no lleva en el pecho las santas inspiraciones de la libertad, pelea con disgusto porque sabe que defiende la causa del despotismo, y la mitad del año, desde Mayo hasta Diciembre, no resiste las fatigas de la campaña porque le ataca la fiebre amarilla y le da muerte. La fiebre amarilla es el dragón que en la Cólquida velaba al vellosino de oro.

Recuérdese el gran ejército que en tiempo de Napoleón I llevó el general Leclerc con sesenta navíos de lí-

nea, á Santo Domingo, clima igual al nuestro; se componía de más de cuarenta mil hombres, que quedaron casi todos sepultados en las arenas de aquella isla, incluso Leclerc; los pocos que no murieron se reembarcaron; recuérdese el ejército que llevó á la misma isla hace poco España, también sucumbió al rigor de las balas y del clima.

España, al sacar sus cuentas, tiene que contar no sólo con que las guerras de emboscadas son interminables donde hay tantos bosques, sino con la deserción constante de sus tropas. Por ignorante que supongamos al soldado español, él no deja de pensar que abandonando las filas del ejército donde no se le premia ni con gloria ni con provecho y se le castiga por lo más leve, puede pasar inmediatamente á ser ciudadano de un pueblo libre y poseer una esposa que lo ame, hijos que lo rodeen, propiedades territoriales, bienestar, y por último, libertad personal, que es el mayor bien que existe.

España obraría sabiamente, vuelvo á decirlo, apresurándose á reconocer nuestra independencia, de la manera que Francia reconoció la de Haity, sin que nadie haya criticado ese acto político de Luis XVIII. Podía celebrar con Cuba, como hizo aquella nación con su antigua colonia, un tratado de paz; y de este modo, salvándose los intereses de su actual comercio, ahorraría los caudales y las vidas de sus hijos, que ha de consumir inútilmente. Si así no lo hace seguirá la guerra uno, dos, veinte años, mientras haya emigrados y mientras haya quien pueda llevar un fusil en Cuba, sea hombre blanco ó de color; y cuando se convenza de su impotencia se encontrará desangrada y en completa ruina, verá destruida toda la riqueza de la Isla y arrepiñiéndose tarde de su infame deseo de sostener la esclavitud y la tiranía, levantará, maldecida del mundo, su ensangrentada planta de América para no volverla á sentar jamás.

La experiencia ha demostrado á España que no es conveniente demorar el reconocimiento de la independencia de una colonia que se siente fuerte para conquistar su independencia. Si hubiera reconocido oportunamente como naciones al Perú, Chile, Colombia, Venezuela, etc.,

tendría hoy un comercio floreciente con esas repúblicas; pero como ha demorado años y años un acto que tan poca falta hace á esas nuevas naciones, resultó que mercados muy ricos y acostumbrados al tráfico con ella, le quedaron cerrados y se abrieron al comercio inglés, que al momento sustituyó al español, presentando sus telas y demás efectos y acostumbrando á los pueblos á su uso. Cuando España vuelva en sí se encontrará pobre y cerrado el camino que pudo conducirla á mayor y más sólida grandeza que cuando sin provecho propio poseía tan vastos territorios en el Nuevo Mundo.

Inglaterra puede suministrarle el ejemplo: reconoció la independencia de los Estados Unidos, luego que se convenció de la imposibilidad de subyugarlos, y hoy es tan rico el comercio entre ambos pueblos que excede infinitamente en ventajas á las que la antigua Albión podía haber obtenido con la soberanía.

Cuba y España pueden hacer un comercio, cada vez más importante, que llegue á ser una de las grandes columnas de la prosperidad de ambas naciones. Conveniente es que conozca la regla de que la verdadera soberanía de un país pertenece á la nación que saca de él mayor provecho; no á aquella que lo ocupa y á veces no se indemniza de los gastos, como le sucede á ella con la isla de Fernando Póo.

Pensar que Cuba continúe siendo como hasta aquí el filón de oro y el juguete del gobierno español, es simplemente una necedad. Todo pasa, y ya pasó ese tiempo de ignominia para los cubanos. Nosotros estamos muy persuadidos, y nos servirá de máxima invariable, de que más vale una pobreza honrada que una riqueza que nos cubra de oprobio ante el mundo civilizado. Es mil veces preferible para todo hombre de dignidad y de conciencia que nuestras propiedades pierdan de momento algo de su valor (si pierden, que es más probable que ganen) suprimiendo para siempre la esclavitud personal del negro, que no ver á nuestra bella patria llevando en la frente la señal de Caín.

Es, por otra parte, imposible que dure entre nosotros, aún empeñándonos en ello, esa abominable y criminal institución, estando como estamos tan inmediatos á los



Estados Unidos, que se han sacrificado por hacerla desaparecer de su seno, han dado la libertad á cuatro millones y medio de esclavos, y no permitirían que existiese en las puertas de su nación.

España, la raquítica España, debe perder toda esperanza de volver á dominar en Cuba; tendría que vencer no sólo á los hombres, sino á los grandes principios, que son tan poderosos y tan invencibles como Dios, viven en todas las conciencias y hacen palpitar todos los corazones. Ellos forman las tres palabras sagradas, Libertad, Igualdad, Fraternidad, dadas por la Providencia al siglo actual, que recogióndolas como el bálsamo que ha de poner fin á los males del presente y prepararnos para las grandezas y dichas del porvenir, no puede eximirse de dar cumplimiento á la ley santa del progreso, aun á costa de todo sacrificio..... ¡Oh! ¡Dios bendiga nuestra edad, edad venturosa para siempre memorable! ¿Qué siglo podrá decir como el nuestro: cayó la esclavitud en el Norte de América; el siervo de Rusia se convirtió en ciudadano; ya no es un ser embrutecido anexo al terreno; y el hombre de color de Cuba y sus compatriotas, unidos, dando muerte al monstruo de la esclavitud en su última guarida del mundo civilizado, sellaron con su sangre en los campos de batalla el código de los derechos del hombre.....

España, lo repito, debe perder toda esperanza de volver á dominar en Cuba: Cuba es la llave del Golfo mejicano, y por su posición geográfica se convertiría en poder de España en un peligro permanente de la seguridad interior de los Estados de la Unión Americana y de Méjico en el caso de una guerra con las potencias europeas. Ese peligro es extensivo á Venezuela y las demás Repúblicas que fueron sus colonias, aunque más inminente para las más cercanas á la Perla de las Antillas.

El pueblo de los Estados Unidos por reflexión, por convicción y por instinto así lo ha comprendido, y de aquí nacen sus votos porque se emancipe Cuba, á más de las simpatías que les han inspirado las desgracias de los cubanos, la justicia de nuestra causa, el horror con que miran los hechos de los españoles, y la maucomunidad de ideas políticas que tienen todos los pueblos

de América, partidarios acérrimos del sistema republicano, único posible donde impera de tal modo la democracia. No es su móvil, como creen muchos, el deseo de que Cuba entre en la Federación como un Estado: á la Unión lo que le conviene, es seguir como hasta aquí al frente de la gran familia americana, siendo el guardián de la independencia de diecisiete jóvenes Repúblicas, que le ofrecen riquísimos mercados consumidores; y es su mayor dicha carecer de vecinos peligrosos, como los que tienen en constante alarma á las naciones europeas, siempre atisbándose las unas á las otras en espera del primer cañonazo y de la conflagración general.

La Europa ha entrado en el periodo de su decadencia: invierte en ejércitos permanentes y formidables aprestos de guerra lo que debía gastar en el progreso de las ciencias y las artes.

La anexión es sin duda una de las facces del porvenir de Cuba; pero sólo podrá venir sin oposición, sin disturbios y sin sangre, pedida por el pueblo cubano, cuyo ideal es la independencia absoluta.

Dudo mucho que la Gran República la acepte de otro modo, faltando á sus gloriosas tradiciones y al espíritu y letra de su Constitución.

El Ministro de Estado Mr. Swatd, no se atrevió á presentar al Congreso el proyecto de la compra de Santhomas, que había pactado con el Gobierno de Dinamarca, sin que precediese la expresa voluntad de los habitantes de aquella isla.

Lo que le interesa sobre todo, es que Cuba no pertenezca á España, á esa carcomida monarquía que se muere de envidia y de odio al ver las magnificencias de la Unión, que le tiene un miedo cerval, y que no desperdicia las ocasiones de dañarla, y un día y otro día se ocupan sus hijos en difamarla y desacreditar sus instituciones. ¡Qué misión tan triste la de los escritores españoles, querer hacer la verdad mentira y mentira la verdad, querer pintarnos con feos colores el pueblo más poderoso, inteligente, activo y feliz del universo y presentarnos como lo más admirable á la ridícula España!

Las continuas victorias obtenidas sobre el ejército español prueban que esta sangrienta lucha, aunque co-

menzó hace pocos meses, ha convertido en veteranos nuestros valientes y decididos soldados; y tocante á nuestros generales, los recientes combates que se han librado dicen al mundo que más de uno de los cubanos al ceñir el laurel de Marte en los campos de la patria, ha colocado su nombre al lado de los más célebres capitanes. El ingenio, la hábil estrategia y el valor heroico han suplido infinitas veces la casi total escasez de armas. Dígalo, si no, el combate de los «Machetes». Estaba el ejército español, compuesto de más de mil hombres de las tres armas, infantería, caballería y artillería, á las órdenes del coronel Quirós, acampado en las márgenes del rio Baire, cuando fué atacado por cuatrocientos cubanos mandados por el ilustre general Donato del Mármol, yendo de jefes de división Francisco Maceo, Félix Figueredo y Lucas del Castillo. Se hallaban armados los patriotas únicamente con machetes, estaban montados y no tenían ni siquiera un arma de fuego. Los españoles al verlos aproximándose á escape les hicieron una descarga cerrada; mas no pudieron hacer la segunda, que se precipitaron sobre ellos con tal ímpetu, con tal coraje, que más que hombres parecían leones. Duró el combate siete cuartos de hora, al cabo de los cuales cubrían el campo setecientos cadáveres de nuestros enemigos y el pánico se había apoderado de los que quedaron con vida; así es que emprendieron la retirada precipitadamente y en desorden acosados por aquellos héroes, dejando en el campo armas, municiones y bagajes. Costó esta victoria la vida á cien cubanos. El general Dulce remitió á Madrid el cañón de un fusil dividido en dos partes por un *machetazo* en esa memorable jornada.

A los pocos días una señora cubana dijo al coronel Quirós con intención: «Coronel, ¿cómo le ha ido en Baire? ¿Sus leones triunfaron de los insurrectos?» «Señora, contestó el Coronel, ellos han despertado á otros leones más fieros.»

No es menos digno de fama el combate de los «Alambres.» Venía la caballería española, compuesta de quinientos ginetes, Lanceros del Rey, hacia las Tunas, al mando de Gascón Machín cuando fué atacada por el ge-

neral Francisco Ruvalcaba con trescientos patriotas montados, pero absolutamente sin táctica militar. Hízose uso por los nuestros, según costumbre, de los machetes, pues desde el primer día de esta guerra siempre ha habido notable escasez de armas de fuego, causa porque no hemos obtenido un triunfo completo. Generalizóse la pelea con tanto ardor, con tan incomparable arrojo de parte de los nuestros, que Gascón Machín viendo caer á montones sus soldados, ordenó la retirada, que tuvo efecto con precipitación. Peleaban y huían los españoles sable en mano perseguidos por los patriotas, y no bien se habían alejado una corta distancia del lugar del combate, siguiendo el camino que conduce á las Tunas, cuando enredándose los caballos en la red tejida con los alambres del destruído telégrafo vinieron á tierra con los jinetes y murieron éstos en el acto al filo del machete, menos treinta y seis que lograron escapar y se refugiaron en las Tunas. De los patriotas murieron setenta.

Los combates de las «Abejas», el del «Paso de Cubitas» y otros no menos merecedores de renombre; así como la toma de la ciudad de Bayamo por Céspedes, en la que fué hecho prisionero su gobernador Ureta y un sobrino de Lersundi, que fueron tratados con las mayores consideraciones, demuestran lo terrible de ésta guerra, en la que se pelea todos los días, todos, por no haber en la Isla, como en los Continentes, dilatados territorios donde desaparecer largos periodos, cuando así conviene, de la vista del enemigo, ventaja que tuvo Bolívar en la América del Sur. ¡Ah! no lo digo por haber nacido en Cuba, soy antes que todo ciudadano del mundo y por mi propia estimación aspiro á ser verídico y justo. Lo que está pasando en Cuba excede en gloria á los hechos más renombrados de los antiguos tiempos; es una epopeya digna de la Musa de Homero. La Historia no podrá menos que citar con aplauso los nombres de los generales Agramonte, Quesada, Mármol, Figueredo, los hermanos Antonio y José Maceo, Luis Marcano, Adolfo Cavada, Julio Peralta, Jourdan, Honorato y Angel del Castillo, Modesto Díaz, Villegas, Roloff, Villamil, &c.

Volviendo á ocuparme de los Estados Unidos diré que ellos, por el instinto de su propia conservación,

por su afecto hacia nosotros, y por su dignidad, están en el caso de favorecernos en cuanto les sea posible. Es tal el odio del godo al norte-americano que no hay palabras, ni en castellano ni en inglés, para explicarlo; siempre ha sido en Cuba un delito el más grave hablar con elogio de la Unión, y numerosos cubanos han muerto en las cárceles, ó han sido expatriados, por sólo ser entusiastas admiradores de sus grandezas. El español, semejante al enano que no puede alzar la vista y ver al gigante sin oprimirle el sentimiento de su inferioridad, en lugar de esforzarse por igualar, y aún exceder en virtudes á nuestros vecinos, en alas de una noble emulación, se ha contentado en todas ocasiones con abrigar hacia ellos un odio indescriptible y una envidia roedora. Bastará para probarlo un suceso histórico.

El valiente Narciso López, el primero que tremoló en los campos de Cuba, en Cárdenas, la bandera de la Estrella solitaria el 19 de mayo de 1850 (fecha que los cubanos esperamos grabar pronto con letras de oro en un monumento que levantaremos en conmemoración de la gloria de ese día) desembarcó en las Pozas con cuatrocientos ochenta hombres en 12 de Agosto de 1851. Todos saben los triunfos que alcanzó sobre el ejército español, que fué diversas veces destrozado, apesar de su superioridad numérica, muerto el general Enna que lo comandaba y puesto en desorden y vergonzosa fuga; pero el pueblo cubano no estaba preparado: el año de 1851 no era el año de 1868. Aquella expedición era hija de las sugestiones del exterior de parte de los hacendados del Sur de la Unión Americana que aspiraban á que se anexase Cuba para aumentar los Estados esclavistas y tener más partidarios, y por consiguiente más votos en el Congreso de su nación; y era hija también del ardiente patriotismo de un número de cubanos de corazón y de inteligencia, que al través de aquel motivo odioso é injustificable, sólo veían la gran felicidad de emancipar á Cuba del yugo español, yugo que era ciertamente el mayor mal de todos los males posibles; no, decían ellos, para cambiar de amo, porque en el sistema de gobierno democrático federal no hay amos ni siervos, sino Estados libres iguales en derechos y sólo sujetos á

un pacto político común para aquellas cosas que atañen al bien de toda la Federación. Era únicamente el partido esclavista, el que agitaba la idea revolucionaria; más ésta no había germinado en la mente del pueblo; aunque es cierto que el deseo de la independencia venía tomando vuelo desde el tiempo de Bolívar. Nada más fácil que sofocar aquel principio de insurrección sin necesidad de emplear, después de sofocado, la crueldad, siguiendo la torpe teoría del escarmiento, puesto que apenas había á quienes escarmentar.

El partido auxexionista murió al terminar la guerra de sección de los Estados Unidos: los cubanos sólo aspiran á la independencia absoluta.

Sucedió, que ciento cincuenta de los expedicionarios de Narciso López, al mando del coronel americano Crittenden, al servicio de Cuba, se quedaron custodiando las armas que se llevaban para los patriotas que debían secundar el movimiento, mientras López avanzaba hacia las Pozas. Fueron atacados, al mismo tiempo que éste, por fuerzas inmensamente superiores y las rechazaron, haciéndoles grandes bajas; pero como se había cometido el grave desacierto de desembarcar tan cerca de la Habana, donde los españoles tenían todo género de recursos y la facilidad de situar por ferrocarril instantáneamente en el teatro de los primeros encuentros, antes que la idea revolucionaria se generalizase, cuantos soldados quisiesen, resultó que la pequeña división de Crittenden fué derrotada. ¿Cómo no serlo por fuerzas mil veces superiores? Fácil era preverlo, y sólo la valentía de aquellos héroes pudo inspirarles la idea de hacer frente al segundo empuje de las tropas españolas renovadas incesantemente y que entraban de refresco en el combate.

Dispersa la división, después de quedar casi toda en el campo, prefiriendo morir antes que rendirse; siendo ya, no valor, sino temeridad y locura, seguir en la desigual pelea, emprendieron la fuga Crittenden, el cubano Anselmo Torres y cincuenta jóvenes norteamericanos, que habían ido en la expedición guiados por su vehemente amor á la libertad y fascinados por el brillo de los hechos de López, que le habían dado una mere-

cida fama, se dirigieron al punto en que habían desembarcado en la Isla, tomaron los botes y se hicieron á la mar.

A las pocas horas los apresó un vapor español y los condujo á la Habana.

Al siguiente día de su llegada se les dió muerte, puestos de rodillas, bajo los muros del castillo de Atarés, y reunidos los españoles convirtieron aquella hecatombe, aquel horrendo espectáculo, en una orgía. Los exánimes cuerpos fueron mutilados y los miembros destilando sangre, divididos y vueltos á dividir en menudas porciones, pues se complacían aquellos monstruos en poseer cada uno un pedazo de carne ó hueso de un yankee. Las partes vergonzosas ¡causa pudor y horror escribirlo! sirvieron de escarnio y diversión por varios días en los establecimientos, plazas y calles y después muchos españoles las conservaron en pomos llenos de alcohol, como un testimonio de aquella venganza ejercida en los norteamericanos (1). Las cabezas rodaban á puntapiés por las calles, y los cráneos con la piel y el rubio cabello aun asidos al hueso, sirvieron de copas para apurar el champagne y el coñac entre brindis espantosos. ¡Ah! si viviera Mr. Fillmore, que era entonces Presidente de la Unión, una fea sombra se vería en su semblante en memoria de estas muertes. No debió consentir que una nación débil y rabiosa por su propia impotencia consumiese tan crueles asesinatos; bastaba permitirlos, para dejar cumplida la ley española, que quitase la vida á los jefes expedicionarios. El odio de los godos á los norteamericanos es profundo, intenso, incomparable; es de esos odios que no se extinguen jamás, ni conocen la compasión. He aquí por qué aquellos mártires de la libertad, aquellos valientes llenos de juventud, de belleza y de vida, no encontraron perdón.... ¡Descansen en paz!

Creyeron los godos que habían asegurado la futura

---

(1) Uno de estos pomos lo exhibió al público mucho tiempo en su botica de Cárdenas, nombrada de «San Juan de Dios,» el farmacéutico español, doctor don Francisco Barrinat.—*N. del A.*

tranquilidad de la isla con la sangre derramada. ¡Cuánta estupidez! La tranquilidad se aseguró porque quiso el pueblo; ahora que el pueblo ha hecho la revolución, la sangre que el godó derrama inmolando ancianos y niños, violando y después asesinando inocentes vírgenes, atropellando, en fin, todos los derechos de la humanidad, son elementos impulsivos de la misma revolución, pudiera decirse, que forman esos hechos su parte criminal y asquerosa, como la manifestación tangible de su justicia. Cuando un pueblo está verdaderamente agitado por el huracán revolucionario, el terror empleado por los que tratan de oponerse al curso natural de los sucesos, sólo sirve para precipitarlos. Es esto tan cierto que me figuro estar viendo el carro de la revolución tirado por los mismos godos, á él uncidos sin saberlo, y me figuro además que la aglomeración de tropas y de buques por parte de España, no son más que medios providenciales para el más pronto aniquilamiento de sus fuerzas. (1)

### CAPITULO XIII

EL ENTIERRO DEL GORRIÓN.—FERNANDO PÓO.—

ASPECTO GENERAL DE ESTA ISLA.—

NOTICIA HISTÓRICA DE LA MISMA.—

DECADENCIA RÁPIDA DE SANTA ISABEL EN PODER  
DE ESPAÑA.

---

Veo que me voy desviando del objeto de esta obra: aunque escrita sin plan fijo, sin corrección, sólo por dis-

---

[1] Esto que escribió el autor hace tantos años, cuando la primera guerra, vemos que se ha realizado en todas sus partes, como otras predicciones del mismo que aparecen en esta obra.— *N. del E.*



traer mis pesares, me propongo dar á conocer, en cuanto me sea posible, esta isla de Fernando Póo, pues siendo probable que muchos de mis compatriotas, aquellos que tienen la desgracia de vivir en el territorio ocupado por los españoles, vengan, cuando menos lo esperen, á habitarla, servirá este libro para darles algunas noticias, siempre interesantes para los infelices confundidos. Así no llegarán tan ciegos, como vinimos los doscientos cincuenta del «Borja,» á esta isla, para mí la más triste y la más lúgubre del universo, que no es el alto monte, ni el cristalino río, ni el verde campo cubierto de flores, los que pueden traer la tranquilidad á mi alma, sino el regazo dulcísimo de la patria.

La belleza de Fernando Póo, tan parecida á la de Cuba, es engañosa como el canto de las sirenas de la fábula. No hay pájaros en el monte; el aire tiene algo letal que les quita la vida; ya he dado mi opinión sobre esto. No hay ganado en las praderas, la yerba se dice que es venenosa, lo cual no es cierto, la planta venenosa será acaso una sola especie muy generalizada. Sea como quiera, en el monte sólo se conoce el *antílope*, cuadrúpedo pequeño, y en clase de aves silvestres sólo he visto el colibrí, de formas menos bellas que el de Cuba, y una clase de gorriones que tejen sus nidos como el *solibio* y los cuelgan de los cocoteros, que á los pocos días se ponen mustios y mueren. No sólo destruyen los gorriones el cocotero donde prenden sus nidos, sino todos los de las cercanías, pues van trozando las hojas para tejer aquellos. Después de construídos cubren las junturas con barro. Frente á la casa de Mr. Struhthers, donde yo vivía, estaba un cocotero que tenía más de quinientos nidos colgando como si fuesen pequeños faroles.

En Cuba se llama á los españoles gorriones, y ellos, no sé por qué causa, han aceptado con gusto ese calificativo, aunque ciertamente les hace poco honor, pues los gorriones (*conirostros*) son en extremo perjudiciales y se les señala como el símbolo de la torpeza y la bestial lujuria. (1)

(1) Un día cayó muerto un gorrión de uno de los árboles que están frente al Palacio del Capitán General en la Habana. Recogió un

Hoy siete de Junio me siento enfermo, y con el ánimo muy decaído. ¡Cuán débil soy! ¡Cómo olvido en algunos momentos la varonil fortaleza, tan necesaria en los días de infortunio! Estoy convaleciendo de la en-

---

voluntario el cadáver y ese insignificante suceso se estimó entre los españoles como un mal agüero, como un aviso del Cielo de que serían vencidos por los cubanos.

Sensación profundísima produjo la muerte del pajarillo: al momento corrió la noticia, se reunieron los batallones de voluntarios con sus Jefes, y después de diversos proyectos, acordaron hacerle un lucido entierro, para lo cual se abrió una subscripción y se reunió una gruesa suma.

Alzóse una alta y lujosa tumba en el Cuartel de la Fuerza, guarnecido por los voluntarios, y colocóse el cadáver del gorrión en un rico sarcófago, en derredor del cual rezaban multitud de devotos.

Todo el que quería ver aquel espectáculo abonaba diez centavos y entraba en el Cuartel.

El ron y el jerez no escaseaban y entre los placeres de Raco, mezclados con el terror supersticioso, pasaron los voluntarios aquella noche.

Al siguiente día, á las nueve de la mañana, algunos sacerdotes católicos indignos de su ministerio, dijeron la misa llamada de cuerpo presente al pajarito en el mismo cuartel, y le entonaron los cánticos sagrados [responso] en presencia de un inmenso número de militares de todas armas y graduaciones, autoridades civiles y vecinos.

El cortejo fúnebre, del que formaba parte el Capitán General, recorrió las principales calles de la ciudad, mas no se le dió sepultura al cadáver porque no estaba concluída la alegoría que debía ponerse sobre su sepulcro (un árbol de plata con dos gorriónes encima y uno muerto debajo) y también porque se le quería trasladar á Cárdenas, Matanzas, Guanabacoa, Puerto Príncipe, Villaclara, etc., para que en cada una de esas ciudades tuviese efecto la misma ceremonia del entierro. Túvolo en las tres primeras y no en las últimas, seguramente por lo cerca que quedaban el ejército de Oriente y las divisiones de los generales cubanos Donato del Mármol, Jourdán, Cavada, Angel del Castillo, &c.

En Cárdenas fué notable la ceremonia porque arrojaron los voluntarios en las calles tanto arroz, grano con que se alimentaba el difunto, que en algunos puntos se enterraba el pié de cuantos las atravesaba.

fermedad adquirida en el «Borja» y una recaída puede serme funesta. ¡Qué triste debe ser morir á dos mil leguas de la patria y de la familia...! Pero ¿por qué hago estas lúgubres observaciones que no revelan otra cosa

ban. En Matanzas, tendieron en el suelo la bandera cubana para que pasase sobre ella el cortejo fúnebre; mas como gran parte de los voluntarios eran hijos del país, que en fuerza de las circunstancias se veían en el triste caso de vestir un uniforme que los cubría de ignominia, los peninsulares conocieron que era peligroso someterlos á aquella vergonzosa prueba, que ya era objeto de murmuración, y quitaron la bandera. En Guanabacoa dijeron los mismos sacerdotes la misa de cuerpo presente bajo una tienda de campaña, en la loma de la Cruz asistiendo una vasta concurrencia aumentada por los batallones de voluntarios que habían ido de la Habana. Cuatro concejales llevaban las cintas del féretro.

Guanabacoa es una población antigua fundada sobre un terreno cubierto de lomas; y aunque sólo cuenta unos 20 mil habitantes, ocupa un área muy extensa, porque cada casa tiene un patio espacioso. Concluída la misa venía la procesión hacia el centro, de la villa, cuando se vieron en todas direcciones multitud de globos aereostáticos, cada uno de los cuales llevaba una ó más banderas cubanas, que flameaban graciosamente. Aquel espectáculo causó tanta ira como sorpresa á los españoles: no les quedaba duda de que el terror que habían empleado para apagar la revolución, sólo servía para darle aliento: los pueblos no ahorraban la ocasión de demostrarse adictos á la República. En efecto, el amor á la independencia estaba tan generalizado, que pocos días antes, en la misma loma de la Cruz, se habían reunido más de cincuenta niños llamándose insurrectos. Súpolo la policía y con gran aparato de fuerza los condujo á la cárcel, no sólo á ellos, sino á sus padres, suponiendo el godo que aquel precoz patriotismo era el reflejo de su modo de pensar, como si en cierto período de la vida de los pueblos no hubiese algo superior al poder humano que agita todos los corazones, hasta el corazón del niño, algo que parece infiltrado en la atmósfera y que obliga á todo ser dotado de razón á andar incesantemente, quiera ó no, hacia el cumplimiento de su destino en la realización de una idea. Los globos, por supuesto, llenaron de víctimas las cárceles.

A los pocos días de estos acontecimientos sobrevino otra desgracia:

que pusilanimidad? Lo mismo es morir en Africa que en América: mejor tal vez es morir entre los salvajes, porque así, sin ir nuestro cuerpo á la prisión del nicho, le da pronto vida á innumerables seres y á hermosas plantas

un gato se comió un gorrión en la misma villa de Guanabacoa. Inmediatamente fué preso, se le pusieron guardias, se le tuvo varios días privado de alimento, se le cantó á la reja de la prisión canciones de los campamentos cubanos y se le dijeron mil injurias, ni más ni menos que si fuese un insurrecto; y después de haberse observado los trámites que señala la bárbara ordenanza militar española, más venturoso el gato en su infortunio que nosotros los hijos de Cuba, pues si quiera fué juzgado, el consejo de guerra lo condenó á muerte por unanimidad. El voluntario que hacia de escribano notificó al reo la sentencia. Vinieron los sacerdotes mencionados y le recomendaron la conformidad. ¡A todo se prestaban aquellos, como que el Obispo Fleix y Solans, hombre adocenado y poco amante de su grey, llevado del espíritu de partido, había inundado la Isla con ministros del altar asturianos, gallegos y de todas las provincias de España, sumamente ignorantes, interesados y bajo todos conceptos indignos y les dió los mejores curatos, mientras dejaba oscurecidos y olvidados los sacerdotes cubanos, aunque fuesen modelos de virtud y varones de gran ciencia.

Llegó la hora de la ejecución del reo y fué indispensable prorrogarla, por lo mucho que llovió. Se quería que hubiese una gran concurrencia; mas ¡oh fortuna! Un catalán se presentó á los jueces y reclamó el gato, que era de su propiedad y muy buen cazador de ratones. Su esposa y su niña estaban inconsolables por la pérdida del Mizifuf. Se le dijo que ya era tarde, que la sentencia debía cumplirse. El catalán entonces protestó la inocencia del encausado, hizo mérito de sus buenos antecedentes, diciendo que tenía sentimientos españoles, y después de mil pasos y súplicas consiguió que se le volviese á juzgar. Un español, oficial de escribanía y sargento de voluntarios, hizo la defensa, y logró que el gato fuese entregado á su dueño.

¡Vayan unas cosas extrañas! ¡Parecen escenas de una casa de locos! A mí me conducen á las siguientes reflexiones: Los cubanos, los españoles, los cubanos de color libertos y esclavos, los africanos que han adoptado á Cuba por patria, los asiáticos que han cumplido sus contratos y el gobierno español los hostiliza obligándolos contra toda razón y justicia á una perpetua tutela, y los que están ligados á un

y se ahorra á la familia el dolor de la eterna despedida. ¡Oh! ¿En qué consiste que en esta tierra desventurada la idea de la muerte viene de continuo á la imaginación...? ¿Consiste en que se nos ha traído aquí á morir, en que

compromiso oneroso por ocho años, compromiso tan diferente al de los colonos de las posesiones inglesas de las Antillas, sujeto á ratificación voluntaria al cumplimiento del año, estando el colono desde el primer día en relaciones continuas con su país, bien incomparable que lo libra de la nostalgia; todos estos hombres, todas estas injusticias, todas estas crueldades, todas estas cosas van á un fin, se mueven como si fuesen piezas de un tablero de ajedrez, como si fuesen las ruedas de un reloj que ha de dar la hora; ese fin es la libertad, es la independencia de la Isla. Así como la sutil pluma es llevada por el viento, así los hombres son llevados por el torbellino revolucionario; unos impulsando la idea con el ejemplo de sus virtudes, otros con el esfuerzo de su brazo, otros con sus inhumanidades y otros con sus grandes sufrimientos. Unos son verdugos y otros mártires; pero todos necesarios. Hay, sin embargo, una diferencia que notar: en un pueblo ilustrado, verbi-gracia, como Francia, empujada la idea por un siglo de filosofía y libre examen, como el siglo XVIII, después de las elucubraciones de los enciclopedistas, debía la revolución levantar un templo á la Razón, delirio que diviniza aquello mismo que nos guía para buscar la verdad al través de los abismos del error. En un pueblo ignorante como el español, que se ha visto tanto tiempo enroscado por el boa de la inquisición que paralizaba los latidos de sus arterias y cerraba sus ojos á los rayos de la luz, y que ha tenido después constantemente un gobierno despótico, siempre empeñado en embrutecerlo para explotarlo, la idea católica viene abajo de distinto modo, con la idolatría. Los voluntarios de la Habana con la ceremonia del entierro del gorrión hundieron en el ridículo al gobierno de España y á la Iglesia católica.

Mucho critican los protestantes de Inglaterra que la Iglesia anglicana comience á usar el incienso. ¿Qué dirá el mundo civilizado al ver en Cuba el catolicismo convertido en idolatría? El gorrión es un ave que no tiene alma, según las Sagradas Escrituras, por consiguiente no hay infierno ni gloria para él; y aquellas misas y aquellos responso y aquellas plegarias no han sido otra cosa que actos revolucionarios, pasos gigantescos hacia la libertad de cultos, rompiendo sin saberlo con la religión del Estado, con el catolicismo.

¿Se quería honrar en el gorrión, como creyeron varias personas, á un

sabemos positivamente que nuestros tristes días están contados...! Sigamos describiendo.

Fernando Póo se halla en el Golfo de Biafra: este y el de Benin componen el de Guinea, al N. O. del cual se hallan los cabos de Palma y de las Tres Puntas. Las costas de todo el Golfo son cenagosas, muy cálidas, mal sanas, y sus bosques plagados de enormes boas y todo género de sierpes venenosas y de innumerables monos, leopardos, rinocerontes, elefantes, tigres, panteras, &c.

Fernando Póo, al Sur de dicho Golfo de Biafra, dista 25 millas del Continente por el punto más cercano. Está situada esta isla entre los 3.° 12' y 3.° 17' latitud N. y los 8.° 26' y 8.° 57' longitud oriental del meridiano de Greenwich. Su población total se cree ascendente á unos doce mil habitantes, todos salvajes, con excepción de los que residen en Santa Isabel, que son menos de mil, pues aunque en el censo oficial de enero de este año aparecen 1,223, se han incluido 467 naturales de Cabo Palma (*crumanes*) contratados por uno

---

militar español de elevada posición muerto en la guerra, valiéndose de este ardid para que los pueblos no supiesen esa pérdida, de la manera que se ocultan todas las derrotas? En semejante caso vendríamos á parar en la metempsícosis de Pitágoras.

Más disculpable me parece la creencia generalizada entre los hombres de campo de Cuba de que la Virgen de la Caridad del Cobre vestida con los colores de nuestra bandera se mezcla en las batallas, ampara y defiende á los guerreros cubanos y los cura de sus heridas.

Los españoles lo que pretendieron fué destruir la impresión penosa y desalentadora que causó el augurio. ¿Por qué no inventaron una interpretación ingeniosa, como Temístocles con las palabras de la sibila, que hacían consistir la salud de la patria en las murallas de maderera y él las aplicó á las naves; ó Scipión, que cayó al desembarcar en Africa y abrazando la tierra exclamó: «¡Tierra, ya eres mía!» El vaticinio del gorrión no ha sido desvirtuado: al contrario, los sucesos confirman su cumplimiento, y el hecho existe: el gorrión, símbolo del poder español en Cuba, ha muerto y ha sido enterrado por los mismos españoles.—*N. del A.*

6 dos años como colonos y casi todos han cumplido su tiempo y regresado á su país. (1)

La isla tiene cerca de 44 millas de largo y de ancho diez en su menor extensión y veinte en su extensión máxima, formando un área de 453 millas cuadradas. En la extremidad de la parte N. se levanta el Pico de *Clarence*, de que he hablado al principio, que tiene once mil ciento once piés de altura. El terreno es muy accidentado, las rocas de origen volcánico y la vejetación tan fuerte que los árboles son más gigantescos que en Cuba. Crece en los bosques, con especialidad, la palme-

(1) Resumen del censo de la población de Santa Isabel, capital de Fernando Póo, en 31 de Enero de 1869, formado de orden del gobierno de esta Isla.

RESUMEN POR RAZAS.

	Varones	Hembras
Blancos.....	90	2
Negros.....	848	283
Total.....	938	285

RESUMEN POR RELIGIONES.

Católicos.....	226	56
Protestantes.....	195	150
Idólatras.....	517	79
Total.....	938	285

RESUMEN POR NATURALIDAD.

Españoles.....	81	2
Ingleses.....	9	„
Crumanes ( <i>Colonos naturales de Cabo Palma</i> ).....	467	„
Accra ( <i>Naturales de</i> ).....	38	„
Congos ( <i>Emancipados traídos de la Habana</i> ).....	120	30
Santa Isabel ( <i>Naturales de</i> ).....	108	116
Sierra Leona ( <i>Id.</i> ).....	40	28
De la costa y colonias portuguesas.....	75	109
Total.....	938	285

Total general..... 1,223

ta que produce el aceite de coroso, y se encuentran corpulentos cedros, caobas y todos los vegetales propios de la zona tórrida. Los ríos son tan cristalinos que se ven las más pequeñas negruzcas piedras del fondo; pero ni un pececillo. El agua es muy fría y echada en un vaso no hay otra ni más trasparente, ni más agradable al gusto.

Esta isla fué descubierta por el navegante portugués Fernando Póo en 1741. Los portugueses la cedieron á los españoles en 1778, quienes intentaron colonizarla; pero fueron repelidos por los naturales, y por esta causa y por lo insano del clima tuvieron que abandonarla.

En 1827 la ocupó la Gran Bretaña, sin obstáculo de parte de los *bubís* y apesar del clima los industriosos ingleses dieron algún impulso á la agricultura y al comercio y la hicieron punto de escala de los vapores de la Mala, que allí se proveen de agua y de carbón para seguir á Old-Calabar y á Camarones. Pronto se levantó sobre una pintoresca planicie la ciudad de *Clarencetowa* (hoy Santa Isabel), el indígena tuvo compradores para el aceite de palma, creándose esta industria, comenzó el trabajo, comenzaron las misiones en el interior y la civilización dió sus primeros pasos... ¡Gloria grande y lauro inmarcesible de los anglo-sajones, que donde quiera que van llevan la luz de la ilustración, el lábaro del cristianismo purificado de errores y el árbol santo de la libertad que implantan antes de construir sus hogares!

El incentivo del comercio, ejercido con honradez, fué atrayendo á *Clarencetowa* no sólo á los *bubís* que estaban en los bosques, una parte de los cuales se vistió, adoptó costumbres europeas y adquirió insensiblemente educación é instrucción, creciendo día por día su número, sino al habitante de las otras colonias, ó protectorados ingleses, principalmente de Sierra Leona, posesión la más ilustrada y rica de toda la Costa de la Guinea Superior ó Septentrional, y que fundó y ha sostenido Inglaterra á costa de enormes gastos, lo mismo que á Lagos, Accra, Cape Coast Castle, Bethurst, etc., con la mira de fomentar el comercio y tener estaciones navales para sus buques dedicados á impedir el tráfico de carne humana, en que los españoles han sido y son tan pertinentes.



La fundación de las ciudades de esos nombres, ha creado otros tantos centros de civilidad y dado impulso á la agricultura. Causa regocijo ver al negro, antes salvaje infeliz y hasta caníbal, vivir en sociedad sujeto á leyes sabias, como cualquier hombre civilizado; y al contemplar el viajero en esas ciudades los elevados edificios en que el arte ha apurado sus primores, las rectas calles, las espaciosas plazas, los bien provistos mercados de carnes, viandas y legumbres, en casas amplísimas, al estilo inglés; al ver agitarse una población activa, contenta y relativamente feliz entregada á sus quehaceres habituales; al penetrar en los institutos de enseñanza y al considerar, en fin, que crece año por año, lo propio que en la infantil República de Liberia, obra meritoria de los norte-americanos, la exportación de azúcar, café, palo de tinte, goma, aceite de palma, marfil, etc., el alma experimenta el placer que inspira á todo corazón sensible la dicha de nuestros semejantes y la esperanza en los destinos de una parte tan numerosa y tan desgraciada del linaje humano.

De todas estas ciudades y distritos, de Monrobia, capital de Liberia, de Cabo Palma, y de las islas portuguesas, el Príncipe y Santo Tomás, pasaron pobladores laboriosos y entendidos á *Clarencetowa*, unos á hacer el comercio con los salvajes, otros á cultivar el cacao, el café y el arroz, atraídos por la aparente fertilidad del suelo (1), que del último grano, propio de los terrenos bajos y húmedos produce al año dos ricas cosechas, y otros proponiéndose ejercer una industria ó arte que mejorase su suerte, y no pocos trajeron sus familias.

Todo era alegría, progreso y esperanzas en el porvenir. La misma muerte parecía que había celebrado una tregua y respetaba á aquellos útiles extranjeros, bien que la mayor parte, los de color, habían nacido y estaban acostumbrados al clima de Africa. Sólo podía temerse por las señoras venidas de Inglaterra, algunas con prole.

No había obreros suficientes para la demanda del trabajo con motivo de la fabricación, y la ciudad crecía con

---

(1) La caña, el cafeto, etc., sólo crecen con lozanía los dos ó tres primeros años.—*N. del A.*

admirable rapidez en casas, en habitantes, en comercio y en diversas industrias. Púsose una plantación de caña y se fabricó en la isla el aguardiente; sembráronse extensos platanales; perdíase la vista en los arrozales y cacaotales del americano Mr. John Sparhank; sembróse el ñame en gran escala para exportarlo á los demás puntos del Continente, y encantados todos de la belleza física de la isla, aunque temerosos de lo insano, vivían en la más dulce armonía y en la mayor abundancia.

Tenía ya *Clerencetowa* más de tres mil almas cuando en 1859 el gobierno español logró que Inglaterra le devolviese la isla, y sin dilación dió ese gobierno libertad á doscientos presos de las cárceles por toda clase de delitos graves, los mandó á vestir de soldados voluntarios, y tres naves, la *Esperanza*, buque de guerra, y dos trasportes, uno de ellos la *urca María*, surcaron las olas y llevaron al inocente pueblo de los *bubis*, á los buenos ingleses, cuyo número se había aumentado de un modo considerable, y á todos los pobladores, aquel funesto presente del nuevo señor.

El crimen y el despotismo salieron aunados de las playas europeas para representar en Africa á España. Lo mismo resultó á fines del siglo XV cuando Cristóbal Colón salió del puerto de Palos á descubrir el Nuevo Mundo con tres naves cargadas de criminales. ¡Qué semilla llevaron los españoles á América y Africa para regarla en un terreno virgen! ¡Qué emigrados tan diferentes á los de la roca *Plimouth*! Pronto hubo en Fernando Póo escenas de violencia, de robo y asesinato, y los pacíficos vecinos conocieron que si se quedaban allí serían víctimas de la crueldad y rapacidad del godó. La primera guarnición no podía haber llegado más á tiempo para dar á conocer bajo su verdadero aspecto la dominación que acababa de inaugurarse y matar todo proyecto de empresas industriales y toda idea de permanecer en el país.

Levantose el palo por mano del soldado para lacerar las carnes de los indígenas que practicaban las ceremonias del protestantismo, ó pasóseles al Cayuelo queriendo obligarlos á que entrasen por el terror en el gremio católico.

Al mismo tiempo los españoles residentes en la isla, pidieron al gobierno de su nación que esclavizase á todos los habitantes de color, medio infalible, decían, para transformar muy pronto en una huerta los fértiles y abandonados campos.

No faltaron otras razones, al antiguo estilo godo, en que apoyar tan inhumana pretensión, entre otras la dicha incomparable que resultaba á los negros de poder aspirar á la gloria eterna haciéndose cristianos, católicos, apóstolicos romanos, en lugar de ser idólatras, partidarios del feticismo, ó protestantes, sin esperanzas de salvar su alma de las llamas del infierno. El látigo les enseñaría el camino del cielo, únicamente abierto al católico, y no quedaba duda á sus ojos, aseguraban con pérvida hipocresía, de que prestándose ellos, los colonos españoles, á convertir en una propiedad á hombres que habían nacido libres y estaban en su patria, les hacían un bien, como en Cuba, y aumentaban la gloria y la prosperidad de España.

El gobierno de Madrid, por temor á Inglaterra, desechó el proyecto; pero la idea ha quedado latente. Ella constituye una esperanza de parte de los españoles de Fernando Póo que los conduce á los cálculos más lisonjeros respecto al porvenir, como si aquella esperanza estuviese en vísperas de realizarse. ¡Cuántas veces los he oído exclamar mirando las tribus salvajes: ¡«Qué lástima que esos negros no sean esclavos!»

Como es natural, pronto nació y tomó rápido vuelo entre los habitantes, especialmente los de color, que se veían tan despreciados, perseguidos y maltratados, la idea del abandono de la patria y del hogar, resolución desesperada y extrema que supone una serie de anteriores sufrimientos continuados é insoportables, pues si es grande el amor que todo ser viviente tiene al punto donde nace, lo es más cuando con el trabajo propio posee una casa que sirve de abrigo á esa sociedad íntima tan fecunda en tiernos afectos que se llama familia y se ha pasado del estado de incivilidad al de cultura participando de goces dulcísimos, antes desconocidos y por lo mismo más estimados. Los indígenas de Santa Isabel probaron el cáliz del más

cruel dolor, después de sufrir el peso de la más cruel tiranía, de la espantosa tiranía española. Para su desgracia habían gustado, importadas de Inglaterra, las creencias y costumbres de los pueblos libres en materia de religión, administración pública, comercio y artes. Viéronse en el caso de huir la mayor parte á distintos lugares de Africa, otros volvieron á la vida salvaje, y también fueron desapareciendo los comerciantes extranjeros blancos, y no quedó ni una señora.

La fiebre no tardó en dar cuenta de los doscientos lobos españoles, que fueron renovados por otras guar-niciones, compuestas de bandidos sacados de las cárceles, ó de jóvenes criados en la profunda ignorancia en que el gobierno de España ha tenido en todos tiempos particular interés que permanezcan los pueblos. Da lástima oír la historia de los soldados españoles en Fernando Póo; ha habido ocasiones en que han muerto casi todos, y se ha observado que la fiebre no persigue tanto á los ingleses y alemanes. Esto consiste en la mala alimentación que se da á aquellos infelices y en la vida desordenada é inmoral á que se entregan, como hombres que existen sin esperanzas de mejorar de suerte, sujetos á un sistema de embrutecimiento y de degradación que los convierte en máquinas para poder ser dominados y explotados y por medio de ellos dominar, explotar y tiranizar á los pueblos.

Al gobierno español nada le importa todo esto pues logró su fin al tomar posesión de la isla, que no fué otro sino tener un puerto donde favorecer las naves que venían á esclavizar africanos para las Antillas.

La trata ha muerto hace poco, gracias á los esfuerzos de Inglaterra, á los acontecimientos políticos de los Estados Unidos y al generoso propósito de los cubanos de no comprar esclavos. golpe, este último, dado por la opinión que ha hecho desesperar á los Durañona, Zulueta, Calvo y demás traficantes de carne humana.

Fernando Póo ha quedado inutilizada para el objeto que se le destinaba; y como del sudor de los cubanos salían trescientos mil duros anuales para pagar los sueldos de sus empleados y desde que estalló la revolución ha desaparecido ese recurso, he aquí que

desde entonces no reciben un centavo y muchos andan con los zapatos rotos, por no tener con que comprarlos nuevos, y la ropa raída y sucia. Todo es murmuración de parte de ellos y malestar general de parte de los vecinos, y Santa Isabel inter tanto presenta cada vez más el triste cuadro de la decadencia y la miseria. Caen las casas y jamás se refaccionan ó levantan otras, la yerba cubre las calles, y la soledad y la tristeza dicen á las claras que dentro de algunos años, si siguen dominando los españoles, podrá el viajero venir á confrontar las señales geográficas para inquirir donde estuvo la sin ventura *Clarencetowa*, pues hay que tener presente que la acción de la humedad unida al calor es muy destructora, y que las casas tienen el techo de paja; así es que si no se las cuida y renueva duran muy poco. Demás está decir que la propiedad casi no tiene valor, pues el valor de todas las cosas, principalmente de la propiedad inmueble, se relaciona íntimamente con la dicha y estabilidad de las sociedades.

## CAPITULO XIV

CONTINÚA LA DESCRIPCIÓN DE FERNANDO P60.—

LOS REYES LLAMADOS COCOROCOS.—

PARALELO ENTRE LOS GOBIERNOS ESPAÑOL É INGLÉS.

—EL CASTIGO DEL SACO DE ARENA.

---

Hay en la isla tres pueblos de indígenas, á más del de los Congos, nombrados Banapá, Basilé y Bebola, y tres reyes, á quienes se da el nombre de *cocorocos*. He visto un rey pasar por la puerta de mi casa: iba con varias de sus mujeres, desnudas, con solo una hoja de un árbol del país, que me es desconocido, colocada como

indicio del pudor. Su Majestad llevaba un ligerísimo taparabo formado con tiras al parecer de cuero, un gran bastón en la mano y una gorra, á manera de mitra de Obispo, con diversas plumas rojas, de loro. Tenía todo el cuerpo pintado con una materia colorante, muchas manchas blancas y negras, é iba descalzo. No podía darse figura más ridícula: la persona que ha pasado un día de reyes en la Habana, día de expansión y regocijo para los negros, especialmente los africanos, puede decir que vió este rey si vió los llamados *diablitos*; sólo que S. M. y su comitiva no llevaban cencerros, ni hacían contorsiones y visajes como aquellos. (1) Caminaba el rey apresuradamente mirando hacia uno y otro lado y tenía cierto aire de satisfacción y superioridad que me repugnó, pareciéndome que tal vez sería algún tiranuelo; acaso me equivoqué en mi juicio; la mente se apresura á veces á juzgar sin datos guiada por la impresión del momento, y suele desviarse de lo justo. Supe después que había ido á visitar al Gobernador Sousa, á quien llevó el presente de una gallina, y que también visitó al cubano José Rosell, afecto á la herborización y que desde que llegó se entretenía en recoger y clasificar las plantas, motivo que le inspiró el deseo de relacionarse con aquel rey para hacer una visita científica é investigadora á sus dominios. Regalóle Rosell una casaca usada y se la puso inmediatamente con extraordinarias demostraciones de alegría y agradecimiento, lo invitó á que fuese á verlo en su residencia que no quedaba muy distante, y habiendo apurado una copa de exquisito vino y encendido un habano, sentado muellemente en un sofá, exclamó: «No vuelvo más á Santa Isabel: el Gobernador ni me ha brindado asiento; si quiere verme, que vaya á mi morada.» El bárbaro se resentía del trato áspero y despreciativo del español comparándolo con la fina manera y la bondad con que había sido recibido por los cubanos.

Estos reyes se hacen á menudo la guerra sin intervenir en nada el Gobernador de Santa Isabel, lo que

---

[1] A la fecha en que emprendemos esta segunda edición, [año de 1899], han desaparecido esas costumbres de la Habana.—N. del E.

prueba que España no tiene aún verdadera soberanía en el país; y si la tiene, se cuida poco de lo que más debía cuidarse, de la conservación de la vida de sus súbditos, bien que su política tal vez tienda al exterminio de los naturales para sustituirlos con españoles blancos, idea que sólo cabe en la mente de los hombres de Estado de una nación decrepita, hombres de Estado que por lo común ni siquiera conocen la geografía del globo y las condiciones climatológicas de los puntos que escogen para colonias penales.

Los misioneros protestantes que predicaron el Evangelio en esta isla merecen las bendiciones de los amantes del bien. Sembraron tan buena simiente con la palabra y el ejemplo, que todavía produce el campo abundantes cosechas, y eso que la dominación española, como una hoz cortante, hace diez años que está empeñada en segar la rica mies, y la emigración ha hecho un daño inmenso. Todo lo que hay en Fernando Póo que revela algún progreso se debe á los ingleses, se debe muy especialmente á los misioneros.

Al presente la religión popular no es la del Estado, es la anglicana, y este es el principal motivo porque los españoles son tan aborrecidos que cuando entre los naturales se quiere insultar á un hombre se le llama español, *bloodhound*, sangre de perdiguero, que son aquí sinónimos. *Bloodhound* es el perro que á diferencia del *bulldog* y de otros que buscan y devoran su presa penetrando en las breñas, él espera el tiro y trae la víctima á las plantas de su amo.

El idioma de Shakespeare y Byron es el que se habla y se enseña en las escuelas particulares, con lo que queda demostrado el apego de estos bondadosos isleños á las cosas de la gran nación á que pertenecieron.

La libertad religiosa, del comercio y de la industria fueron las tres bases en que apoyó Inglaterra su soberanía. España, al contrario, con su sistema de restricciones ha aniquilado el comercio, con su intolerancia en materias de religión ha ahuyentado á los ciudadanos de delicada conciencia y con su falta de amor á las artes y la industria, con su aversión al trabajo, ha llegado á empobrecer este desventurado país de tal manera, que

no hay agricultura, apenas hay algún comercio, y si los vapores de la Mala inglesa no tocaran aquí, los habitantes de Santa Isabel no podrían subsistir. Todo les viene de mano de los ingleses, todo. España está excluida del comercio con Africa; nada compra ni vende en ningún punto de este Continente y su dominación en Fernando Póo es tan terrible como maldecida.

El Gobernador por lo más leve manda aplicar doscientos palos en la picota al infeliz indígena, ó lo remite al espantoso Cayuelo, oprobio de la humanidad, y se mezcla en todo anulando la actividad individual. El interpone á menudo su autoridad para coartar la acción del comercio, ansioso, lo propio que el Administrador de rentas, de asegurar algunos centavos de derechos á su nación, sin conocer que cada uno de esos centavos se convertiría en muchas libras esterlinas, si una libertad amplia y el asiduo estudio de las causas mortíferas para tratar de combatir las y tal vez vencerlas, atrajese á los traficantes, cuyos capitales podrían únicamente dar vida á la colonia, que no produce ni la suma necesaria para pagar los empleados de aduana.

¡Qué suerte tan triste la de los cubanos antes de haber comenzado la guerra de independencia! Ellos no sólo abonaban los sueldos de los zánganos que chupaban la miel de la colmena de la patria, sino los de Fernando Póo, y no sólo pagaban esos sueldos sino el costo de los plantíos de algodón por cuenta del Estado, que han sido, por supuesto, venero de riqueza para los empleados. ¡El Estado empresario y empresario de una industria tan común.....! ¡Qué torpeza tan inaudita! ¿Había más que crear esa industria estimulándola con el atractivo de leyes liberales? ¿Por ventura los ingleses, cuando establecieron aquí la industria del aceite, fueron á los bosques á recogerlo por cuenta de Inglaterra? ¡Oh, señores españoles! Daos vida á vosotros mismos, si queréis formar valores y ser felices, detestad el militarismo, colocaos en lugar del Estado, al cual todo lo sacrificáis; tened la dignidad de hombres libres. El Estado sois vosotros, y cada uno de vosotros, como decía de sí Luis XIV. No apaguéis,



no matéis la actividad individual, que es la esperanza más hermosa del linaje humano.

Los plantíos de algodón, á cargo del gobierno, han dado mezquinos resultados: el pueblo ha mirado con desprecio el cultivo de esa planta, tal vez impropia del clima, y por consiguiente se han perdido los capitales invertidos en el ensayo.

En diez años que lleva España de dominación, se ha mezclado, como hemos visto, y hecho enormes desembolsos en cosas ajenas á las legítimas funciones de un gobierno económico y entendido, y nó se ha ocupado de las que entran en el círculo de sus deberes; ni siquiera de aquellas que saltan más á la vista y son de pura necesidad, justicia y conveniencia. No ha abierto caminos que pongan en comunicación los pueblos de indígenas con la capital. No ha derribado el monte de la llanura hasta el pié de la eminencia para disminuir la humedad y por consiguiente la causa principal de las enfermedades. Nada ha hecho por establecer el derecho de propiedad, punto de partida de la civilización. No ha formado un Ayuntamiento compuesto de hombres de color para ir enseñando á los habitantes el manejo de las cosas públicas y atrayéndolos á un foco común de sociabilidad. No ha establecido un juzgado donde se decidan los pleitos, las demandas verbales y juicios de conciliación de los vecinos. No ha repartido cabras, ganado vacuno, caballo y de cerda entre las tribus para propagar esas especies con beneficio propio, estudiando previamente las causas que se oponen á su aclimatación. No ha repartido ropa hecha entre sus súbditos desnudos, hasta acostumarlos á vestirse, y consiente que vaguen por la ciudad las mujeres y los hombres en su estado primitivo, con ofensa del decoro de las familias y de la moral pública: y por último, no se ha empeñado, lo cual es un crimen, en ejercer por medios suaves la influencia benéfica necesaria para impedir que los reyezuelos de la isla se hagan guerras fratricidas por los más leves motivos.

¿Será verdad que se propone fomentar la población blanca? Semejante pensamiento es inhumano é irrealizable: primero, porque la naturaleza se opone, me-

diante lo deletereo del clima, y segundo, porque la isla tiene más habitantes de los que debía tener con arreglo á sus escasísimos mantenimientos, y aumentarlos sería dar segura ocasión al hambre y pestes periódicas. Bien sé que la ciencia y la industria crean y descubren materias alimenticias: la patata, planta espontánea de las Cordilleras del Perú y Chile, no era conocida en el último siglo en Europa y hoy sin ella morirían las clases pobres de esa parte del mundo; pero ¿tiene España un Parmentier como lo tuvo la Francia? Lo que tiene en crecido número son aventureros, soldados, mendigos y frailes. (1)

Sé también que el hombre en su lucha con la naturaleza, armado de la inteligencia, casi siempre la vence; pero ¿podrá esperarse el estudio de las causas morbíficas y el empleo de vastos capitales para hacerlas desaparecer, en el gobierno de una nación tan atrasada, que carece de recursos, no ve la remuneración inmediata de esos capitales y persigue á los hombres de genio que serían capaces de emprender tan bienhechora tarea? ¿Merece esta isla, sepultada en el fondo del Golfo de Guinea, siquiera una mirada, por razones humanitarias de los personajes que ocupan el poder y carecen de tiempo para defender sus puestos en la furibunda guerra de empleos que se hacen los partidos en que está dividida la nación? ¿Saben ellos en qué parte del mundo está situada Fernando Póo, siendo así que escalan el poder con la punta de la espada ó las intrigas, y no con la llave del merecimiento?

La misión de España, lo que colocaría en sus sienes un laurel inmarcesible, sería que civilizase é hiciese dichosos á los diez ó doce mil *bubís* en estado salvaje que pueblan esta isla. Si lo intenta y lo consigue, y no creo difícil lo segundo, digna se hará de las bendiciones de la humanidad. El *bubí* es de condición mansa, susceptible de aprender cuanto se le enseñe, cándido, obsequioso, sufrido, complaciente y hospitalario.

---

(1) Léanse los *Viajes por Europa* del ilustre sud-americano Samper en la parte referente á España. —N. del A.

Hablo del que habita en los bosques; el que reside en la ciudad, con algunas excepciones, se encuentra envilecido por el gobierno español. El Gobernador ha nombrado comisario de policía á un joven de ellos (único cargo que desempeñan los naturales), y ese joven pone en movimiento constante á sus compatriotas para ejercer por su medio secreto espionaje. Cuanto pasa en Santa Isabel, y no pocas veces en los solitarios bosques, lo sabe el Gobernador. Semejante sistema conduce entre otros males á la pérdida de la dignidad. No es así ciertamente como se forman hombres, sino viles delatores. Déseles á los vecinos empleos honrosos, hágaseles partícipes en el gobierno de la colonia, instrúyaseles, edúqueseles, haya administración de justicia, seguridad personal, respeto á los derechos individuales de parte de la autoridad, y destiérrense como afrentosos al mismo gobierno, los castigos infamantes é inhumanos, y pronto se insinuará el progreso y cambiará de aspecto la colonia.

¡Cuán indignas son de la época en que vivimos las penas del Cayuelo y el palo y las sentencias arbitrarias que pronuncia el gobernador en los asuntos civiles! Claro es que no habrá aquí atractivo alguno para el hombre pensador mientras reine tan cruel despotismo. El derecho de vida y muerte que tiene el Gobernador, la facilidad con que despoja al ciudadano de sus bienes y los castigos de que he hablado, ultrajan la civilización y se oponen al espíritu de justicia que va extendiéndose con el cristianismo por toda la tierra. Pero aún suceden cosas tanto ó más horribles. Una tarde fuí con varios amigos al plantío de cafetos que era de Mr. Sparhank y hallándome en el balcón de la hermosa casa de alto que hay allí, pregunté al mayoral de los *crumanes*, que era un español, y estaba por cierto muy pálido y enfermo, si no eran frecuentes los robos en el plantío. «¡Ah! no, señor, me contestó; dos salvajes vinieron una noche á robar gallinas y quedaron escarmentados. Los cogimos, los atamos de piés y manos, los azotamos con un saco lleno de arena, hasta molerles los huesos, y los soltamos. Es imposible que no muriesen á los pocos días.»—¿No dió V. parte á la autoridad?, le pregunté.—«¡Cá!, respondió, matar un salvaje es lo mismo que matar un perro.

Pude haberlos ahorcado; pero los dueños de haciendas prefieren el castigo del saco de arena, porque los castigados van y cuentan á sus compañeros lo que les ha sucedido.»

¡Qué crueldad! Julio César dice que los Galos son valientes y compasivos, y los Iberos valientes é inhumanos.

## CAPITULO XV

### CONSEJOS Á LOS FUTUROS CONFINADOS.—LOS JESUITAS.—CONSPIRACIÓN DE LA GENTE DE COLOR EN CUBA.—EL PUEBLO DE LOS CONGOS.

---

Los principales mantenimientos de esta isla son el ñame, el plátano (los racimos son monstruosos) y la yuca. Se da el maíz, con la particularidad de que la planta produce dos y tres mazorcas delgadas, y el grano es poco sustancioso.

Rara vez se come en Santa Isabel carne fresca, de vaca ó de cerdo, como que no hay cría de esos cuadrúpedos, ni punto alguno inmediato de donde proveerse, á no ser Camarones; pero allí son escasísimos. La población consume carne de familia, traída de los Estados Unidos; es muy nutritiva y sana; mas no agrada á los cubanos que prefieren mantenerse con bacalao, arroz, gallinas y plátanos.

Cuando hay espendio de carne, por lo común de chivo, sale un hombre por la ciudad tocando una campanilla y pregonando en alta voz: *Meat, meat, meat.*

El particular de los alimentos es aquí un mal muy grave, gravísimo. Estamos amenazados del hambre, mejor dicho, ya se está sufriendo.

El alquiler de las casas es muy módico; como han emigrado tantas familias hay muchas inhabitadas. Es muy común que esas casas las den de valde los encargados,

con el interés de que siquiera se abran y se ventilen, manifestando que están de venta y que sólo pueden disponer de ellas hasta el momento en que se presente un comprador. ¡Un comprador! ¡Cuán raro debe ser encontrarle!

Aconsejo á los futuros confinados que no vivan por ningún motivo en habitaciones bajas, porque con toda seguridad enfermarán á los pocos días, por efecto de la humedad. Afortunadamente casi todas las casas están construídas sobre horcones, ó pilares de mampostería, á la altura de tres y cuatro varas, huyendo del mismo mal.

El baño en el río especialmente al recién llegado, le produce fiebre; lo mejor es dárselos tibios, hasta haber pasado algún tiempo en la isla, y entonces que sean de mañana antes que el sol comience á esparcir sus rayos.

El vino tinto es necesario usarlo con mucha moderación; la cerveza es más sana.

No hay en Santa Isabel distracción de ninguna clase, á no ser cuando se reúnen algunos amigos; pero tratándose de confinados, en estas reuniones sólo se habla de cosas tristes, de cosas que hieren el alma. Es, sin embargo, muy conveniente procurar que el ánimo se conserve sereno, ventaja inmensa para que no se altere la salud. Si fuese posible reirse de todo, como Demócrito, no había porque temer con tanta razón la fiebre y la disentería. Tan relacionadas se hallan la parte intelectual y la física del hombre, que lo que aniquila, lo que mata, lo que predispone al individuo á todo género de padecimientos, no es el rigor del clima, no es el hambre, no son los trabajos; es el mal de la patria, es la nostalgia, enfermedad terrible que más ó menos estamos todos padeciendo.

En fin, el que venga confinado á Fernando Póo, no olvide que el hombre debe siempre hacerse superior al infortunio, que las desventuras mayores suelen ser pasajeras y convertirse en glorias y que aquí no debe tratarse de otra cosa, por cuantos medios nos dicte la razón, que de conservar la vida, por lo mismo que nos debemos al afecto de nuestra patria y de nuestras familias. En lográndose que el espíritu no padezca, por lo menos con tanta persistencia sólo resta no

echar en olvido las reglas de la higiene para trinnfar de todo y regresar algún día al patrio hogar.

Hay en Fernando Póo una misión de jesuitas, los cuales son dignos de elogio por el sacrificio voluntario que hacen de sus vidas: nueve años lleva de establecida, nunca han pasado de tres los Padres y ya hay doce sepultados en el cementerio de Santa Isabel. Los que actualmente la componen están muy enfermos y también muy disgustados por la inutilidad de su predicación y el olvido en que los tiene el gobierno de España. Sólo el pueblo de los Congos es católico; pero ese pueblo merece que el lector conozca su historia para que se vea, con este rasgo más, la crueldad de la política española.

Sabido es que el tráfico de esclavos se ha realizado hasta hace un año con el consentimiento de las autoridades de Cuba, que percibían gruesas sumas de los armadores. Sin embargo, había ocasiones que los buques de guerra ingleses sorprendían las naves cargadas de infelices africanos, en las aguas jurisdiccionales de España, y eran llevados á la bahía de la Habana.

Los cautivos entraban á ser lo que se llamaba *emancipados*, es decir, entraban á ocupar una condición indefinida, puesto que ni eran libertos, ni eran esclavos. Pertenecían al gobierno que los alquilaba por algunos años á los hacendados para sus tareas agrícolas, ó los donaba á sus adictos.

Estos hombres, así repartidos alcanzaban al cabo de un tiempo cierta civilización, llegaban á tener afectos tiernos hacia mujeres esclavas ó libertas, creaban una familia y amaban al país como á su patria. No habían delinquido, se hallaban acostumbrados á los hábitos de una vida, penosa sí por el excesivo trabajo, pero civilizada; y sin embargo de todo, el gobierno español, que siempre ha tenido miedo á los trescientos cincuenta mil habitantes de color que hay en Cuba, recogió los emancipados en crecido número y con algunos negros criollos los mandó á Fernando Póo. (1)

---

[1] En 1844, gobernando en Cuba el feroz O'Donnell, intentaron los hombres de color romper las cadenas de la esclavitud, ó se supuso, pues no he podido averiguar si hubo ó no conspiración, y sí sólo

He aquí el origen del pueblo de los Congos, sin calles, compuesto únicamente de una plaza ó terreno descombrado en medio del monte, alrededor del cual han

---

que agitaba esa idea el Cónsul inglés de la Habana, Mr. Trumbull. Presentóse á los españoles ancho campo para ejercer actos de no vista crueldad y espoliación. Murieron muchos miles de pardos y morenos con una muerte lenta, sufriendo cien azotes diarios hasta su último instanté, y no quedó en la isla ninguno de ellos que tuviese capital que no se le complicase en la causa para despojarlo del fruto de su trabajo.

Se les dió tormento de un modo más inhumano que en tiempo le la Inquisición. He visto en Londres uno de los instrumentos que se usaban en España en la época de Torquemada para arrancar por el dolor la confesión de los delitos y casi siempre revelaciones falsas que hacían las víctimas para que se suspendiese el tormento; y aunque es una invención horrorosa, sólo introducía unas puntas de hierro en los dedos del declarante [atado de piés y manos á la misma máquina] causándole un dolor agudísimo, pero en ningún caso la muerte. Los españoles actuales de Cuba, que son aquellos mismos del tiempo del Duque de Alba y de la conquista de América, emplean el azote, dado por brazo robusto, con un látigo formado de tiras de cuero no curtido de buey que tiene en su remate un pedazo de alambre. Cada azote es una herida que hace saltar la sangre.

Recientemente [Octubre de 1869] los esclavos de una plantación de caña de Sagua la Grande, villa de que es teniente gobernador el godo D: Enrique Trujillo y Figueroa, notable por su cobardía y su ferocidad, intentaron sublevarse para recobrar su libertad, fueron descubiertos y casi todos asesinados bajo el rigor del látigo. Ninguno pudo resistir más de cuatrocientos azotes, menos un pardo, al cual se le dieron seiscientos y entonces se suspendió el castigo y se le mató á bayonetazos; tenía un increíble aliento vital.

Fueron azotados un gran número de sujetos muy respetables de color, merecedores de aprecio por sus prendas personales, entre ellos el famoso dentista Carlos Blakler, el violinista, también muy afamado, Claudio Brindis; Juan Cecilio Ibarra, dueño de una gran fábrica de carruajes; Uribe, de una acreditada sastrería [se suicidó en la prisión]; Félix Barbosa, que lo era de la mejor agencia funeraria que había en la Habana; Agustín Cacasita, joven muy virtuoso, natural de Remé-

construido sus barracas y viven miserablemente, los que viven, que casi todos han muerto. No es, pues, extraño que sean católicos, ya lo eran cuando se les trajo á este destierro.

---

dios, [murió sobre la escalera en que se le azotaba]; Tomás Buelta y Flores, Ulpiano, Marcial, de Villa Clara, etc. No hubo un solo hombre de color en toda Cuba, que tuviese algún mérito personal, ó bienes de fortuna, que no fuese considerado como conspirador.

Se le dió entonces garrote al pardo Gabriel de la Concepción Valdés [Plácido], célebre poeta cubano, que eternamente llorarán las letras y de quien ya he hablado; más agregaré que carecía de instrucción y con sólo la fuerza de su genio había llegado á ser una de las glorias de la patria. ¡Ah! sólo los españoles hubieran sido capaces de tronchar aquella preciosa existencia.

Era fiscal de la comisión militar el capitán D. Pedro Salazar, español, quien presenciaba los castigos con placer satánico.

Fueron el principal teatro de estas espantosas escenas, la plantación de caña nombrada «Holanda,» jurisdicción de Güines, y los campos de Trinidad, donde murieron seiscientos hombres asesinados por el látigo.

Los declarantes en las angustias del dolor designaban como cómplices á cuantas personas de su raza conocían. Algunos dijeron que el Intendente Pinillos y otros muchos sujetos de elevada posición social estaban comprometidos, y es indudable que gran número de cubanos apoyaban la idea de la emancipación de los esclavos, con la cual tanto simpatiza nuestro pueblo. Varios sufrieron persecuciones por pertenecer al partido llamado abolicionista.

El proyecto del gobierno español era undir en la miseria y la abyección á todos los pardos y morenos ricos, ó notables bajo cualquier respecto, para impedir que unidos á los cubanos blancos fuesen un peligro para España; y como esa política estaba de acuerdo con la idea vandálica del robo, se puso en planta con tanta crueldad como injusticia y se les confiscaron sus bienes, importando poco que estuviesen ó no inocentes, lo propio que está sucediendo en la actualidad con los hijos de Cuba blancos y de color, y pronto sucederá con los peninsulares acaudalados, devorándose así los lobos unos á los otros.

O'Donnell aspiraba á más de adquirir riquezas, como las adquirió, á



## CAPITULO XVI

### LOS NOVENTA PRIMEROS CONFINADOS. — PROYECTO DE CAPTURA DE LA ISLA. — TERMINA LA DESCRIPCIÓN DE SANTA ISABEL.

---

No creo que al lector cubano, ni á ningún hombre de corazón sensible, de cualquier país, le sea indiferente tener noticia de los otros noventa deportados que hace algunos años remitió á esta isla el capitán general Lerengrandecerse en su fama militar, dando una importancia aparente á la conspiración.

Salazar era el alma del tenebroso complot y fueron tantos, tantos sus crímenes, sus inhumanidades, que apenas había terminado el sangriento drama y ya estaba en el Canal de Castilla, condenado á presidio por diez años. ¿Cómo y por qué se hizo esta vez justicia por las autoridades españolas? Porque Salazar tenía enemigos poderosos.

Desde 1844 los hombres de color han estado en el cieno de la ignorancia, la pobreza y la ignominia; pero al presente hay muchos de claro talento y de un valor á toda prueba, que sólo piensan en la redención de sus hermanos. Se dividen en dos clases: naturales de Cuba y africanos. Los primeros cifran su mayor orgullo en ser cubanos y jamás podrán ser enemigos de sus compatriotas, con quienes jugaron los primeros juegos de la infancia; los segundos miran á Cuba como su patria adoptiva y á los cubanos con tierno afecto. ¿Cuál no ha dormido mil veces en sus piernas al tierno vástago de su señor? ¿Qué cubano no ama, no respeta al bondadoso esclavo que tantas caricias y tantos cuidados le prodigó en sus primeros años? No se borran estos recuerdos, ni se rompen los lazos amorosos que ellos han creado, mucho menos ante la gran cuestión social que á todos los coloca en presencia de un enemigo común, el español, que quiere poner sus cadenas sobre el cuello de unos y otros; al negro embruteciéndole, considerándole co-

sundi. Todo lo que se relaciona con el hombre me interesa, decía Terencio.

Eran en su mayor parte de color: había como diez que se estimaron por el déspota y sus agentes, asesinos y ladrones de profesión, aunque no se les formó causa; los demás fueron considerados gubernativamente como vagos, ebrios, quimeristas, ó que habían dado ocasión á ser simplemente requeridos por la policía por faltas leves. Varios estaban de un todo inocentes, mas eran sus enemigos los empleados de policía que hicieron la elección, y algunos habían cometido el delito de amar la honra y tener hijas hermosas.

A todos los igualó Lersundi, y metiéndolos, cargados de cadenas, en un buque de vela, despojados por sus conductores de cuanto llevaban, hasta de la ropa del uso, y vestidos de presidiarios, partieron para esta isla.

mo cosa, no como hombre, despojándole de todo derecho; al cubano blanco convirtiéndolo en esclavo, señor de otros esclavos, para que sea más productiva la explotación de ambos.

Uno de los argumentos más comunes de los españoles contra la independencia de Cuba es que los hombres de color conspiren contra los blancos. Esto no es ni siquiera presumible bajo el imperio de las leyes benéficas de la futura República, que á todos los igualará en derechos. ¿Para qué habían de conspirar? Además, sólo representan menos de la cuarta parte de la población total de la Isla.

En la vasta Costa Atlántica del Continente Americano existen varias Repúblicas de origen latino con doble número de hombres de color en los pueblos y los campos, y jamás, jamás, ha habido ni la más leve tentativa de trastornar el orden establecido; al contrario, son su sostén. Ellos desempeñan los cargos públicos, sin distinción, según sus aptitudes y merecimientos: los hay militares de alta graduación, magistrados, representantes en el Parlamento, etc. ¿Por qué ha de suceder en Cuba lo que no sucede, por ejemplo, en Colombia?

Esta observación tiene más valor por ser en esos países hispano-americanos tan frecuentes las revoluciones, á veces por causas no justificadas y sólo hijas del funesto caudillaje y ambición de mando.

Lo repito, desde que se constituyeron como entidades políticas independientes esos pueblos, que fueron colonias españolas, no se ha dado un solo caso de disturbios por cuestiones de raza.—*N. del A.*

Una sensación penosa produjo este atentado en la ilustrada capital de Cuba y pronto los periódicos españoles, para extraviar la opinión, según costumbre, insertaron la lista de los noventa infelices con motes adecuados al crimen, el «Macho», «Manita de oro.» etc., motes que habían sido inventados, no todos pero sí muchos, por los mismos oficinistas del gobierno, ansiosos de que pareciese esa arbitrariedad como un rasgo de recta justicia. ¿Justicia aplicando una pena sin formación de causa? ¿Justicia administrada por sólo la voluntad ó el capricho de un hombre, sin admitir la defensa del acusado? No, no existe, ni en el verosímil posible de los dramáticos. Privar, robar al hombre, aunque sea realmente criminal, el más precioso de sus derechos, el derecho de la natural defensa, que es la síntesis de todos y representa el valor de su fortuna y cuanto le es caro en la vida, es el mayor agravio que puede hacerse no sólo al individuo, sino á la sociedad. Aquellos noventa confinados eran todos inocentes, la ley no había dicho: «son culpables,» y por inocentes y aún por mártires deben ser tenidos. Se dirá: «eran casi todos de la clase más abyecta del pueblo,» y entonces debe preguntarse: ¿tiene la justicia dos balanzas, una para los poderosos y otra para los desvalidos?

El Gobernador los recibió con sobresalto, cual si se hubiesen desencadenado las furias del averno, y los puso bajo la más estrecha vigilancia en unas húmedas barracas que están á orillas del mar retiradas de la población.

Al poco tiempo habían muerto más de cuarenta de fiebre, de hambre, de sed ó disentería, en esas barracas y en el Cayuelo: dos perecieron en el viaje, dos devorados por los tiburones al arrojarse á las olas desde el Cayuelo para tomar á nado la isla; unos pocos, que tuvieron algún oro, volvieron á Cuba, donde obscurecidos entre el bajo pueblo, nadie se ocupó de ellos; y el resto, ascendente á unos cuarenta, estaban en esta isla á nuestra llegada, tan haraposos en su mayor parte, tan depauperados física y moralmente, que daba lástima verlos.

Tres amnistías generales les habían comprendido; pero al publicarse la primera el Gobernador los hizo ve-

nir á su presencia y les dijo: «Elijan Vds. el punto del mundo á donde quieren ir, con tal de que no sea del dominio español.» «Queremos ir á Méjico», exclamaron. «¡A Méjico! dijo el Gobernador; Méjico es un país abominable y está muy cerca de Cuba.» Meditó un poco el sátrapa y con esa sonrisa entre benévola y sarcástica que acostumbran los españoles cuando se dirigen á los desgraciados ó á sus inferiores, y que traducida del lenguaje de la mímica á la palabra hablada quiere decir: «Estáis vencidos, moriréis aquí,» añadió: «Muy bien, vengan Vds. cuando gusten por los pasaportes.» «¿Con qué recursos nos trasportamos? preguntaron, estamos en una miseria horrible.» «No lo sé, contestó el Gobernador. ¿Quieren Vds. más de la inagotable bondad del gobierno? Retírense.»

Se retiraron silenciosos y cabizbajos; habían perdido su última esperanza.

Se avenía á dar los pasaportes para Méjico porque sabía que el viaje de aquellos infelices á América era imposible, imposible, si el mismo gobierno, en cumplimiento de su deber y por humanidad, no abonaba los gastos. ¿Qué buque mercante mejicano visitaba á Santa Isabel? Sólo podían emprenderlo á Liverpool, por la vía inglesa; para dirigirse de allí á Veracruz, y tenían forzosamente que pagar el pasaje.

Sin embargo del cruel propósito del Gobernador que había entonces en Fernando Póo, propósito secundado por sus sucesores, Sousa, al verse con doscientos cincuenta nuevos confinados, que en su concepto eran doscientos cincuenta jacobinos, estaba en extremo inquieto, como que sólo contaba en tierra con cuarenta soldados, veinte de los cuales se hallaban en el hospital y los otros veinte aniquilados por la fiebre, parecían cadáveres ambulantes; al hacer la guardia en el cuartel algunos apenas podían con el fusil.

He aquí por qué retuvo tantos días el «Borja,» donde á más de los ochenta y cinco voluntarios y la tripulación, había cincuenta hombres de artillería de marina, y porque, recordando que los primeros confinados, aunque casi todos de color, eran cubanos, que podían orientarnos de la situación de la isla y ponernos en relaciones con

los naturales, determinó deshacerse de ellos, antes de que pudiese haber trastornos en la colonia.

Les previno que debían salir de Fernando P6o y salieron en efecto, con excepción de unos pocos que se quedaron por estar casados ó establecidos, entre ellos un joven blanco natural de la Habana, que por su honradez, su inteligencia y su laboriosidad ha logrado inspirar la mayor confianza y estimación en la oficina de Hacienda, de la que es empleado.

Al volver la quilla el «Borja» á España llevó los restos de las noventa víctimas del procónsul de Cuba para abandonarlas de paso en la isla Madera, que pertenece á Portugal, y por lo mismo fué una acción indigna conducir allí una partida de extranjeros, calificados como criminales. ¿Qué nación podía aceptar tales ininigrantes, que no llevaban recursos, ni siquiera para alimentarse los primeros días y que estaban casi todos enfermos? ¿Se proponía el gobierno español llenar sin gastos los hospitales de la bella isla de Madera? (1)

Tal es la historia de los noventa primeros confinados que vinieron de Cuba á este país. Lersundi, siguiendo la costumbre tradicional de los gobernantes españoles, no se detuvo en averiguar si eran ó no culpables, oyéndolos, ni en establecer una justa relación entre el delito y la pena; así es que se aplicó á varios de los condenados que estaban inocentes, ó habían incurrido en faltas leves, un castigo que como he dicho y repito, es peor que una muerte instantánea, pues al cabo ésta trae la cesación de todo dolor y aquella un conjunto de dolores indecibles, más agudos aún para hombres que no tenían medios de subsistir, ni podían contar con el producto del trabajo donde no hay trabajo. Muchos de esos confinados que han muerto en esta tierra sin ventura, tenían madres, hijos y esposas, y no porque alcanzasen fama de perwersos, apoyada en el fallo de un déspota ignorante,

---

(1) En Funchal, capital de Madera, no fueron admitidos, y según los informes que he tenido se les condujo á Cádiz. Ignoro si esto es cierto y cuál ha sido su suerte. — *N. del A.*

debemos negarles la compasión. La sociedad tiene medios de castigar á los delincuentes sin ocurrir á un sistema infame en que se obliga á la inocencia á bajar al sepulcro de brazos con el crimen.

Los temores del Gobernador carecían de fundamento: cierto es que habíamos tenido en trato doscientas espingardas, pólvora y balas para sorprender la guarnición, aprehenderlo á él, tomar posesión de la isla en nombre de nuestra República, nombrar gobernador al hombre de color que más lo mereciese y ausentarnos en seguida. Nosotros, ciudadanos libres de Cuba, no nos considerábamos, ni éramos realmente súbditos de España, desde que con las armas en la mano comenzamos á combatir su soberanía en nuestra patria, y tuvimos un gobierno de *facto et de jure*; pero ¿no mirarían ese hecho como un crimen los ingleses establecidos en los puntos inmediatos, puesto que Cuba no estaba reconocida ni aun como beligerante? ¿En qué buque nos ausentaríamos lograda la victoria? Y si demorábamos nuestra permanencia en la isla por falta de medios de transporte ¿podíamos estar seguros de la cooperación y lealtad de los naturales, siendo así que todo gobierno establecido cuenta con relaciones que no teníamos y con cierta influencia moral sobre el espíritu público, mucho más entre salvajes que desconocen los principios de justicia, en cuyo nombre ellos podían y debían aprovechar la ocasión de echar de su suelo nativo á los extranjeros que se titulaban señores de una tierra tan distante de aquella en que Dios los puso, y que no les habían hecho un solo beneficio de los innumerables que lleva consigo la civilización?

El plan fué aprobado con entusiasmo por todos los que de él tuvieron conocimiento; menos por dos sujetos que para combatirlo emplearon esos y otros argumentos, entre los cuales era el más fuerte tenerse noticia de que el buque de guerra «San Antonio» que debía conducirnos á Canarias, estaba ya en Cabo Palma, en espera de cincuenta *crumanes* para traerlos á Fernando Póo con destino á los plantíos de algodón del Gobierno. El Sr. Sousa decía á menudo que partiríamos inmediatamente que el vapor llegase y los Padres jesuí-

tas habían facilitado á los sacerdotes cubanos dos periódicos de Madrid en que se daba cuenta de que Serrano había dispuesto que se nos trasladase á Santa Cruz de Tenerife. (1)

Pesadas maduramente las razones expuestas se habló de evadirse cada uno como pudiese y algunos dijeron que preferían esperar el vapor. Quedó desechado el plan de conspiración, á reserva de ponerlo en planta, si veíamos que no se nos sacaba de la isla; y como estábamos rodeados de espías, corrimos desde aquel momento sus promoventes gran peligro de ir á morir en el Cayuelo.

Hay en Santa Isabel un hospital militar, que por necesidad sirve también para el público por no haberlo civil. En el mismo hospital se halla un botiquín. Hay un cuartel muy espacioso y una pequeña iglesia. Ésta, la aduana y la casa que habitan los Padres de la Compañía de Jesús, son los únicos edificios de mampostería que embellecen la población; las demás casas son de madera y de techo pajizo. Hay tres ó cuatro establecimientos de víveres, bastante surtidos, en que se vende ropa, quincallería, comestibles, sombreros y hasta zapatos, pues en la ciudad no existe ni una zapatería, ni barbería, ni sastrería, ni nada tocante á artes y oficios. Los otros establecimientos, en número de más de quince, son tiendas más ó menos miserablemente montadas y de que son dueños, por lo común, los naturales del país. Hay una plaza y varias calles tiradas á cordel; pero si exceptuamos la que da frente á la bahía las demás tienen pocas casas y éstas casi todas en estado de

---

[1] Se dió en efecto la orden, pero quedó tres meses traspapelada en la cartera del ministro de Ultramar, D. Adelardo López de Ayala. Este mismo Sr. no nos comunicó á los cubanos el cambio político de 21 de Septiembre y aprobó con aplausos todos los actos de Lersundi, que seguía gobernando en Cuba en nombre de Doña Isabel. Sr. Ministro ¿conoce Vd á los negreros? ¿No es, verdad que su oro salta con ligereza? Siga Vd. cultivando su amistad, que es muy provechosa para Vd. y para su nación. Vivimos en el siglo positivista del «Tanto por ciento»; todo se vende. ¡Qué suma tan grande de dolores ha venido Vd., señor, y qué vidas tan preciosas!—*N. del A.*

ruina. Hay una estación naval, compuesta de un pontón, creo que con cuarenta hombres de dotación, y un pequeño vapor; una administración de rentas, un comandante de ingenieros, un celador de fortificaciones y una comisaría de policía.

Inglaterra tiene aquí un consulado, en el que existe el despacho del correo, por hacer ese servicio los vapores ingleses. También trae y lleva la correspondencia de España, especialmente la oficial, el vapor español de guerra «San Antonio,» pero suele demorar cuatro y hasta seis meses en ida y vuelta, tanto por la irregularidad de sus viajes cuanto porque sólo anda dos millas por hora. Los vapores ingleses son cuatro, sin los extraordinarios: dos de la Mala y dos de la Nueva Empresa y tocan en Santa Isabel para proveerse de carbón y agua dos veces al mes. Estos vapores son el eje de la civilización y la más poderosa palanca del progreso de esta parte del Africa, porque promueven, sostienen, impulsan el comercio, y consuelan en sus horas de tristeza al hombre que cae en este sepulcro; sin ellos Guinea estaría como separada del mundo, y con ellos crecen constantemente en riqueza las factorías establecidas en Bony, Camarones, Old Calabar, etc.

Hay en Santa Isabel un caballo, tan flaco y devencijado que camina sobre la verde yerba dando traspiés y desmayándose á cada rato. Dícese que cuando llegó hace algunos meses á la isla era el más hermoso y que varios empleados y vecinos han traído aquí en diferentes épocas ese clase de utilísimos cuadrúpedos, los han preservado del sol y de la niebla, los han alimentado con maíz, heno y avena dejándolos pácer pocas horas en el campo y ninguna precaución ha podido librarlos de la muerte. Por eso se cree que los pastos están envenenados.

La extracción del aceite de palma ha disminuido tanto después de la dominación española, que en mi opinión esta industria va á desaparecer de un todo; ya sólo se exportan unos doscientos bocoyes de aceite al año. Compárese esta mezquina cifra con veinte mil *punchen* que exporta Bony, tres mil Camarones, etc. Ese poco de aceite es el único artículo que produce Fernando Póo; y como los salvajes casi nada necesitan para vivir, el co-



mercio de importación, reducido al consumo de Santa Isabel, es también muy raquítrico. ¡El despotismo es peor que la escarcha! Mata las plantas que han nacido y no deja nacer otras.

Se dice con generalidad que España, convencida de que esta isla sólo le trae gastos y que es un cementerio de sus hijos, trata de cederla á Francia. En semejante caso haría bien en cederla con preferencia á Inglaterra, pues daría una prueba de amor á la justicia y á la equidad, atendiendo al voto unánime de sus habitantes, que acostumbrados al régimen inglés le echan constantemente de menos.

## CAPITULO XVII

### EVASIÓN DE LA ISLA.

---

Estamos á nueve de Junio y acaba de decirme N. que todo lo tiene preparado para que esta noche se efectúe mi evasión; que podemos ir los tres, es decir, Brodermann, Lamar, y yo; y que es imposible aumentar ese número, por no permitirlo la pequeñez de la embarcación y los muchos remeros que tiene que llevar para el caso en que, como sucede comunmente, haya calma y no pueda hacerse uso de las velas.

¿Qué haré? Al día siguiente de mi llegada pude haberme ido á Old-Calabar en una goleta americana y lo rehusé por no dejar á mis compañeros. Después volvió á presentármese otra oportunidad, que también deseché por la misma razón.

Ha sido al principio mi sueño de oro sacar á los confinados pobres de esta cautividad; los ricos no necesitan mi auxilio. ¡Ah! Sin reconocer mi impotencia muchos de aquellos cifraban en mí su esperanza y esto me traía conmovido, triste y preocupado. Mi proyecto consistía en reunir un fondo entre los pudientes, lo cual me era

en extremo fácil; pero ¿cómo saldría de la isla, custodiada de trecho en trecho por botes armados? ¿A dónde iríamos? ¿Con qué nos mantendríamos, siendo así que ese fondo, escaseando ya el numerario por la explotación de que fuimos víctimas en el «Borja,» no podía ser proporcionado al gasto? ¿Cómo alcanzar seguridad para nuestras personas, dado que no pudiésemos llegar á un punto extranjero de una nación civilizada, cuya bandera nos favoreciese? Y si lográbamos este bien, arribando, por ejemplo á Bony, protectorado inglés ¿con qué pagábamos el costoso pasaje á Europa en los vapores de la Mala? Y estando en Europa ¿qué haríamos allí para trasladarnos á América?

Ciertamente ese proyecto, que tanto ocupó mi imaginación algunos días, era en extremo desatinado; lo comprendí y lo deseché. Podía suceder que llevase á mayores desventuras aquellos hombres tan buenos, tan sencillos y tan desgraciados. Entonces, frustrados otros planes, limité mi deseo á emprender la fuga con el mayor número que me fuese posible, no olvidando las diez personas de mi familia que están aquí, ni á mis amigos más queridos. ¡Esto también ofrece inconvenientes insuperables!

¿Deberé quedarme en esta isla por afecto á mis compañeros de infortunio, haciéndoles el inútil sacrificio de mi libertad personal y tal vez de mi vida? No, la razón me dice que hago bien en ausentarme; fuera de Fernando Póo podré facilitarles, ó contribuir al menos á su evasión, en caso de que el gobierno de Madrid, según su costumbre, los engañe con una esperanza quimérica y no sea cierto el decreto de Serrano.

Eran las nueve y media de la noche del nueve de Junio de 1869. Los vecinos de Santa Isabel estaban comenzando á recogerse; las habitaciones se hallaban cerradas y reinaba la obscuridad. Había llegado la hora de partir. ¡Ah! ¡Qué hora para mí tan solemne!

Mis dos compañeros Lamar y Brodermann, la persona que había arreglado nuestra fuga y los guías, estábamos en la sala de la casa de Mr. Struthers silenciosos, como esperando algo grave. «Todo está listo,» dijo uno de los guías. Tomé mi bastón, mi capa y mi sombrero. Puse

mi espíritu en Dios, le encomendé la ventura de aquel suceso con la confianza que siempre he tenido en su clemencia, se abrió la puerta y nos encontramos en la calle. Emprendimos la marcha rumbo opuesto del que debíamos seguir: doblamos una esquina, otra y otra. Donde quiera que veíamos luz retrocedíamos buscando las tinieblas. En Santa Isabel no hay perros que nos ladrasen; así es que sólo oíamos nuestras propias pisadas y el ruido, en gran parte de las casas, de la conversación de los confinados, esparcidos en ellas y que acababan de recogerse. ¡Ay! Quince días hacía que habíamos llegado á Fernando Póo y ya había noventa y cinco enfermos de fiebre, diez de los cuales estaban casi en sus últimos momentos (1).

Llegamos al arrabal: tomamos el camino que conduce á una plantación y nos hallamos en el río, que tiene unos maderos atravesados á manera de puente, por los que pasamos al otro lado. Allí esperamos á un *cruman* que se había quedado detrás; cuando llegó nos incorporamos y seguimos por un terreno llano y acabado de sembrar.

La noche estaba muy neblinosa.

Cuando concluyó aquel terreno penetramos en el monte.

Entonces los guías tomaron la delantera y encendieron la linterna. ¡Cuán difícil era encontrar la senda imperceptible del salvaje para tomarla y no rasgar nuestros vestidos y aún nuestras carnes con las zarzas! Con todo, los guías la encontraban siempre.

Anduvimos un largo trecho de un terreno llano: entramos en un lodazal, después en una especie de laguna, donde el agua apenas cubría nuestros piés que se enterraban en el cieno. En aquellos días había llovido incessantemente.

Subimos una loma: había de trecho en trecho árboles de todos tamaños atravesados, ó bien que habían caído á lo largo de las sendas, en cuyo caso teníamos que ir

[1] Murieron ocho á los pocos días y después gran número. Más adelante se verá la triste suerte de los confinados que quedaron con vida. La mayor parte fueron verdaderos mártires.—*N. del A.*

por sobre ellos y estaban muy resbaladizos; por lo común eran palmeras de quince y veinte varas de largo. La loma, al terminar, nos ofreció una pendiente, también resbaladiza; bajamos con algún trabajo y encontramos otro lodazal. Después otra y otra loma, pantanos, zarzales, y espacios en que la senda se nos perdía. Yo estaba aún convaleciente, pero puede tanto el amor á la libertad, que me sentía con ánimo para andar toda la noche. Oímos el murmurio de un río y llegamos á él: tenía muy elevada y pendiente la barranca; uno de los guías me dió la mano, me apoyé en el bastón y bajé. Era algo profundo, y lo pasamos sin detenernos: el agua parecía helada, y subimos á la opuesta ribera asidos de las raíces de un árbol. Entonces entramos en un terreno bajo y pantanoso, tan resbaladizo que antes de que lo dejásemos caí tres veces, afortunadamente sobre el cieno. Muy peligroso hubiera sido caer en algunos puntos donde pasábamos sobre troncos, ó por una estrecha ruta, contemplando al favor de la luz hondos abismos á uno y otro lado.

Uno de los guías nos advirtió que habíamos llegado á un pueblo de *bubis*, que guardásemos el mayor silencio. En efecto, como los bárbaros estaban en guerra, podían tomarnos por una avanzada enemiga y disparar sobre nosotros sus espingardas, situados detrás de los árboles.

Pasamos por las inmediaciones del pueblo sin ser sentidos y volvimos á entrar en el monte. En fin, á las dos de la madrugada habíamos andado como doce millas, oímos el rugido del mar, bajamos una empinada cuesta y nos hallamos en la playa. Una tempestad se estaba levantando del lado de Camarones, el viento soplaba con fuerza y se repetían los truenos y los relámpagos.

Al verme frente al océano en aquella soledad imponente, al divisar á la luz de un relámpago la embarcación que debía volverme la libertad y con ella el amor de mi familia, el afecto y el trato de mis amigos, las dulzuras de la civilización, en una palabra, los encantos de la vida, me sentí profundamente conmovido y dí gracias á Dios por tanto bien. ¡Qué hermosa es la obscuridad de la noche para el fugitivo, y qué sublime la inmensidad del mar!

Era preciso que anduviésemos como cincuenta varas dentro del agua para tomar el bote y nos preparamos para hacerlo apenas cediese la tempestad. En ese momento un relámpago nos dejó ver una embarcación que se dirigía al Sur y otro volvió á dejárnosla ver cambiar de rumbo y poner la proa hacia nosotros. Aunque arriadas las velas, impelida por el viento se nos aproximaba. ¡Era seguramente alguno de los botes armados que se hallaban de centinela en la costa; estábamos perdidos...!

«¿Qué haremos? pregunté á Lamar.» «No entregarnos,» me contestó éste con resolución. En efecto, valía más morir que resignarnos al martirio que nos esperaba, si caíamos en manos de los españoles.

La tempestad en tanto crecía por instantes: negros nubarrones cubrían el cielo y el viento soplaba cada vez con más fuerza.

Oímos que hablaban en la embarcación en alta voz y nos pareció que se dirigían á nosotros, aunque no entendimos ni una palabra de lo que decían, por el ruido del viento y de las olas.

«Es uno de los botes del gobierno, exclamé, tomemos una resolución antes de que llegue. Casi está sobre nosotros...!»

«Esperemos, dijo el capitán de nuestra embarcación; puede ser de los *bubís*.»

Esperamos...! El bote siguió andando rápidamente hacia donde nos hallábamos; ya estaba muy cerca y de improviso dobló la proa y siguió en dirección al Norte, en que se halla situada Santa Isabel.

Seguramente, dijimos, es un bote del gobierno español; pero han creído sus tripulantes que somos muchos y van á dar parte para volver con otros botes. Debimos parecerles más de los diecisiete que éramos, con motivo de las fogatas que los salvajes habían dejado ardiendo á orillas del monte, cuyo brillo aumentaba el viento, presentando, al que nos viese á alguna distancia desde el mar, la apariencia de haber muchas personas en tierra y de estar muy confiadas cuando encendían el fuego. Podía también suceder que nos hubiesen tomado por pescadores al ver esas fogatas, y que no quisiesen demostrarse en reconocernos por huir de la tempestad.

Apenas perdimos de vista aquella embarcación que nos había causado tanta inquietud, nos embarcamos, tomamos rumbo opuesto al que ella llevaba y como había sobrevenido una completa calma, los doce remeros que traíamos ocuparon sus puestos y comenzaron á bogar. Bojeamos la isla, en la parte que mira á Camarones, y cuando llegamos á cierto punto, señalado como el más propio para el caso, según la práctica del Capitán, hicimos rumbo hacia Bimbía. Los remeros no cesaron ni un solo momento de trabajar hasta el siguiente día á las cinco de la tarde.

Cuando avistamos á esa hora la costa de Bimbía nos dijo el Capitán que era conveniente esperar las sombras de la noche para arribar á la isla de Nico, donde nos tomaría una canoa de indígenas y nos llevaría por el río á Camarones, y que á él le perjudicaba que se le viese llegar á ese punto, pues daba viajes á Santa Isabel y no quería incurrir inútilmente en el desagrado del Gobernador, lo cual podía hasta costarle la vida.

## CAPITULO XVIII

LA ISLA DE NICO.—MR. SPARHANK.—PELIGROS QUE

CORRIMOS EN PODER DE DOCE SALVAJES—

CAMARONES.—EL REY BELL II.—

COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.—COMO SE PUEDEN

IMPEDIR Ó DISMINUIR LAS TERRIBLES FIEBRES DE

ESTAS MORTÍFERAS COSTAS.

Luego que llegó la noche desembarcamos en la pequeña isla de Nico, de triste y abominable historia, pues allí tenían en otro tiempo sus depósitos de esclavos los españoles y los portugueses; los primeros hasta hace muy poco. Hoy sólo es habitada por Mr. John Sparhank y su hijo Bertrand, ciudadanos norte-americanos, á quienes pedimos hospitalidad por breves horas y le

entregamos al primero una carta de Mr. Struthers. Al momento se nos sirvió de cenar y nos brindaron camaras donde pudiésemos reclinarlos mientras llegaba la canoa que debía conducirnos á Camarones, brindis que aceptamos, pues nos hallábamnos rendidos por la mala noche que habíamos pasado y las fatigas del día.

¡Qué vida tan triste y solitaria la de Mr. Sparhank y su hijo en aquella isla de que son verdaderos Robinsones! Mr. Sparhank fundó en Fernando Póo el cafetal que posee en la actualidad el español Casuya y que es el único de relativa importancia que hay en aquel punto; y se queja de haber invertido un capital de setenta mil duros, y que por diez mil que debía á Casuya se le hubiese despojado de su propiedad hallándose ausente, de modo que cuando volvió á Fernando Póo se encontró en la calle. Su hijo Bertrand reclamó sus salarios y se le dijo que debía pagar por su padre; pidió la ropa de su uso que estaba en la casa y tampoco se le dió. ¡La autoridad del Gobernador había resuelto la cuestión conforme á su criterio.....! Ventaja grande del despotismo que no se detiene en infructuosos trámites, ni en fútiles estudios del derecho y todo lo arregla como Alejandro, sacando la espada y cortando el nudo gordiano.

Sería la una de la madrugada cuando llegaron los remeros con la canoa que debía trasportarnos á Camarones; eran doce jóvenes de Bimbia. Los acompañaba un viejo vestido con pantalón y levita blanca, que hablaba algo el español. Nos manifestó que él era el jefe de aquellos hombres y encargamos á Mr. Sparhank que ajustase el pasaje; así lo hizo conviniendo en pagar treinta duros, que entregamos al mismo Mr. Sparhank, según su indicación, para que los abonase á la vuelta de los remeros.

Sin dilación nos despedimos, nos embarcamos, y la canoa, impelida por las doce palancas, se alejó con rapidez de la isla de Nico; pero á poco el movimiento de los remeros era cansado y despacioso.

El deseo de salvarnos no nos había dejado entrever el error que habíamos cometido entregando nuestras personas, sin garantía de ningún género, á doce bárbaros, y

lo que es peor, de Bimbia, donde los naturales tienen en toda la costa de Africa fama de ladrones y asesinos. En medio de aquel río, en la soledad y las tinieblas de la noche, de un todo desarmados y en un país donde no hay leyes, podían asesinarnos nuestros conductores seguros de una completa impunidad. ¿Quién se hubiera siquiera acordado, ni preguntado en el Continente africano por nosotros, desgraciados prófugos, sin paradero fijo, que siguiendo nuestro camino sin detenernos, en busca del mundo civilizado, no dejábamos en aquellos solitarios lugares huellas de nuestro paso, ni memorias de nuestra existencia? Si los bárbaros hubiesen sabido que traíamos dinero debajo de la ropa, poco tal vez para nosotros, pero bastante para mejorar su suerte, indudablemente hubiéramos perecido; pero ellos nos habían visto sin maletas (las habíamos enviado por la Mala desde Fernando Póo) con los vestidos raídos y todos manchados por el cieno, con el cabello desaliñado y con el dolor pintado en nuestros semblantes, y en lugar de dar cabida á pensamientos criminales, tal vez nos tuvieron lástima. Opinan mis compañeros que este es uno de los mayores peligros en que nos hemos visto.

Cuando llegamos á un lugar en que hace un brazo el río, la canoa se detuvo y preguntamos con sorpresa á uno de nuestros conductores, que hablaba algo el inglés, cuál era el motivo. «Los muchachos quieren dormir en sus conucos, que quedan cerca, para continuar el viaje mañana, nos contestó.» «De ningún modo, le replicamos; tenemos necesidad de tomar mañana en Camarones el vapor que va á Europa, y se irá sin llevarnos si perdemos la noche.»

Explicó lo que le habíamos dicho á los remeros y éstos comenzaron á bogar tomando un brazo del río y dejando el cauce principal, por ser, dijeron, más corta la distancia.

Seguimos navegando toda la noche, deteniéndonos numerosas ocasiones para que descansasen, al momento se quedaban dormidos y teníamos que despertarlos; murmuraban entonces de nuestra exigencia, pero poco más ó menos siempre seguían trabajando.

A las diez de la mañana estábamos en el lago de



Mangos sufriendo los rayos abrasantes del sol, que parecían de fuego. Vimos entonces que varios de los bárbaros sacaron del fondo de la canoa cuatro espingardas, que no sabíamos que estaban allí, y comenzaron á cebarlas. Opusímonos con energía alarmados á la vista de aquellas armas de fuego, cuyo uso no acertábamos á comprender, en no siendo para disparar contra nosotros. Los bárbaros, obedientes á nuestra intimación, humildes y como intimidados, soplarou inmediatamente con la boca la pólvora de la ceba, que cayó sobre la canoa, y colocaron las espingardas en el lugar donde habían estado.

El intérprete nos explicó que los habitantes de los bosques que rodean aquel lago son muchos y con excelentes canoas, y han jurado hacer esclavos á los jóvenes de Bímbia, por lo cual se habían querido preparar temiendo un asalto.

¡En qué lance nos hubiéramos visto si los salvajes de aquella costa hubieran venido á cumplir su propósito de esclavizar á nuestro conductores! Probablemente hubiéramos perecido en el combate; y si los de Mangos en número mayor y con mejores embarcaciones alcanzasen la victoria, nos hubieran seguramente llevado con ellos y Dios sabe cuál hubiera sido nuestra suerte en poder de tribus salvajes, acaso antropófagas.

Pasamos el lago sin la más leve novedad.

Ya cerca de Camarones el bárbaro que manejaba el timón, de acuerdo con los demás, dirigió la canoa á la costa en línea recta y á los cortos momentos todos estaban en tierra, en un punto donde daba gusto ver la verde yerba y convidaba á gozar la sombra deliciosa de los elevados árboles. Allí dijeron terminantemente que tenían hambre y que por ningún motivo seguían, pues iban á hacer de comer.

Sacamos las cajas de sardinas que había remitido á nuestra canoa Mr. Sparhank y se las dimos; no acertaban á abrirlas, les abrimos la primera y á fuerza de súplicas y de ofrecimientos logramos que continuasen.

En fin, para no molestar al complaciente lector, después de sufrir el abrasante calor de un sol que rajaba la tierra, hablando en el lenguaje hiperbólico del *guaji*ro

de Cuba, llegamos á Camarones á las dos de la tarde del día once.

Desembarcamos en el pontón alemán, fragata hamburguesa «Titania,» residencia de Mr. Johannes Thormahlen, fondeada frente á la población de King-Bell y con techo pajizo. Los comerciantes de Camarones viven, buscando la salud y la mayor seguridad, en esas casas flotantes, donde tienen todo género de comodidades. Ni siquiera uno habita en la población.

Mr. Thormahlen, el más distinguido comerciante del río, nos recibió con la finura y bondad que le son naturales y nos prodigó las mayores atenciones.

Al siguiente día por la tarde fuimos á tierra con el deseo de ver la ciudad. Las casas son todas también de techo pajizo y curiosamente forradas con bambú. Los habitantes usan taparabos, así los hombres como las mujeres.

Pasamos á ver al rey, comunmente llamado King-Bell, del nombre de la ciudad, es decir, rey Bell; en los asuntos oficiales se titula Bell II. Gobierna una parte del territorio de Camarones y ejerce una especie de protectorado sobre Bímbia. Tiene un hijo que está educándose en Londres, llamado Agoustine Manga Bell. Le rodean treinta concubinas, que sólo usan, según la costumbre general, un pequeño taparabo y que habitan en su palacio, el cual se halla adornado con muebles del gusto europeo. Bell II es un hombre alto, de figura elegante y de bonita fisonomía. Su mirada y su sonrisa respiran benevolencia, y su trato es franco y urbano. Nos hizo fumar y tomar un poco de whiskey, que nos sirvió una de sus mujeres, por cierto en estado de embarazo bastante adelantado.

Le pregunté si había establecido en su reino algunas escuelas de primeras letras, medio seguro de hacer la felicidad de sus súbditos. Me contestó que sí, y dirigiéndose á Mr. Thormahlen le preguntó por los misioneros ingleses. En seguida nos enseñó el retrato de su hijo, sacó varias cartas de éste escritas con una excelente letra y varios dibujos que representaban diferentes paisajes del país. No hay duda que dentro de pocos años el joven Bell hará vestir á su pueblo, empezan-

do por su padre, y que está llamado á ejercer gran influencia en la civilización de esta parte del Africa.

Los vasallos de Bell II no conocen el impuesto; en cambio todo buque extranjero que fondea en el río le paga trescientos duros, derecho demasiado fuerte.

Al despedirnos nos hizo el presente de un chivo, que condujo uno de sus criados detrás de nosotros hasta el mar.

No hay en Camarones un muelle, así es que fuimos llevados en brazos de los robustos *crumanes* del bote á la tierra, en ida y vuelta, bien que en un corto espacio de cinco á seis varas.

En el almacén y tonelería de Mr. Thormhlen vimos una canoa hecha de una madera parecida al cedro, la cual tenía ochenta piés de largo y sesenta pulgadas de ancho, con resistencia para sufrir el peso de ocho toneladas. Esto demuestra la rica vegetación de Camarones, donde hay todas las plantas de los climas intertropicales, lo mismo que en Fernando Póo: cañas, piñas, naranjas, ñames, &c. En Camarones hay, además, alguna cria de ganado vacuno y de cerda, circunstancia que lo hace mil veces más valioso que la isla mencionada, donde la muerte, que no respeta al hombre ni en su más vigorosa juventud, impide la aclimatación de aquellos animales.

El río Camarones, frente á la ciudad, y también de la otra inmediata de Aqua, ofrece á la navegación un puerto de regular fondo; pero hay una barra que obliga á los buques de gran calado á quedarse á la entrada, diez y ocho millas marítimas de distancia. A mi llegada había fondeadas frente á dichas ciudades, trece fragatas y bergantines de 15 y 16 piés de calado. Se desconoce aún el origen de ese río, pues los bárbaros del interior del Continente no han permitido seguir á los exploradores.

Todas las mañanas, desde el amanecer, rodean los buques numerosas canoas conduciendo á los naturales, que vienen, á veces hasta en número de trescientos ó más, cantando, muy alegres y armando algazara, á proveerse de lo necesario y á vender colmillos de elefantes y aceite de palma.

Es curioso ver retroceder la corriente cuando sube la marea. Á algunas millas de esas dos poblaciones se elevan las aguas hasta treinta piés en tiempo de primavera inundándolo todo, destruyendo cuanto encuentran á su paso y obligando á los habitantes á huir á otros lugares. El territorio inmediato á dichas ciudades apenas siente los efectos de esas grandes crecientes, por lo muy ancho que es allí el lecho del río y provenir los estragos que hace más arriba de lo estrecho de su cauce, circunstancia que unida al poco fondo le impide ser navegable á corta distancia, ofreciendo dificultad hasta para las ligeras canoas; así es que parte del aceite que se recoge en sus orillas viene á las naves en brazos: seguramente otro río despoja á éste de su caudal.

En el reino de Camarones se desconoce la moneda y todo negocio se hace en cambio de un artículo por otro. En Bímbia, en el mismo Camarones y otros muchos puntos, comienza á insinuarse la idea de un signo que sirva de valor fijo, cambiabile por todos los valores. Existe la medida del *crook*, que equivale á seis duros; pero no se crea que hay representación material de ese valor; un *crook* no es más que uno ó diferentes artículos que valen seis duros. Así se entienden los comerciantes y los indígenas perfectamente. Los primeros hacen por lo común en poco tiempo fortunas colosales alcanzando ganancias enormes, tanto en lo que venden como en lo que compran; y eso que el aceite ha perdido mucho de su primitivo valor por la competencia del petróleo y sebo de Rusia.

Hay tres misioneros protestantes uno de ellos de color y tienen su residencia en Aqua. No logran todo el fruto apetecible de su abnegación, porque el cristianismo prohíbe la poligamia y el mayor orgullo de los bárbaros consiste en tener muchas mujeres. Este es un gran inconveniente para hacer llegar la palabra de Dios hasta el corazón de los salvajes; pero aunque los progresos de las ideas cristianas se vayan impregnando lentamente en el ánimo de pueblos tan incultos, siempre será una ventaja para la civilización y para el propio bien de las sociedades traídas á gozar de sus beneficios, cortar desde un principio de raíz el árbol gangrenoso de

la poligamia, que se opone al aumento y perfección de la humanidad.

El matrimonio se efectúa sin más ceremonia que un acuerdo entre el novio y el padre de la novia, que la vende ó cambia recibiendo de dos á cinco *punchens* de aceite de palma, según la nobleza de la familia. Cuando la mujer es adúltera el marido la devuelve á su padre y exige del seductor un valor doble ó triple del que le costó, valor que éste tiene que abonar; el padre á su vez devuelve al ofendido esposo los *punchens* que recibió, y á la adúltera se le aplica un número de azotes. Respecto á los hijos quedan en poder del padre. En Annobon, á la esposa infiel se le corta por la primera vez un brazo, por la segunda se le degüella.

La religión del país es el feticismo; adoran al sol, á un árbol, á una culebra y algunos dirigen sus preces á Dios, de quien tienen una idea confusa.

El rey juzga á los delincuentes reuniendo un consejo de ancianos. Al que roba se le corta una oreja, al que es homicida se le aplica la pena de muerte. Para ejecutar ésta hay tres medios: el envenenamiento, matar al reo enterrándole el hacha en la cabeza y en el cuerpo repetidas veces; ó arrojarlo al río con una pesada piedra atada al cuello. En Old-Calabar se le ata en baja marea á una estaca colocada á la entrada del río de ese nombre y cuando llega la plena mar muere ahogado.

Apesar de estos rigurosos castigos y para que se vea cuán mentida es la teoría del escarmiento y que la moral pública está sólo en relación directa con el grado de instrucción y educación de los pueblos, los habitantes de Camarones se distinguen por su inclinación al robo. No puede un viajero entregar su maleta á uno de ellos sin peligro de que desaparezca llevándosela, y es tal esa funesta inclinación en el ánimo de los camaronenses, que la principal causa de vivir los comerciantes en los poutones de que he hablado, es el verse libres de los robos nocturnos. También hay no poca intemperancia, como que contando todo Camarones unas veinte mil almas, se importan más de doscientos mil galones de aguardiente, sin contar el brandy y otros licores que consumen las clases privilegiadas.

Al referir la visita que hice á Bell II, dije, guiándome por mis impresiones, que me pareció un hombre lleno de bondad. Informes posteriores confirman esta creencia y se me asegura, además, que alcanza entre los suyos gran influencia personal y que es pundonoroso, honrado y amigo de favorecer á los extranjeros. Voy á contar á los lectores un hecho que si bien les dará una idea de la valentía de este monarca, también demuestra sus instintos crueles. Es obligación de todo rey de Camarones, antes de coronarse, salir al campo y quitar la vida al primer hombre que encuentre, sea quien fuere, aunque sea su hermano ó su hijo, trayendo su cabeza en trofeo. Bell mató á siete y tiene sus cráneos como un adorno en su casa; yo los ví, pero no sabía esa horrenda historia.

Hay también otra costumbre espantosa: las embarcaciones de guerra pertenecientes en cierto modo al Estado, son unas canoas de madera de una sola pieza, sumamente ligeras y que se manejan con unos cortos remos que exactamente tienen la figura de una punta de lanza. Entonando monótonos y desapacibles cantos en que repiten todos mil veces en coro una frase cualquiera de su idioma, sepultan á un tiempo esos remos en el agua y hacen andar las embarcaciones con gran velocidad.

Cuando se concluye la construcción de una canoa, el jefe que debe mandarla, que es regularmente el magnate que pagó su costo, sale al campo, como el Rey, y le da muerte al primer ser humano que encuentra; el nombre de éste es el que lleva la embarcación. ¡Ah! ¡Qué inclinado es el hombre en el estado natural á la destrucción de su especie, y cuántos siglos se necesitan y cuántos esfuerzos de las naciones cultas para extender en el Africa la civilización! ¿Será posible que tan gran parte del linaje humano se halle fatalmente predestinada á una barbarie sempiterna? ¿Será posible que la organización del cerebro del hombre negro se oponga al desarrollo de su inteligencia, ó que las condiciones climatéricas de estas incultas regiones, y las especiales circunstancias del africano en lucha constante con las fieras, hundido en los ce-

nagales de las costas y en los no explorados bosques del interior, bajo un sol de fuego, ofreciendo por su inmenso número y sus costumbres un poder refractario á la luz de la civilización, sean causas invencibles que lo condenen á vivir en ese miserable y lastimoso estado? ¡Ah! no, no; semejantes ideas contradicen la ley santa, eterna, del progreso que rige á la humanidad. El negro, el blanco, el mogol, todos son iguales y hermanos; todos pertenecen á la gran familia humana, son hijos de un solo padre, que es Dios, y están llamados á gozar cuantos beneficios dispensa la civilización. Negar al negro su capacidad para instruirse es una obcecación después de haber existido Toussaint, L'Ouverture, que hizo la independencia de su patria, Haytí, desplegando talentos admirables, á pesar de la ignominia en que lo tuvieron sumido las cadenas de la esclavitud hasta la edad de cincuenta años, en que proclamó la libertad de los esclavos. No pudo volverlos á sus cadenas todo el poder de la Francia en la época más brillante de su historia militar, en la época de Napoleón I.

Por lo que hace á las condiciones del terreno, es verdad que principalmente en las costas y en las orillas de los ríos, son en extremo contrarias á la duración de la vida: pero ¿no podrían vencerse esos males luego que por efecto de la misma civilización fuesen estudiados y combatidos? Si mueren á veces pueblos enteros de hambre, ¿no es cierto que depende de la falta del desarrollo de la agricultura, creadora fecunda de valores y que tanto sana los países?

He dicho que el clima de Camarones es menos mortífero que el de Fernando Póo, fundándome en que pueden vivir los animales; pero debo agregar que toda la costa del Golfo de Guinea, es casi inhabitable, hasta para los mismos indígenas. Prueba de ello es el hecho de no encontrarse sino rara vez algún anciano. Años hay en que mueren, por efecto de espantosas epidemias, los habitantes todos de un territorio y vienen á reemplazarlos los del interior. Desaparecen tribus enteras, como le ha sucedido á la de Mpongwe, una de las más entendidas y apreciadas por su laborio-

sidad. Como no se conoce la Higiene, esas costas son criaderos de seres infinitesimales patógenos, generadores de las enfermedades infecciosas.

El laboreo de la tierra, en grande escala, no sólo hace saludables los climas, sino que influye en la naturaleza de las enfermedades, y á algunas hasta las hace variar de formas casi por completo. La lepra griega del tiempo de Moisés, por ejemplo, que al decir del legislador hebreo en el Levítico, trasladaba sus máculas y tubérculos á los lienzos y paredes, no es la de nuestros días, debido á que el Egipto estuvo muchos siglos en poder de los romanos y sus habitantes se dieron á la agricultura, en tanto extremo que proveían, principalmente de cereales, á Roma; lo que equivale á decir que fué el granero de todas las naciones, pues Roma era señora del mundo entonces conocido.

No se diga que la lepra, que llevaron de Palestina á Europa los ejércitos de los cruzados, después de modificada, y á la América del Sur, donde no era conocida, el conquistador Jimeno de Quesada, (murió leproso lo mismo que toda su servidumbre) sufrió cambio tan admirable por su complicación con la sífilis, pues en este caso se hubiera agravado el mal. Engendran al presente, unidas, el estado patológico más espantoso, y es de lamentarse que muchos médicos pronuncien su diagnóstico sin fijarse en los signos diferenciales de ambas enfermedades cuando actúan aisladas ó complicadas.

La agricultura es el cuerno de la abundancia de la religión de Júpiter, es madre solícita y generosa, que prodiga al hombre los alimentos nutritivos que sostienen su vida, su salud y su bienestar, y no puede haber duda de que con el drenaje, las zanjas de desagüe, el arado, la azada y la limpieza en lo posible del Níger, desaparecerían, ó por lo menos disminuirían considerablemente, esas terribles fiebres.

Parece fuera del poder humano librar todas estas dilatadas costas de las causas tíficas que alteran su atmósfera; mas debe intentarse parcialmente, con especialidad cerca de los centros de población. Inglaterra va obteniendo los más felices resultados con las obras de saneamiento que ha emprendido en el Delta del Nilo. «Dime



el aire que respiras, decía Razzini, y te diré la sangre que tienes;» y pudiera agregarse: «dime el estado de tu sangre y te diré la duración de tu vida.»

No se extrañe que haga estas breves indicaciones: todo hombre está obligado á no perder la oportunidad de procurar el bien de sus semejantes, y se trata de países adonde concurre y crece día por día el comercio europeo y americano en busca de mercados consumidores y de artículos espontáneos, y paga un espantoso tributo á la muerte. Las ideas del bien, aunque parezcan utópicas, son semillas arrojadas en el seno del tiempo que tarde ó temprano germinan y dan su fruto aunque caigan en terreno poco abonado.

## CAPITULO XIX

### LA ESCLAVITUD.

---

Las naciones cultas tienen el deber imprescindible de civilizar á los africanos. Si no existe ese deber, no existe la filantropía, no hay amor del hombre para el hombre, sentimiento generoso que es el primer distintivo de las sociedades que más se acercan á la perfectibilidad. ¿Y de qué modo podrían emprender esa obra gloriosa y magnánima? ¿Con expediciones militares que deslindasen los poderes públicos, dejasen sentadas las bases del derecho y abriesen al comercio una parte tan vasta del mundo en que la barbarie inutiliza el producto del trabajo de tantos millones de hombres, trabajo que en el mercado universal podría ser una fuente inagotable de bienestar y de riqueza? Las expediciones militares, el poder del sable, no es el que está llamado á mi parecer á realizar esa obra filantrópica; el comercio y la dulzura de la palabra de los misioneros cristianos son los que pueden insinuarse con facilidad, y presentar

á la imaginación del salvaje el cuadro encantador de la vida civil.

Si entrásemos en el estudio de las causas que han impedido la civilización del Africa, superior en tiempo de Cartago á la de Europa, yo no titubearía un solo instante en señalar como la más prominente, la más abominable y poderosa, la esclavitud. Desde principios del siglo XVI, en vida del benéfico Las Casas, á quien injustamente se acusa de haberla introducido en América deseando librar á los indios del trabajo de las minas, pesca de perlas etc., en que morían á miles, existe esa funesta institución en el Nuevo Mundo. Ya de mucho tiempo atrás los españoles en su patria tenían esclavos negros, según el testimonio de autores respetables, como Zurita, y es de suponerse que los trasladasen á América en las primeras expediciones que siguieron á la del navegante genovés.

He hecho esta digresión guiado por el deseo de que un varón tan eminente como Las Casas no cargue con tan ominosa responsabilidad, que equivale á la maldición del mundo en la presente y las venideras edades, aquellas edades en que parezca mentira que un hombre pueda arrancar del seno de su familia á un padre, á un hijo, á una esposa, para llevarlos á climas remotos á trabajar un día y otro día, sin que jamás se le recompense ni siquiera con el agradecimiento.

Al esclavo no le es dado tener afectos, no le es permitido formar una familia, delicia incomparable de los corazones que sienten y aman. Si llega á formarla corre el peligro de verla alejarse de un momento á otro de su lado, en poder de un amo cruel, acaso para no estrecharla en su seno ni una sola vez más en la vida.....

Mr. Russell, inspirándose en los más bellos sentimientos de humanidad y justicia, dijo en la Cámara de los Lores de Inglaterra, con motivo de la esclavitud, que Cuba es la sentina del mundo. Permitidme, Milord, que vuelva por el buen nombre de mi patria. Puedo aseguraros que los hijos de Cuba, al proclamar el gran principio de la igualdad de los hombres, hemos sacrificado nuestras riquezas. Éramos los dueños, en consorcio con los españoles, de más de trescientos

mil esclavos y hemos querido, los cubanos, abolir la esclavitud; pero estos arranques de nuestro espíritu, que hemos significado á España hace años, pretendiendo últimamente siquiera la libertad de los que naciesen, *la libertad del vientre*, como en Cuba decimos, se han ahogado en los brazos del despotismo y la avidez de esa nación insensible y cruel para la cual sólo existe una pasión, la del oro.

Los españoles del tiempo presente son los mismos, Milord, del siglo XVI; los mismos de la guerra con Holanda y con la América del Sur; los mismos de la guerra actual de Cuba. Vos conocéis la historia de sus hechos en ambos continentes, hechos espantosos que hacen estremecer la humanidad, y nada tengo que añadir para que absolváis á mi patria de un cargo que la envilece; hoy mismo los cubanos estamos derramando nuestra sangre en los campos de batalla por constituirnos en nación independiente y dar libertad á los esclavos. No queremos que Cuba coloque sus diamantes sobre asquerosos harapos al ocupar su puesto entre las naciones con la majestad, la grandeza y el espíritu sereno de quien no tiene úlceras que ocultar, ni crímenes que le humillen.

España es responsable de que la esclavitud haya existido en Cuba y de que exista aún. Os invito, Milord, á que dirijáis sobre la Isla vuestra inteligente mirada. Notad como está dividida en dos partes: en la oriental y gran extensión de la central dominan los patriotas: en la occidental los españoles.... ¿No veis la libertad y la igualdad esparciendo sus rayos hacia donde nace el sol? ¿No oís hacia el poniente el gemido del esclavo, el ruido de sus cadenas y el chasquido del látigo.....?

La esclavitud, que destruye la moral pública, que imprime infamia á lo más noble que se conoce, el trabajo; que trae la relajación de las costumbres creando abominables vicios; que se opone al espíritu del Evangelio y las libertades más comunes de los pueblos bien regidos; que convierte al cristiano en usurpador y verdugo y reúne en sí todas las injusticias, todo el oprobio y toda la malignidad que puede caber en el corazón humano; la esclavitud, que ha oprimido casi por cuatro

siglos á Cuba y Puerto Rico, ha sido causa al mismo tiempo de la sangrienta guerra que se han hecho las tribus africanas, guerra que no ha permitido el progreso intelectual, que tanto gusta de los beneficios de la paz. Hacer prisioneros para esclavizarlos y venderlos, ó cambiarlos por algunos objetos de insignificante valor, he aquí el ansia de los reyezuelos de este Continente en tan dilatado período. Harto ha hecho el infeliz que tuvo la desventura de nacer africano en buscar el apoyo de los guerreros y reunirse para defenderse. ¿Es esto lo que Africa debe á los hombres de piel blanca que han tenido la felicidad de instruirse en la doctrina del que murió en la cruz por amor al linaje humano? ¿Cómo pedís civilización á un pueblo que han instigado á una lucha perenne aquellos mismos que debieron comunicarle la savia de la libertad, que es la del cristianismo?

En Camarones hay esclavos y en casi toda el Africa; pero porque los bárbaros infringen las leyes divinas y humanas ¿podrá deducirse que los hombres civilizados y cristianos, que tienen conciencia de sus acciones, deban infringirlas también? ¿No está llamada la predicación del Evangelio á destruir esa úlcera? ¿Cuándo podría lograrlo si hubiese un mercado donde se pagase bien el prisionero de guerra, excitando así la codicia de los bárbaros?

Mucho he oido hablar á los españoles de la esclavitud en Africa tomándola como un argumento para defender la de las Antillas, y me alegro haberla observado de cerca en ambos puntos para poder decir que incurren con refinada malicia, en gravísimos errores. En primer lugar al esclavo de este Continente no se le arrebató de la casa paterna, no se le expatría, ventaja que recompensa la suma de cuantos males pudieran sobrevenirle, pues el africano ama su sol ardiente y sus bosques llenos de fieras, como el samoyedo ama su casa de nieve y el subterráneo en que se sepulta huyendo del frío, ó el hombre civilizado su ciudad natal. Goza los encantadores atractivos de la familia, que forma viendo nacer y crecer á sus hijos. No está envilecido por la ley con motivo del color de su tez, sino al contrario, ennoblecido; y se le dedica á trabajos suaves, únicos que se cono-

cen, tales como sacar aceite de palma, ó resina de goma, construir canoas, pescar, cazar, sembrar algunas plantas y preparar para la exportación el palo de tinte. Se le reconocen y se le premian sus cualidades personales y para probarlo, ahí está William, verdadero gobernador de Bimbia, esclavo que ha sabido dar á conocer en aquel reino su valor, su virtud y su talento.

He hecho una observación: las clases privilegiadas de Africa van insensiblemente creando un poder democrático muy poderoso en la aglomeración de los esclavos, acrecida con la extinción de la trata. El provenir es indudablemente de aquellos, y en una serie de años, cambiada la faz del orden social establecido, por medio de parciales y continuas revoluciones, los esclavos acabarán con la esclavitud. Puede únicamente temerse que los Espartacos que se levanten no sean hombres de corazón y de genio, y traten de establecerla de nuevo en provecho propio y de los suyos; pero semejante calamidad no podrá resultar si se extiende el cristianismo, cuyo lábaro es el símbolo de la libertad.

## CAPITULO XX

### LA CIUDAD DE AQUA.—UNA MISIÓN DE PROTESTANTES.—EL TAMBOR SUSTITUYENDO AL TELÉGRAFO.— COSTUMBRES DE LOS BÁRBAROS.

---

En la tarde de ayer, doce de Junio, pasamos Mr. Thor-mahlen, Broderman, Lamar y yo á la ciudad de Aqua, capital del reino de este nombre. Sus casas, sin patio y forradas de bambú, son iguales á las de la ciudad vecina de King-Bell. Los habitantes andan con taparabo, y las mujeres, entre las cuales ví varias de bella y expre-

siva fisonomía, tienen la cara, los brazos, el vientre, todo el cuerpo, en fin, marcado con dibujos de poquísimos gusto.

Tuve el placer de encontrar, no sólo algunos ancianos, sino que uno de más de sesenta años, conocido de Míster Thormahlen, nos hizo penetrar en su casa poseído de una alegría sin límites para enseñarnos á su madre que hacía pocas horas había estado al parecer muerta, y cuando se le iba á dar sepultura volvió á la vida. En un reducido cuarto, sumamente obscuro y lleno del humo de la cocina que estaba en la sala inmediata, caminó la infeliz anciana hacia la puerta acercándose á nosotros y nos dió la mano, mientras el hijo explicaba lo sucedido con regocijo y admiración.

En la sala había un gran espejo dorado puesto en el suelo y dos jarrones de porcelana cubiertos de polvo. La casualidad debió haber llevado allí esos muebles de lujo, pues ni aquellos más necesarios, como asientos y mesas, ví en las casas. Sin embargo, al detenernos en una esquina se abrió la puerta de un cuarto, en el que estaba preso un hombre blanco por embriaguez, y un negro de los principales de la ciudad sacó cuatro bonitas sillas de meple y fondo de pajilla en las que nos sentamos. Este obsequio fué indudablemente tributado á Mr. Thormahlen, que es tan querido como respetado de todos los habitantes de la costa. El preso recobró la libertad y posteriormente lo ví á bordo de la fragata mercante inglesa «Medea.»

Seguimos recorriendo la población, pasando á menudo por debajo de frondosos árboles, que ostentaban su verdor en la mitad de las calles; éstas tienen á uno y otro lado hileras de plátanos, limoneros y cocoteros. Todas estaban perfectamente barridas; daba gusto verlas tan aseadas.

Los hombres, como en Fernando Póo, Bimbia y toda la costa del Golfo, llevaban por adorno dos, tres y cuatro anillos de marfil colocados en el antebrazo, y algunos un largo collar de cuentas ordinarias. El taparabo lo forman con pañuelos que siempre son de colores alegres, por lo común de cuadros rojos y azules.

Varias jóvenes tenían un anillo de bronce en la gar-

ganta del pié; me parecieron grillos á primera vista; pero pronto conocí que eran prendas de lujo.

Encontramos dos ó tres grupos de mujeres en refiada contienda entre sí, y no pude menos que recordar los doscientos mil galones de aguardiente que consumen al año los habitantes de aquellos territorios y entrar en tristes consideraciones acerca del mal que se les hace vendiéndoles bebidas alcohólicas.

Yo deseaba vivamente conocer á los misioneros: nos dirigimos á su morada y llegamos á la bonita iglesia, de mampostería y teja, construída por la secta de los presbiterianos; la encontramos cerrada y dentro estaban los Padres recitando los Salmos. Su cántico me causó una emoción inexplicable: la voz armoniosa de los niños del coro y los que veía vestidos y contentos vagando alrededor del templo, trajeron á mi memoria mi familia, los atractivos de la vida civil, mi cautividad, mis dichas del pasado y mis desgracias del presente. ¡Dichas del pasado....! no, yo no he sido jamás dichoso: he vivido bajo el dominio de la tiranía española: apenas acierto ahora á comprenderlo, apenas me parece posible. ¡Cuán caro he expiado mi inexperiencia! Jamás se borrarán de mi memoria las célebres palabras de Pompeyo cuando al llegar á las playas de Egipto divisó á los asesinos que había mandado Tolomeo á quitarle la vida por adular á César: «El que pisa la tierra donde gobierna un tirano, se convierte en esclavo.»

La música sagrada me hacía gozar y padecer al mismo tiempo.

Mis compañeros se entretenían contemplando las vistas del campo, algo separados de donde me hallaba, seguílos haciendo un esfuerzo sobre mí mismo y mientras esperábamos que concluyese la ceremonia religiosa, recorrimos las calles inmediatas.

Me pareció más alegre la naturaleza, más risueño el campo, más claro el día; eran los fulgores de la religión de Cristo, engastada como un diamante en la granítica piedra de la barbarie.

Las mujeres, lo mismo que los hombres y los niños, vestían elegantemente al gusto europeo y las casas estaban amuebladas con sillas, espejos, etc. He aquí, dije

para mí, el espíritu de Inglaterra como exclamé muchas veces en Fernando Póo al ver las tribus salvajes recorrer desnudas la ciudad de Santa Isabel, he aquí el espíritu del despotismo de España.

Un *cruman*, de los criados nuestros, vino á avisarnos que la ceremonia religiosa había terminado y entonces nos dirigimos á la morada de los Padres. Sólo encontramos uno de ellos, joven como de treinta y seis años, y de fisonomía dulce y expresiva. El y su esposa nos recibieron con los más finos modales. Su habitación estaba adornada con sencillez: un aparador, una mesa, varias sillas y muchos libros colocados en un estante, sobre el tabique y por donde quiera, diferentes curiosos tejidos, obra de la esposa del joven sacerdote puestos en las ventanas, he aquí el lujo de aquel hombre que sacrificaba lo florido de su edad, su porvenir y casi indudablemente su vida en aras del amor al prójimo. ¡Si fuese sólo el peligro de verse asesinado por los bárbaros! ¡Si fuese sólo la renuncia voluntaria de la sociedad para vivir entre los bosques! Hay otro mal, el más inminente: lo mortífero de la costa de Guinea.

Le pregunté cuantos individuos había logrado la misión traer al seno del cristianismo. Me contestó que sesenta; pero que vestía, educaba y alimentaba otros sesenta, los cuales pronto serían bautizados. Me informó que hacía nueve años que se había establecido aquella misión y entonces comprendí que los sesenta neófitos de que me había hablado eran, por lo menos casi en su totalidad, niños educados por los mismos presbiterianos, lo cual demuestra cuán difícil es hacer variar de creencias al hombre una vez que llega á la edad de la reflexión y no puede olvidar sus primeras ideas. Estas se graban con caracteres indelebles en el corazón, y de verdad tan reconocida se deduce que el sistema de propagar el cristianismo apoderándose de los espíritus infantiles, que fácilmente reciben y conservan todo género de impresiones, es el más adecuado, si no el único, que con el curso del tiempo puede producir óptimos resultados. Cada educando llega á ser un apóstol de la buena doctrina, y si es cierto que siguiéndose esta senda se va lentamen-



te, también lo es que no hay otra más segura y libre de escollos. Nos dijo el sacerdote protestante que se había internado más de setenta millas, río arriba, con miras de fundar otra misión; pero que había quedado convenido de que era en la actualidad de todo punto imposible por la guerra constante en que viven las tribus unas contra otras.

Cuando llegamos á la ciudad de Aqua estaba un hombre tocando el tambor. Lo tocan todo el día y también por la noche, costumbre que me causó desagrado, pareciéndome que se bailaba con exceso; pero me equivoqué. Uno de los naturales se acercó á nosotros y nos dijo, sirviendo de intérprete un *cruman*: «Dentro de algunos momentos se sabrá en todo el reino que cuatro blancos han venido á visitarnos.» Comprendí que el tambor hacía las veces del telégrafo, fijé la atención y en efecto los sonidos de aquel instrumento no eran los que le arranca el apasionado africano cuando con la embriaguez del placer ejecuta los bailes de su país. No tenían absolutamente armonía, eran golpes diferentes que sin duda representaba cada uno una idea, un pensamiento. Colocados varios tambores á cierta distancia, nada más fácil que trasmitir en cortísimo tiempo á todo el territorio del reino de Aqua cualquiera noticia. «Apenas nos habéis saludado, dijo el mismo individuo, y ya KingBell sabe que estáis aquí.»

El tambor es un instrumento belicoso que se oye desde muy lejos, especialmente en el silencio de la noche. No podían por cierto los bárbaros escoger otro medio más propio para suplir el alambre de Morse. «Hacemos hablar el tambor,» exclamó con orgullo uno de los individuos que nos rodeaban.

El rey no estaba en la ciudad. Pasamos frente al palacio que empezó á edificar su padre y que él no ha podido concluir. Es una casa como de cien piés ingleses de largo y cincuenta de ancho, que descansa sobre horcones, á manera de pilastras, de nueve piés de alto para impedir la humedad. Está toda forrada de tablas, con corredores alrededor, techo pajizo y numerosos huecos para colocar puertas. Nada tiene que no sea común y nada que sea costoso. Este llamado palacio, que el tiem-

po va arruinando, me dió una idea de la pobreza ó del abandono del rey, á quien conocí al otro día á bordo de la fragata «Titania.» Es un hombre de más de cincuenta años, delgado, con algunas canas y de aspecto vulgar. En Aqua no hay la esperanza de un príncipe como el hijo de King-Bell; pero su proximidad al territorio donde éste gobierna la hará partícipe de las mejoras que establezca en lo futuro aquel joven, dado que cultive su espíritu en las aulas inglesas y aprenda la difícil ciencia de gobernar con sabiduría y prudencia.

Bell II estuvo también distintas ocasiones á bordo de la «Titania» y debo referir una circunstancia que me llamó mucho la atención. Ni uno ni otro monarca traían insignia alguna que los distinguiese de sus vasallos en lo más mínimo. Cosa verdaderamente singular, pues mientras más ignorante es el hombre, más vano, más amigo de ostentar superioridad sobre sus semejantes.

Extrañé ver muy pocas casas de comercio norte-americanas en esta costa, mucho más al encontrar por donde quiera productos de la Gran República. El tabaco de Kentucky, único que se consume por el pueblo (los comerciantes tienen exquisitos habanos) la carne de familia, la leche condensada, etc., abundan por todas partes. Los americanos hacen su mayor tráfico en la costa Norte; pero no iguala al de los ingleses.

El territorio de Camarones exporta tres mil toneladas de aceite de palma y unas once mil libras de marfil traído de Malemba: importa un millón de libras de pólvora, considerable número de espingardas con piedras de chispa construidas al uso antiguo en Inglaterra y Alemania; doscientos mil galones de aguardiente, según he dicho antes, más de tres mil toneladas de sal, loza y otros artículos. No hay aduanas, por supuesto (lo cual no es una desgracia) en que obtener datos, así es que estos cálculos que debo á la bondad de los señores comerciantes, sólo pueden estimarse como puramente aproximados.

La cifra de la exportación del marfil es ciertamente exígua; consiste en un hecho que merece referencia. Los camaronenses compran y guardan los colmillos de

elefantes, y cuando reúnen un número suficiente ocurren á una casa de comercio, los entregan en depósito como garantía y toman en efectos una suma proporcionada á su valor. Con esos efectos hacen el comercio y obtienen por lo común ganancias que les sirven para pagar lo que quedaron debiendo y recuperar sus colmillos, si es que no determinan venderlos. Semejante contrato dura por el tiempo que está el buque recibiendo carga en el río y el comerciante cambiando los artículos traídos de Europa ó América por aceite y marfil. Cuando faltan pocos días para la partida del buque, aquel manda disparar varios tiros de espingardas, ó de cañón, abordo, con lo que avisa que desea el inmediato arreglo de toda cuenta pendiente, que se ausenta.

Los tiros de las espingardas producen gran estampido y se oyen muy amenudo en tierra; los bárbaros acostumbra á echarles más pólvora de la necesaria.

## CAPÍTULO XXI

LA IDEA REPUBLICANA Y LA IDEA MONÁRQUICA.—

LOS *Crumanes*.—LOS AGOREROS.

---

Insistiendo en ocuparme de los medios que podían emplearse para civilizar el Africa, debo señalar, á más de la predicación del Evangelio y la influencia del comercio, las instituciones políticas. El pueblo de la Unión Americana, grande en todo, comparte con Inglaterra la gloria de haber establecido muchas misiones: las tiene en esta parte de la costa, en Gabaun, Benito, etc., y, lo que es en extremo satisfactorio, con los mejores resultados; pero aun posee otro lauro: la fundación de la República de Liberia. Este ha sido sin disputa el paso más gigantesco para sembrar la semilla de los principios de gobierno que más ó menos tarde regirán á todo el universo.

Claro es que las instituciones políticas no bastan para hacer repentinamente felices á las sociedades humanas, no educadas ni civilizadas; pero abren las puertas á la educación y á la instrucción, que el despotismo cierra herméticamente. Fácil es llegar á la dicha social por el camino de la libertad.

No pidamos á Liberia maravillosos adelantos, que sólo puede realizar el tiempo; bastará saber que en la República hay paz, orden y gran respeto á la ley; que se progresa intelectualmente aunque con lentitud; que crece año por año la agricultura, cultivándose especialmente la caña de azúcar (el año último la exportación total ascendió á cerca de un millón de duros de valor), y que el ciudadano de Monrovia, es, como en Sierra Leona, un *gentleman* en su dignidad y sus modales. He conocido á varios jóvenes monroviaños de fino y agradable trato. ¿Habéis graduado la distancia que existe, los siglos que median, entre el hombre completamente desnudo de las selvas y el que viste en sociedad al estilo de París y Londres? ¿Habéis pensado un momento en la diferencia que hay entre el salvaje, sujeto al brutal derecho de la fuerza y el republicano sujeto á la fuerza del derecho? Liberia es un foco de luz, es un águila pequeña que está en su nido con pocas plumas aún y que en el porvenir extenderá sus alas y dará ejemplo al África del benéfico poder de las instituciones republicanas. Las monarquías no pueden estar más desacreditadas en este Continente; ¿de qué han servido, de qué sirven tantos reyes? ¿Qué han hecho en tantos siglos?

El de Malemba, *King Pa-sol*, usa la bandera americana: la he visto distintas veces en el río dando al aire gallardamente su cuadro azul, salpicado de estrellas, y sus líneas blancas y rojas. La usa porque habiéndose formado una elevada idea de la Unión, la ha creído la más propia para significar su superioridad sobre los demás reyes, superioridad explicada en su nombre, *King Pa-sol*, que quiere decir, *Rey sobre todos*.

Los hombres más útiles y laboriosos de toda la costa de Guinea son los *crumanes*, procedentes de Cabo Palma, que se contratan por uno ó dos años y reciben en remuneración de tres á cuatro duros mensuales y libra y me-

dia de arroz diaria. Son activos, robustos, entendidos, corpulentos y honrados. Se les encuentra en Fernando Póo, en Bony, en Camarones, abordo de los buques sirviendo de marineros, en todas partes. Dedicados por sus patronos comunmente al servicio doméstico, lo desempeñan muy bien y llegan á ser pronto excelentes cocineros y criados de mano; otros manejan las embarcaciones y se distinguen como ágiles remeros; otros, en fin, se contratan para los trabajos del campo.

No hay comerciante, capitán de buque ó agricultor, desde Bathurst á Gaboun, que no tenga diez ó doce *crumanes*, los cuales, durante el período de su compromiso, aprenden el inglés y adquieren cierta instrucción y hábitos que al volver á su país natal con la espingarda al hombro y varios barriles de pólvora, transmiten á sus conciudadanos, convirtiéndose la singular resolución y virtud de estos hombres de emigrar de su patria en busca de trabajo en un elemento civilizador poderosísimo, pues recorren toda la costa contratándose repetidas veces en diversos puntos; los extranjeros los estiman mucho y no hay, sea de la nación que fuere, quien compre un esclavo, aunque lo autorice la ley; prefieren tomar uno ó más *crumanes*. Este hecho aisla la esclavitud, y como entre los bárbaros son tan cortas las exigencias del trabajo, es probable que vaya languideciendo hasta morir.

Una circunstancia horrible marca esa ominosa institución en Africa: el señor tiene el derecho de vida y muerte sobre el esclavo: puede privarle de la existencia, si le place, sin que se le considere como un homicida; pero tan espantoso derecho ha sido abolido en casi todas las comarcas del litoral, sujetas á la influencia bienhechora del trato con los extranjeros.

No hay en Camarones leyes escritas, pero sí algunas tradicionales para los asuntos civiles, que falla el jefe de la tribu: en los criminales dictan sentencia el rey y los ancianos en una especie de jurado. Tampoco hay escritura, ni aun por medio de figuras simbólicas, como la practicaban los antiguos egipcios y los indios.

La mujer carece de todo derecho: si es soltera trabaja

para su padre; si es casada trabaja para su esposo. Aunque pertenezca á la más aristocrática familia nace siendo esclava. Ella es la que labra la tierra, la que construye el hogar, la que lo hace todo, mientras el marido se entretiene en contemplarla entregada á sus faenas sin tomar parte en ellas; su oficio es la guerra; cuando suena el tambor marcha á los combates, y la mujer se queda en la casa.

Si un extranjero compra una esclava y se ausenta, no puede venderla y aquella adquiere su libertad. El padre, en este caso, no tiene derecho á esclavizarla de nuevo. Sólo podría tornar á esa triste condición en otro reino, en otras tribus, si fuese tomada por sorpresa por los enemigos de su nación en la ciudad ó en el bosque.

Los médicos, ancianos sumamente escasos en número, son á la vez agoreros. Tienen algún conocimiento práctico de la Botánica y el pueblo los respeta considerándolos como seres superiores, y también porque son á menudo árbitros de la vida de los ciudadanos, mediante la estúpida superchería y ceremonia que paso á referir de la manera que me la han contado.

Cuando el enfermo muere, á menos que sea en edad muy avanzada, el médico para que se conserve incólume su reputación, suele decir, á sus hijos: «No me ha sido posible salvar á vuestro padre, á pesar de mis muchos esfuerzos. Algún hombre, poniéndose de acuerdo con un mal espíritu, le ha dado á beber el zumo de ciertas yerbas, lo ha hechizado y le ha causado la muerte.» «¿Quién es ese hombre? preguntan los hijos llenos de ira, deseamos conocerle para tomar venganza.» «Seguidme, contesta el agorero, y pronto lo sabréis.»

Entonces camina hacia el bosque, en que se interna con todos los dolientes y amigos del difunto, y cuando llega á cierto lugar le dirige estas palabras á un árbol, después de hacer ridículos visajes. «¡Oh árbol!» Dime, ¿quién fué el mal hombre que hechizó á Fulano, tan buen padre, tan buen amigo, y tan digno de vivir largos años? Ese mal hombre ha sido causa de su muerte, en que se empeñaba algún maligno espíritu y por eso mis medicinas perdieron todas sus propiedades. ¡Ah! Te suplico que me reveles su nombre.»

«Sí, sí, nosotros también te lo pedimos,» exclaman los hijos, parientes y amigos del muerto, llorando unos, vertiendo imprecaciones otros, ó entonando cánticos fúnebres, y hablando, gritando, saltando y dando voces lastimeras todos, en confusa algarabía. Las bebidas alcohólicas dan mayor animación á la ceremonia, y cuando ha pasado un rato, exclama repentinamente el agorero: «¡Silencio! ¡silencio! ¡He oído hablar al árbol!»

Un silencio profundo sustituye á la algazara, parece que nadie respira y todos los corazones laten presurosos temiendo que la voz misteriosa designe á su padre, á su hijo ó á su hermano.

El agorero exclama de un modo solemne, después de tomar diversas actitudes, como si estuviese en comunicación con el genio: «Demos gracias á los buenos espíritus: el árbol ha hablado. Dice que Fulano, que vive en tal lugar, hechizó al difunto.»

En el instante mismo desaparecen todos los presentes y se dirigen á la morada de la infeliz víctima, señalada por el agorero, tal vez en venganza de algún agravio. Esta aparece pronto atada y sufriendo amenazas, golpes y dicterios.

Cuando llega á la presencia del adivino hay ya un inmenso concurso de curiosos que desean saber el resultado. Entonces el adivino camina majestuosamente hacia donde se halla la víctima, que hace inútiles protestas de su inocencia y le entrega un vaso que contiene una pócima de ciertos ingredientes que él ha preparado al efecto. El acusado apura con ansiedad hasta las heces aquella bebida. Si le entran nauseas y la arroja, está inocente del delito que se le imputa; si no la arroja, queda convicto y condenado á morir. En el primer caso recibe las felicitaciones de los concurrentes: en el segundo se le ejecuta en el acto. ¡Ah! Cuando uno reflexiona que estas cosas tan injustas, horribles y extrañas pasan en la costa, entre hombres que están en contacto con los europeos y americanos, mediante el comercio, apenas queda en la mente un rayo de esperanza acerca de los futuros destinos de los africanos. Aferrados á sus costumbres crueles, es muy difícil desarraigárlas, y si no existiera el cristianismo,

casi se pudiera decir que sería preciso renunciar á esta idea.

Desconfían de los extranjeros, desconfían de la religión, y han llegado á figurarse que aquella es una red que se les tiende para robarles la libertad... ¡Infelices! Han visto por cuatro siglos á los hombres civilizados venir á sus costas, arrebatarlos de sus hogares, fomentar la guerra entre las tribus y en nombre de un Dios todo amor, todo justicia, todo bondad y mansedumbre, esclavizarlos, cargarlos de cadenas y llevarlos á remotos climas. El odio que inspiran los españoles en Africa es un obstáculo para el progreso de la religión de Cristo. El negro hace este raciocinio: «Idólatra soy libre, cristiano soy esclavo; prefiero ser idólatra. Mi Dios es un Dios bueno, que me deja vivir libremente en mis bosques, entre mi tribu; el de los cristianos es malo, muy malo, puesto que permite que se me arrebate de mi suelo natal, se me aleje de las prendas de mi amor y se me hunda en la esclavitud.»

Cuando Bell II mató á los siete indígenas, los ingleses y alemanes que estaban en el río, quisieron impedirlo; pero los camaronenses contestaron diciendo que nadie tenía derecho á mezclarse en las costumbres y cosas interiores de su reino. Ante la invocación de una regla de derecho internacional tan respetable, tuvieron que enmudecer aquellos generosos extranjeros y sufrir la pena de ser testigos de escenas tan sangrientas.

No hay en Camarones cementerios públicos: los cadáveres se sepultan en los cuartos de las casas que pertenecieron á los difuntos. Las familias continúan viviendo las mismas casas, que se convierten en pequeños cementerios cuando la muerte hiere á varios de sus miembros, cosa harto común y que proviene no pocas ocasiones, así como las pestes generales, de los efluvios mefíticos que se desprenden de esos sepulcros encerrados en el hogar, sin ventilación y en un clima tan cálido. El mal es de consecuencias más temibles y seguras porque las casas no tienen pavimento de loza ni de madera, únicamente un terraplén de una vara de alto; el suelo se halla en su estado natural con sólo la superficie lisa por efecto de las pisadas.



La costumbre de enterrar los cadáveres en las casas, puede haber nacido de un sentimiento afectuoso hacia los que dejaron de existir; ó acaso por temor al lince, cuadrúpedo igual en tamaño y figura al gato común, que se dirige por las noches á los sepulcros, desentierra los cuerpos en putrefacción y se los come. El lince tiene los órganos de la vista apropiados para la obscuridad de la noche y abunda en todo el Continente.

## CAPITULO XXII

### UN BANQUETE Á BORDO DE LA FRAGATA INGLESA

#### «BURN.»

Interrumpo esta narración para decir que hoy 15 de Junio ha llegado al río el vapor «Athenas», de la Nueva Empresa, que tenía anunciada su venida para el 10 y que de aquí seguiría para Bony directamente, sin tocar en Fernando Póo. Se ha demorado cinco días por haber visitado dos nuevos puertos, y como no se le permitió la entrada en Santa Isabel, por haber pasado la hora señalada y estar el Gobernador de esa ciudad temeroso de la fuga de los confinados, se ve en el caso de volver allí á hacer carbón y agua.

Cinco días hemos estado con la vista fija en el horizonte esperándolo; y como no es prudente que nos aventuremos á tocar en Fernando Póo, donde se hace á todos los vapores un minucioso registro, es preciso renunciar la bella esperanza de volver pronto al mundo civilizado.

Hoy nos ha convidado á su mesa el apreciable y entendido capitán de la fragata inglesa «Burn», Mr. Harris, masón y Gran Maestre de una logia en Londres. A las cuatro y media pasamos á bordo. Nuestra presencia y las circunstancias que nos habían traído á Camarones, prestaron al banquete cierto carácter político, cuanto cabe en una reunión de particulares. Asis-

tieron treinta personas del comercio y capitanes de buques, casi todos discípulos de Irán: se sirvieron exquisitos manjares, se pronunciaron discursos, se hicieron diferentes brindis y se cantaron por los más jóvenes canciones nacionales al estilo inglés. Me consideré en el caso de usar de la palabra y lo hice en español, sirviendo de intérprete Brodermann, pues apenas conozco el idioma del Lord Byron, que casi todos hablaban. Dije poco más ó menos, lo siguiente: «Señores: Tengo el deber de expresar á ustedes mi profundo agradecimiento por la generosa hospitalidad que me habéis dispensado. Donde quiera que en la senda del infortunio he encontrado un inglés, he encontrado un amigo.

«Puedo decir lo mismo de los americanos y de los alemanes: su ayuda ha confortado mi espíritu para seguir sufriendo con resignación las penas de una vida errante en lo más inculto del universo, perseguido por un gobierno inicuo y sin apartar la mirada de esa nueva heroica nación que se llama Cuba, mi dulce y adorada patria. Brindo, señores por la independencia de Cuba.»

Se me aplaudió mucho por efecto de la finura y bondad propias de aquellos caballeros.

Cuando terminé, se levantó un joven inglés y dijo: «Señores: en Cuba han gobernado los españoles con un despotismo cruel. Nosotros en todos tiempos y situaciones, correspondiendo á los sentimientos de nuestra nación y á sus antecedentes históricos, debemos ser partidarios de la libertad, mucho más cuando la reclama en las lides un pueblo valiente, ilustrado y generoso. Propongo tres *hurras* por la independencia de Cuba.»

Diéronse los tres *hurras* con gran entusiasmo por todos los presentes y pidió la palabra un señor entrado en años, de barba blanca y de aspecto venerable, el cual dijo dirigiéndose á mí: «Señor: os damos las gracias por las frases benévolas que habéis pronunciado á favor de los ingleses. Los ingleses acostumbramos favorecer siempre al hombre que está en desgracia, y haremos lo posible por vuestra salvación.

«Tocante á Cuba, vuestra patria, deseamos sincera-

mente su felicidad y que viéndola independiente y libre de toda dominación extranjera, volváis pronto á su seno y al seno de vuestra familia.»

Muchos aplausos siguieron al orador, y un joven americano usó de la palabra diciendo: «Señor: Habéis hablado de los americanos y debo responderos. Vos sabéis que nuestra nación no cede á ninguna su puesto en el amor á la libertad, y sabéis cuán fuertes lazos de aprecio y estimación la unen á Cuba, vuestra patria, nacidos de una natural simpatía, por ser nuestra vecina y aliada natural y por las relaciones comerciales, hoy tan vastas, que me estimulan á decir que á los Estados Unidos nada importa tanto como la prosperidad é independencia de Cuba, ya se considere bajo el aspecto de la financia, ya bajo el aspecto político, como cuestión de seguridad nacional. Sois los dueños de la entrada del Golfo mejicano y vuestra posición geográfica, entre los dos océanos, os dará siempre una influencia poderosa en el comercio de América.

«Fácil es predecir vuestro triunfo. Dios favorece las buenas causas y la victoria seguirá de parte de vuestros hermanos en los campos de batalla, hasta hacer triunfar los grandes y santos principios de la independencia y la libertad.

«Vuestro actual infortunio aumenta la estimación y la simpatía que nos habéis inspirado y el deseo de servirlos y complacerlos.

«Señores: brindo por el triunfo de las armas cubanas y por la felicidad de nuestros huéspedes.»

Los aplausos resonaron en todo el buque, y Mr. Thor-mahlen se expresó en estos términos:

«Señor: Me ha causado emoción la honrosa referencia que habéis hecho de mis compatriotas y os lo agradezco con toda mi alma. Permitidme decir que Alemania, ese país de meditación profunda y de progreso en todas las ciencias, ha llegado naturalmente al íntimo convencimiento de que nada interesa tanto á la humanidad como el triunfo de los buenos principios; ved si le será simpática la santa causa que con tanto valor y constancia estáis defendiendo los cubanos en los campos de

batalla. Lo primero para el hombre que ama el deber y la dignidad es la independencia de la patria.

«Os felicito al mismo tiempo por el vehemente deseo que abrigáis de que quede extinguida para siempre la esclavitud, que España ha sostenido hasta ahora por casi cuatro siglos contra toda razón y derecho.

«Por lo demás, señor, me ha tocado la honra de daros hospitalidad en mi morada; perdonad si ésta, por la falta de comodidades á bordo de un buque, no corresponde á lo que merecéis y á los deseos que abriga mi corazón; y estad seguro de que si quisiera veros partir al notar vuestra ansiedad por ausentáros de Guinea, será ese para mí un día de sentimiento. Lo mismo me sucede respecto á vuestros apreciables compañeros Mr. Lamar y Mr. Brodermann.

«Brindo por el breve y feliz éxito de la heroica guerra que sostienen los cubanos en defensa de su independencia, y por la salud y dicha de nuestros huéspedes.»

Demás está decir que la anterior improvisación fué no poco aplaudida por los concurrentes.

Brodermann y Lamar dieron las gracias á Mr. Thormahlen por las benévolas palabras que les había dirigido.

Siguieron los cantos y los brindis con la mayor alegría y con la más dulce y al mismo tiempo respetuosa confianza, haciéndose frecuentes y finas alusiones á Cuba.

A la diez de la noche concluyó el banquete y media hora después nos despedimos de Mr. Harris.

A nuestra llegada á bordo de la «Titania» encontramos sobre la mesa los periódicos traídos por el *Athenas*. Sus fechas de Cuba alcanzaban al primero de mayo y ya sabíamos las noticias que contenían.

## CAPITULO XXII

FIESTAS EN HONOR DE KING PA-SOL.—

EL ATAUD DE BELL II.—SALIDA DE CAMARONES Y

ENTRADA EN EL GOLFO.—LA GOLETA CONCORDIA

EN NUESTRA PERSECUCIÓN.—

ME ATACÓ FUERTEMENTE LA FIEBRE.—

SITUACIÓN ESPANTOSA EN QUE NOS VIMOS.—BONY.—

EL DIOS YUYÚ.—UN TEMPLO CON COLUMNAS DE CA-

LAVERAS.—INDUSSI, SU SERRALLO.

---

Bell II nos mandó á decir desde anteayer que tenía de visita á *King Pa-sol*, con cuyo motivo preparaba alegres fiestas, que no dejásemos de asistir; pero como llovió todo el día, no pudimos ir á tierra hasta ayer diez y ocho.

Los juegos, principal atractivo de esas fiestas, nada ofrecen de singular; pero jamás podrá olvidárseme el espectáculo que se presentó á mi vista. Al llegar encontramos una especie de hipódromo de figura elíptica, como de ciento cincuenta varas castellanas de largo y veinte de ancho, formado por unos cuatro mil negros de ambos sexos y de todas edades. En primer término se hallaban colocados los niños que estaban en la lactancia, en brazos de niñas de ocho á diez años. Detrás los de diez á doce, y así sucesivamente las mujeres y hombres, según su corpulencia, hasta terminar en los de mayor altura, y los que situados á la espalda de estos veían los juegos subidos en trozos de madera. No se descubría desde donde estábamos situados, ni un taparabo, solo la tez oscura y

lustrosa del etiope. Aquellos seres infelices, desnudos y colocados cada uno en su puesto con singular simetría, casi inmóviles, parecían en su conjunto un gran lienzo en que estuviesen dibujadas al capricho formas humanas en la más diforme rusticidad de la naturaleza. Aquí una mujer en los meses mayores de su embarazo exhibía su abultado vientre, allá una virgen las pomas de su pecho, más allá se descubrían fisonomías bellas, otras bastas y feas, todo confundido, mezclado, y sin embargo con orden.

Figuraos el cuadro que he descrito recibiendo los suaves tintes de la claridad de la tarde, en medio de elevados árboles, del verde bambú que en estos climas crece con admirable lozanía y del plátano, que se halla en todas partes.

Los tambores y un instrumento de madera cóncavo, que hace las veces de timbal, atronaban el aire. Las mujeres, las pobres mujeres, no tomaban parte en los juegos; eran simples espectadoras, colocadas de la manera que he tratado de pintar y cuando alguna se desviaba de la línea, pronto era requerida por los diferentes criados que recorrían el estadio cuidando del orden. Ellas tenían, además, el deber de aplaudir y cantar, mientras los jóvenes corrían de un extremo á otro vestidos muchos con taparabos de seda, de colores resaltantes y tan largos que traían á la memoria el traje talar de los griegos en los juegos olímpicos.

Las carreras duraban un cuarto de hora, más ó menos, y no eran rápidas. Después de efectuadas con una alegría que se retrataba en todos los semblantes y deteniéndose á veces los jóvenes á hacer contorsiones con todo el cuerpo al son del tambor, que parecía comunicar una especie de electricidad tanto á las mujeres como á los hombres, se detenían á concertar la lucha.

En seguida se formaba un círculo, compuesto de los jueces, y en el medio se colocaban los combatientes en presencia del rey *King Pa-sol*, que presidía la función. Lo primero que hacían éstos era tomar parte de la arena del suelo para que sus manos no resbalasen en la piel de su contrario, untada, según la moda,

de aceite de palma, lo cual le comunicaba lustre dándole un aspecto bello.

La lucha duraba poco: muy pronto el de más fuerza derribaba á su competidor arrojándolo á veces sobre los concurrentes y obteniendo un aplauso general.

En estas diversiones se consume gran cantidad de aguardiente; pero se me aseguró que siempre terminaban sin que hubiese la más leve riña.

He aquí las fiestas nacionales de los bárbaros, que celebran sin día fijo (desconocen el almanaque) sólo cuando reciben la visita de un rey que aprecian, se efectúa el matrimonio de algún magnate, ó muere uno de éstos; pero en el último caso la ceremonia consiste principalmente en el disparo de espingardas toda la noche y en descargas cerradas, como diría un militar, el día del entierro.

Nos retiramos antes de concluir la fiesta, fastidiados de su monotonía, y fuimos al palacio de King-Bell, que no había asistido.

Nos recibió con su acostumbrada amabilidad, hasta con confianza, como que nos había hecho frecuentes visitas y profesaba gran estimación á Mr. Thormahlen.

Le manifesté deseos de ver el sarcófago que le había regalado un inglés y del que oí hablar varias veces. En seguida nos condujo á su cuarto, donde al lado de su cama estaba la fúnebre caja, forrada de raso negro y con adornos de plata. La abrió. Por el fondo y los lados interiores estaba cubierta con un muelle cojín de seda. Tenía en el medio una corona, un cetro y una espada, y á sus extremos, hacia donde debían quedar la cabeza y los piés, cajas pequeñas, copas y botellas de cristal. Debían servir las primeras para depositar los alimentos y las segundas el agua cuando muerto el rey y puesto allí emprendiese su viaje á la eternidad. En tan largo camino el hambre y la sed es lo que más temen los idólatras. Los antiguos griegos ponían una moneda debajo de la lengua de los difuntos para que pagasen á Carón el pasaje en su barca por la laguna Estigia.

A propósito de los objetos que contenía el sarcófago, nos dijo el rey que no creía en esas necedades, que tenía proyectado un viaje á Inglaterra y que á su vuelta se

haría cristiano, devolvería á sus padres todas sus mujeres, menos una, la que más ama, la cual sería su esposa. Que conoce el deber que tiene de civilizar á su pueblo, y que no se ha atrevido á introducir reformas, porque ha creído que no adelantaría un paso y ha abrigado el temor de perder inútilmente su prestigio y acaso su corona.

El razonamiento del bárbaro me llenó de admiración, le aplaudí el propósito de hacerse cristiano y le desaprobé el temor de las reformas, que debía ir estableciendo aún cuando fuese con lentitud. Un pueblo, le dije, que se aviene al tráfico, que respeta y aprecia los extranjeros y que comienza á sentir necesidades, está en camino de civilizarse.

El lector extrañará que me haya ocupado distintas veces de un insignificante rey de Guinea, donde los reyes son como la mala yerba, que abunda en todas partes. Consiste en que me ha parecido el más propio por sus prendas personales para influir en el progreso de su país y tal vez para formar una monarquía extensa que abarque el territorio de los reyezuelos vecinos: esto daría unidad y cierta fuerza á las nuevas ideas que es necesario implantar. Podría establecerse la propiedad como una ley y enseñarse á leer y escribir al pueblo, con los demás progresos á que tiene derecho toda sociedad humana.

Una monarquía más extensa he dicho que convendría, y al hacer esta observación ni desconozco la conveniencia de las pequeñas nacionalidades, que descentralizan el poder, ni se me ha ocurrido la idea de la conquista; sino de que los reducidos territorios vecinos se uniesen voluntariamente para formar una sola nación.

Las monarquías que con el esparcimiento de las luces y el conocimiento que adquieren los pueblos de sus derechos, van siendo un anacronismo; las monarquías, llamadas á desaparecer por completo para dejar lugar á la idea republicana, que es la idea de Dios y la encarnación del bien político, tuvieron su razón de ser y prestaron su servicio á la causa del progreso universal cuando destruyeron el feudalismo en Europa. Fueron un paso hacia la libertad, y hoy pueden considerarse en



Africa bajo este mismo respecto, si se fundasen, modelándolas por Inglaterra, con los escombros de tan diminutas soberanías, que carecen de elementos para formar una verdadera nación.

No veo tampoco inconvenientes, sino ventajas, en que se estableciese desde luego, como en Liberia, el sistema republicano, y que los pueblos al abrir los ojos á la luz de una nueva existencia, gozasen el bien inestimable de la libertad, ejerciendo ellos mismos el poder soberano, de que tan mal uso han hecho en todos tiempos los reyes.

Sea el sistema republicano el que se adopte, sea el monárquico constitucional, lo que importa es que exista una forma de gobierno que garantice los derechos del ciudadano y el progreso social, y esto es tanto más urgente cuanto que extinguida la trata, el Africa, especialmente Guinea, donde tantos hombres esclavizaban los españoles, debe empezar á sacudir su letárgico sueño, á disipar la neblinosa noche en que ha vivido. Ahora es cuando comienza á civilizarse; ahora es cuando ha amanecido en estas regiones, á los rayos de la aurora del 10 de octubre de 1868, día para siempre memorable, en que Cuba proclamó su independencia y la libertad de los esclavos.

Ya que he conocido y tratado á Bell II voy á hacerle algunas indicaciones que á mi parecer contribuirán al bien de los camaronenses. Puede ser que le sean leídas estas líneas; los libros suelen ir á todas partes.

El interés es una de las llaves del arca de la civilización. Donde no existe la propiedad territorial deslindada y respetada, no nace jamás el amor al trabajo, fuente de la dicha de los pueblos; y donde se hace el comercio sin un signo que represente todos los valores, no puede tomar vuelo y sus más pequeñas transacciones tropiezan con innumerables inconvenientes.

Es lo primero inclinar el pueblo al cultivo de la tierra, y lo segundo, establecer el uso de la moneda: esto último es en extremo fácil.

Digo fácil, porque en Camarones hay ya un comercio de exportación é importación, más ó menos importante,

en el que toman parte todas las clases. Pues bien, al productor que recoge y trae á bordo de los pontones el aceite de palma, los colmillos de elefantes, las viandas, etc., le interesa en gran manera vender esos artículos en la mayor suma y asegurar el precio de su venta. Al presente toda transacción se hace por medio de un cambio forzoso, que perjudica á ambos contratantes, especialmente al vendedor, cuyas necesidades no pueden quedar cubiertas á medida de su deseo, porque el valor que ha creado con su trabajo no existe sino de un modo convencional entre él y el comprador, que no siempre tiene los artículos que aquel apetece.

El comerciante provee hoy al indígena de un vale, ó papel, en que hace constar los *crooks* que le adeuda. ¿Qué cosa habría más acertada que sustituir á esos vales una moneda nacional que sirviese en manos del tenedor para dirigirse con confianza á todos los pontones á comprar aquello de que tuviese necesidad?

No habría un sólo indígena, por bárbaro, por estúpido que fuese, que presentase oposición á esa mejora, y como consecuencia de ella pronto se venderían y comprarían en el reino, las casas, las tierras, los animales, todos los objetos, en fin, de necesidad ó comodidad, de cuya posesión puede privarse un hombre en cambio de un signo de valor permanente, que puede convertir cuando le convenga en ropa, en espingardas, en lo que quiera y cuando quiera.

Cien mil duros bastarían para el ensayo. Yo dividiría la mitad de esa suma en piezas que representase cada una el valor de un *crook* y la otra mitad en una moneda de valor más mínimo, y fijaría el importe del *crook* en cinco duros, que es el que se le da en algunos puntos, para que estuviere en armonía con la libra esterlina, tan usada en Inglaterra, principal mercado consumidor del aceite de palma y del marfil, pieles de fieras y demás productos espontáneos que se exportan de Camarones y de toda la costa de Guinea.

Tan útil me parece el uso de la moneda nacional, por los beneficios que de él se derivan, que si faltasen metales preciosos para el cuño, no dudaría en establecer

provisionalmente lo que en otros países estimo como un mal, el papel moneda.

El 19 fuimos invitados á comer á bordo del bergantín «Parajón» por Mr. Strury Prichard. El «Parajón» es un buque hermoso y bien construído, que después de haber navegado algunos años ha sido destinado á pontón en el río. Un pontón, como ya he indicado, es la nave con techo pajizo donde habita el comerciante europeo ó americano que viene á Africa á cambiar sus efectos. Los hay transitorios y permanentes. Los primeros duran sólo por el período de las negociaciones; apenas concluye la carga desaparece el techo, é inflando las velas emprenden la partida, no sin haber observado con algunos días de anticipación la fórmula de los disparos de armas de fuego; los segundos quedan allí fijos hasta que el tiempo los destruye. El «Parajón» pertenece á este número y por eso se le han hecho las comodidades posibles. Tiene sobre la cubierta, en la parte de popa, una verdadera casa, muy bonita, con sus puertas y ventanas y adornada con elegancia.

Asistieron al convite doce personas, todas dedicadas al comercio, ó capitanes de buques. Reinó la abundancia, la animación y la alegría y se habló poco de los asuntos de Cuba.

El laborioso y simpático socio y representante de la respetable casa de comercio inglesa de Mr. Storsfall é hijo, Mr. Prichard, nos enseñó todo el buque, y al llegar á la cámara observé unos barriles de pólvora que estaban allí colocados. Le pregunté si no temía una explosión. «Están aquí por casualidad, me contestó; pero debajo de nosotros hay más de tres mil, y poco más ó menos debe existir igual número en la «Titania,» donde Vd. vive.»

En Africa es muy común que los buques traigan estos grandes cargamentos de pólvora, como que Camarones sólo consume un millón de libras al año. Pude haber conocido que la «Titania» nos ofrecía la peligrosa vecindad de un elemento tan destructor, pues un día y otro ví las ligeras canoas de los bárbaros separarse de su lado atestadas de diversos objetos y de barriles de pólvora, á veces hasta en número de diez, doce y hasta veinte. El

africano, apenas entra en la edad juvenil, cifra todo su anhelo en poseer una espingarda, con la cual se dedica á la caza de las fieras y de los animales que dañan su reducido sembrado, como el puerco espín.

En Fernando Póo es aun mayor la ciega confianza con que por donde quiera se deposita la pólvora. En los establecimientos comerciales que existen en Santa Isabel se ven los barriles de esa materia explosiva puestos en los armarios, por el suelo y en los mostradores, como se ponen el arroz ó el café; sin embargo, son rarísimos los casos de explosión.

Mr. Harris con su natural amabilidad nos invitó á comer el veinte otra vez abordo de la fragata «Burn» y asistimos. Se nos hicieron otras invitaciones de igual género para los siguientes días abordo de distintos buques con solícito interés y del modo más urbano, lo que me dejó probado que la desgracia tiene cierto atractivo para los corazones buenos, y que las ideas liberales son simpáticas en todo el mundo, porque ¿con qué títulos y por qué se nos obsequiaba así? Eramos confinados políticos, prófugos, que nos habíamos presentado en Camarones mal vestidos, sucios y con la ropa raída. Sólo había á nuestro favor que el Africa toda sabía el lastimoso drama que se estaba representando en Fernando Póo; lo mismo al inglés que al alemán y al americano de las factorías, que al salvaje de las costas, á todos les había causado dolorosa y profunda impresión nuestra llegada á aquella isla; conocían la causa, y como los españoles tienen tanta fama de bandidos en el Continente con motivo de la trata, el odio que han inspirado corría parejas con la estimación en que se nos tenía. Posteriormente se me presentó ocasión de admirar el hecho de que no había una factoría en que no se supiese hasta con menudos detalles nuestra historia y cuanto pasaba en Fernando Póo. Se comunicaban estas noticias por los vapores ingleses y las embarcaciones menores. Cuando se sufren las borrascas del infortunio es un consuelo saber que los hombres, nuestros hermanos, se interesan por nuestra suerte.

No pudimos corresponder á las invitaciones de que he hablado por tener dispuesto nuestro viaje para el 21.

En efecto, en la noche de ese día nos despedimos de Mr. Thormahlen, llevando el sentimiento de que lo dejábamos con fiebre. Mr. Thormahlen ocupará siempre un lugar muy distinguido en mi corazón y será uno de mis mejores amigos. Verdadero príncipe entre los príncipes africanos y magnates que constantemente le rodean proponiéndole y haciendo negocios, tiene sobre ellos la legítima influencia que dan la instrucción, el talento y la honradez, unidas á un personal simpático y á una educación esmerada. El puede hacer mucho en obsequio del progreso en esa parte del Africa, por medio de la vara mágica del comercio, puesto que los bárbaros tienen fe en cuanto les dice.

Mr. Luciano, mulato de Fernando Póo, que había venido á Camarones á comprar chivos y ñames, estaba abordo de la «Titania,» y Mr. Thormahlen nos recomendó que no supiese nuestra partida, consejo prudentísimo que nos fué muy provechoso.

Nos embarcamos abordo de la fragata inglesa «Medea,» que se dirigía á Liverpool, capitán Mr. Richard Hooper.

Era nuestro proyecto pasar á la vista de la isla portuguesa el Príncipe y trasladarnos allí á la pequeña embarcación que llevábamos abordo al intento, con cuatro remeros de los *crumanes* de Mr. Thormahlen. Iba con nosotros el capitán inglés Mr. William Malam, quien se empeñó en acompañarnos por puro afecto. En el Príncipe debíamos tomar el vapor que desde esa isla se dirige á Lisboa.

Cuatro días estuvimos pasando la barra del río, pues el viento contrario arrojaba nuestra nave sobre la arena de una de las orillas del canal, que teníamos que seguir con gran cuidado á riesgo de bararnos. Al fin cuando amaneció el veinticinco el viento había cambiado y la «Medea» estaba entrando en el Golfo. Vimos entonces un vapor, el cual acercándose á la distancia de cien varas, nos puso la proa y enarboló la bandera española. En aquel momento pasaba una pequeña embarcación por su lado, la de Mr. Luciano, se detuvo, echó un bote al agua y observamos que procedió á su registro. Seguramente iría enseguida á registrar la «Medea.» ;Aho-

ra sí que estábamos indudablemente perdidos! ¿Cómo podríamos impedir la infracción por parte del buque español de las leyes internacionales, si á su lado estaba la fuerza bruta? Creímonos vueltos á la cautividad de Fernando P6o.

El capitán de la «Medea» nos señaló el punto donde debíamos ocultarnos y enseguida izó la bandera inglesa. Entonces el vapor la saludó y pasó de largo rumbo á Camarones. Mr. Luciano le había informado que estábamos abordo de la «Titania.» Iba su Comandante, según supimos después, resuelto á sacarnos del pontón de Mr. Thormahlen, y un oficial y varios soldados de marina se presentaron con ese objeto en dicho pontón; pero Mr. Thormahlen, elevando la alta escalera de la «Titania,» después de armar á sus criados y la tripulación para el caso de una violencia, les negó la entrada energicamente, diciéndoles que estaba no sólo en aguas que no eran españolas, sino abordo de un buque alemán, cuya bandera debía respetar España, y el oficial y sus soldados se volvieron al vapor, que aquella misma tarde abandonó á Camarones.

¿Cómo pudo ocurrírseles á los oficiales de la marina española que una nación puede hacer el registro de un buque extranjero en alta mar ó en aguas neutrales? Semejante acto no sólo constituye una violación del respeto que se deben las naciones, sino los hombres entre sí. Un buque en alta mar ó en aguas neutrales, es un pedazo del territorio de la potencia á que pertenece.

Navegamos siete días, después de la salida del río, y al segundo comencé á sentir fiebre todos los días; pero sólo me causaba algunas horas de malestar. Al séptimo día, á las cinco de la tarde, la «Medea» se detuvo y el capitán Hoopper dijo que estábamos cerca de la isla del Príncipe, que era llegado el momento de que tomásemos nuestro bote y nos dirigiésemos á ella. Al mismo tiempo mandó echar el bote al agua, é instruyó á Mr. Malam del rumbo que debíamos seguir, enseñándole en la carta la situación de la isla y el punto en que estábamos. Mr. Malam se hallaba también padeciendo de fiebres diarias.

Todo lo que he referido respecto á las manifestaciones

del capitán Hoopper y orden de echar el bote al agua, lo sé por habérmelo dicho mis compañeros Brodermann y Lamar, pues yo estaba dormido sobre la cubierta y habiéndoseme llamado, ó despertado voluntariamente, en los momentos en que ya Mr. Ma'ain había bajado al bote, me levanté con una fuerte fiebre y con delirio.

Mis compañeros y el capitán Hoopper al verme con el semblante demudado y los ojos desencajados; al oír mis palabras inconexas y sin sentido, comprendieron la triste situación en que me encontraba, y aquellos le hicieron presente que no debía trasladárseme al bote. El contestó que la isla no quedaba lejos, que mejor estaría en ella y que no podía por ningún motivo llevarnos á su vista, pues el buque y cargamento estaban asegurados y cualquier cambio en el itinerario, comprobado, le haría perder sus derechos de seguro al dueño y á él su colocación, en caso de un siniestro.

Por abreviar, vinieron varios marineros, me tomaron en sus brazos, y me trasladaron al bote. ¡Acción inhumana, indigna de un inglés! Arrojarne á aquella embarcación sin cubierta, con la fiebre cerebral que me devoraba, era lo mismo que arrojarne al agua. ¿Cómo podría resistir el relente de la noche, tan denso y tan insano en aquellas latitudes?

A los pocos momentos la «Medea» navegaba para Liverpool con viento fresco, y nuestra pequeña embarcación con sus dos velas izadas iba rápida hacia el oeste en busca de la deseada isla.

Cuando cerró la noche sopló el viento con alguna fuerza y el oleaje introducía el agua en el bote, bañándonos, mas los cuatro *crumanes* se ocupaban incesantemente en echarla fuera. Sea por efecto de la quinina que llevaba á prevención y me administró el complaciente y bondadoso Lamar, ó porque conviniese á mi estado la frescura de la intemperie y del agua, cuando amaneció apenas tenía fiebre y el delirio había desaparecido desde media noche.

Seguimos navegando aquel día y la siguiente noche y la isla no parecía. Seguimos el otro día hasta las cuatro de la tarde y tampoco se presentaba á nuestra vista.

Entonces conocimos, llenos de inquietud, que estábamos extraviados, perdidos en la inmensidad del Golfo!

¿Qué hacer en tan angustiosa situación? Si continuábamos navegando hacia el oeste, y habíamos dejado detrás las islas del Príncipe y Santo Tomás, la tierra más inmediata, que suponíamos debía ser el Brasil, nos quedaba á más de mil leguas.

Nuestra embarcación no era propia para sufrir el embate de las olas del Golfo y á poco que apretase el viento podía volcarse; la habíamos traído sólo para andar un corto trecho. No llevábamos víveres, sino algunos dulces y licores y por casualidad unas latas de sustancias alimenticias. Podía también presentarse el tornado, tempestad y remolino de zumbido atronador, frecuente en aquellos mares, que dura por lo general con sus rayos, truenos y relámpagos, una hora, le sigue un fuerte aguacero de otra hora y después todo queda en la más completa calma. Si el tornado se hubiera presentado, infaliblemente hubiéramos perecido, que le temen hasta las más sólidas y grandes naves, véase si sepultaría en el océano al primer soplo nuestra débil embarcación.

Para que se llenase la copa de nuestras desventuras, Mr. Malam seguía enfermo, anonadado por la fiebre, que no se le desprendía, y con continuas náuseas; Brodermann se hallaba muy delicado, convaleciente de ictericia, enfermedad que le atacó pocas horas después de habernos embarcado en la «Medea,» tenía muy inflamado el hígado y estaba muy amarillento; Lamar, que conservaba una inquebrantable salud, recibió un fuerte golpe en la nariz con el palo de la vela, que pudo haberle costado la vida si lo recibe en la frente, pues le partió los huesos de aquella dejándole una memoria eterna de ese día para nosotros tan infausto. Los *crumanes* estaban en extremo inquietos, uno de ellos lloraba inconsolable creyéndose ya víctima de las olas; y por último, viéndonos sin rumbo y sin brújula, hacía tres días que el sol no nos había dejado ver su disco y estaba siempre velado por las espesas nubes.

¡Ah! Seguramente el capitán Hr. Hoopper se equivocó en sus cálculos, ó Mr. Malam no los comprendió,



por estar con la fiebre cuando aquel le explicaba sobre la carta la dirección que debíamos tomar.

Hubo instantes de otro gran peligro; los *crumanes* comenzaron á figurarse que éramos españoles, que los engañábamos y que íbamos para Cuba con la intención de esclavizarlos. Sus ademanes llegaron á ser amenazadores y costó trabajo hacerlos desistir de esa idea, que pudo ocasionar una catástrofe en nuestra pequeña embarcación. Es inexplicable el horror que los jóvenes africanos tienen á la esclavitud. Se tranquilizaron porque acordamos cambiar de rumbo al este, persuadidos de que daríamos con la costa del Continente, y así lo hicimos en el acto.

Aquella noche me volvió la fiebre con el delirio, é incesantemente, dicen Lamar y Brodermann, estuve pidiendo agua, la cual me daban en pequeñas dosis y estaba muy turbia, pues desgraciadamente se había olvidado traerla filtrada.

Por la madrugada desapareció el delirio y me quedó sólo un gran malestar. En fin, para no ocupar la atención del lector con el *yo*, que tantas páginas de este libro me ha hecho desechar y que es un grandísimo inconveniente para todo narrador, le diré que al siguiente día, como á las cinco de la tarde, divisamos la tierra; pero no podíamos adivinar donde estábamos, sólo nos parecía cosa segura que era la costa del Continente.

Estimamos como una imprudencia fondear muy cerca de la costa, y más aún desembarcar á aquella hora; podíamos encontrarnos con alguna tribu antropófaga, de las muchas que hay en Africa, y pagar con la vida nuestro atrevimiento, mucho más en el triste estado en que nos encontrábamos y sin armas.

Seguimos y á poco andar divisamos un buque, fondeado á la orilla de la costa. Nuestra primera intención fué ir derecho á él; pero recordando que éramos reos políticos y que podía ser español, desistimos y acordamos anclar hasta la venida del siguiente día, en que tomásemos la deliberación que nos pareciese más acertada.

¡Cuán mal hicimos en echar el ancla distante de la costa! Así como el indómito potro de los campos de

Cuba al sentir por la primera vez el lazo en su cuello y al verse atado á un poste corre en todas direcciones, salta y se desespera queriendo desasirse del fuerte cordel, así nuestra embarcación, á impulso de las olas agitadas por el viento, daba vueltas, se elevaba, bajaba y estuvo toda la noche como queriendo romper la cadena del ancla y escaparse. Cada vez que hacía uno de esos movimientos, y eran contínuos, sentía yo un malestar, un dolor inexplicable, pues uno de los cordeles de la embarcación iba incrustándose en las carnes de mis piernas y no tenía por efecto de la fiebre conciencia de lo que me pasaba.

Apenas asomó la aurora, halleme sin fiebre y resolvimos ir derechamente al buque que teníamos á la vista, fuese de la nación que fuese, tanto para recibir algún auxilio y tomar algo caliente, pues desde que nos separamos de la «Medea» no habíamos podido ni hacer café, por el agua del oleaje que se introducía en el bote, y la lluvia, cuanto para enterarnos del punto en que nos hallábamos.

Izamos las velas y á los pocos momentos estábamos á bordo de la barca americana ballenera «Grace Lontpop», capitán Smith, que venía de Santa Elena, isla en que murió Napoleón I.

La tierra que teníamos delante era la isla salvaje Corisco, del dominio español. La suerte adversa nos llevaba de un peligro en otro.

Cuando estábamos algo distantes de la barca «Grace» se nos preguntó: «¿Han visto ustedes ballenas?» «No», contestó Mr. Malam. Por lo que observé, en un buque de esa clase reina siempre un silencio profundo. En lo más elevado de los palos ví dos marineros que estaban en vela, tan inmóviles que fijé la vista en ellos largo rato dudando si serían ó no seres humanos. Ya se ve; yo no tenía ni la más remota idea de la pesca de la ballena, pesca en extremo peligrosa; pero cuando un buque alcanza la dicha de encontrar esos cetáceos las utilidades son enormes. Una ballena produce por lo común en Inglaterra mil libras esterlinas. En cambio hay veces que un buque está meses y meses en espera, hasta un año, y no logra encontrar una sola, en cuyo

caso las pérdidas son tan grandes como pudieron ser las utilidades.

El capitán Smith nos recibió con afectuosa cordialidad. Me sentí muy desfallecido, bajé á la cámara y me dejé caer en un banco.

Al poco tiempo, puesta la mesa, tomé una poca de sopa caliente que me reanimó. (1)

---

(1) Me sentí instantáneamente fuerte, como en la mejor salud, en tales términos que pedí un lápiz y escribí las siguientes décimas, que aunque defectuosas revelan el estado de mi espíritu.

Las publiqué en el primer tomo de mis obras (edición de Ruiz é Hijo, Cartagena de Indias, 1872), y ahora las incluyo porque en el camino de la vida los momentos de las grandes desgracias y los grandes dolores son señales que forman el tesoro de los recuerdos, tesoro de más estimación y valor á medida que nos acercamos con los años á la eternidad.

Yo no escribo sólo para el público, escribo para mí, y no está lejos el día en que pueda gozar el placer de leerlas en mi hogar, en el seno de mi adorada patria, independiente y libre. Hélas aquí:

#### DESPEDIDA DEL MUNDO.

---

Triste, enfermo, desterrado,  
es mi destino tan fiero  
que sólo morir espero  
de tanto esperar cansado.

Dios, pues que me has condenado  
á un padecer tan terrible,  
en un clima tan horrible,  
entre salvajes y fieras,  
dispón de mí cuando quieras  
que el vivir me es insufrible.

---

Ya no pediré consuelo  
á mi profundo dolor  
porque un torrente mayor  
no mande á mi pecho el Cielo.

¡Negro afán y triste anhelo!  
cual náufrago en noche oscura,  
sin amparo, sin ventura,  
en padecer incesante,  
en padecer profugo, errante,  
buscando mi sepultura.

---

Huid de mí, crueles memorias  
de la patria y del hogar,  
me venís á atormentar  
con vuestras dulces historias.

Ya pasaron esas glorias  
para más nunca volver,  
¡no hay lazos en el no ser,  
que es un abismo profundo! .....

Mr. Smith dijo que le parecía prudente que siguiésemos á Elobey, factoría que quedaba inmediata, donde había algunos recursos para el caso de que me agravase, y que era bueno que llevásemos un práctico. Mi aspecto era el de un cadáver, más no conocí nunca que estaba en tan lastimoso estado.

Mr. Malam vió pasar una canoa de indígenas, que iban por agua á Corisco, y tomando un bote de la barca, se dirigió á ella y contrató con el principal que dejase ir á Elobey uno de sus remeros de práctico. Conociendo Mr. Malam, según parece, la facilidad con que esos hombres quebrantan su palabra, se trajo en prenda del cumplimiento de lo convenido á un joven de Corisco, el cual nos saludó en español y apenas nos oyó hablar en el mismo idioma, se llenó de un pavor indecible y quería arrojarse al agua. Le parecía que tratábamos de esclavizarlo y conducirlo á Cuba; las manifestaciones de Mr. Smith lo tranquilizaron un poco.

Como á la hora se presentó la canoa, saltaron á bordo todos los que la tripulaban y á poco nos manifestó el principal que no podía mandar á Elobey el remero porque ninguno quería ir.

No nos era posible convencer á aquellos jóvenes de que no éramos españoles. Les explicamos que Cuba, nuestra patria, estaba en guerra con España, y que

---

ya no pertenezco al mundo,  
nó, no me hagáis padecer.

---

Esta tarde ¡oh triste suerte!  
vendrá en la hora fatal  
de la fiebre cerebral  
¡ay! vendrá á herirme la muerte.

Corisco, me aterra el verte,  
¡tanto salvaje me hastía!  
¡Ah! no esperemos del día  
los resplandores postreros.....

partamos..... hola, remeros,  
¡oh qué inquietud! ¡qué agonía!

---

Poco me resta ¡ay de mí!  
este sepulcro dejemos  
y otro sepulcro busquemos,  
¡no quiero morir aquí!  
¡Morir, y morir así?  
¡vaya que es horrenda cosa!  
¡mi familia! ¡cuán hermosa  
su imagen viene á mi mente!  
Cuba, mi amor..... ¡Dios clemente  
vuelve la fiebre espantosa!

lejos de tratar de hacerlos esclavos, había dado nuestro Gobierno la libertad á todos los hombres de color residentes en la región oriental de Cuba y gran parte de la central, decretando al mismo tiempo la completa abolición de la esclavitud en toda la isla. Que nosotros éramos víctimas del despotismo español, prófugos de Fernando Póo, &c.

Entonces nos hicieron diferentes preguntas acerca de nuestra guerra y después tocante á mi enfermedad; por fin, convencidos de que lo que se deseaba era que se me trasladase á Elobey, se avino uno de los remeros á servirnos de práctico.

Supe por aquellos hombres que aquel día se esperaba en Corisco una guarnición de treinta soldados españoles, les pinté cuál iba á ser la horrible suerte que aguardaba á los naturales apenas llegase, y les aconsejé que harían muy bien en abandonar la isla y pasarse al Continente, en cuyo caso quedándose solos los godos, pronto se volverían los que no muriesen de la fiebre y ellos conservarían su dulce libertad.

## CAPÍTULO XXIII

CONTINÚA EL ANTERIOR CAPÍTULO SOBRE BONY.—

LLEGADA Á ELOBEY.—

SE AGRAVA MI ENFERMEDAD.—SU NATURALEZA.—

SALIDA PARA GABAUN.—ESTADO CATALÉPTICO EN QUE HICE EL VIAJE.—MR. FRANCIS WOLVER Y EL MINISTRO PROTESTANTE MR. WILLIAN WALKER.—

SALIDA PARA BONY.—LOS BONENSES ANTROPÓFAGOS.—VALOR DE LOS ESCLAVOS.—

COMPARACIÓN ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA.

Dimos las gracias al capitán Smith por la bondad con que nos había recibido, nos embarcamos al momento en nuestro bote y soplando un viento fresco y

muy favorable, hicimos un viaje felicísimo, pues aquella misma tarde llegamos á Elobey, al pontón de Mr. Branmann, alemán de tan generosos sentimientos que sin otra recomendación que ser hombres y desgraciados, nos franqueó su morada como si hubiésemos sido sus antiguos amigos.

Desde la tarde me comenzó la fiebre y toda la noche sin interrupción, estuve delirando. Soplaban un viento fuerte, que tal vez agravó mi enfermedad, pues estaba acostado en la cubierta, que tenía techo de zinc, pero estaba sin forro en los lados.

Cuando amaneció, según me han referido Brodermann y Lamar, me hallaba en las últimas agonías de la muerte, delirando y con gran desasosiego; y poco después quedé sin movimiento, con el rostro cárdeno y la vista fija. Para convencerse de esto último, que es señal de ser ya cadáver el individuo, dice Lamar que me puso una luz delante y cuando vió que permanecía con la pupila inmóvil me creyó en la eternidad. Con todo, me tomó el pulso y notó que aunque de un modo casi imperceptible me latían las arterias. Entonces tomó un pomo de quinina, sin detenerse á pesarla, y me administró una crecida dosis.

Todos esperaban por momentos mi último instante cuando con admiración general fuí volviendo en mí, despejándose mi mente y tornando la savia de la vida á circular por mis venas. A las tres horas estaba sin fiebre.

Recuerdo que á pesar de lo agradecido que me hallaba de Mr. Branmann, por su mucha bondad; á pesar de conocer que era un caballero muy ilustrado y comerciante de mucho crédito, cada vez que se ponía en mi presencia y lo veía abrir tanto los ojos y mirarme como con espanto, decía para mí: «Este hombre no puede menos de ser un estúpido.» ¡Cuán injustamente le juzgaba! Consistía en que se había conolido en extremo de mi estado y al contemplarme moribundo sentía la más viva emoción, mientras yo ni remotamente comprendía la triste situación en que me hallaba.

Mis compañeros me comunicaron aquella tarde que habían formado el proyecto de que pasásemos á Gabaun,

factoría francesa importante, desde donde un pequeño vapor va todos los meses á la isla del Príncipe á llevar la correspondencia, en armonía con el otro vapor que se dirige á Lisboa. Tendríamos allí la ventaja de ponernos bajo el amparo de la bandera de Francia.

Me agradó mucho la idea; tal vez dependía de su realización el término de nuestros padecimientos, y aplazamos el viaje para el siguiente día. Aquella noche me volvió el delirio y á nadie dejé dormir en el pontón; pero antes del amanecer ya estaba libre de fiebre y deseando emprender el viaje.

¿Qué clase de enfermedad era esta tan mortal y sin embargo subordinada al pensamiento de mi libertad, que embargaba mi ser? ¿Cómo es que podía mi naturaleza, debilitada por la otra enfermedad que sufrí á bordo del «Borja», resistir tan terribles ataques?

Creo que era fiebre tifoidea, detenida en su curso por haber tenido los pies en el agua y recibido la lluvia durante el tiempo en que estuvimos perdidos en el Golfo. (1) Me fundo al emitir esta opinión, en el delirio nocturno, en las manchas rosáceas lenticulares, en la profunda debilidad, y en la rápida demacración; pero advierto que en este cuadro de síntomas faltaba uno característico, la continuidad de la fiebre.

Yo no estaba en estado de hacer observaciones que sirviesen para el diagnóstico, y así me limito á describir lo que puedo recordar; tal vez oscilaba la temperatura termométrica.

Mis compañeros habían buscado y conseguido un práctico, nos despedimos de Mr. Branmann y salimos para Gabaun.

Eran tres días de camino, pues teníamos que remontar una punta y las corrientes y los vientos reinantes no nos eran favorables.

Apenas comenzó á andar nuestra embarcación, me puse á hacer reminiscencia de todo lo que me había pasado; creí que al volver la fiebre era imposible que no dejase de existir, pues carecía del aliento vital suficiente para presentarle resistencia; dirigí mi pensamiento á

(1) Los baños de agua fría son el remedio supremo de la tifoidea.

la Divinidad y viniendo á mi memoria mi patria y mi familia, viendo la obscura y triste muerte que me aguardaba, tal vez dentro de pocos momentos (¿deberé decirlo?) oculté mi semblante, para no sentir la vergüenza de la cobardía, volviéndolo hacia las tablas del bote, y derramé un torrente de lágrimas.....

Ahora que con el ánimo tranquilo reflexiono sobre estos angustiosos instantes de mi accidentada vida, no sé como he podido llamar cobardía á lo que era una excitación nerviosa. Las lágrimas, esas perlas del dolor, que desahogan el pecho más oprinido y mitigan la pena más acerba, no nacen de la cobardía sino de la sensibilidad. Alejandro de Macedonia, el hombre más valeroso que ha existido, dice su inmortal biógrafo Quinto Ciorsio Rufe, lloró repetidas veces en presencia de sus cortesanos y de las falanges con las cuales había conquistado el mundo.

El estado morboso del organismo, las impresiones fuertes y el medio ambiente, influyen de un modo poderoso en el ánimo. Yo había sufrido los tormentos del reo en capilla durante el mes de nuestro encierro en la bóveda del castillo de la Cabaña; había aspirado sesenta y cinco largos días los gases mefíticos de la atmósfera nauseabunda de la jaula del «Borja;» había oído incesantemente lastimosos ayes, y las estrepitosas carcajadas de los demonios que nos custodiaban, cuando parados frente á las rejas nos dirigían palabras procaces y se burlaban de las blancas barbas de venerables ancianos, que apenas podían con el peso de los años y de los pesares, y muchos de los cuales no eran mártires de la idea sino víctimas de la tiranía. ¡Oh! aquella jaula, cuyo recuerdo me horroriza, podía haber figurado como uno de los círculos que trazó en el infierno el poeta que viajaba entre las sombras de la noche sempiterna, Dante. Por último, estaba convertido como me dijo después Lamar, en un esqueleto animado; mis fuerzas habían huído, y la fiebre no me abandonaba.

¿Deberé continuar la confesión sincera de cuanto pensé, hice y sentí en aquellos solemnes instantes? Los momentos no podían perderse; me restaba cumplir un deber muy penoso, pero muy sagrado para todo hombre



que ama las máximas del cristianismo, el perdón de mis enemigos. Yo no quería entrar en la eternidad cargando el fardo de la pasión del odio y la venganza. Jesucristo había dicho terminantemente: «*Ego dico vobis diligere inimicos vestros;*» y era preciso que sus palabras hallasen acogida en mi corazón. ¡Debía perdonar á mis enemigos, á los españoles! ¡Ah! ¡Cuánto me habían hecho sufrir! Sin embargo, persuadido de que iba á dejar este mundo, los perdoné con toda el alma, los perdoné con efusión, con amor, con ternura! Pedí á Dios que abriese sus ojos á la justicia y la razón, que hiciese feliz á mi patria, y desvanecida mi cabeza, me dió hipo, sentí un frío glacial, entré en el letargo del coma, y no supe más de mí.....

Sólo recuerdo que llegamos á Gabauu, que era necesario acercarse al navío del gobierno que vigilaba el puerto, para que fuese reconocida nuestra embarcación y se le permitiese la entrada, y que al verme uno de los oficiales franceses, exclamó: «No se detengan. Sigán, sigán pronto para que reciba auxilios ese hombre.»

Estaba volviendo del prolongado síncope cuando el oficial francés vertió estas frases, y me hallaba inmóvil, tendido en la embarcación como un fardo de mercancías. No he preguntado á mis diligentes compañeros si durante el viaje lograron que tomase algún alimento, y lo que me causa la mayor admiración es que en aquel estado comatoso no hubiesen acabado con mi vida el sereno de la noche y los abrasantes rayos del sol, que por necesidad recibí de plano, sin que tuviesen medios de impedirlo los de á bordo.

En Gabauu no teníamos relaciones de ninguna clase. Brodermann y Lamar desembarcaron para buscar donde alojarnos; en la población no había casas de salud ni hoteles. Volvieron á los pocos minutos muy contentos porque la Providencia nos había llevado frente á la casa del joven comerciante alemán Mr. Francis Wolber, quien les brindó aquella con mucha franqueza; aunque no nos conocía, cedió á un impulso generoso luego que oyó la breve relación de nuestras desgracias y supo mi estado.

Como se vé, en todas partes hemos hallado afecto y protección. Consiste en que la causa de Cuba es en ex-

tremo simpática. En los más escondidos rincones del mundo laten muchos corazones que gozan con sus triunfos, ó padecen con sus infortunios.

Tomáronme en brazos los *crumanes* y me trasladaron á una pequeña canoa, que á los pocos instantes estaba en la orilla: volvíronme á tomar en brazos y me condujeron al alto de la casa de Mr. Wolber, en la que ya había éste preparado el cuarto principal, que era el más propio por tener las ventanas cubiertas de cristales y ser muy abrigado. Dejáronme los cariñosos hijos de Cabo Palma en el lecho con la fiebre y con el hipo, que no se me había separado desde que me comenzó, y á los cortos instantes se hallaba á mi cabecera el venerable sacerdote protestante americano Mr. William Walker, quien dirigiéndome una mirada dulce y compasiva me preguntó cómo me sentía: «Grave, muy grave,» le contesté.

Entonces les dijo á Brodermann y á Lamar: «No soy médico, pero quisiera hacer al enfermo algunos remedios caseros.» «Con mucho gusto los tomará, Rev. Padre, hágalos Vd.,» le contestaron. «Sí, sí, hágalos Vd.,» le dije.

En el acto mandó á darme dos bebidas.

No quiero causarle hastío al lector relatándole los minuciosos pormenores de esta gravísima y singular enfermedad y va á quedarse lleno de asombro cuando le diga que al otro día amanecí sin fiebre, sin hipo, y me hallaba curado como por encanto. Estaba, sí, en una gran postración: era tal mi indolencia que para mudarme de ropa tuve que hacer un esfuerzo supremo sobre mí mismo. Mover un brazo para tomar cualquiera cosa me parecía un trabajo insoportable. Sentía al mismo tiempo y por la primera vez el dolor de las magulladuras que me habían hecho, en las piernas, los cordeles de la embarcación. Estaba, pudiera haberse dicho con alguna exactitud, con la cabeza viva y el cuerpo muerto.

El ministro protestante no contento con haberme restituido la salud de un modo tan maravilloso, me mandaba de su casa el alimento y también naranjas de su huerto. A cada rato venía á enterarse de mi estado y eso que

vivía algo distante en el barrio de Platea y yo estaba en el de Glasis, en el de los ingleses; la ciudad está dividida en esos dos barrios.

¡Ah! Si todos los sacerdotes católicos, protestantes y de la Iglesia griega, (nada importa la fórmula cuando es una la esencia) fuesen así, Jesucristo podría volver al mundo á regocijarse de su obra impedecidera. Mr. Walker es todo mansedumbre, todo desinterés, todo caridad. Hace veintisiete años que tiene á su cargo la misión de Gaboun, dirige una escuela de primeras letras en la que instruye gran número de niños de color, es casado y vive contento en aquella ciudad africana siempre ocupado en hacer el bien.

Hay en Gabaun una estación naval é instruído el Almirante de nuestra llegada, dijo que nos hallábamos bajo la protección de la Francia, que podíamos estar allí todo el tiempo que quisiésemos é irnos cuando nos pareciese; pero que no podía permitir que nos embarcásemos en el vapor francés que se dirigía á la isla del Príncipe, por ser de guerra. Nos cerró la puerta más cercana de nuestra redención; era preciso buscar otro camino para salir cuanto antes de Africa, cuyo cielo, cuya atmósfera pesaba sobre nosotros semejante á la losa de un sepulcro. ¡Qué vida tan colmada de penas es la del hombre que huye de la tiranía de un gobierno cualquiera, en un país inculto donde apenas hay comunicaciones! ¡Qué costoso trasportarse de un punto á otro y cuántos peligros á cada paso!

No sabíamos qué determinación debíamos tomar; nos hallábamos tan encerrados en Gabaun como en Camarones, cuando tuvimos noticia de la salida para Bony de la barca inglesa «Minerva», capitán Mr. Ogg, y tomamos pasaje en ella.

Cinco días estuvimos en la morada de Mr. Wolber y ha dejado este caballero en nuestros corazones una dulcísima memoria.

El día de la partida, el Rev. Padre Walker se despidió de mí dándome reglas para que no me volviese la fiebre, con tan solícito interés como si fuese su hijo, y me remitió á bordo de la «Minerva» un cajón lleno de naranjas y de latas alimenticias.

Estuve en Gabaun y se puede decir que no ví la ciudad, una de las de mayor comercio de la costa de Africa; me hallé siempre en cama ó recogido en mi cuarto.

Abordo de la «Minerva» hicimos amistad con Míster Palmers, que iba al cuidado de la carga del buque, como agente de la factoría que lo había fletado. Nos prodigó las más finas atenciones, lo propio que Mr. Ogg, ambos ingleses del condado de Lancaster.

Hoy 28 de Julio de 1869 nos hallamos en el río Bony: la «Minerva» espera el cargamento que le viene en la Mala de Europa, y nosotros la partida del primer vapor que salga para Liverpool.

Mr. Courphay, dueño de uno de los principales pontones, nos ha instado para que pasemos á vivir con él; pero Mr. Palmers dijo que ya estábamos instalados en la «Minerva», y quedó acordado que siguiésemos en ella y que cuando efectuase su salida para Gabaun nos trasladáramos á la habitación de Mr. Courphay. Este caballero inglés nos ha tratado con mucho afecto y me mandó tabaco y pipas de regalo.

Bony puede considerarse dividida en dos poblaciones: la una inestable, flotante, que crece ó disminuye, según las operaciones del comercio y entrada y salida de los buques; que vive en el río, compuesta de comerciantes, en su mayor parte ingleses, y que goza todos los beneficios de la civilización. La otra es de indígenas, en tierra.

Bony es reputada por las naciones como una posesión de Inglaterra, aun cuando la soberanía del país corresponde á los naturales; así es preciso que suceda para los efectos de las leyes, tratándose de un punto sumido en la barbarie, donde aquella nación tiene tantos intereses creados.

Se ven en el río numerosas y grandes naves que vienen á hacer el tráfico, y apenas llegan dispone el comerciante colocarles un techo de zinc, que desaparece cuando concluída la carga, emprenden viaje para Europa, á menos que sean de los pontones permanentes que duran años y años, como sucede en Camarones y Old-Calabar.

La población del río, aunque vive á bordo de las em-

barcaciones sin la amplia libertad que se disfruta en tierra, goza de excelente salud, rodeada de la abundancia y entregada, es inútil decirlo, á las ocupaciones y actividad que exige el comercio. Veamos ahora la población de los indígenas.

El apreciable Mr. Courphay nos había convidado para ir á tierra, vino á bordo de la «Minerva» en su bote á buscarnos y emprendimos esta excursión, que yo deseaba y que no había realizado por carecer de una persona que nos sirviese de guía y porque aún me hallaba muy débil.

¡Qué impresión tan profundamente dolorosa dejó en mi mente esta visita á la llamada ciudad de Bony!

Desembarcamos en una especie de patio que da al río, frente á la casa de Tomás Indussi, uno de los principales magnates de la población, y á los pocos pasos, en medio de ese patio, encontramos una pequeña barraca que tendría tres varas castellaunas de largo, dos de ancho y una y media de alto, con paredes de tierra, techo pajizo y el hueco de una puerta hacia el río. En aquella barraca está el dios *Yuyú*, que era el tronco de un árbol clavado en la tierra, con una especie de cabeza, con ojos, nariz y boca tan bastos, que era la exajeración del ridículo. Pendían de sus hombros dos pedazos de madera como de media cuarta de largo; de modo que el dios era manco de ambos brazos, y no tenía ni siquiera señales de haberse intentado darle formas humanas á su cintura, sino que estaba el tronco todo del mismo ancho, como en el bosque.

Seguimos para la casa de Indussi, que era de tablas, con techo de zinc, de alto y con un comedor, en el cual nos sentamos en sillas comunes. Apenas nos había saludado y tomamos asiento, parece que nos tomó por españoles, pues se puso á hacer grandes elogios de éstos, diciendo que le habían dado á ganar mucho dinero con la trata. Enseguida, y á pesar de la presencia de Mister Courphay y de un joven escocés que nos acompañaba, echó pestes contra Inglaterra, porque era la causa de que el tráfico de esclavos hubiese terminado. Aquel hombre había adquirido grandes riquezas vendiendo á sus conciudadanos.

Mr. Courphay, desentendiéndose de las palabras de Indussi, hizo recaer la conversación en las comodidades de que éste gozaba, y levantándose entonces aquel negro de más de cincuenticinco años, con aire juvenil y cierta satisfacción y vanidad, nos llevó á su cuarto, en el que había una cama de caoba del gusto antiguo, con colgaduras azules, no poco usadas, y ningún otro mueble. Después abrió una puerta que daba al último aposento de la casa, del cual se bajaba por una escalera á las piezas de otra casa unida á la principal. En aquellos departamentos vivían las concubinas de Indussi, que eran como setenta jóvenes, la mayor parte de catorce á veinte años y estaban completamente desnudas, con excepción de tres ó cuatro que tenían taparabos. No dieron al ver nos la más leve señal de pudor; al contrario, venían y se nos ponían delante y algunas nos tomaron la mano muy afectuosas.

Al contemplar aquel cuadro de miseria, de inmoralidad y de abyección, experimenté una repugnancia invencible, volví la espalda y me dirigí á la escalera; lo mismo hicieron los demás.

Indussi tiene treintisiete hijos; su morada es semejante á la calle en que está situada una escuela primaria de una ciudad culta, á la hora en que salen los niños para ir á sus casas, que corren saltan, gritan, se ríen y parecen unos locos, contentos y felices, gozando sin saberlo la dicha de la inocencia.

Mr. Courphay nos hizo observar un águila parada en un madero, cerca de la casa, é Indussi nos informó que había dos mansas en la población y que todo el que daba muerte á un enemigo de Bony tenía derecho para colocar en su cabeza una pluma de aquella ave sagrada. Sacó enseguida un cajón en que había como veinte plumas y nos las enseñó diciendo que las tenía allí para ir las entregando á los valientes que fuesen haciéndose dignos de llevarlas.

Mr. Courphay apuró varios vasos de un licor blanco como la leche, sacado del bambú, muy generalizado en Africa, del cual había puesto un criado, desde que llegamos, un gran frasco en una inesa. Lo probé por cu-

riosidad, me pareció de un sabor desagradable y nos despedimos de Indussi, que me fué muy antipático.

Hace dos meses que la población de Bony sufrió un incendio casual que la redujo á cenizas y se están construyendo barracas cuya mayor parte imitan en su construcción y dimensiones la del ídolo *Yuyú*: las calles son estrechas, algunas de dos varas de ancho, y las intercep-tan á menudo las barracas, de modo que la nueva pobla-ción tiene un aspecto feo, pobre y sombrío. No hay una plaza; sólo ví una especie de plazuela de figura cir-cular formada alrededor de una corpulenta seiba, segu-ramente para no destruir este árbol, cuyo verde ramaje me recordó los campos de mi patria. En esa plazuela estaban sentados en el suelo, en indolente actitud, mu-chos jóvenes fuertes y robustos.

Más adelante ví un niño, muy demacrado, como de ocho años, tendido en el suelo, en la calle y á mi parecer expirando. ¿No tenía una madre que lo llevase á su regazo? ¿No había un alma caritativa que le diese auxilio? Era acaso un prisionero de guerra, un esclavo arrebatado á sus padres en uno de los pueblos limítrofes.

Hay en la ciudad un albino, venido del interior, no-table por su habilidad en el dibujo. Da gusto ver los hijos de Indussi con todo el cuerpo cubierto de ramas y flores, obra de ese artista sin maestro. Lo encontramos ejerciendo su profesión en la calle, rodeado de muchos curiosos. ¿Qué no haría este hombre con el pincel, si cultivase su talento en buenas escuelas? En Aqua, en los juegos, ví también tres albinos; pero no hay familia particular de éstos; nacen por casualidad en cualquiera tribu y su blancura contrasta con el color de ébano de sus compatriotas.

En Bony los hombres usan taparabos, las mujeres re-corren la población, ó están en sus casas, completa-mente desnudas. Ellas, lo propio que en Camarones, en Fernando Póo, en toda el Africa, son esclavas del marido ó del padre, y tienen á su cargo toda clase de trabajos, no sólo los domésticos. ¡Cuán propio es de la barbarie envilecer, humillar á la mujer, y cuán propio de la ilus-tración engrandecerla!

Las barracas construídas no bastan para dar abrigo

sino á un corto número de los habitantes; los demás viven en canoas en el río, canoas descubiertas, con sólo un pedazo de lienzo puesto á manera de toldo, y eso no todas. Causa profunda lástima contemplar á tantos seres infelices viviendo á la intemperie en un clima tan enfermizo; y cuando cierra la noche y comienzan á encender el fuego de los fogones, divisándose á su resplandor las muchas personas que hay refugiadas en cada canoa y que forman grupos compactos de mujeres, niños, jóvenes y ancianos, es un espectáculo aún más melancólico, desgarrador y horrible.

Debe temerse con razón el desarrollo de una epidemia, mucho más al presente en que el cólera morbo está haciendo estragos en distintos puntos de las costas del Golfo.

Pasamos á hacer una visita á Chot, anciano de más de sesenta años, muy amigo de Mr. Courphay, y nos instó tanto que lo acompañásemos á comer, que nos vimos en el caso de aceptar, le ofrecimos volver á las seis y salimos á continuar el paseo por la ciudad.

Fuimos al templo: es una casa con techo de zinc, de unas dieciocho varas castellanas de largo, siete de ancho y seis de alto. Tiene en uno de sus lados longitudinales tres grandes huecos de puertas, cuyos marcos están formados con líneas rectas de calaveras, colocadas y atadas con mucha curiosidad unas encima de otras. Dentro del templo hay varias columnas que tocan en el techo, cubiertas con los mismos despojos humanos. Las paredes están también entapizadas de igual modo, y por último, en el medio se levanta el altar, que es una especie de armario de tienda de mercader de unas cinco varas de ancho y otras tantas de alto, todo cuajado de calaveras, perfectamente puestas con admirable simetría, sin que discrepe una de otra en aquellas líneas.

Como si la barbarie hubiese querido hacer resaltar el horror en aquella mansión de muerte, la cuida un hombre sin juicio que, según se nos dijo, no se separa de ella ni de día ni de noche. Cuando llegamos á una de las puertas y nos vió, se levantó de un pedazo de madero en que estaba sentado, vino hacia nosotros son-



riéndose y nos dió el codo en lugar de la mano, que es una de sus manías, hecho lo cual volvió á sentarse y no se ocupó más de nosotros. Heattlice, magnate de la ciudad, el enemigo y rival de Indussi, tiene á su cargo la manutención de ese infeliz idiota y la conservación del llamado templo, pues no hay sacerdotes y sí unos agoreros ó adivinos, que sostienen los hombres ricos en sus propias moradas para que les digan el porvenir, á los cuales llaman *yuyúes*, considerándolos iguales á los dioses, ó mejor dicho, á los ídolos. Por lo regular son ancianos y el que ví en la casa de Heattlice era además ciego. He notado que los africanos, así los que algo civilizados viven en las poblaciones, como los que vagan errantes por los bosques, tienen un decidido empeño en descubrir el porvenir, y reconocen el poder de recorrer su velo en ciertos seres que estiman como inspirados por la Divinidad. Es á cuanto puede llegar la barbarie; con todo, no debemos ni extrañarlo ni censurarlo, que la Historia nos dice que lo mismo resultó en su origen á los más grandes pueblos.

Las innumerables calaveras de que he hablado pertenecen á personas de los pueblos ó naciones limítrofes, enemigas de Bony, muertas en la guerra. Si esas personas no habían sido conocidas de los hijos de Bony, ni se habían sentado á la mesa con alguno de éstos, servían sus cuerpos de manjares en bulliciosos festines; mas si habían sido tratadas y conocidas antes ó durante la guerra, ó sentádose á la mesa recibiendo la hospitalidad, entonces aun cuando se les diese muerte no podían ser devoradas por ningún habitante de la ciudad ni de los campos nacionales.

Cuando resultó el reciente incendio de la ciudad un hombre que cayó del techo de una casa sobre las llamas, apareció al otro día asado y los naturales se lo comieron. Puede suceder que hubiese sido esclavo, y como Bony desde principios del siglo XVI ha sido uno de los puntos predilectos de los traficantes de carne humana hasta hace un año, poco más ó menos, en que concluyó tan infame comercio, resulta que los esclavos son allí mirados, no como hombres, sino como bestias y excluidos de los beneficios de las leyes y costumbres tradicio-

nales. Este pueblo se ha formado predominando la influencia española, no por medio de la iglesia católica y el militarismo, principales elementos de aquella nación, sino que se ha dejado sentir por el conducto más inmundado y abominable, el de la trata.

Es un hecho innegable que los vecinos de Bony son antropófagos, puesto que se han comido hace poco un hombre, (así lo creen todos los comerciantes del río), y se comen á sus enemigos, que no por serlo dejan de pertenecer, como los esclavos, á nuestra propia especie. Este cargo es muy justo y muy fundado, y debe pesar sobre ese pueblo como una maldición hasta que renuncie costumbre tan inhumana.

Hay una misión inglesa.

En Bony se ven la barbarie y la civilización frente á frente: la civilización en la población del río, la barbarie en la que está en tierra. No puede menos que triunfar la primera de la segunda, ahora que esta parte del Continente ha dejado de ser mercado de esclavos y no existe un motivo tan poderoso para un estado de guerra permanente.

Fuimos á ver á Heattlice, otro negro enriquecido vendiendo á sus compatriotas, como hay no pocos en Bony. Heattlice é Indussi tienen divididos en dos bandos á los habitantes de la ciudad y de los campos, próximos á emprender una guerra encarnizada y desastrosa, no por el triunfo de un principio, ni siquiera por la coronación ó destronamiento de un rey, sino porque esos dos hombres despreciables se aborrecen á muerte, inspirados y guiados por pasiones salvajes.

Son sorprendentes los preparativos que para la contienda hacen uno y otro. La casa de Heattlice, que se halla frente al río, y es de tablas, de alto y con techo de zinc, tiene un espacioso patio, á que aquel sirve de límite, que puede considerarse como un arsenal. Hay allí numerosos cañones de todos tamaños, algunos de 24, rayados y fundidos en este propio año de 1869, según lo expresa su marca, con sus cureñas y cuidados con el mayor esmero. Hay una verdadera loma de balas y varias canoas de guerra colocadas éstas debajo de una gran casa: nos causó asombro una enteriza de caoba, que

tiene 25 varas castellanas de largo y 3 francas de ancho, medidas por el ciudadano Lamar. Se nos dijo que le cabían, pudiendo maniobrar con desembarazo, ciento cincuenta guerreros; no creí que hubiese caoba tan monstruosa.

Tiene Heattlice varias casas llenas de espingardas y grandes depósitos de pólvora en el campo, pues el Rey ha prohibido que se tengan en la ciudad, después de la explosión horrorosa de dos depósitos acaecida no hace mucho en dos pontones del río y que costó la vida á varias personas.

Indussi, por su parte, no se descuida y ha adquirido tantas ó más armas, pólvora y toda clase de pertrechos de guerra.

Sin el incendio de la población ya las hostilidades hubieran comenzado. Están al romper y todos temen de la saña de los dos partidos que esta contienda sin objeto, siembre de cadáveres los campos y haga muchos perjuicios al comercio.

Debe esperarse que Inglaterra interponga su influencia para tranquilizar á los bárbaros, interesada en la conservación de la paz, tanto por el bien de unos pueblos que tienen con ella un comercio activo, cuanto porque no sufran daño sus ciudadanos establecidos en el río.

Según oí decir, la guerra se hace de un modo poco peligroso á la aristocracia, pues los ejércitos se componen casi todos de esclavos. Esos desventurados, participando de los odios de sus dueños, sacrifican su existencia con gusto y á menudo dan heroicas pruebas de valor. Mejor sería que peleasen por su libertad.

Heattlice tiene en su poder la otra águila, cuyas plumas sirven de premio á los que dan muerte á los enemigos de la nación, y ha puesto tantos anillos de bronce en las patas de la pobre reina de las aves, que pudiera quejarse de estar convertida en prisionera.

En Bony hay gran escasez de mantenimientos: no se conoce la agricultura, á no ser aquella del salvaje, tan reducida y miserable que no basta para la propia subsistencia del individuo; nadie se dedica á la crianza de animales y ni siquiera á la pesca, así es que las clases pobres son en extremo desgraciadas y se hallan expues-

tas á sufrir el hambre con todas sus espantosas consecuencias casi todos los años, si falta la lluvia al pequeño campo sembrado de ñames y plátanos, como sucede al presente, que siendo el tiempo natural de la primavera en este clima, se experimenta el rigor de una cruel sequía.

En la población, habitando en humildes barracas, viven muchos hombres que han adquirido con el tráfico de esclavos capitales tan considerables, que ejercitados en el comercio del aceite venden á los extranjeros todos los años hasta mil quinientos *punchens*. Cada *punchen* tiene doscientos galones y vale por lo común veinticinco libras esterlinas en el mismo Bony.

Poseyendo tantas riquezas, relativamente hablando, debidas al inícuo comercio de carne humana ejercido sin interrupción en el curso de más de tres siglos y medio, y en la actualidad á la industria del aceite, no es extraño que se nos diga que el incendio de la ciudad ha traído la pérdida de valiosas prendas de oro y piedras preciosas, de enormes depósitos de géneros de seda conservados en casas particulares, ricas vajillas de plata y exquisitas piezas de porcelana. De todo cuanto produce el mundo de raro y costoso llevaron á Bony los compradores de esclavos para venderlo á los bárbaros, que no conociendo el lujo, ni haciendo uso de tales preciosidades, las guardaban de padres á hijos, como objetos curiosos.

Estas pérdidas tienen tristes y cabizbajos á los ricos, é influyen en la conservación de la paz entre los vecinos, ansiosos por comenzar la guerra unos con otros; pero que se ven detenidos por las calamidades que están en común pasando. El mal trae siempre algún bien.

De siete á diez mil habitantes existen en esta parte de la costa que hacen el comercio, unos ejercitados en comprar las producciones espontáneas de los bosques á los del interior, otros en adquirirlas de éstos para hacerlas llegar á manos de los extranjeros; pero debe observarse que ese número, en que se incluyen los esclavos, es no sólo el que trafica sino el que extrae el aceite, mata los elefantes para despojarlos de los colmillos y lo hace todo. Los bárbaros del interior les venden aquellos productos en cambio de aguardiente, pólvora, etc.; pero son los que

viven hasta ciertos límites del territorio; de allí en adelante las tribus no sólo no compran ni venden, sino que repelen con ferocidad á esas otras que por avenirse al comercio podemos llamar semi-civilizadas, sin dejarlas penetrar en sus bosques.

Gradúese por lo dicho, con cuantos inconvenientes tienen que luchar los sabios exploradores. Un velo misterioso cubrirá por algunos siglos el interior de Africa: las fieras, las tribus antropófagas, la inmensidad y espesura de los bosques, los arenales de extensión desconocida, las ciénagas, los ríos invadables, lo insano del clima, la imposibilidad de llevar provisiones suficientes, sobre todo agua, en tan larga, penosa, é incierta peregrinación, en que cada paso ofrece un nuevo peligro, ¡oh! son esos hombres que por amor á la ciencia y á los descubrimientos penetran en las soledades de este vasto Continente, verdaderos héroes que merecen el aplauso y el reconocimiento de la humanidad!

Me han dicho que el Dr. Livingston, después de recorrer las costas del Golfo, se internó al Sur de Gabaun. Por estos lugares nadie da noticia de él; indudablemente su suerte habrá sido la del eminente alemán Mr. Batt y de tantos ilustres mártires del amor al saber. Escogió Mr. Livingston para comenzar su exploración uno de los puntos más poblados de animales feroces; baste decir que llegan á las orillas de la ciudad de Gabaun; el año último, un tigre se llevó una negra que estaba en el arrabal, y cuando yo me hallaba enfermo en la misma ciudad, otro tigre se llevaba cerca de Glasis, barrio en que yo vivía, un venado de una plantación inmediata y habiendo visto á varios trabajadores dejó su presa y huyó.

Mr. Wolber me ha referido que es muy peligroso recorrer los bosques de aquellas cercanías, porque hay una yerba muy espesa y entretegida en la que se ocultan las fieras, ven al hombre y el hombre no las ve á ellas, sino cuando ya se encuentra en sus garras. Los salvajes, sin embargo, tienen tal instinto que saben perfectamente donde están escondidas, las costumbres de cada una, donde duermen, donde suelen hallarse, cuando parió la leona, cuantos cachorros, en qué punto pasta el elefante

de mayores colmillos, etc. Los salvajes y las fieras viven en una guerra constante.

La caza del elefante, según me la han descrito, tiene ese tinte de ferocidad que los africanos comunican á casi todas sus cosas. Se reúnen en crecido número, á veces hasta más de doscientos, y se dirigen al lugar del bosque en que está dormido ó descuidado aquel cuadrúpedo. Cada uno lleva un enorme haz de leña seca como la yesca, y sin dejarse sentir, sin mover una hoja con las pisadas, hacen con la leña un círculo alrededor del elefante y á un tiempo le prenden fuego por todas partes.

El desventurado animal viene á advertir el peligro cuando ya está envuelto entre llamas y humo. Entonces corre de aquí para allá, siente que se le tuesta la piel, que se ahoga, que se abrasa, bufa, salta y se desespera sin poder salir de aquel círculo de fuego. Los salvajes mientras tanto, trepados en los árboles inmediatos le arrojan una multitud de *chuzos*, especie de saetas con la punta de hierro muy aguda, que les abren profundas heridas y les quedan clavadas como el harpón en la ballena.

Las heridas de los *chuzos* lo desangran, el humo lo asfixia, no puede ya sostenerse, cae desfallecido, y bajando los salvajes de los árboles acaban de quitarle la vida y lo despojan de los colmillos, que llevados á los pueblos cultos sirven para tantos usos y admirables primores. También los salvajes cojen los elefantes abriendo profundos fosos en medio de la senda por donde saben que han de pasar, ponen encima unas tablas movedizas, á manera de balanzas y las cubren con tierra y hojas para que no conozcan la trampa, pues son muy entendidos.

Se me había olvidado hacer referencia de la comida que nos dió el viejo Chot. Luego que recorrimos la ciudad fuimos á su morada en cumplimiento de nuestra palabra. Cuando llegamos ya estaba puesta la mesa. Se nos habían incorporado dos capitanes de buques, amigos de Mr. Courphay, y al momento nos invitó Chot á que nos sentásemos y él mismo sirvió la comida, que consistía en una sopera en medio de la reducida mesa, con un enorme ñame cocido dentro y un plato con pescado, que por cierto debe decirse en honor del bárbaro que

tenía muy buena sazón. Trajo, además, á cada uno, una taza de caldo, bastante común en Africa, compuesto principalmente de agí del más picante. Para el que no esté acostumbrado á esa clase de salsa, llevarla á la boca y exasperarse como si fuese una brasa de fuego es una misma cosa. Yo la probé en Fernando Póo en la casa de una familia indígena.

Luego que concluimos de comer, fumamos y conversamos un rato, nos despedimos del complaciente anciano, agradecidos de sus obsequios por ser tan cordiales. Un criado con una luz vino á guiarnos y nos llevó por entre varios aposentos, cuya pequeñez me dejó admirado: apenas tenían dos varas cuadradas. No halló salida el criado en aquellos escondrijos, y tuvimos que volver atrás, hacia la sala, donde se había quedado Chot, para dirigirnos á la puerta por donde habíamos entrado. Noté que en los aposentos no había camas; según me han dicho, casi todos los vecinos de Bony duermen en el suelo, á estilo de los salvajes.

La población tiene fama de insana; es verdad que el terreno en que está situada es muy bajo; pero aun sin esta circunstancia es imposible que haya salud pública con esas habitaciones estrechas, húmedas y sin ventilación.

Salí de Bony con el corazón oprimido al ver tanta barbarie y tantas lástimas. Los remeros de nuestro bote tenían que ir apartando las canoas que cubrían el río, llenas de hombres y mujeres, desnudos, que vivían allí, como dejo dicho, con motivo del incendio de la ciudad. Pero todavía me restaba recibir otra prueba de la degradación de ese pueblo. En los primeros días de nuestra llegada se corrió que tres españoles estaban abordo de la barca inglesa «Minerva» y que habían ido á comprar esclavos. Es una cosa muy rara y que llama mucho la atención ver españoles en estas regiones: ellos sólo venían á hacer la trata, así es que después de haber ésta fenecido no se les ve en ninguna parte. Varios magnates se nos presentaron haciéndonos proposiciones para vendernos esclavos y uno de ellos nos daba seiscientos de todas edades y sexos á diez pesos, es decir, por lo que vale el trabajo de un hombre en Cuba una semana.

Nunca ha estado tan barata la propiedad viviente: antes, según me informé, el precio común era de veinte á cuarenta duros, valor que se abonaba en aguardiente, pólvora, baratijas, etc., ó en onzas de oro casi siempre cortas de peso. Los últimos que salieron para las Antillas costaron á cincuenta y cinco duros.

Vendíanse los esclavos en Cuba por lo regular á mil duros, y como venían en las naves hacinados y mal alimentados, los costos eran mínimos. ¡Con cuánta facilidad se enriquecían los negrófagos! No es extraño que tengan oro hasta para comprar ministros de Estado. Pero si es doloroso y repugnante ver la política divorciada de la moral y á esos grandes criminales influyendo en el mal de sociedades inocentes, consolémonos diciendo: todo pasa: pasó el feudalismo, pasó la inquisición, pasó la esclavitud.

Se conoce que Bony ha sido uno de los lugares más frecuentados por los traficantes de carne humana desde los tiempos más remotos: el contacto con esos hombres de corazón duro, cerrado á toda idea generosa y lleno en sus más pequeñas concavidades con la del lucro, y la naturaleza del comercio en que se ejercitaban, ha comunicado á los boneses ese carácter cruel que los distingue, ese despego á los seres de su raza que viven en esclavitud y acrecido el amor al ocio, tan propio del país donde hay una abundante fuente de riqueza sin ocurrir á la agricultura, al comercio y á la industria y se dedican sus habitantes sólo á cazar hombres, mejor dicho, á sorprenderlos y aprisionarlos para venderlos. Pasarán algunas generaciones antes que el pueblo de Bony comience á sentir instintos humanitarios y se borren las funestas, tristes y feas huellas de la trata.

Conocí al Rey abordo del vapor «Lagos» de la Mala inglesa: es un joven como de diez y ocho años, alto, delgado, de fisonomía poco expresiva y que revela candidez. Oí decir á un pardo, que estaba á mi lado, que tiene muy buenos sentimientos y que ha sido educado en Inglaterra. Estaba vestido al gusto europeo con pantalón, levita, chaleco y sombrero.

Traía como veinte remeros en su canoa, todos con ta-



parabos; menos los seis primeros de proa que estaban completamente desnudos.

Estuvo un corto rato abordo del «Lagos» y enseguida se marchó.

A los pocos momentos vimos dirigirse hacia el vapor un bote con doce jóvenes que remaban con mucha fuerza y cantaban en alta voz una canción, seguramente infamante. Venía de pié á popa un hombre, de un todo desnudo, con la mitad del cuerpo pintada de blanco y la otra de negro, y un gran parche que me pareció de cartón y con un letrero, colocado detrás en el cerebelo. El bote, al estar muy inmediato al vapor dobló la proa, describió un círculo y siguió recorriendo el río y pasando cerca de los buques. Aquel hombre, según oí decir abordo, estaba sufriendo la pena que en Bony se impone á los ladrones, y después de esa ignominiosa ceremonia debía ser azotado.

Un pueblo de tan perversas inclinaciones, de costumbres tan sucias y de antecedentes históricos tan degradantes, no puede menos que mostrarse inhumano en el castigo de los delitos. La mutilación del cuerpo del criminal no es rara; muy común que se le saquen los ojos y cuando por ciertos crímenes se le corta la nariz, se le pega otra diforme de barro. ¡Cuánta crueldad! No parece sino que á los bárbaros les agrada unir lo ridículo á lo horrible.

¡Qué diferencia hay entre Camarones y Bony! Los moradores de Camarones y Aqua habitan casas que comparadas con las de Bony son palacios; se cubren con taparabos, tanto las mujeres como los hombres, y viven en plena paz entre sí y con sus vecinos, contentos y hasta cierto punto felices. Difícil es saber allí cuál es el señor y cuál el esclavo, y se conoce á primera vista que hay mejor y más abundante alimentación para el pueblo que en Bony.

Sin embargo de lo dicho, la riqueza de Bony es inmensamente superior á la de Camarones: exporta, conforme al cálculo de los comerciantes, veinte mil *punchens* de aceite de palma al año y aquel sólo tres mil.

Estas cifras se irán elevando año por año, á medida que la civilización extienda su luz en el interior. Ella

es eminentemente creadora de necesidades y también de los medios de satisfacerlas. ¡Fortuna grande para la humanidad que entre en el interés del comercio propagar los conocimientos en busca de productores y consumidores!

He oído decir muchas veces, á propósito de la extinción de la esclavitud, que la filantropía de los ingleses es simulada é hija del egoísmo. «¡Bendito sea, exclama César Cantú, el egoísmo que conduce á tan hermoso resultado!»

Á mi parecer, en el juicio que de Inglaterra forman muchos hombres, hay más de envidia que de justicia. Lo mismo se dirá mañana respecto de la civilización del Africa, que tanto le conviene: «es efecto del egoísmo, lo que quiere es vender sus artículos.» Bien, que los venda en feliz hora. ¿Queréis mayor mérito que convertir en mercados productivos países casi segregados del mundo? Donde quiera que se vende y se compra hay un germen de orden, de abundancia y de dicha.

Si Inglaterra no hubiera existido, el mundo estaría en la barbarie. (1)

---

(1) Los españoles no se cansan de desacreditar á los anglo-sajones. Comparemos. Donde quiera que Inglaterra, por ejemplo, forma una colonia, pone los cimientos para una nación libre y feliz: hay jurado, *habeas corpus*, derecho de asilo, libertad de imprenta, etc. Donde quiera que España forma una colonia, aspira á la dominación perpetua, cuya imposibilidad demuestra la Historia; establece el despotismo, hay una iglesia católica y un cuartel, los hombres se convierten en máquinas, el Estado sustituye al individuo y el militarismo dicta las leyes. Inglaterra consume enormes sumas en sus colonias; España las explota tanto, tanto, que las aniquila y concluye perdiéndolas, como aquel que mató la gallina que le ponía todos los días un huevo de oro por sacárselos todos á un tiempo. Inglaterra rinde culto á la libertad del trabajo; España cree que su dicha consiste en el trabajo forzado y sin remuneración al trabajador. Inglaterra busca su dicha en el comercio, España en la fuerza bruta; cuatro siglos han frecuentado sus naves el Gran Golfo de Guinea y no tiene una factoría, ni aún en Fernando Póo. Inglaterra va con el siglo, no se oculta un día el sol sin que haya dado un paso en el camino de la democracia; Es-

Tócale en su mayor parte la misión grandiosa de civilizar el Africa, cuyo comercio se puede decir que ha monopolizado. Ese comercio no es en importancia ni una leve sombra de lo que será en el porvenir, cuando las tribus del interior no se muestren hostiles, cuando se abran al tráfico los inmensos territorios que ocupan y vengan al mercado universal sus riquezas naturales, desconocidas y sin explotación, y el producto del trabajo de tantos millones de hombres, que hoy se pierde en los inertes brazos de la barbarie. Ya no existe la trata, que se oponía á las ideas cristianas y civilizadoras, libre está el campo de

---

paña permanece enclavada en el siglo XVI como el arca de Noé en los montes de Armenia. Inglaterra formó los Estados Unidos, esta es su mayor gloria, y los reconoció como nación después de una breve guerra apenas advirtió su pujanza, celebrando un tratado de paz, navegación y comercio; España vió con rabia la formación de las repúblicas que le deben su origen. derramó por subyugarlas torrentes de sangre, y aunque hoy le exceden en ilustración, riqueza y buen gobierno, las hostiliza, las desacredita y sueña con reconquistarlas. Inglaterra es una nación necesaria para el bien de la humanidad y aleccionada por la experiencia; España no aprende, es un anacronismo, una amenaza á la civilización y un obstáculo para el progreso de la religión de Cristo, que sólo ha servido en sus manos de instrumento de la tiranía. España aborrece de muerte á Inglaterra; Inglaterra desprecia y compadece á España.

Donde quiera que un pueblo ha querido ser libre, Inglaterra lo ha favorecido. Nos conviene, pues, al iniciar nuestra política, no perder de vista una nación tan poderosa, dueña de las Lucayas, y que tiene contraídos tantos méritos. Sobre este punto llamo respetuosamente la atención del Gobierno de la República. Necesitamos puertos en el antiguo mundo, especialmente en el Mediterráneo, para que nuestros corsarios tengan donde llevar sus presas; necesitamos aniquilar el comercio de España y podemos hacer con Liverpool cuando seamos independientes las negociaciones que hacemos con Cádiz.

Teniendo la amistad de Inglaterra, tendremos la de Portugal, que produce los mismos artículos de que hoy nos provee España y vendrán á nuestra nación á precios infinitamente más módicos, porque no habrá crueles tarifas calculadas para favorecer los intereses españoles. La política de Portugal debe apoyar esta idea, pues los portu-

esa funesta plaga y comienza para el Africa una nueva era.

El orden social establecido en Guinea cambiará pronto radicalmente. ¿Qué harán los *nobles* con tantos esclavos? ¿En qué los ejercitarán? La demanda del trabajo es muy inferior al agrupamiento de tantos trabajadores.

La decadencia de España es el barómetro del progreso del Africa. ¡Destino miserable de esa nación que la condena á representar en todas partes el obscurantismo, que ha tomado la enseña de Cristo para hacerla odiosa

---

gueses conocen el peligro que les amenaza, si por los azares de la suerte cayesen en la red de la absorción que España tiene la audacia de tenderles, á pesar de su inferioridad como nación civilizada. ¡Ay de la patria de Camoens si pierde su independencia! La independencia es el arca santa en que los pueblos guardan sus leyes, sus tradiciones, sus glorias y sus dichas.

España en su guerra con Cuba se parece á los condenados á muerte del tiempo de Séneca, á quienes se picaban las venas para que se desangrasen. Ella tiene las venas picadas y ya le comienzan á dar vahidos.

Nosotros somos millón y medio de hombres que queremos ser libres, tal vez dos millones, pues la estadística oficial es inexacta, y tenemos inmensos bosques para la guerra de guerrillas; España se halla á 1700 leguas de nosotros y de cincuenta y cuatro mil hombres que ha mandado á Cuba desde octubre de 1868, á enero de 1870, según datos del mismo gobierno español, sin contar la guarnición que había en la Isla, no quedan ni la mitad, han sucumbido al rigor de las balas y del clima en diez y seis meses.

A los cubanos nos basta para triunfar tener en jaque á España; dejar que se desangre; mientras más tropas mande al panteón de Cuba, mientras más oro consume en grandes armamentos de mar y tierra, mejor; más pronto caerá desfallecida, postrada, y tal vez en seguida desaparecerá como nación y será dividida como Polonia.

Dudar de que venceremos los cubanos es ser ciego ó idiota. Nosotros estamos seguros del triunfo, aun cuando no tengamos apoyo del exterior. Sólo deseamos decir á todos los pueblos de la tierra, que nuestra nación sabrá agradecer y también sentir. —*N. del A.*

y que camina con paso acelerado de error en error y de injusticia en injusticia hasta que sea dividida entre las grandes potencias! España es, por su espíritu quijotesco, un peligro para la paz del mundo; nada conviene tanto á la cristiandad como que desaparezca del mapa como nación, y en este caso, extendiéndose los límites territoriales de Portugal y de Francia, adquiriendo Rusia y Alemania puertos en el Mediterráneo (1), Inglaterra las Canarias, las Baleares, Ceuta, la Costa de oro y Fernando P6o; Italia tomará su parte, y Cataluña aprovechará la ocasión de erigirse en República independiente.

Las posesiones de España en la Oceanía, en vísperas de revolucionarse, gimen bajo el peso del más feroz despotismo, y creo haber demostrado en esta obra cuál ha sido la política española en América y Africa. Toda sociedad que se desvía de los principios morales, que se apoya en bases corruptas, carcomidas por el espíritu de los tiempos, no puede ser estable, ni gozar un solo momento de dicha; está llamada á vivir padeciendo hasta desaparecer. Las grandes injusticias traen grandes dolores y grandes catástrofes.

## CAPITULO XXVI

### UN DÍA FELIZ.—NOTICIA DE MIS COMPAÑEROS.

¡Qué aurora tan hermosa y tan feliz fué para nosotros la del último de julio! Los griegos y los romanos marcaban con piedra blanca á la entrada de los templos los días faustos y con piedra negra los infaustos. ¡Qué tiempo hace que no hubiéramos podido usar sino la negra! El último de julio correspondió á la blanca.

En primer lugar, llegaron á Bony Mr. Thormalhen

---

(1) Los necesitan indispensablemente para el engrandecimiento de su poder marítimo y su influencia en los destinos del mundo.—*N. del A.*

y Mr. Willson, este último acababa de ser cónsul inglés de Fernando Póo y con su fino trato pasé momentos muy agradables en aquella isla; Mr. Thormahlen se hallaba completamente restablecido de sus males. En segundo lugar, Brodermann estaba muy mejorado y completé los apuntes para esta obra, cuyo original, hasta mi llegada á Camarones, se me extravió. Es inexplicable la pena que experimenta un autor cuando sufre un contra-tiempo de esta clase: los hijos se aman mucho y no importa que sean tullidos y mancos; mientras más defectos tienen, suelen amarse más; y en tercer lugar, arreglamos ese día nuestra ida á Liverpool, á bordo del vapor «Lagos» de la Mala inglesa, capitán el entendido y complaciente Mr. Colbert. ¡Por fin dejábamos aquellos lugares donde tanto habíamos padecido!

El «Lagos» zarpó del río Bony el primero de agosto, tocó, demorándose á veces uno y dos días, en Benín, Lagos, Jellah Coffee, Accra, Cape Coast Cattle, Cabo Palma, Monrovia, Sierra Leona, Bathurst, Tenerife, (donde nos creyeron ingleses) isla de Madera, y llegamos á Liverpool, una de las ciudades más manufactureras del mundo, el día último del mismo mes de agosto. De allí pasé á Londres y en seguida he venido á New-York, contra el parecer de muchas personas interesadas en mi bien, que creían sofocada la revolución de Cuba, guiándose por las estupidas mentiras que constantemente publica la prensa española. ¡Cuán extraviada está la opinión en Inglaterra respecto á los asuntos de Cuba! Créese allí que nuestra gloriosa revolución no es obra nuestra, que no aspiramos á una completa independencia y que somos el instrumento de la política norte-americana.....! El pueblo inglés sólo tiene noticias de Cuba por los periódicos españoles y por los capitanes de buques mercantes, que van de la Habana, y sólo se ponen en contacto con nuestros enemigos.

En New-York supe que se me habían confiscado todos mis bienes por haber abandonado á Fernando Póo, es decir, por un acto natural, cual es el huir de la muerte.

Aquí podía terminar esta obra, si no debiese cerrar-

la con una mirada al pasado para informar á los lectores de la triste suerte de mis compañeros.

La salida de Brodermann, Lamar y yo de la malhadada isla no causó escándalo: como todos los confinados no pensaban en otra cosa que en evadirse y cada grupo formaba su plan y daba pasos para realizarlo, les interesaba que no se alarmase el Gobernador y al efecto inventaron y propalaron la especie de que habíamos ido al interior de los bosques, deseosos de estudiar las costumbres de los salvajes y que no regresaríamos sino de allí á muchos días.

En la mañana del veinte y uno de junio dejaron la isla Carlos del Castillo, rico banquero de la Habana, director de la Caja de Ahorros; Miguel Embil, acaudalado propietario, que había sido á bordo del «Borja» el blanco principal de las iras de los voluntarios; Miguel Cantero, Juan Dugan y José Manuel Ponce de León, respetables hacendados; José Antonio Peña y Pérez, excelente patricio, á quien debe mucho el progreso de la comarca de Remedios; Patrocínio Freixas doctor en medicina de la facultad de París; Pedro Barrenqui, vicecónsul inglés de Cárdenas; Dr. Miguel Bravo y Santies, actual representante de la República en Venezuela; los apreciables ciudadanos Félix Fuentes, José Manuel Fernández Morera y otros, cuyos nombres no recuerdo, hasta el número de diez y siete.

Con mil trabajos arribaron al quinto día á Old-Calabar, donde recibieron innumerables beneficios de los ingleses.

De allí pasaron en el vapor «Biafra» á Bony y al llegar hallaron fondeada en el río la goleta de guerra española «Concordia», que venía en su persecución, cuyo Comandante ocurrió al rey de los indígenas pidiéndole permiso para extraerlos del vapor. El rey le contestó «que esos eran asuntos de blancos en que no quería mezclarse; que ocurriese al Presidente de la Corte de justicia inglesa.» La Corte de justicia negó el permiso fundándose en que no eran criminales, sino reos políticos que habían tenido la fortuna de escaparse, y agregó que sus funciones se limitaban á dirimir las cuestiones entre los ingleses y los naturales y que no

permitía la extracción sin que la decretase el cónsul, por entender que no hay derecho más sagrado que el de asilo.

Mr. Livingston (hermano del célebre explorador) que iba á sustituir en el consulado de Fernando Póo á Mr. Willson, estaba en Bony, á bordo del vapor «Rachel;» pero no logró verlo el Comandante de la «Concordia,» quien desairado y mohino volvió á su buque echando pestes contra las sabias libertades inglesas, mandó levar anclas y se ausentó de Bony. Los diez y siete ciudadanos cubanos siguieron su camino casi todos muy enfermos.

Cuando el Gobernador Sousa supo la tarde del veintiuno su fuga, se llenó de ira y dispuso que los pobres, que estaban recogidos en la casa llamada el Mercado, pasasen al Cayuelo, y los demás á dicha casa y á la cárcel. Los primeros se hallaban en su mayor parte con fiebre, algunos la tenían cerebral, y en este estado, cayendo un copioso aguacero, se les condujo en botes sin cubierta al horrendo Cayuelo, que á más de lo insano amenazaba hundirse de un instante á otro, por estar socavado por las olas, y así lo había hecho presente al Gobernador el ingeniero de la ciudad señor Godoy, sobrino del célebre favorito de Carlos IV.

Como consecuencia de esta medida violenta, injusta é inhumana, murieron varios de aquellos infelices.

Había llegado el vapor de guerra español «San Antonio,» Sousa entregó el mando á D. Antonio Maimó, nombrado Gobernador, y partió para Europa, vía de Lisboa, padeciendo la terrible fiebre. Al llegar á esa ciudad tuvo la noticia de que su hijo mayor, oficial del ejército, había muerto del vómito en Cuba, sin otros auxilios que los que le prodigó la apreciable familia del confinado Someillán. También supo que á él se le había dado de baja en el ejército, por haber desempeñado el cargo civil de secretario del gobierno superior político de Cuba, antes de ir de Gobernador á Fernando Póo, pretexto de que se valió Prim en venganza, por haberle Sousa condenado á muerte como traidor á la patria en un consejo de guerra de que fué miembro, cuando en tiempo de Narváez, Prim conspiraba invocando las



ideas liberales con esa ruin astucia que es uno de los rasgos principales de todo hombre de carácter veleidoso, que tiene el corazón gastado por la política y carece de principios fijos.

Maimó arengó á los confinados en los términos más duros, anunciando castigos espantosos si alguno se fugaba, y se cree que comunicó al Comandante del «San Antonio» la orden de Serrano de darles el mal trato posible. No obstante sus terribles amenazas emprendieron la fuga mis hermanos políticos Carlos y Rafael Morales, los hermanos Wals, José Baliño y varios más, hasta el número de trece.

El cuatro de Agosto salió por fin el «San Antonio» conduciendo ciento ochenta de las desgraciadas víctimas de la tiranía española, y el veinte del propio mes se hizo á la vela la urca «Pinta» con el resto.

Maimó contemplaba desde el corredor de su casa á la «Pinta», que inflando las velas movía su feo casco y se alejaba de las negruzcas aguas de la bahía de Santa Isabel, cuando se sintió con fiebre, tomó cama y murió á los tres días.

Estamos á primero de marzo de 1870: hace seis meses y diez días que salió de Santa Isabel la urca «Pinta» y no ha llegado aún á España. ¿Cuál habrá sido la suerte de los confinados que conducía encerrados debajo de cubierta, hacinados y custodiados como si fuesen grandes criminales? Probablemente habrán muerto de sed, de hambre, de asfixia, y tal vez de golpes. La recomendación de Serrano, Regente de España, habrá producido su efecto.....! Se dice que arribó á Puerto Rico (¿á Puerto Rico saliendo de Fernando Póo en dirección á Canarias?), que ha andado extraviada constantemente en el Gran Golfo de Guinea y después en el Atlántico, por la ignorancia de su Comandante y oficiales, y que los treinta y ocho confinados que llevaba han muerto todos.....!

A mi parecer el gobierno español está en el caso de decir al mundo civilizado qué ha hecho de esos hombres, cuya suerte es un misterio.

Iba en la «Pinta», entre otros sugetos respetables, el naturalista José Rosell.

El «San Antonio» es un vapor español, anda dos, cuando más tres millas por hora, así es que habiendo de Fernando Póo á Cabo Verde 856 leguas, de Cabo Verde á Tenerife 278 y de allí á Cádiz 225, total 1359, invirtió cincuenta y nueve días. En quince ó veinte rinde ese viaje cualquier vapor de mediano andar.

Son indescriptibles las penas que sufrieron los desventurados que iban á bordo; toda persona de buen corazón se extremece al oír el relato de ese espantoso viaje. Murieron en la travesía treinta y siete cubanos, que con ocho que quedaron sepultados en Fernando Póo, formaban á la llegada á Cádiz, y de allí á Mahón, el total de cuarenta y cinco víctimas; sin contar las de la «Pinta» y veinte confinados más que desembarcaron moribundos.

Entre los muertos á bordo del «San Antonio» se cuentan, José León Alberna, joven literato natural de Remedios, que fundó los periódicos «La Razón» y «El Porvenir», escritor fecundo, verdadero republicano y poeta dulcísimo. Francisco Bonachea, joven también: tenía un excelente corazón y siempre se distinguió por su honradez, su laboriosidad y sus sentimientos benéficos: Pedro Salabarría, profesor de instrucción superior, hombre de virtudes austeras, medio ciego, inofensivo, anciano y que sufría un pesar profundo al verse separado de su esposa y de su hija. José Mesa, distinguido abogado de la Habana; Ramón González, hombre del pueblo, criado en los campos de Cuba y que era por lo mismo muy hospitalario, sencillo, honrado y de un trato franco; el ingeniero Diego Rivas y otros sugetos dignos de aprecio, casi todos padres de familia.

Cada vez que moría uno de los confinados era motivo de risa y algazara y una diversión para los oficiales y marineros cuando éstos lo arrojaban al mar, diversión que prolongaron una vez atando al cadáver dos carneros que estabau con muermo para contemplarlos pugnando por nadar y sosteniendo á flor de agua el inanimado cuerpo.

Se repitió en Cabo Verde la escena del carbón: lo arrojaban hecho cisco desde la cubierta al fondo del buque con tanto exceso que poco faltó para que pereciesen

asfixiados los presos, y habiéndose echado de menos al infeliz Carlos O'Connel, se le buscó y halló al cabo de mucho tiempo cerca de la carbonera, cubierto del negro polvo y espirando; á los pocos momentos dejó de existir.

Miguel Arce y Joaquín Novel murieron devorados por los gusanos que el calor y el desaseo habían desarrollado en las úlceras que se les formaron con los balances del vapor Borja donde quiera que en sus demacrados cuerpos sobresalían los huesos y se había ido destruyendo la piel por su roce con la dura tabla. Fueron puestos con los cerdos debajo del castillo de proa, pues causaban asco á los oficiales, y en sus últimos momentos, Novel, al oír los insultos que le dirigía el médico de á bordo, D. Emilio Fernández Cid, le dijo: «No se moleste, doctor, poco le daré que hacer,» y espiró.

No había un solo confinado que dejase de estar padeciendo disentería ó fiebre, y era general en ellos la demacración.

Los oficiales y marineros los llenaban continuamente de injurias y el médico Fernández Cid fué el más inhumano y procaz: cada vez que se acercaba á los enfermos era para vituperarlos; seguía le Castro, médico también, que venía de pasajero y había tenido á su cargo el hospital de Santa Isabel; y le igualaba el segundo comandante Camargo, viejo maldiciente. Los dos primeros, iniciados en la más humanitaria de las ciencias, tocaban la flauta, se reían y cantaban cada vez que moría un confinado. El primer Comandante era algo moderado, pero de carácter débil.

Por fin, llegaron á Mahón y aquellos espectros fueron encerrados en el castillo de la Mola. Allí fué á verlos el patriota Juan Bellido de Luna y escribió á un amigo de New-York: «Tienen la cara verde, parecen cadáveres ambulantes y pocos, muy pocos, escaparán con vida.» En efecto, murieron en la cuarentena catorce, entre ellos el apreciable doctor en medicina Angel Sandoval, el joven Juan Bautista Blanco, que durmió en el «Borja,» por falta de espacio, sesenta y cinco días sobre un baul de menos de una vara de largo y media de ancho; los ancianos Manuel Abreu, José Antonio González, &c.

En Mahón fueron tratados los confinados con la mayor bondad; los mahoneses dicen que no son españoles.

Después de un mes de encierro en el castillo se les puso en libertad con la condición, hecha constar en los pasaportes por el Ministro de Ultramar, «de que no pudiesen ir á Cuba, mientras estuviese en estado de guerra.»

Casi todos se dirigieron á Barcelona para pasar al Havre, y de allí á los Estados Unidos, á Paris, etc., y llegaron á aquella ciudad la tarde del veinte y nueve de noviembre de 1869. Caminaban silenciosos y tristes hacia la fonda de los Caballeros, cuando al atravesar la Rambla los detuvo el espectáculo de un ataúd sobre una cureña arrastrada por cuatro caballos. Detrás iba el ayuntamiento, dos batallones de infantería, uno de caballería y varios niños de asilos piadosos.

¿Quién era el militar que iba en aquel ataúd? ¿Quién era que no tenía ni siquiera un amigo que lo siguiese hasta dejarlo en la augusta mansión de la verdad y se formaba su fúnebre cortejo de concejales y soldados? Al llegar al paseo Gracia, éstos, dejando cumplidas las fórmulas oficiales, debían retroceder y seguir la cureña con sólo los enterradores hasta el cementerio, que quedaba á dos millas. ¿Quién era aquel hombre, mejor dicho, quién había sido en el mundo que así venía la mano de Dios á ligar el recuerdo de su enterramiento con la llegada á Barcelona de aquellos mártires? Era D. Domingo Dulce, que había querido ser cubano y español, liberal y déspota, abolicionista y sostenedor de la esclavitud; que había decretado en Cuba la libertad de la prensa para conocer y perseguir á los hombres de ideas avanzadas; que se había entregado en brazos de la anarquía y la anarquía lo había cogido debajo de su rueda; que quiso oponerse y no pudo á los espléndidos destinos de la nación cubana.... ¡Detente, general Dulce, cuidado no resbalen los caballos en la sangre.....!

FIN

---

---

# APÉNDICE.

---

## ALGO SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE GUÁIMARO,

Y

## HECHOS ESPANTOSOS DE LOS ESPAÑOLES.



¡Horror! ¡horror! ¡horror!

SHAKESPEARE.

Jamás se había visto en idénticas circunstancias, aun en las naciones más adelantadas, al hacerse el deslinde de los poderes, reducir á su órbita legítima el Ejecutivo para preservar la República de las invasiones de la tiranía. Otra nación, al organizarse al estruendo de los combates, en medio de una guerra en que por efecto de la barbarie española, no ha sido posible establecer las reglas del derecho natural, hubiera comenzado invistiendo de la dictadura al Primer Magistrado. Este es, en los pueblos atrasados en el amor á la libertad, el supremo *considerandum* de todos los males: crear la dictadura, ó lo que es lo mismo, conculcar las leyes, des-

truírlas, para sostenerlas. Semejante camino conduce fácilmente al despotismo y acostumbra á los ciudadanos á ver como débiles é inestables lo que debe aparecer á sus ojos con caracteres eternos, el código fundamental de aquellos derechos sobre los cuales no debe legislarse, ni siquiera discutirse, tales como la libertad de conciencia, la de enseñanza, la de imprenta, (el paladion de todas al decir de Julius), el derecho de reunión pacífica, etc.

Pero si la Cámara de Representantes de la Nación, compuesta de tan claros varones, ha dado un ejemplo de sabiduría, previendo hasta el caso del enjuiciamiento de sus mismos miembros, no es menos digno de alabanzas el Presidente actual, Carlos Manuel de Céspedes, que antes lo erade la Constituyente: modestoen su elevada posición, constante, sufrido, valeroso, y magnánimo, tiene tan profundo respeto á la Constitución, que desde que fué votada por la Cámara y ratificada por el Poder soberano del Pueblo, la ha cumplido fielmente; ha sido simple ejecutor de sus mandatos.

El artículo 24 dice: «Todos los habitantes de la República son enteramente libres.»

He aquí la gran ley de nuestra Nación, el golpe de muerte de la esclavitud en América, el acto de justicia más oportuno y necesario para responder al deseo unánime de la cristiandad y al espíritu de nuestros tiempos. Adams, Hamilton, Jefferson y todos los autores de la Constitución de los Estados Unidos, se hubieran llamado felices si hubiesen podido incluir esa cláusula, lo cual hizo imposible la falta de fe en el pacto federal y el anhelo de regirse cada Estado de por sí; fuéles preciso para llegar á la síntesis política el sacrificio de la justicia y del sentimiento, y admitir en la comunidad de pueblos libres otros pueblos hermanos, ricos, ilustrados y generosos; pero que estaban enfermos, heridos y gangrenados en su modo de ser social y moral.

Bajo este respecto los legisladores de Guáimaro han tenido más gloria que aquellos venerables varones, cuya obra inmortal ha servido en muchos puntos de modelo á la Cámara de Representantes de Cuba, y servirá mientras exista el mundo á todos los pueblos libres, que ella

ha venido á ser, apoyada en la prueba de la experiencia, como los axiomas de la Economía política, que no hay más que aplicarlos.

«Nuestra Constitución rigirá lo que dure la guerra de independencia.» Esto es muy natural. La Cámara de Representantes, por ejemplo, ha asumido el derecho de nombrar el Presidente de la República, el General en jefe de los ejércitos, etc. No podía ser de otro modo sin correr el peligro de verse huérfana la Nación de aquellos indispensables funcionarios mientras el Pueblo los elegía, dado que los arrebatasen de sus puestos los azares de la guerra, lo cual, si no es probable, es por lo menos posible y debe preverse. Una vez que reine la paz el nombramiento de Presidente será hecho por el Pueblo, por medio del sufragio universal, y el de General en jefe de los ejércitos tal vez propuesto por el mismo Presidente, como generalísimo de las tropas de mar y tierra y aprobado por la Cámara.

La República se divide en cuatro Estados: Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente.

No es mi ánimo escribir un comentario sobre esta obra, no ciertamente acabada; pero que es un monumento en que las naciones cultas verán cuales son nuestros deseos, nuestras aspiraciones, nuestro amor á la justicia, y como hemos comenzado nuestra vida política tributando culto á los más santos principios.

El día no lejano del triunfo definitivo se llenarán los huecos que se notan, tales como la creación de otra Cámara, (Cámara alta, Senado) para que haya balanza de poderes, imitando á Inglaterra y más especialmente á la Unión Americana, por exigirlo el sistema republicano federal y hasta el del gobierno monárquico constitucional.

Por hoy nos basta á los cubanos haber sentado como ley fundamental que la Cámara de Representantes, ó sea el Congreso, no podrá legislar sobre las libertades de culto, imprenta, enseñanza, petición, ni ninguno de los derechos inalienables del Pueblo.

Hemos puesto el sólido cimiento de nuestra futura grandeza: la victoria, la paz, la meditación y la expe-

riencia de los demás pueblos, nos darán tiempo para colocar todos los sillares del magnífico edificio, que ya nos ha hecho dignos de la estimación del mundo. Cuba lleva ahora en una mano el *machete*, en la otra el código de sus derechos.

La Cámara de Representantes ha regularizado la administración de justicia con el establecimiento de una Corte suprema, jueces criminales y civiles y cortes marciales. Cada Estado tiene un Gobernador civil, con sus tenientes en cada distrito, prefectos y suprefectos, y todos estos cargos son de nombramiento popular. La organización del Ejército ha sido objeto de una ley. Otra declara que todos los ciudadanos de dieciocho á cincuenta años se consideran soldados de la Patria, con el deber de incorporarse al ejército, si se estima necesario. Esta ley es una aclaración del artículo 25 de la Constitución. Otra dispone la emisión de dos millones de duros, que la República se obliga á pagar con un interés módico, y el papel moneda que representa esa suma en cantidades pequeñas para facilitar toda clase de transacciones, circula sin inconvenientes en la región Oriental de la Isla y gran parte de la Central, que es el territorio ocupado por el Gobierno, estando el resto en poder de los extranjeros. La República ocupa más de las dos terceras partes de la Isla.

La Cámara ha publicado otras leyes sobre libertad de comercio, y empeñándose en estimular la industria interponiendo su influencia, sin daño de la actividad individual, como puede observarse de la siguiente comunicación interceptada por un jefe español y que publica el *Diario de la Marina* de 21 de Enero del presente año de 1870; de modo que no puede ponerse en duda su autenticidad por los enemigos de nuestra Nación: "República Cubana.—O. P.—240.—Secretaría de Estado.—Departamento de Hacienda.—Continúa la escasez de ropas, y como mientras tanto debemos apurar todos nuestros recursos para cubrir las atenciones que son á nuestro cargo, recomiendo á usted que emplee toda su actividad, interés é influencia para establecer fábricas de tejidos é hilados, lo mismo que se han establecido otros talleres,



aprovechando al efecto la majagua, *guano*, (1) heniquen, malva peluda y las otras materias textiles que poseemos. No hay duda que se ofrecerán dificultades para el buen éxito, pero me prometo que usted las vencerá, y que así adquirirá nuestro país una nueva industria, que se perfeccionará más adelante, colocándose por fin á la altura conveniente.—P. y L. Guaimarillo, Octubre 12 de 1869.—El Secretario de Hacienda, Eligio Izaguirre.—C. Intendente de Hacienda de Cuba.” (2).

---

(1) Pencas de la palma *Horreodocia regia*.

[2] La industria de la fabricación de lienzos puede ser y será una gran fuente de riqueza en Cuba.

El Secretario de Hacienda, Sr. Izaguirre, al enumerar las plantas textiles, ha olvidado el algodón [*Gossypium herbaceum*, Linneo], que nace espontáneo en la Vuelta Abajo, y que sembrado en las costas de nuestra Isla crece con mucha lozanía, participando de los principios salinos que arroja el viento al chocar las olas con las rocas de la orilla, y produce un vellón abundante y bellissimo.

Los cayos que rodean la Isla serán, no tarde, riquísimos algodonales.

La variedad *sea-island*, es la preferida en el Sur de los Estados Unidos.

Verdad es que esta planta tiene muchos enemigos del reino animal: la langosta y las mariposas, que se presentan algunos años en tanto número que obscurecen el sol y destruyen en pocas horas el campo más extenso: el *cut-worm* de los americanos, el *aphis*, las chinches verdes, la *casidea purpúrea*, etc.

Los dos primeros son los verdaderamente temibles; mas advierto que en Cuba no se conoce la langosta, y que cultivando en pequeño los labradores en sus predios esta admirable planta, traerían en conjunto al mercado un artículo valiosísimo, exportable para Europa, especialmente para Inglaterra.

El algodón constituye uno de los más importantes ramos de la riqueza de los Estados Unidos, y allí sería tenido por demente el que propusiese abandonar su cultivo por temor á las plagas. [Véase el tratado sobre el algodouero, que publiqué en el primer tomo de mi obra, *Tesoro del Agricultor cubano*.] Habana, 28 de Mayo de 1899.—*N. del A.*

Se publican cuatro periódicos, intitulados: *Boletín Oficial*, *Cuba Libre*, *La Estrella Solitaria* y *El Mambi*.

El Correo funciona con regularidad desde Baracoa hasta los límites de Colón.

Se han establecido municipios.

La educación é instrucción públicas han sido miradas con el más solícito interés; se han promulgado distintas leyes decretando la fundación de escuelas primarias, y también para facilitar la enseñanza á los hombres de color, desgraciadamente condenados por el receloso despotismo español, con especialidad en las plantaciones de caña, á la neblinosa noche de una completa ignorancia, que no permite á muchos ver la espléndida luz de sus derechos. La juventud blanca de los campos está en el mismo caso. Este es un punto importantísimo, que no podía menos de atender la Cámara, y debemos aplaudir que á más de los numerosos planteles donde aprenden blancos y de color unidos, brotan por donde quiera escuelas de noche y dominicales de adultos.

Recomiendo muy especialmente las escuelas nocturnas de adultos, único medio de recuperar el tiempo perdido por el maquiavélico gobierno de España, que buscaba en la ignorancia la solidez de su existencia, como si las masas inconscientes no fuesen olas de un mar fácilmente agitado por cualquier viento del cuadrante.

La agricultura ha triplicado sus productos: interrumpido el comercio de importación, ella basta para el mantenimiento del pueblo y del ejército. Numerosos *sitieros* blancos y los hombres de color, que antes eran esclavos y hoy son libres, todos los que no siguen el ejército incorporados en sus filas, se han dedicado á la labor de la tierra.

En fin, se han dictado leyes sobre beneficencia, sobre matrimonios civiles, aceptados como legítimos en virtud de la libertad de cultos, y sobre todos los ramos de la administración del Estado.

Cuba, al aparecer como nación, sigue todas las reglas y principios más avanzados en la esfera de la libertad, sin apartarse una línea del derecho, ventaja inmensa que ha tenido sobre sus opresores, que hacen alarde del crimen y la violencia, levantando el cadalso en todas

partes, todos los días, casi á todas horas, en los lugares donde dominan y entregándose con vergonzoso cinismo al despojo más infame de las propiedades de los ciudadanos. Más de tres mil de éstos han visto sus bienes confiscados: la deportación á climas remotos por meras sospechas, ó á la llamada madre patria, se estima como una pena leve; y pareciendo á los feroces españoles benigna la de muerte, arrojan los patriotas á la hoguera para que mueran sufriendo espantosos dolores abrasados por las llamas, ni más ni menos como lo practicaba la inquisición, con cuyo sistema de gobierno tiene gran semejanza el de España en la martirizada colonia.

No ha quedado un adarme de justicia ni de sentimientos humanos en la mente de los peninsulares de Cuba, exceptuando un corto número. Los guían dos pasiones: la del oro y la de la venganza.

La pena más injusta y rigurosa les parece benigna; han querido inspirar terror al pueblo cubano, y como es natural, lo han llenado de indignación, lo han exasperado y lo han conducido, ó por lo menos lo han estimulado á esa serie de hechos gloriosos y magnánimos que colocan tan alto su nombre. En efecto, ¿qué estímulo mayor podía haber para el patriota que contemplar á la púdica virgen subiendo entre los silbidos de la soldadesca, las gradas del cadalso, dando vivas á Cuba libre; ó á la que, menos venturosa, perdió, antes de espirar asesinada, la flor de su inocencia, como Adriana del Castillo; ó la que como María Martínez, esposa y madre, murió á manos de los voluntarios de Trinidad, rodeada de sus tres niños, defendiéndose heroicamente y yendo á caer herida por una bala en las sienes al lado del cadáver de su joven esposo? La sangre pide sangre: el cadalso es para la revolución como la regadera del hortelano, que apresura el crecimiento de las plantas.

He dicho que la pena más injusta y rigurosa la estima el partido de los empleados y negrófagos como benigna, y agregaré que no es permitido á los jueces obrar con independencia, sino que han de convertirse en instrumento de encarnizadas pasiones, en verdugos. Nada importa la conciencia: si los jueces

no son crueles se les castiga. Para dejar probado este aserto y que los lectores comparen el sabio Gobierno de la República y el de España, en la parte en que domina aún, bastará copiar lo siguiente de la Gaceta oficial de la Habana, y las líneas que ha estampado á su pié el periódico *La Revolución*: «Capitanía General de la isla de Cuba.—Estado Mayor.—El Consejo de guerra verbal celebrado en esta plaza en el día de hoy para ver y fallar la causa instruida contra el paisano D. José Valdés Nodarse, por haber proferido palabras subversivas, le ha condenado á la pena de seis años de presidio:—y S. E., conformándose con el dictamen del señor Auditor de Guerra, se ha servido aprobar dicha sentencia; pero reconociendo como el expresado Sr. Auditor, gran lenidad en el fallo, por no estar arreglado á las ordenanzas, códigos y bandos vigentes, ha resuelto que el Presidente y vocales del Consejo sufran dos meses de prisión en un castillo.

Se publica de orden de S. E.

Habana 24 de Diciembre de 1869.—El Brigadier Jefe de Estado Mayor, *Carlos Navarro*.»

El delito, *palabras subversivas*.

La pena, *seis años de presidio*.

El tribunal, un *Consejo de guerra*.

El juicio, un procedimiento *verbal*, en que no hay defensa, ni pruebas, ni apelación, ni garantía de ninguna especie.

¡Y sin embargo, el General Caballero de Rodas, que en su Circular del 8 de Julio de este año, recomendaba las garantías de los procesados, y la observancia de las formas legales, aprueba la sentencia!

Pero la aprueba, declarando al mismo tiempo que los jueces han procedido con grande lenidad; y como esta lenidad es muy culpable, los mismos jueces del Consejo son condenados, sin oírseles, á dos meses de prisión en un castillo!

Esta es la JUSTICIA de España.

La sentencia es injusta, es ilegal, y se aprueba sin embargo.

Por causa de esta sentencia se condena á los indivi-

duos que la pronunciaron; pero la sentencia queda á pesar de eso subsistente!»

Las facultades de la Audiencia pretorial de la Habana, tribunal de apelaciones que en los siglos pasados asumía todo el poder en la Isla, superior al del Capitán general, y que después quedó circunscrito á lo judicial, han sido ignominiosamente anuladas. Sucedió en Octubre del año último que en la causa seguida en Cárdenas contra los jóvenes José Mora, Esteban Parodi, la señorita Rosa Martínez y otros, por infidencia, absolvió á los acusados. Parece que en realidad estaban inocentes, pues se les atribuía tener unas armas ocultas en la casa de dicha señorita y fueron encontradas, en efecto debajo de una pila de cal, en el patio; pero ella y toda la familia se hallaban en el campo y la casa cerrada. La señorita Martínez, modelo de gracias y virtudes, ha sufrido larga y penosa prisión, lo mismo que Mora y Parodi.

La Audiencia, no encontrando pruebas bastantes, ó acreditada la inculpabilidad, hizo muy bien en absolverlos, era su deber, mucho más teniendo en cuenta la prisión sufrida; pero los voluntarios de Cárdenas, acostumbrados hace fecha á la anarquía, no quisieron obedecer la sentencia, maltrataron al escribano que fué á la cárcel á notificarla, buscaron al alcalde mayor para aprehenderle ó asesinarle, creyéndole su autor, y mandaron en el acto una comisión al celeberrimo Capitán general Caballero de Rodas, quien hollando todas las leyes, dispuso que no sólo esa causa, sino todas las sentenciadas por la Audiencia, fuesen nuevamente examinadas y sujetos los reos á un consejo de guerra.

Vióse destruído el orden judicial, y al ametallador de Cádiz, al contemporizador con los anarquistas, ejerciendo funciones sólo propias de las Cortes de su nación. Quedaron inutilizadas las leyes, vejada la Audiencia, despreciadas públicamente las formas legales, y desapareció, para mengua de España, la única vislumbre de administración de justicia que tenía en la Isla, pues al cabo aquel tribunal de segunda instancia se componía de letrados.

Pero ¿para qué hablar de leyes en el territorio que

ocupan los godos? Su ley es la violencia, su afán la destrucción de todos los cubanos y el despojo de sus propiedades; su sistema, el tormento y después la muerte. En todo la crueldad, siempre la crueldad.

Creo oportuno citar algunos hechos, para que se conozca no sólo que domina la anarquía donde gobiernan los españoles, sino que estos no pueden considerarse como hombres civilizados y cristianos, sino como semi-bárbaros, en grado inferior á los turcos. Macedonia, por ejemplo, no es tan desgraciada bajo el poder del Sultán, como Cuba bajo el poder de los terribles Capitanes generales.

Hace muy poco que dos soldados voluntarios amanecieron muertos en el campo en Pizar del Río. ¿Quién los había asesinado? Nadie lo sabía. En medio de esta incertidumbre los voluntarios que guarnecían aquel punto aprehendieron inmediatamente á los diez vecinos más cercanos, que eran padres de familia honrados y pacíficos. Lo que hicieron con ellos aparece del siguiente suelto, que publica el acreditado periódico «La Revolución,» en su número de 4 de Enero de este año de 70. «HORROR!—Hemos visto una carta escrita por uno de los voluntarios del batallón de Zulueta, vuelto recientemente á la Habana, después de las proezas sabidas por todo el mundo, y entre las que culminó la matanza de diez individuos, á sangre fría y con todo el aparato de la justicia militar española, que son el verdugo y el confesor. Dicha carta pinta con fruición infernal el modo como se llevó adelante la causa, y dice así: «Pusimos á cada uno de los reos en un cepo con el rostro contra el suelo y los piés más elevados que la cabeza. Ellos creyeron que eso era el castigo, y protestaban de su inocencia; y entonces les pusimos dos piedras de punta debajo del pecho y otra más pequeña dentro de la boca. A los pocos minutos dijeron que querían declarar, y entonces yo mismo con la bayoneta les sacaba el guijarro de la boca. Algunos se hacían los desmayados y bajaban la cabeza; un sargento de mi compañía ideó colgarles un peso al cuello con un palo que terminaba bajo la barba que les impedía volver á

bajar la cara. Así conseguimos que todos declarasen y los fusilamos á todos.»

El ilustre general Federico Cavada, que tantos lauros ha recogido en el Estado de las Villas, interceptó la correspondencia del campamento español. — He aquí varios párrafos de cartas dirigidas á España: «Domingo Graiño, desde Villaclara, con fecha 23 de Septiembre del año último de 69 escribe: «Eu esta jurisdicción se fusilan más de 300 mensuales, espías y laborantes. Yo solo con mi partida llevo nueve despachados y no me cansaré nunca de matar.»—Jesús Rivacoba, desde la Encrucijada, dice con fecha 4 de Septiembre: —«Cogimos 17 de ellos, de los que 13 fueron fusilados en el acto, los cuales al morir decían: «Viva Cuba libre!» «¡Viva la independencia!» y un mulato decía: «¡Viva Céspedes!» Al día siguiente matamos á un oficial cubano y á otro. Entre los 13 que fusilamos el primer día, había tres hijos y un padre. Este vió la ejecución de aquéllos sin cambiar siquiera de color, y cuando llegó su turno dijo que moría por la independencia de su patria. Al regresar nos trajimos tres carretas llenas de mujeres y niños, familias de los que habíamos matado; y nos decían que las fusilásemos, que preferían morir á vivir entre españoles.»—Pedro Fardón escribe á Rosendo Rivas, con fecha 22 de Septiembre: «Ni un solo criollo quedará en esta isla, porque todos los que encontramos en el campo, en los potreros y en todos los bohíos, los fusilamos.» La misma persona dice á su padre: «No dejamos bicho alguno vivo por donde pasamos, tanto gente como animales; si encontramos vacas, las matamos, bestias ídem, puercos ídem, hombres, mujeres ó chiquillos, ídem. Las casas las quemamos, así es que todo el mundo paga el pato, los hombres á tiros, los animales á bayonetazos. La isla queda despolada.»

El simpático y valiente joven José Barreto, Capitán de nuestro ejército, hallándose en Níguas, jurisdicción de Villa Clara, se separó un día de aquél y de incógnito pasó á ver á su madre, que estaba escasa de salud. Fué denunciado por un infame y preso inmediatamente por la columna española al mando de Trillo y Figueroa, Teniente Gobernador de Sagua la Grande. Después de

habérsele atado los brazos tan fuertemente que el cáñamo le partió la piel haciendo brotar la sangre, le dieron muchas bofetadas y le escupieron la cara. Al mismo tiempo le decían mil improperios, lo propio que á su madre y á sus hermanas. El joven exclamaba: «Cobardes, quitadme la vida, y si queréis probar mi valor, soltadme.»—«¿Quitaros la vida? dijo el Jefe, la perderéis; pero será lentamente.» Entonces le untaron el pecho con petróleo y le aplicaron un fósforo encendido. Aquel héroe, aquel mártir, ardiendo sus carnes, superior al dolor, decía con robusta voz: «¡Miserables! ¡Asesinos! Quisiera tener, no una, sino mil vidas, para perderlas de este modo en holocausto de la patria. Madre mía, hermanas mías, no se aflijan. ¡Viva Cuba libre! ¡Viva Céspedes! ¡Mueran los españoles!»

Enfurecidos al oír sus palabras, le ataron los piés al pescuezo, trajeron un gran caldero, le vaciaron algunas botellas del líquido inflamable, le prendieron fuego y lo zambulleron.

La madre y las hermanas del mártir presenciaban esta escena entregadas á un dolor que sería necedad tratar de describir.

Muerto Barreto, sacaron su cuerpo carbonizado, lo dejaron en la sala, tomaron el caldero y se marcharon.

El otro capitán de nuestro ejército, el joven Valentín Goicouría, hijo del general Goicouría, muy conocido en esta ciudad de New York y muy estimado por su virtud, su talento y su laboriosidad, cayó en manos de los españoles con las piernas heridas en la acción de las Cuavas, funesta para las armas de la República. Le cortaron las manos y los piés, después los brazos, después las piernas, le sacaron un ojo, le cortaron las orejas y en ese estado gritaba: «¡Viva Cuba libre! ¡Muera España!»

Los soldados le sepultaron las bayonetas en el pecho, exhaló el último aliento y entonces lo hicieron menudos pedazos.

Cuando al otro día los patriotas desalojaron á los españoles del campo, haciéndoles muchas bajas, se supo que aquellos restos eran los del capitán Goicouría, por



los papeles que se hallaron en el suelo, y se hizo además público el hecho por nuestros feroces enemigos, deseosos de inspirar terror. ¡Inspirar terror á los cubanos!

Al otro joven, oficial cubano abanderado, Arcila, que cayó prisionero cerca de Manzanillo, le cortaron las orejas y los brazos y lo pasearon por las calles de esa ciudad.

En Bemba sorprendieron los bandidos llamados Chapegorris en sus casas, diez y nueve de los más ricos hacendados, y sin juzgarlos, ni siquiera verbalmente, los fusilaron. Estos mismos han dado muerte á más de mil vecinos tranquilos de Jagüey Grande, Guamutas, Colón y Bemba.

El joven Pino, de Remedios, sacado de su casa una noche, fué inmediatamente fusilado por los voluntarios. Al recibir la muerte exclamó: «¡Viva Cuba li.....!» no pudo terminar la frase porque espiró.

Los voluntarios de Caibarién conducían á Remedios, por las calles de aquella población, hacia el paradero del ferrocarril, atados de codos, al acreditado doctor en medicina Francisco María Jiménez y al honrado y laborioso propietario Rafael Falero, ambos cubanos, padres de familia, y que habían sido extraídos de un buque inglés. A cada paso los hincaban con las bayonetas y exclamaban: «Digan Vds.: ¡Viva España!» Otras veces les pegaban culatazos, y tanto y tanto los martirizaron, que Falero exclamó: «¡Viva Cuba libre!» Inmediatamente les clavaron repetidas veces las bayonetas, y cayeron al suelo aquellos infelices dando con las agonías de la muerte saltos convulsivos. Bañándose sus verdugos en la sangre que brotaba de las heridas, se subieron sobre sus cuerpos, el rojo líquido corrió más presuroso, les destrozaron las cabezas con las culatas de los fusiles, los despojaron de los relojes y de las monedas de oro que llevaban cosidas en un lienzo y atadas al pecho, y mientras practicaban esta operación gritaban en coro: «¡Viva España con honra!» Los cadáveres fueron trasladados á las afueras del poblado, donde sirvieron de pasto á las aves carnívoras.

Francisco Bacallao, rico hacendado de Remedios, due-

ño de la hacienda «San Felipe,» fué á las Placetas á cobrar el valor de unas reses que la columna española había extraído de su finca con la promesa de pagarlas. «Espere Vd. un poco, paisano, dijo el jefe de dicha columna, ahora mismo se le pagará.» En el acto llamó cuatro soldados, lo mandó á arrodillar y fué fusilado. Conocí personalmente á Bacallao: era muy trabajador, muy honrado, de unos cincuenticinco años de edad, algo avaro, buen padre de familia y extraño á los asuntos políticos; sólo atendía, como en los tiempos normales, á sus propios intereses. Para algunos vecinos de la comarca de Remedios el asesinato de Bacallao ha servido de útil ejemplo; no puede ni debe el hombre prudente permanecer impasible en un período en que la sociedad se halla profundamente conmovida, el que lo intente se coloca en el terreno más peligroso. La anarquía, la rapacidad y el bandolerismo del godo se detienen, oponiéndoseles simultáneamente todos los buenos. La inercia y el indiferentismo dañan mucho á la revolución, y llevan al ciudadano á la muerte, semejante al hombre dormido que va resbalando al fondo de un abismo.

«El 30 de Diciembre último, dice el periódico «La Revolución,» en uno de sus números de Enero de este año de 70, copiando una correspondencia digna de todo crédito, salió una división española de unos 2,500 hombres desde Guamo para las Tunas, llevando algunas cargas de provisiones. Como habían fracasado varias tentativas que se habían hecho para atender á las urgentes necesidades de la guarnición, los patriotas consintieron en retirarse de Sabana de Muñoz, Sabana de la Piedra y Paso de las Arenas, en donde estaban situados para dejar que llegase á las Tunas un convoy el 20 de Diciembre último, del cual, según contrato acordado con el coronel Velazco, se daría en proporción á los habitantes la cantidad de alimentos que les correspondiese. El jefe español ofreció solemnemente cumplir con su promesa, en cambio del favor que le dispensaban los patriotas permitiéndole pasar con el convoy, y aseguró que repartiría por igual las provisiones entre los soldados y los habitantes, pero al llegar á las Tunas los

soldados se apoderaron de todas ellas y dejaron morir de hambre á unos cincuenta entre niños y mujeres, que no pudieron prolongar su triste vida más que unos cinco días después de aquella fecha.

«Sabido esto por los cubanos, se prepararon para castigar la falta del cumplimiento de una palabra de honor empeñada bajo condiciones que la hacían obligatoria. El coronel Velazco escribió al jefe de las tropas cubanas disculpando la conducta de sus soldados y prometiéndole que no volvería á suceder semejante cosa si le permitía llevar otro convoy de provisiones; pero el jefe cubano, satisfecho ya de lo que vale la palabra de honor de un español, mandó del 30 al 31 de Diciembre situar sus tropas en los tres puntos en que antes estaban. Las tropas realistas se batieron reñidamente y con gran pérdida, tratando de salvar parte del convoy, pero viendo que nada conseguían, sacaron de las Tunas más de cuarenta señoras y señoritas cubanas y las presentaron al fuego: diez iban al frente, veinte en el medio de la columna, y unas quince á retaguardia. Al principio los cubanos se negaron á disputar el paso á sus contrarios, viendo entre ellos á sus esposas y sus hijas; pero abriendo el fuego los españoles, no fué posible por más tiempo la prudencia y la compasión, y el combate se hizo general. Una joven, la Srita. Merced Varona, se adelantó y dirigiéndose á los suyos, dijo:—«¡Fuego! ¡cubanos! No hagáis caso de nosotras, lo que queremos es morir!» Un capitán español que estaba á su lado, sacó su revólver, se volvió hacia ella, y dirigiéndole una imprecación desvergonzada, le disparó un tiro y le levantó la tapa de los sesos.»

En aquel instante atronó el aire el estampido de 300 armas de fuego, y cayeron, revolcándose en su sangre, damas, soldados y caballos.

La triste suerte de Merced Varona me recuerda otra heroína cubana, la Srita. Juana Torres, joven de quince años, de las principales familias de Holguín, notable por su belleza, sus virtudes y sus gracias. Fué perseguida por su amor á la independencia, se le encerró en la cárcel pública con sesenticinco criminales de delitos comunes, (la trataron con el más profundo respeto) y cuan-

do los patriotas se propusieron poner sitio á la ciudad, ella les mandó decir en secreto: «No se detenga el estampido del cañón; perezca yo bajo las ruinas de este edificio, y sálvese la Patria.»

¡Cuántos hechos de heroicidad pudieran citarse como este! El bello sexo cubano ha dado un ejemplo digno de la admiración del mundo.

Comunicó un individuo á Trillo y Figueroa, Teniente Gobernador de Sagua la Grande, que el general Díaz de Villegas, el coronel Guillermo Lorda y otros jefes cubanos, habían pernoctado en Maguaraya, jurisdicción de Villa Clara, en la tienda de José Iglesias. Sin dilación pasó á ese punto Trillo, y rodeando la casa comenzó á hacerle fuego. Estaban dentro Iglesias, su anciana madre, su esposa, dos niños, tres tabaqueros y un pardo que accidentalmente compraba efectos.

Iglesias, viéndose atacado de ese modo, hizo un disparo, varios el pardo y uno la esposa con un arcabuz, dejando muerto al corneta que estaba al lado de Trillo. Este entonces mandó poner fuego á la casa, que era de tabla y techo pajizo, y murieron todos abrasados por las llamas, menos la anciana, que salió é iba corriendo en dirección á un platanal, cuando cayó acribillada á balazos. A este hecho inhumano, á este crimen, se le llamó por los periódicos españoles la gloriosa acción de «La Lata,» nombre del cuartón en que estaba situada la tienda, y tributaron los mayores elogios al cruel y menguado Teniente Gobernador de Sagua la Grande.

En Santiago de Cuba fueron reducidos á prisión por meras sospechas, los respetables vecinos José Antonio Pérez, Rafael Espino, José Antonio Collazo (periodista), Bruno Collazo, Ascencio Ascencio, Andrés Villasana, Salvador Benítez, Joaquín Ros y el pardo Antonio Montero. La Comisión militar, no obstante ser tan sanguinaria, los consideró inocentes y los mandó poner en libertad. A los pocos días se les volvió á aprehender de orden del general D. Simón Latorre, de acuerdo con don Blas Villate, conde de Valmaseda, y con el pretexto de un careo se les mandó á Jiguaní. Los presos conocieron la suerte que les esperaba, presentaron una instancia por conducto de los cónsules de los Estados Unidos, In-

glaterra, Francia y Prusia, y D. Simón ofreció á esos diplomáticos bajo su palabra que pronto estarían de vuelta. Partieron para Jiguaní y en Cuba y Manzanillo se les unieron para acompañarlos varios amigos y criados. Eran estos Manuel Fresneda, Ecsuperancio Alvarez, Manuel Benítez, Manuel Natares, un criado del Dr. Pérez, un cocinero tomado en Manzanillo y otras personas; entre todas llegaban á veinte y una. En Jiguaní se les puso sin excepción en la cárcel, se les tuvo cuarenta y ocho horas en un calabozo inmundo y estrecho, incommunicados y sin alimento y de allí se les sacó, atados, en dirección al campamento español «Vueltas,» y á un kilómetro de la población, el teniente coronel Palacios, que los conducía y mandaba el batallón de Antequera y á la sazón la escolta, dispuso su muerte. «Les cortaron los brazos á unos, les sacaron los ojos á otros, y señores y criados, acompañantes y acompañados, todos fueron vilmente asesinados. No sólo se complacían en mutilar y profanar los cadáveres, sino que los despojaron de la ropa, de doscientas onzas de oro y de los relojes, sortijas y alfileres de brillantes que llevaban.» Este hecho consta, además, con todos sus pormenores, en un manifiesto publicado en Kingston (Jamaica) en 17 de Septiembre de 1869, por los conocidos y apreciables ciudadanos José Mainer, Tomás Collazo, Juan Acosta, José Collazo, Pedro Collazo y Tomás Acosta.

El venerable anciano Juan de Dios Castellanos, hombre rico, honrado y de sentimientos muy benéficos, compadecido del abandono en que se hallaba Leonor Escara, esposa del joven insurrecto Germán Barrio, que tenía siete niños, la proveyó de ropa y de alimentos. Estaba el pobre anciano en su casa de campo, situada en Limones, jurisdicción de Cienfuegos, rodeado de su numerosa familia, sentados todos á la mesa, cuando llegó con su partida el jefe de voluntarios D. Francisco Rodríguez Cobre. Instóle Castellanos que pasase á comer, con esa urbanidad, con esa cordial franqueza que acostumbra los hombres de nuestros campos, sin duda los más hospitalarios del universo. Rodríguez Cobre rehusó y dijo: «Gracias, quiero hablar con V. dos pala-

bras.» Salió Castellanos hacia fuera y al momento le previno que rezase el Credo y se arrodillase, que iba á morir. Oyeron sus palabras las hijas, corrieron desoladas hacia el monstruo suplicándole que no quitase la vida á su inocente padre; pero fué en vano, ordenó á sus soldados que lo matasen, le hicieron una descarga y cayó exánime, destrozado el infeliz revolcándose en su sangre, y Rodríguez Cobre dijo á la familia: «Entiérrenlo si quieren,» volvió la espalda y se ausentó á recorrer las demás posesiones de campo para ir haciendo lo mismo con otros vecinos inofensivos.

La señorita Luisa Fernández ha sido coudenada á muerte en *garrote vil*, en Sancti Spíritus, por la Comisión militar (otras lo han sido sin preceder ni siquiera juicio verbal) por haber favorecido la fuga de un patriota, y es cosa muy común que las tropas españolas salgan á merodear, reduzcan á prisión y traigan á las cárceles cuantas mujeres encuentran á su paso en los campos; en las cárceles han muerto y mueren en gran número de hambre y de sed esas desventuradas y sus pequeños hijos.

En la tarde del dos de Mayo de este año, en los alrededores de la villa de Remedios, fué derrotada la fuerza española, al mando del coronel Fortún, por la partida insurrecta de Miguel Ramos. Reuniéronse por la noche los peninsulares en la morada del titulado Comandante general del Departamento del Centro don Manuel Portillo, y acordaron tomar venganza, eligiendo cada uno una víctima. Eligiéronlas en efecto, y á las doce de la noche de aquel día fueron extraídos de sus casas los vecinos siguientes: Angel Ramos, que siempre me inspiró lástima, pues á más de contar más de ochenta años, tenía un principio de ataxia locomotriz que le dificultaba el andar. Su delito era ser abuelo de Miguel Ramos; José Cupertino García, de setenta años, sugeto respetable, que había sido repetidas veces alcalde de la villa; José Jáuregui, de sesenta años; Diego Valenzuela, José María de la Peña, Luis Pérez, los dos jóvenes Rosas, uno de los cuales era un cándido niño de trece años, Francisco Rodríguez Aricochea, el moreno Tiburcio Guacate, etc.

Llevaronlos al Cementerio de la población, con los brazos atados, en medio de más de cincuenta voluntarios, provistos cada uno de gruesos toletes de madera dura, á más de sus armas. Cerraron las puertas de aquel lugar de eterno reposo y los mataron á todos á palos, menos á Francisco Rodríguez Aricochea y Tiburcio, que lograron desatar las ligaduras; Aricochea se metió en un ataúd y allí pasó la noche, y Tiburcio, saltó la tapia y ganó el campo.

Al otro día se presentó el pusilánime Aricochea á Portillo, quien le dijo: «Váyase V. para su casa sin cuidado, que ha sido una equivocación.» Tiburcio se presentó también y le dijo lo mismo, mas en la noche fué asesinado en su casa. Ignoro la suerte de Rodríguez Aricochea.

El Capitán de Milicias, Manuel Caturla, presenció la espantosa matanza, y recibió tan fuerte impresión que quedó loco en el acto y murió á los quince días; profesaba un tierno afecto al auciano Ramos.

El capitán Domínguez, que estaba en operaciones militares en la región Oriental de la Isla, hallándose en el pueblo «La Veguita,» convidó á comer á los oficiales de su regimiento, y después de concluído el banquete les preguntó: «¿Qué les han parecido los manjares?» «Excelentes,» contestaron, «Pues sepan ustedes, agregó, que todos son compuestos con carne, sesos y orejas de insurrectos cubanos.»

Los concurrentes se levantaron nauseabundos, hízose público el caso, y llegó á noticia de D. Amadeo de Saboya, Rey de España, quien lleno de indignación dispuso en la orden del día que Domínguez fuese borrado de la lista de los militares, pues tan mal hombre deshonraba el ejército.

¿Se ha cumplido lo ordenado por el Rey? No, el antropófago continúa de capitán, muy estimado, pues dicen que es grande su valor. Los españoles confunden la ferocidad con la valentía. Mientras más feroz es el hombre, más cobarde; mientras más valiente, más compasivo y generoso.

Los extranjeros son también asesinados por los españoles con inaudita crueldad, especialmente los franceses

y norte-americanos. En toda la Isla son perseguidos, amenazados, y apenas abandonan sus propiedades huyendo de la muerte, vienen los jefes de partidas y cargan con todo, para lo cual existen sociedades en cada pueblo, compuestas regularmente de catalanes, que compran lo que las partidas roban, y así van todos los godos enriqueciendo.

Oigamos lo que dice, con referencia á Santiago de Cuba, una correspondencia dirigida por persona muy respetable al *Message franco-américain* y que publicó ese periódico en uno de sus números de Febrero de este año: «Varios franceses han desaparecido de sus propiedades, sin que se sepa de ellos, pero hay tres asesinados de la manera más brutal en estos últimos días, cuyos detalles se conocen y que revelan que la misma suerte ha tocado á los otros. Voy á darle los detalles, para que vea las bajezas é infamias de los españoles aquí.

«La primera víctima ha sido Mr. Theophile Latherad, natural de Burdeos, hijo del Director del Jardín de Plantas de esa ciudad, y hombre muy querido por su inteligencia y su bondad. Estaba de administrador del cafetal «La Thesalie» de la propiedad de Mr. Videau. La contraguerrilla del teniente del regimiento español Habana, llamado Méndez, llegó á la finca. Latherad lo recibe del mejor modo, sienta los oficiales á su mesa, sus vinos y sus tabacos se consumen con profusión. Méndez se decide á emprender su viaje, pero como el dueño, ha sido tan amable le suplica que lo acompañe una legua. Latherad accede muy gustoso, y dos de sus empleados le acompañan, sin sospechar la red que se le tendía para asesinarlo. Era la caída de la tarde, y á cierta distancia se encontraron con otro cuerpo español que conducía amarrado á Mr. Eugenio Stable, francés también y rico propietario. Así que estuvieron juntos, á una voz del jefe los soldados desenvainaron las espadas y cayeron sobre Latherad, sus dos compañeros y el desgraciado Stable. Consumado el crimen se dirigieron al cafetal de Mr. Pedro Luis Guibert, donde después de haber saqueado la casa, pusieron los cuatro cadáveres y la incendiaron. ¿Qué crimen habían cometido? El vivir en el campo, el haber permanecido en sus



fincas, cuando los insurrectos ocuparon ese distrito hace seis meses, el tener en fin, y este es el verdadero crimen, una cosecha de café de ocho á diez mil pesos, que ese teniente y otro llamado Guzmán querían repartirse. El mismo día los franceses de ese distrito lo abandonaban todo y se encerraban en la ciudad, donde como puerto de mar y residencia de los cónsules se procede con más decoro, ó más bien gran hipocresía.

«El abandono de las fincas permitía el saqueo de ellas y como esto llena uno de los objetos de los españoles en América, el robo, nada se ha intentado contra los asesinos de estas víctimas.

«Dos días después, Mr. Courteaux, bearnés, residente en Cuba desde hace 25 años, fué asesinado del mismo modo, en la hacienda «Altagracia,» propiedad de Mr. Grignan. Era imposible que estos crímenes, cometidos á 6 y 7 leguas de Santiago de Cuba, no se supieran con todos sus detalles. Los franceses residentes aquí tienen todas las pruebas, ocurrieron al cónsul de su nación, pidiéndole que inquiriera la causa de esos asesinatos, de esos robos, cometidos con súbditos extranjeros, que sabían en sus país respetar la vida de todo el mundo y aun socorrer á los españoles que iban á mendigar. El Canciller esta vez se ha movido y sacado por respuesta, «que el Gobierno sólo sabe que Latherad y sus dos compañeros habían desaparecido de su finca, y que presume que esten con los insurrectos, y Mr. Courteaux, conducido preso á Cuba, quiso escapararse y fué muerto en el camino para evitarlo.

«El error de las naciones de Europa es considerar á España como nación civilizada. Yo omito citar aquí nombres propios que darían todo el acento de la verdad que tiene esta carta, porque los desgraciados que yo citara verían sus propiedades confiscadas y recibirían la orden de salir inmediatamente del país. El temor de no hallar eco y apoyo en su gobierno es lo que impide á los franceses residentes aquí hacer una exposición de los hechos que sumariamente le relato, y de otros tanto ó más inícuos, que quedan sepultados en la obscuridad donde se comenten.

«Recientemente (fines de Febrero de 1870), dieciocho

de los principales vecinos de Santiago de Cuba, fueron reducidos á prisión, conducidos al campo, 18 millas de la ciudad, y fusilados en el acto. Eran masones y se sospechaba que habían proporcionado armas y pólvora á los insurrectos. Cinco eran ciudadanos americanos y no se les oyó siquiera, ni el Cónsul tuvo noticia de ese horrible asesinato hasta después de haberse perpetrado.

«Mr. Isaac Greenwald, alemán, vecino de New York, donde viven su esposa y siete hijos, iba tranquilamente en la mañana del 6 de febrero de este año por las calles de la Habana hacia una fotografía con la intención de retratarse. Le acompañaban Mr. Tomás Foster, Mr. Hugh Johnson y Mr. Wells, americanos, y todos llevaban por casualidad corbatas azules, (el azul es uno de los colores de la bandera cubana.) Salióles al encuentro una turba de voluntarios, y en presencia del Cónsul francés, Mr. Forbin Janson, del Cónsul inglés y su hija, dispararon varios tiros á aquellos pacíficos extranjeros. Mr. Greenwald corrió buscando auxilio hacia el coche de Mr. Janson, persiguiéronle y antes de llegar cayó atravesado por una bala y recibiendo muchos bayonetazos. Su cadáver fue apedreado, pisoteado y arrancada la corbata: dos de sus compañeros, Foster y Johnson, quedaron gravemente heridos y Wells escapó ileso huyendo. Los amigos de Greenwald pidieron su cadáver, se lo negó el alcalde y mandó enterrarlo. Volvieron con una orden del Capitán general para que se le desenterrase y no la quisieron cumplir ni el alcalde, ni el cura del cementerio; dió otra orden el Capitán general y entonces se sacó de la huesa el mutilado cuerpo, que estaba desnudo y en el lugar destinado á los malhechores. La negativa del alcalde y del cura era porque los voluntarios habían robado la ropa fina y prendas del difunto. Mr. Greenwald y sus compañeros acababan de llegar á la Habana como agentes de la casa de Mr. William Kemp, no conocían el idioma español y eran completamente extraños á los asuntos políticos de la Isla. El propio día, dice Mr. Forbin Janson en su declaración, al volver al hotel, supe que otro extranjero había sido perseguido al mismo tiempo por la multitud hasta la esquina de la Plaza del Vapor, golpeado y ho-

rriblemente herido y que había espirado en la puerta de la comisaría, donde lo condujo la policía sin haber tratado de defenderle.»

Si esto pasa en la capital, graduen los lectores lo que pasará en los pueblos y los campos, especialmente á los naturales. Numerosos tomos en folio podrían escribirse refiriendo los espantosos hechos de los bárbaros españoles; ni entre las tribus africanas se han visto jamás crímenes iguales.

Lo dicho basta para que quede probado que no hay en la parte de la Isla en que gobierna aún España, ni orden, ni seguridad personal, ni respeto á la propiedad, y que en cuanto á la guerra la hacen los españoles con tal salvajismo, que ha sido indispensable al Gobierno de la República decretar las represalias, «exterminio por exterminio.» El Presidente ha empleado sin fruto una generosidad sin límites para hacer que se respeten las reglas del derecho natural y no perezcan tantos inocentes; pero todo ha sido en vano. Cuando en abril del año último los generales de división Vicente García y Francisco Ruvalcaba, hicieron 146 soldados y 11 oficiales prisioneros (1) en la gloriosa acción de la Cana, el general en jefe C. Manuel Quesada, propuso al jefe español general Lesca, canjearlos. Su respuesta fué esta: «España tiene diez y siete millones de hijos que la defiendan y nada le importa que perezcan esos pocos. Yo no tengo prisioneros cubanos que cangear porque á todos los mato.» Esta respuesta corresponde á la ferocidad inaudita del general en jefe español D. Blas Villate, conde de Valmaseda, quien aparentando siempre bondad, hija de la perfidia más refinada, ha quitado la vida á más de once mil cubanos, casi todos labradores pacíficos que tenían el arado en la mano cuando se les dió muerte. En el número de las víctimas figuran muchos

---

[1] Dije en una nota que habían sido 93 los prisioneros, guiándome por el parte que dió al Gobierno el General Ruvalcaba, del que tuve una copia á la vista; más no advertí que á su final dice dicho General: *Seguimos rccogiendo los dispersos.* Fueron, pues, 157 los prisioneros que hicieron los nuestros á los españoles en la Cana y á todos los cuales puso en libertad el General Quesada.—*N. del A.*

ancianos, mujeres y niños. Villate hace en esta guerra el papel de Nerón.

Respecto á la moral pública, los gobernantes españoles fomentan la corrupción de las costumbres, estimándola como favorable á su causa. La antigua lotería sigue siendo una cruel contribución, aunque no poco descreditada, por ir siempre los premios mayores al arca del gobierno, ó á manos de los empleados. Los billetes del Banco español, quebrado hace fecha, (1) tienen circulación forzosa, pues repelerlos sería buscar la muerte. Las casas de *juego del monte* son públicas, mediante el pago de una suma diaria á las autoridades; se han suprimido casi todos los periódicos, se han cerrado casi todas las escuelas de primeras letras y fusilado y perseguido á los directores de unos y otras; y los empleados civiles del gobierno y jefes militares, viendo que tienen que dejar la Isla, roban con vergonzoso cinismo para volver ricos á su país. Son como los cuervos hambrientos que bajan en bandadas al olor de los cadáveres después de una gran batalla, se hartan y vuelan á sus nidos. La confiscación en gran escala, aplicada sin previa formación de causa, acaba de abrir las puertas al fraude más escandaloso.

Continuando este brevísimos relato, diré que la Nación cubana tiene un Gobierno *de facto et de jure*, justo, equitativo y sabio: un ejército de 20000 hombres armados, y quedaré corto asegurando que tiene mas de 300000 sin armas, (aunque sólo se consideran 61000 en activo servicio) pues sólo en el Estado de las Villas cuenta con 44000 combatientes que usan para adiestrarse en el manejo del fusil pedazos de madera; 5000 más poseen armas en ese Estado. Abarca nuestro Gobierno, como queda dicho, más de las dos terceras partes de la Isla, en que las órdenes de nuestro Primer Magistrado y demás autoridades se cumplen estrictamente, y se ejercen todos los actos de la soberanía.

Las relaciones diplomáticas son las siguientes. Perú,

---

(1) No quebró, porque la mayor parte de sus billetes fueron reducidos á cenizas con el incendio de los campos y de numerosas poblaciones durante la primera guerra, y más en la segunda. Hoy es un banco particular que puede prestar útiles servicios al país.—*N. del A.*

Chile y Bolivia han reconocido la independencia de la República, y México admite su bandera en sus puertos, lo que implica el reconocimiento de la beligerancia. Tiene un comisionado especial, enviado extraordinario con amplios poderes en Washington, cuyo cargo desempeña el C. José Morales Lemus, siendo secretario de la legación el C. Enrique Piñeyro. Es Ministro plenipotenciario de la República en el Perú el C. Porfirio Valiente, y agentes confidenciales, en Francia, C. Ambrosio Valiente; en Inglaterra, C. José Antonio Echeverría y en Venezuela, C. Miguel Bravo.

Tiene nuestro Gobierno una «Junta Republicana» encargada de la compra de armas, de arbitrar recursos, etc., que reside en New York, compuesta de los siguientes respetables ciudadanos: presidente, Miguel Aldama; vice presidente, Hilario Cisneros; secretario, José Manuel Mestre; vocales, Francisco Fesser, José María Mora y Carlos Varona. Es agente de la Junta en Nassau el C. Diego Loynaz, y tiene además otros activos agentes en Filadelfia, Boston, Baltimore, Cayo Hueso, etc.

Hay un «Club cubano ó Sociedad de la Liga» en New York, compuesto de emigrados, y otras varias sociedades políticas en distintos puntos de América, que todas van á un fin: favorecer el triunfo de la independencia.

Por mar la República es débil. El retraimiento de las grandes potencias á reconocer la beligerancia, como si no existiera la justicia universal, ha dado gran predominio marítimo á nuestros enemigos y dificulta en extremo las comunicaciones con el exterior, circunstancia que favorece el plan de desfigurar los hechos seguido desde el principio de la guerra con tanto tesón por el gobierno y los periodistas españoles, que han llegado á hacerse famosos en el mentir. ¿Qué crédito puede merecer ese gobierno, qué estimación de ningún hombre de bien? Después de la derrota del ejército de Puello, el primero de enero de este año en las Minas, media legua de Guáimaro, en que tuvieron los españoles 583 muertos é innumerables heridos, viéndose en seguida sitiados en Arroyo Hondo y perdido en su marcha 300

hombres más, todas las acémilas y bagajes, se publicó en los periódicos de España y dió ocasión á que se echasen las campanas á vuelo, hubiese fiestas, luminarias, etc., el siguiente ridículo telegrama, remitido por el Capitán general de Cuba: *«Habana 3 de enero. El titulado general Céspedes con sus 1500 hombres acaba de entregarse en las Tunas. Gran desaliento en los insurrectos. Entusiasmo general en el ejército, voluntarios y particulares»*

Llega á tan alto punto la inmoralidad de los periodistas españoles, que hace poco suplantaron las firmas de los distinguidos patriotas que componen la Junta Republicana de New York y forjaron una proclama en que aquella disponía el inmediato desarme de los cubanos. Con este motivo los voluntarios de la Habana salieron gritando por las calles: «¡Viva Aldama! ¡Viva Morales Lemus!» ¡Cuánta audacia y cuánta necedad! ¿Quién podía haber dado tan extrañas y poderosas facultades á la Junta? Ni el mismo Presidente de la República en una nación regida por una Cámara de Representantes. ¿Ni cómo habían de ser los tenientes gobernadores españoles y no los gobernadores de los Estados, sus tenientes, prefectos y sub-prefectos, los que hiciesen saber á los patriotas esa ruín y cobarde disposición, caso de que se hubiese dictado? El capitán general Caballero de Rodas, de acuerdo con los periodistas, hizo circular profusamente en la Isla la falsa proclama, que dió ocasión á fiestas y regocijos de los godos, y, como era de esperarse, á los pocos días, apenas llegó á noticia de la Junta, quedó públicamente desinentida. Tres días antes de saberse en New York tal fullería había salido para Cuba con un cargamento de armas y pertrechos de guerra en el vapor «Anna», el conocido escritor y perseverante patriota C. Francisco Javier Cisneros, hermano de uno de los más estimados miembros de la Junta; véase cuán lejos estaba ésta de contrariar la voluntad unánime del Pueblo cubano, que no es otra que vencer ó sucumbir en la demanda. Pero ¿qué más? El general español Pelaez, que ha hecho esta campaña en Cuba ¿no ha dicho en un periódico de Madrid que los periodistas de la Habana publicaban

amenudo comunicaciones del teatro de la guerra, con-  
feccionadas por ellos, dando cuenta de imaginarias  
victorias, con la firma de dicho Sr. Pelaez, y que tanto  
se repitió ese abuso que se vió en el caso de quejarse al  
Capitán general? ¿Al Capitán general? ¿Pues no es  
él quien imitando á Dulce y á Lersundi ha manifestado  
numerosas veces en distintas fechas que la insurrección  
estaba vencida.....? No se sabe qué será más admi-  
rable, si el cinismo con que mienten los gobernantes  
y periodistas de la Habana, ó la estupidez de los espa-  
ñoles de aquende y allende que creen tales sandeces.  
La revolución de Cuba es invencible; lo más que puede  
lograr España á costa de ríos de sangre y de oro es dila-  
tar su triunfo; pero esto lo hará sacrificando su propia  
existencia como nación y alejando más y más la posibi-  
lidad de un tratado de comercio ventajoso con la Repú-  
blica, que debía ser hoy el fin único de su política para  
salvar sus intereses del presente y del porvenir.

La reciente derrota del ejército de Puello, que coronó  
de laureles al general Jourdan, la huida de Goyeneche,  
que había ido á vengar aquel descalabro y volvió perse-  
guido por los patriotas á encerrarse en Puerto Príncipe,  
después de sufrir grandes bajas; la gloriosísima defensa  
del Mogote hecha por el ya célebre general Donato del  
Mármol, en la que han sido tantas veces y con tantas  
pérdidas rechazados los españoles; los triunfos de Cava-  
da en el Estado de las Villas; el paseo devastador de la  
división mandada por el coronel Inclán en la región  
Occidental: la incansable actividad de los jefes de gue-  
rrilla, el sentimiento público, lo montuoso de nuestro  
país, lo insano del clima para los europeos, la entrada  
del verano, las inhumanidades mismas que cometen  
nuestros enemigos, todo, todo nos anuncia la próxima  
completa victoria de las armas republicanas.

¡Los cubanos podemos decir que tenemos patria!  
¡Qué dulce, qué encantadora es esta palabra! ¡Cómo  
penetra en el corazón y lo llena de inexplicable dicha!  
Tenemos patria, sí; pero no olvidemos nunca que Cuba  
ha sido dominada por los españoles casi cuatro siglos y  
pudieran dejarnos el funesto legado de sus defectos, ori-  
gen de sus desgracias. La ferocidad, la empleo-manía,

la intolerancia, la ambición de mando y de oro, la nulidad del individuo, el militarismo, el desprecio de las leyes; he aquí de lo que debemos huir. Todos nuestros grandes hombres desde fines del siglo XVIII han inclinado á los cubanos á estudiar y admirar las instituciones de los Estados Unidos, con los que nuestro pueblo ha estado en íntimo contacto, y ha hecho un verdadero aprendizaje; no es niño en política. Esta feliz casualidad lo salva de la letal influencia española. Sírvale la Unión Americana de ejemplo al gozar una nueva vida, la vida de la independencia, y comencemos acatando y cumpliendo la Constitución provisional de la República, votada por la Cámara de Representantes con poderes del Pueblo. Todo buen ciudadano debe aprenderla de memoria. El derecho es la vida de la sociedad, y el primer deber del hombre libre el respeto á las leyes.

NEW YORK, 6 DE MARZO DE 1870.



# APUNTES PARA LA HISTORIA.



## NOTAS BIOGRÁFICAS

DE

# CARLOS MANUEL CÉSPEDÉS,

POR

Francisco Javier Balmaseda

2ª EDICION.



HABANA

—

1899

---

---

## AL LECTOR

En 25 de Noviembre del año último (1898), aún antes de haberse arriado la bandera española del Castillo del Morro, hecho venturoso que tuvo lugar el primero de Enero siguiente, como todos recordamos, publicó el Sr. Francisco Javier Balmaseda un interesante folleto proponiendo las bases para la fundación de la Sociedad política *Los Amantes de la Libertad*, que tenía por objeto crear un partido nacional que unificase las aspiraciones de los ciudadanos al tener en perspectiva el goce de la independencia absoluta de Cuba, ofrecida ante el mundo por el augusto Congreso de los Estados Unidos, y que fué el plausible motivo de la declaración de guerra de éstos á España, y será su mayor gloria.

Que ese solemne compromiso de parte de tan gran Nación será cumplido no puede quedar duda; mas no faltan quienes abriguen desconfianza, acostumbrados á ver á la vieja exmetrópoli quebrantar amenudo su palabra. A estos puede decirseles: «Los Estados Unidos no son España; tienen que corresponder á sus gloriosas tradiciones, que han sido el fundamento de su grandeza.»

El respeto de sí mismos los obliga, y ese respeto, que constituye la dignidad, el honor y el crédito de las naciones jamás lo dió á conocer España en su manera de proceder con Cuba, lo cual ha sido una de las causas principales de su ruina.

La proyectada asociación de *Los Amantes de la Libertad* debía ayudar al Gobierno interventor en su tarea de consolidar la paz, y una vez de establecida la República, garantir su existencia y velar por el orden interior. Era una imitación de la sociedad de los Cinci-

natos que fundaron con los mismos fines los más ilustres separatistas del tiempo de Washington.

El Sr Balmaseda enumera en ese folleto todas las instituciones que deben implantarse, y que han dado mejor resultado en los pueblos libres.

Por falta de salud no ha podido dar calor y vida á sus ideas, y es tal la necesidad de esa unificación de pareceres, que ya se ha formado el «Partido nacional», inspirándose en los mismos anhelos.

Con este motivo, hemos creído conveniente suprimir dicho folleto, que además ha circulado profusamente; mas los lectores no quedarán descontentos, pues en su lugar insertamos los rasgos biográficos de Carlos Manuel Céspedes, que escribió y publicó el autor en 1874; hay siempre gran interés en todos los hombres por conocer á los héroes.

Habana, 7 de Julio de 1899.

*Antonio Martín Lamy.*

---

---

## CARLOS MANUEL CESPEDES

En la ciudad de Bayamo, la más antigua de la Isla de Cuba, cuna del eminente estadista José Antonio Saco, y de otros claros varones, fundada en el mismo sitio donde fué arrojado vivo á las llamas, por orden del conquistador Diego Velázquez, el joven y valiente cacique Hatuey, que se había confederado con los príncipes indios para oponerse á la invasión española, nació Carlos Manuel Céspedes el día 19 de Abril de 1819.

Sus padres, Jesús María Céspedes y Francisca López Castillo, pertenecientes á las más nobles familias del país, le dieron una educación esmerada, confiándola á los Padres de la Congregación de la Merced, con los cuales estudió latín y bellas letras, distinguiéndose por sus brillantes disposiciones; después pasó á la Habana, en cuya universidad se graduó de bachiller en leyes en 1838.

En ese año ó en el siguiente, volvió á Bayamo y contrajo matrimonio con la señorita María del Carmen Céspedes, que le dió varios hijos y murió en 1868.

En 1842 se trasladó á España y se recibió de abogado en Barcelona.

Su amor á la libertad le hizo tomar parte activa, en esa época de su vida, en una conspiración en sentido republicano, que había tramado el General D. Juan Prim, su amigo íntimo y personaje notable por su inconsecuencia á los principios que profesaba, como que pudiendo más tarde hacer feliz á su patria y ser el fundador de la República en ella, prefirió darle un rey extranjero, antes que verla gobernada por sí misma. Aquel soldado obscuro, inepto para sentir la ambición

de la verdadera gloria, fracasó esa vez en su tentativa, y Carlos Manuel tuvo que refugiarse en Francia.

A los dos años volvió á América, se estableció en su ciudad natal, y pronto adquirió gran crédito como abogado inteligente y probo, y aumentó su fortuna de un modo considerable. Al mismo tiempo escribía para los periódicos excelentes artículos sobre asuntos de interés general para la Isla, se ejercitaba en la música, y no le eran desconocidas las Musas, pues dió á luz varias composiciones poéticas, llenas de sentimiento y de dulzura, y hasta compuso dos comedias que fueron representadas con buen éxito en el teatro de Bayamo.

En 1852 estuvo preso en el castillo del Morro, por haber brindado en un banquete por la independencia de Cuba. Logró que se le pusiese en libertad; pero desde esa fecha fué objeto de la persecución del Gobierno español.

En 1868, esa persecución, á la que había opuesto el peso de su influencia personal y vastas relaciones de familia en Bayamo, fué aun más activa, pues se ocupaba asiduamente en preparar las cosas para dar el grito de independencia, cuando llegó á decubrirse y á saberlo el Capitán general de la Isla, D. Francisco Lersundi, quien desde aquel momento no tuvo un instante de tranquilidad, ni se ocupó de otra cosa, como si previese lo que debía suceder. Lleno de aprensiones y de inquietud, dispuso, como primera medida, la prisión de Carlos Manuel, de Francisco Aguilera, sugeto de vasto capital, grandes virtudes cívicas y extremada bondad, que es hoy Vice-presidente de la República; de los hermanos Figueredo y de otros prominentes ciudadanos. Carecían los patriotas de armas; pero en una junta que se celebró, apenas se tuvo secreta noticia de lo que sucedía, quedó acordado anticipar el movimiento, pues no había quien se aviniese á aplazarlo, exasperados como estaban los ánimos en todos los pueblos con el cruel sistema tributario, recientemente establecido en la colonia, y las muchas y continuas vejaciones que sufrían los naturales del país, por el simple hecho de serlo. Tantos y tan grandes eran los sufrimientos de los cubanos, que no parece sino que la burocracia española im-

perante, con sus depredaciones, sus crímenes, su venalidad, sus injusticias y violencias, trataba de obligarlos á buscar en la fuerza de las armas el remedio de tan acerbos males; así es que al ser descubierto el plan, fué unánime el propósito de dar impulso á la revolución, aún careciéndose de armas, confiando en Dios, en la justicia de la causa, y acaso también, en los deberes morales y políticos de las naciones americanas.

Reunidos los patriotas en número de quinientos, según unos, y según otros, y es la opinión que seguimos, de treinta y siete en la plantación de caña de la propiedad de Carlos Manuel, nombrada «La Desmajagua», la noche para siempre memorable del 10 de Octubre de 1868, enarbolaron la bandera de la libertad y juraron vencer ó morir en su defensa.

Era tan general la opinión á favor de la independencia que con rapidez eléctrica se supo el acuerdo en aquellas comarcas, y el 15 del mismo mes, ya el ejército que acaudillaba Carlos Manuel, nombrado por aclamación general en Jefe, constaba de 3.000 hombres, con los que tomó el pueblo de Barrancas y marchó sobre Bayamo.

En Barrancas dió libertad sin condiciones á todos sus esclavos, que eran más de 150, é incorporó en sus filas á cuantos lo desearon.

Bayamo estaba preparada para la defensa, mas se riñó con pérdida de algunas vidas de ambas partes, quedando prisioneros su gobernador Urueta, un sobrino del procónsul Lersundi, la guarnición y los empleados, y todos recibieron un trato digno de la cultura de nuestra época; ni remotamente se pensó en sacrificarlos; y como este fué el primer hecho de armas en que hubo prisioneros, la Historia no podrá menos de comparar el proceder humano de los independientes con la espantosa crueldad desplegada por los españoles.

Quedó establecido un gobierno provisional.

No es nuestro ánimo escribir una biografía completa; únicamente simples apuntes para la Historia; y así, sólo indicaremos á grandes rasgos los principales sucesos de la vida de este hombre admirable, que ha dado existencia política á sus conciudadanos.

A principio de 1869 se efectuó la elección de Diputa-

dos en los cuatro Estados federales en que quedó dividida la Isla; el Oriental, el de las Villas, el del Camagüey y el Occidental. Se reunió la Convención nacional en Marzo, en el pueblo de Guáimaro, y en 10 de Abril se promulgó la Constitución política que rige, y quedó Carlos Manuel nombrado Presidente de la República, por cuatro años.

En Diciembre de 1869 contrajo segundas nupcias con la señorita Ana Quesada.

A fines de Abril de 1870 fué sorprendido por las tropas españolas el joven Oscar, hijo de Carlos Manuel, en la hacienda «La Caridad,» Estado del Camagüey, en la casa de la virtuosa señorita, con la cual se había desposado dos días antes. Oscar era de figura simpática, de bella y expresiva fisonomía, de claro talento, de veintiún años de edad, y había vuelto de New York á Cuba, en la expedición del vapor «Anna,» ansioso de servir á su Patria y de abrazar al autor de sus días, que cifraba en él sus más bellas esperanzas.

El jefe español, después de mandar fusilar en el acto los siete compañeros del desventurado joven, conservó á éste en prisión, y mandó decir á su padre que le perdonaba la vida, si deponía las armas y reconocía el gobierno de España. El héroe le contestó con estas palabras, dignas de Leónidas. *Primero perecerá toda mi familia, y yo con ella, que hacer traición á mi patria.* Al siguiente día, Oscar, el bello y bondadoso Oscar, vestido con el horrible sayón de los ajusticiados, subió las gradas del patíbulo y exhaló su último aliento, con santa conformidad, en la ciudad de Puerto Príncipe, el 2 de Mayo de 1870.

Carlos Mauuel sufrió esta prueba con la resignación de los predestinados para un fin sublime, y excedió en grandeza de ánimo á Guzmán el Bueno. Las acciones heroicas se miden, en estos casos, por el tamaño del dolor natural reprimido: Guzmán era un hombre feroz y vano, que arrojó sin necesidad desde los muros de Tarifa, por un alarde de cruel valor, el arma que debía quitar la vida á su hijo. El héroe godo no puede igualarse al héroe cubano, lleno de sensibilidad, de amor y de ternura.

Son indescriptibles los trabajos, las penas y peligros que sufrió Carlos Manuel, apenas quedó organizado el gobierno, á cuyo frente se hallaba, especialmente después de la Convención de Guáimaro, en que aquél adquirió el prestigio que comunican al Poder público las grandes colectividades humanas al poner en ejercicio sus derechos inmanentes y constituirse en cuerpo de nación, sin que faltase atributo alguno para que no se considerase como legítima y justa la soberanía de la nueva República, que venía á pedir su puesto entre las naciones, confiando en su ilustración, su población, su extensión territorial, su riqueza y el genio y valor indomable de sus hijos.

El personal del Gobierno cubano fué objeto constante de todo género de ataques y arterías, sin que se esquivase por los eternos enemigos de la libertad de América el sombrío y siniestro poder del crimen, al que acudieron repetidas veces, pagando asesinos de profesión, que se introducían en los campamentos aparentando el deseo de servir á la causa republicana, y con la intención de quitar la vida al Presidente de la República ó á los más renombrados capitanes del ejército independiente: pero jamás lograron sus intentos y dos ocasiones fueron descubiertos y castigados.

Para que el lector se forme una idea de la heroicidad de esta guerra, verdaderamente de titanes, y de los peligros y trabajos que sobrellevó el caudillo del pueblo cubano, bastará tener presente que la pelea era y es diaria, en una isla, no en un continente, donde puede el guerrero huir, rehacerse y volver; con un enemigo de inhumanidad tradicional, de gran valor y arrojo, con exuberancia de recursos, y una superioridad numérica inmensa, como que llegó á tener ciento cincuenta mil hombres, perfectamente armados y equipados, sin contar ochenta mil voluntarios, y además ochenticinco buques de guerra en las costas, para impedir todo auxilio del exterior, y los patriotas han tenido, por lo común, de diez á doce mil combatientes, mal armados, mal vestidos y mal alimentados.

La imaginación exaltada de los españoles llegó á estimar como una creación fantástica la existencia de la Re-



pública Cubana, y no faltó quien dijese que Carlos Manuel no era un hombre, sino un espíritu. Otros aseguraban que vivía en medio de un alto monte en un suntuoso palacio encantado, cuyas paredes estaban entapizadas con piedras preciosas. Esta cándida credulidad no es el fruto de la ignorancia en que vive el pueblo español; es la admiración natural, el asombro, que causaba aquella Iliada, aquella lucha desigual, maravillosa, á hombres avezados al rigor de la tiranía, que sólo contemplaban las dificultades materiales, y no veían que tras el corto ejército independiente, estaba la reprimida voluntad del pueblo de Cuba, estaba la idea, estaba el martirologio, estaba la libertad, estaba Dios!

La fantástica República ha costado, desde el pronunciamiento de Yara hasta esta fecha (1874), veinte mil hombres de pérdida á España y cuarenta millones de pesos al año, según confesión de los mismos periódicos españoles, y le costará, si continúa la guerra, su existencia como nación.

No pocas veces presenciaba Carlos Manuel los combates, tomando á ocasiones parte en la pelea, y la Historia no podrá menos de celebrar la habilidad y el denuedo de los generales de la República, Máximo Gómez, Maceo, Donato del Mármol, Ignacio Agramonte, Vicente García, Jesús Pérez, Modesto Díaz, Calixto García, Rubalcava, Cavada, Roloff, etc., que formando constantemente un círculo de fuego alrededor del Ejecutivo y del Congreso, los salvaron de tan inminentes y continuos peligros.

En el gabinete era incansable Carlos Manuel y tenía una asombrosa facilidad para el despacho de los negocios. Su primer documento diplomático, que tituló «Manifiesto á las naciones,» lo escribió á la luz de una hoguera, en la sabana de Yara, la célebre noche del 10 de Octubre de 1868.

Desempeñó la Presidencia de la República por reelección, hasta el 27 de Octubre de 1873, en que el Congreso tuvo á bien deponerlo, por haber extralimitado sus facultades, legislando en asuntos judiciales y otros que no eran de su incumbencia.

La causa verdadera de esta resolución fué el nom-

bramamiento de agente confidencial en el extranjero, que hizo en su hermano político el C. general Manuel Quesada, sugeto que cuenta entre los cubanos de más influencia gran número de enemigos, y que había sido depuesto por aquel honorable Cuerpo del mando en Jefe de los ejércitos nacionales, por haber propuesto á una numerosa reunión de oficiales, que convocó al efecto en el punto nombrado el Horcón, desconocer su autoridad, que según expresaba, le ofrecía frecuentes embrazos para continuar la guerra con vigor.

Los oficiales, unánimemente, desecharon la proposición, Quesada abandonó la Isla, y Carlos Manuel, dejándose llevar por el afecto de familia y olvidando esta vez la entereza republicana, de que había dado tan insignes pruebas, le autorizó para representar á Cuba, levantar fondos y formar expediciones, lo cual causó grandes males, no sólo por el choque que debía resultar entre el Ejecutivo y el Cuerpo legislador, sino por la división de los patriotas, que formaron al momento dos partidos: uno encabezado por la Junta revolucionaria, residente en New-York, debidamente autorizada por ambos Poderes, y compuesta de los ciudadanos Miguel Aldama, José Manuel Mestre é Hilario Cisneros, todas personas dignísimas, y el otro, principalmente, del mismo general Quesada y Carlos del Castillo, anciano muy estimado por haber sufrido el ostracismo en tiempo de Narciso López, y después haber sido deportado á Fernando Póo, y también por la escrupulosa honradez con que había manejado grandes fondos públicos, siendo banquero en la Habana.

El Congreso siguió reuniéndose todos los años en su período constitucional, sin hacer cargo alguno al Jefe de la Nación, que era generalmente mirado con el profundo respeto que merecían sus hechos: los odios fueron poco á poco calmándose, y en medio de tan lamentable y funesta división entre los patriotas que estaban en el extranjero (y no felizmente entre los que estaban en el campo de la guerra) cada partido hacía nobles esfuerzos por impulsar la revolución; pero esfuerzos débiles por falta de unidad y de concierto.

No hay desgracia mayor para una causa que la divi-

sión de sus servidores. Los que conocen la historia de América, pueden recordar aquella fecha de dolorosa memoria (año de 1815), en que existiendo un riquísimo parque en Cartagena de Colombia, le fué negado á Bolívar por el Gobernador de la plaza Manuel del Castillo, Juan de Dios Amador y los demás que representaban el gobierno republicano de la Provincia. ¡Prefirieron arrojar la pólvora al mar, antes que entregarla al Libertador! Este tenía á sus órdenes el ejército que había traído de Bogotá; estaba autorizado, seguía las instrucciones y obraba en nombre del Gobierno general; era dueño de la formidable fortaleza de la Popa, que dominaba con sus fuegos la ciudad; y pasó numerosas notas á Castillo pidiéndole auxilio de hombres, armas y municiones para ir á atacar el ejército español, que con Morillo á la cabeza y sediento de sangre, estaba posesionado de la vecina ciudad de Santa Marta. Todo fué inútil, así el ruego como la amenaza, y el Libertador entonces, con aquel elevado espíritu y aquella vasta extensión de miras, que siempre fué su divisa, resolvió abandonar á Colombia y no disparar un tiro contra sus hermanos.....

A poco, el genio creador del que era el más grande de los mortales, había dejado el seno de la afligida patria para ir en busca del apoyo de Petión; quedó interrumpido el plan de campaña, faltaron el orden y la fuerza, que nacen de la unión; y teniendo tiempo los realistas para fortalecerse, volvieron sobre Cartagena, á la cual tomaron después de un largo sitio en que los sitiados se defendieron con un valor sin ejemplo, hasta el punto de caer muertos de hambre los centinelas, que ya se alimentaban, lo propio que todos los ciudadanos, con animales inmundos, y hasta con el ennegrecido cuero de las camas de los hospitales. Eran espectros ambulantes; veíanse las calles cubiertas de cadáveres; y ni siquiera se oyó una voz que pidiese la rendición! . . No hubo verdadera rendición, pues embarcándose las mujeres, los ancianos, los niños y los guerreros en frágiles naves, atravesaron la bahía recibiendo el mortífero fuego que les hacía el enemigo desde las fortalezas de la playa; desafiaron la persecución de los buques de guerra sitia-

dores, y despreciaron el perdón que les ofrecía Morillo, para ir á buscar en playas inhospitalarias, cubiertas de fieras, la clemencia que no creían posible en pechos españoles.

Castillo se ocultó en el convento de Santa Teresa, de donde se le sacó para morir fusilado por la espalda con ocho prohombres más; la guerra se prolongó; la sangre corrió á torrentes, y apenas basta la del mismo Castillo, vertida en el patíbulo, para borrar la fea mancha que la Historia imprime á su nombre; y eso que en otros actos demostró valor y patriotismo, aunque en aquella ocasión no fuese un excesivo celo de la libertad lo que le guiase, sino las pasiones del ambicioso vulgar.

Lección tremenda es esta que deben tener siempre presente los buenos ciudadanos de los pueblos que se hallan en lucha con sus opresores. La unidad de acción es el elemento principal para el triunfo; todo aquel que la destruye favorece al enemigo más que si concurriese á las batallas y pelease en su defensa. Haya unión, y aunque todo falte, no faltará la victoria.

Pero volviendo á nuestra interrumpida relación, decimos, que nos encontramos para seguirla en penoso embarazo, y que difícilmente podremos fijar nuestra opinión. Por un lado vemos que Carlos Manuel ha sido el padre y fundador de la República, y que su deposición no podía menos de causar, como ha causado, una impresión de disgusto en el extranjero, que ha cedido en daño de la causa de la libertad, y por el otro contemplamos al Congreso, elegido por el Pueblo, en quien reconocemos el único Poder soberano en Cuba, y por consiguiente, creemos que el Presidente mereció la deposición desde el momento en que desobedeció sus mandatos y obró arbitrariamente. Por un lado nos parece, siguiendo la opinión de sugetos prudentísimos, que en días de una guerra tan cruel; con un enemigo feroz, implacable y poderoso al frente, no pueden ejercer las leyes su dulce imperio, como en días de paz sin grave peligro de la Patria; y que hacer desaparecer de la escena de la revolución al que la había conducido y la personificaba, y cuyo nombre ha llegado á ser en todo el universo una especie de símbolo de la libertad, era

quitarle á la misma revolución gran parte de su valor moral; por el otro nos preguntamos, si para venir á parar en la arbitrariedad de un hombre, sea quien fuere, se ha derramado y sigue derramándose tanta sangre en el altar de la democracia.

La cuestión puede reducirse á estos términos: Carlos Manuel creyó, con la mejor buena fe, que convenía al feliz éxito de la guerra la centralización del poder, y el Congreso, de acuerdo con las leyes fundamentales, que debía sostenerse la descentralización, á pesar del estado de guerra. Carlos Manuel se separó de la senda que le había trazado el Congreso, y el Congreso lo depuso.

De cualquier modo que se considere, ha sido una desgracia para la República de Cuba lo sucedido á su inmortal caudillo; y cuando reflexionamos acerca de estos sucesos, comprendemos, que si llegan á ser los grandes hombres unos semidioses, no puede uno acercarse á ellos, sin reconocer, que á veces incurren en lamentables debilidades y errores, como que la perfección no es posible á la humanidad; pero al mismo tiempo siente el alma el deseo de que desaparezcan los puntos negros, desvanecidos por los vivos rayos de la gloria, como cuando baja el sol al ocaso y las pardas nubes que le rodean desaparecen entre los suaves tintes del nácar y la grana.

La deposición se llevó á cabo sin ruido, sin amargas recriminaciones, sin disturbios. La propuso el Diputado Pérez Trujillo, con el rostro pálido, la voz ahogada y las manos trémulas, dice un testigo presencial, habiendo una barra numerosísima y silenciosa. La apoyó el Diputado Tomás Estrada, y la votaron todos los Diputados presentes, Machado (Eduardo), Fornaris, Spoturino, Maceo, García, Rodríguez y Luis Victoriano Betancourt, menos Salvador Cisneros Betancourt, que como Presidente de la Cámara debía desempeñar la presidencia de la República, por ministerio de la ley, á falta de Vicepresidente, y se abstuvo de votar. «Podían haberse oído, dice la misma persona, los latidos de aquellos nueve corazones que iban á inutilizar al primer independiente, al primer ciudadano.»

Carlos Manuel obedeció sin murmurar una sola queja,

la soberana resolución del Congreso, y dejó el puesto de Presidente para ocupar el de soldado del ejército. Este es uno de los más hermosos rasgos de la vida del héroe; un talento vulgar, un ambicioso de medros personales, hubiera tratado de sostenerse, y desde aquel instante hubiera levantado su fea cabeza la sierpe de la desoladora guerra civil.

Una vez pasada la crisis del 27 de Octubre, todas las cosas volvieron á su estado normal: al siguiente día, Carlos Manuel publicó dos proclamas, dando á conocer al pueblo y al ejército su separación de la presidencia; la guerra siguió como antes, y los empleados de ambas administraciones quedaron confundidos, como si no se hubiese efectuado aquel cambio, menos Quesada y Castillo, que fueron depuestos.

Hallábase el ex-presidente el 27 de Febrero de 1874-algo retirado de su campamento, en un *bohío* (choza) que estaba en un punto escombrado, poco espacio, so y rodeado de áspera montaña. Aquel día había caído prisionero de una columna enemiga del regimiento San Quintín un hombre de color, africano, que había sido su esclavo y él le había dado la libertad, lo mismo que á todos sus compañeros. Desde el pronunciamiento de Yara aquel hombre lo seguía lleno de agradecimiento y de afecto, y había llegado á adquirir toda su confianza. El comandante de la columna española, mandó, como de costumbre, que se le fusilase, y el pusilánime liberto, careciendo de valor para morir como tantos otros, ofreció, si se le perdonaba, designar el punto donde estaba Carlos Manuel; y aceptada la propuesta, quedó cambiada por su obscura vida la del Mesías de su raza. La columna, tomadas las señas con precisión, se dirigió enseguida al lugar designado por el liberto y rodeó el *bohío*, sin ocuparse de otro *bohío*, que se hallaba á poca distancia, y en él estaba un hijo de Carlos Manuel, que no tuvo tiempo para ir en auxilio de su padre y morir á su lado, pues al oír muchos tiros de fusilería y apercibirse del peligro, lo vió que se dirigía hacia el monte, defendiéndose y disparando su revólver, y que cayó bañado en sangre, atravesado el pecho por innumerables balas . . . .

Su cadáver fué llevado á la ciudad de Santiago de Cuba, donde se le puso en exhibición pública tendido á raíz del suelo en la puerta del cementerio, y se le arrojó después á la fosa común, sin que se le tributasen los honores de la Iglesia. Esto debía resultar únicamente en aquella tierra desventurada que él había redimido del ominoso pecado de la esclavitud con tantos trabajos, tantos sacrificios y tanta perseverancia, pues el triste tañido de las campanas en gran número de pueblos de todo el orbe cristiano, anunció la desaparición del héroe, vibrando sus ecos en todos los corazones generosos, como si fuese el alarido de la naturaleza.

De esos pueblos, debemos decirlo, el que primero se apresuró á expresar su dolor, fué la ciudad natal de Olmedo, la simpática Guayaquil, en el Ecuador, donde las exequias fúnebres del Bolívar cubano fueron tan espontáneas como suntuosas, y tomaron parte en ellas todos los altos empleados de la República, así del orden civil como del militar, las dignidades de la Iglesia, el bello sexo, los artistas, los obreros, el pueblo todo.

Carlos Manuel Céspedes murió traidoramente asesinado, pero vivirá para siempre en la memoria de los buenos. Dejó á Cuba en herencia tres grandes legados: el amor á la libertad, santificado por el heroísmo y el martirio; una historia gloriosa que no podrán borrar ni los tiranos, ni el curso de los siglos; y un nombre que bastaría para hacer ilustre á su patria. Vivió y murió por la libetad.

Cartagena de Colombia, 6 de Julio de 1874.

---

---

# ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

~~~~~

|                                                                                                                                                                                                                                                                                     | <u>Páginas</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------|
| PRÓLOGO .....                                                                                                                                                                                                                                                                       | 3              |
| DEDICATORIA .....                                                                                                                                                                                                                                                                   | 5              |
| CAPÍTULO I.—Llegada á Fernando Póo.—El Cayuelo y la Picota.—Discurso del Gobernador.....                                                                                                                                                                                            | 7              |
| CAPÍTULO II.—El bando del Gobernador.—Ancianos y niños confinados .....                                                                                                                                                                                                             | 16             |
| CAPÍTULO III.—Mr. Andres Struthers.—Plan de asesinar á los presos para robarles.....                                                                                                                                                                                                | 20             |
| CAPÍTULO III.—El desaseo.—Gusanos y piojos en el «Borja».                                                                                                                                                                                                                           | 24             |
| CAPÍTULO IV.—Proceder indigno de los voluntarios; sus injurias á los confinados; sus imprecaciones .....                                                                                                                                                                            | 28             |
| CAPÍTULO V.—Los voluntarios del «Borja» cambian de carácter.—Falta de consecuencia de principios políticos del Gabinete de Madrid.—Asesinatos en la Habana.....                                                                                                                     | 31             |
| CAPÍTULO VI.—Los cubanos respetan la vida de los prisioneros de guerra; los españoles los mandan al patíbulo.—Generosidad del General Quesada.—Días y noches horribles en la prisión de la bóveda del Castillo de la Cabaña.                                                        | 41             |
| CAPÍTULO VII.—Nostalgia.—La cuestión del confinamiento y lo que debió hacer el gobierno de la Metrópoli.—Los españoles carecen de aptitudes para el gobierno propio...                                                                                                              | 49             |
| CAPÍTULO VIII.—Causas de la revolución.—Drama sangriento del Cerro de la Campana.—Guerra de España á Chile y el Perú.—Movimiento bursátil en la Habana.—D. José de la Concha y D. Claudio Martínez de Pinillos.—Junta de información en Madrid y perfidia del Gobierno español..... | 56             |



|                                                                                                                                                                                                                                                                       |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPÍTULO IX.—Asesinato de jugadores.—El principio de Autoridad.—Comisión militar del pueblo de «Las Vueltas».—Una causa célebre.—Anemia de los Ayuntamientos.—El Banco Español de la Habana.....                                                                      | 75  |
| CAPÍTULO X.—España no tiene un hombre de Estado.—Sus partidos políticos.—Adriana del Castillo.—Los tres caminos que se presentaron al Gobierno Español.....                                                                                                           | 86  |
| CAPÍTULO XI.—Ingratitud de los españoles.—Capacidad de los cubanos para fundar una República independiente, libre y feliz.—Cuba debe su prosperidad á sus hijos.....                                                                                                  | 97  |
| CAPÍTULO XII.—Desventajas de España en esta guerra.—Gloriosos combates en los campos cubanos.—El partido anexionista y su muerte.—Desembarque de Narciso López en las Pozas.—Fusilamiento de Crittenden, del cubano Anselmo Torres y de cincuenta jóvenes americanos. | 106 |
| CAPÍTULO XIII.—El entierro del gorrión.—Fernando Póo.—Aspecto general de esta Isla—Noticia histórica de la misma.—Decadencia rápida de Santa Isabel en poder de España .....                                                                                          | 116 |
| CAPÍTULO XIV.—Continúa la descripción de Fernando Póo.—Los reyes llamados <i>cocorocos</i> .—Paralelo entre los gobiernos español é inglés.—El castigo del saco de arena.                                                                                             | 129 |
| CAPÍTULO XV.—Consejos á los futuros confinados.—Los Jesuitas.—Conspiración de la gente de color en Cuba.—El pueblo de los Congos.....                                                                                                                                 | 136 |
| CAPÍTULO XVI.—Los primeros noventa confinados.—Proyecto de captura de la isla.—Termina la descripción de Santa Isabel .....                                                                                                                                           | 141 |
| CAPÍTULO XVII.—Evasión de la isla .....                                                                                                                                                                                                                               | 149 |
| CAPÍTULO XVIII.—La isla de Nico.—Mr. Sparhank —Peligros que corrimos en poder de doce salvajes.—Camarones.—El rey Bell II.—Costumbres de los bárbaros.—Como se pueden impedir, ó disminuir, las terribles fiebres de estas mortíferas costas .....                    | 154 |
| CAPÍTULO XIX.—La esclavitud.....                                                                                                                                                                                                                                      | 165 |
| CAPÍTULO XX.—La ciudad de Aqua.—Una misión de protestantes.—El tambor sustituyendo al telégrafo.—Costumbres de los bárbaros .....                                                                                                                                     | 169 |
| CAPÍTULO XXI.—La idea republicana y la idea monárquica.—Los <i>crumanes</i> .—Los agoreros .....                                                                                                                                                                      | 175 |
| CAPÍTULO XXII.—Un banquete á bordo de la fragata inglesa «Burn».....                                                                                                                                                                                                  | 181 |
| CAPÍTULO XXII.—Fiesta en honor de King Pa-sol.—El ataúd                                                                                                                                                                                                               |     |

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                       |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| de Bell II —Salida de Camarones y entrada en el Golfo.<br>—La goleta «Concordia» en nuestra persecución.—Me<br>atacó fuertemente la fiebre.—Situación espantosa en que<br>nos vimos.—Bony.—El Dios <i>Yuyú</i> .—Un templo con<br>columnas de calaveras.—Indussi, su serrallo.....                                                                                                    | 185 |
| CAPÍTULO XXIII.—Continúa el anterior capítulo sobre Bony.<br>—Llegada á Elobey.—Se agrava mi enfermedad.—Su<br>naturaleza.—Salida para Gabaun.—Estado cataléptico<br>en que hice el viaje.—Mr. Francis Wover y el minis-<br>tro protestante Mr. William Walker.—Salida para Bony.<br>—Los boneses antropófagos.—Valor de los esclavos.—<br>Comparación entre Inglaterra y España..... | 201 |
| CAPÍTULO XXVI.—Un día feliz.—Noticia de mis compañeros.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 225 |
| APÉNDICE.—Algo sobre la Constitución de Guáimaro y hechos<br>espantosos de los españoles.....                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 233 |
| APUNTES PARA LA HISTORIA.—Carlos Manuel Céspedes.....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                 | 261 |



---

---

## FE DE ERRATAS

---

En la página 32, última línea.—Dice: mentiras; léase mientras.

Página 102, líneas 4, 5 y 6.—Dice: á nuestra costa y con el más feliz éxito varios jóvenes á las escuelas de agronomía de Francia y Bélgica. Póngase una llamada para decir en una nota lo siguiente:

(1) Al dar algunos toques á esta obra he creído conveniente intercalar el anterior párrafo, y debo hacer una aclaración, apelando á mis recuerdos, por haber pasado tantos años. La Sociedad Económica, de que los tres éramos miembros, llena de patriotismo, como siempre, contribuyó con la mayor suma, y su Director el Sr. José Silverio Jorrín, se hizo cargo de enviar los doce jóvenes pobres á Europa, los cuales han sido consumados profesores agrícolas, y han hecho mucho bien y honor al país.

No sé cómo hemos podido realizar este pensamiento sin que el gobierno español no interpusiese su brazo de hierro y mandase á formar un voluminoso y sempiterno expediente para otorgar ó negar el permiso, pues en aquellos mismos días proyectamos el Sr. Jorrín y yo repartir en los campos la instrucción primaria á domicilio, por medio de maestros ambulantes. Quedé encargado de llevar á cabo la idea y cuando estaban listos varios profesores para dar principio á su nobilísima tarea, el Capitán general prohibió que se llevase á cabo ese sistema, que es altamente benéfico y ahora puede poner en planta el actual Gobierno Republicano.

Recibí la noticia hallándome en el pueblo de Taguayabón ocupado en fundar una escuela de primeras letras por haber hallado allí más de doscientos niños privados absolutamente del alimento del alma. Según acostumbraba en estos casos, convoqué los vecinos, constituí una Junta inspectora nombrada por los contribuyentes, la cual abrió

una suscripción, me suscribí con una pequeña cantidad mensual, acompañé á la Comisión de la Junta para ir de *sitio* en *sitio*, y no sólo se reunió la suma necesaria para instalar espléndidamente el Colegio sino para atender á su subsistencia; quedó nombrado Director el ilustrado joven Sr. Tomás de Rojas. Esta casa de enseñanza llegó á tener tanto renombre que venían discípulos hasta de pueblos distantes. Lo propio sucedió con la escuela de Guanigibe, de que fué nombrado Director el inteligente y virtuoso patriota Manuel Francisco Barranco; la de Buenavista, que quedó á cargo del Sr. Tomás Valdés, etc. Ocho escuelas quedaron establecidas en aquellos campos, y todas estas fundaciones fueron hechas poniendo en movimiento la actividad individual; para nada se contó con el retrógado gobierno ni el Municipio, hecho á su imagen y semejanza. Me auxilió muy eficazmente mi inolvidable amigo y compañero de confinamiento á Fernando Póo, señor José Antonio de la Peña y Pérez, muerto en la proscripción y mártir, como todo el que en Cuba ha hecho algo por la Patria.

Bueno es hacer presente al Sr. Secretario de Instrucción Pública, que la casa del Colegio de Taguayabón pertenece á la República; y si ha sido destruída existe por lo menos el solar.

El gobierno español de la Isla, quedó sorprendido al saber que yo había creado esas juntas, sin su autorización y estuvo á pique de mandar á destruirlas; mas halló el inconveniente de que le hubiera sido preciso destruir también las escuelas, y no se atrevió á tanto D. Juan Ariza, Director de Administración, que afortunadamente era un sugeto muy ilustrado.—Habana, 26 de Junio de 1899.—*N. del A.*

---

Página 139, línea 3.<sup>a</sup>.—Dice: descombrado; léase escombrado.

---

Página 140, línea 8.<sup>a</sup>.—Dice: Se le dió entonces garrote al pardo Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido); léase: fué fusilado el pardo Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). No murió en la primera descarga, y poniéndose la mano en el pecho, exclamó: ¡Ay de mí! ¡Aquí, aquí!

---

Página 204, línea 15.—Dice: Rufe; léase, Rufo.

---

## NOTA

---

Esta obra puede ser traducida libremente á cualquier idioma, pues el autor renuncia el derecho de traducción.—Sólo deberán los editores enviarle un ejemplar de cada edición á su morada Calzada del Cerro num. 775, Habana.